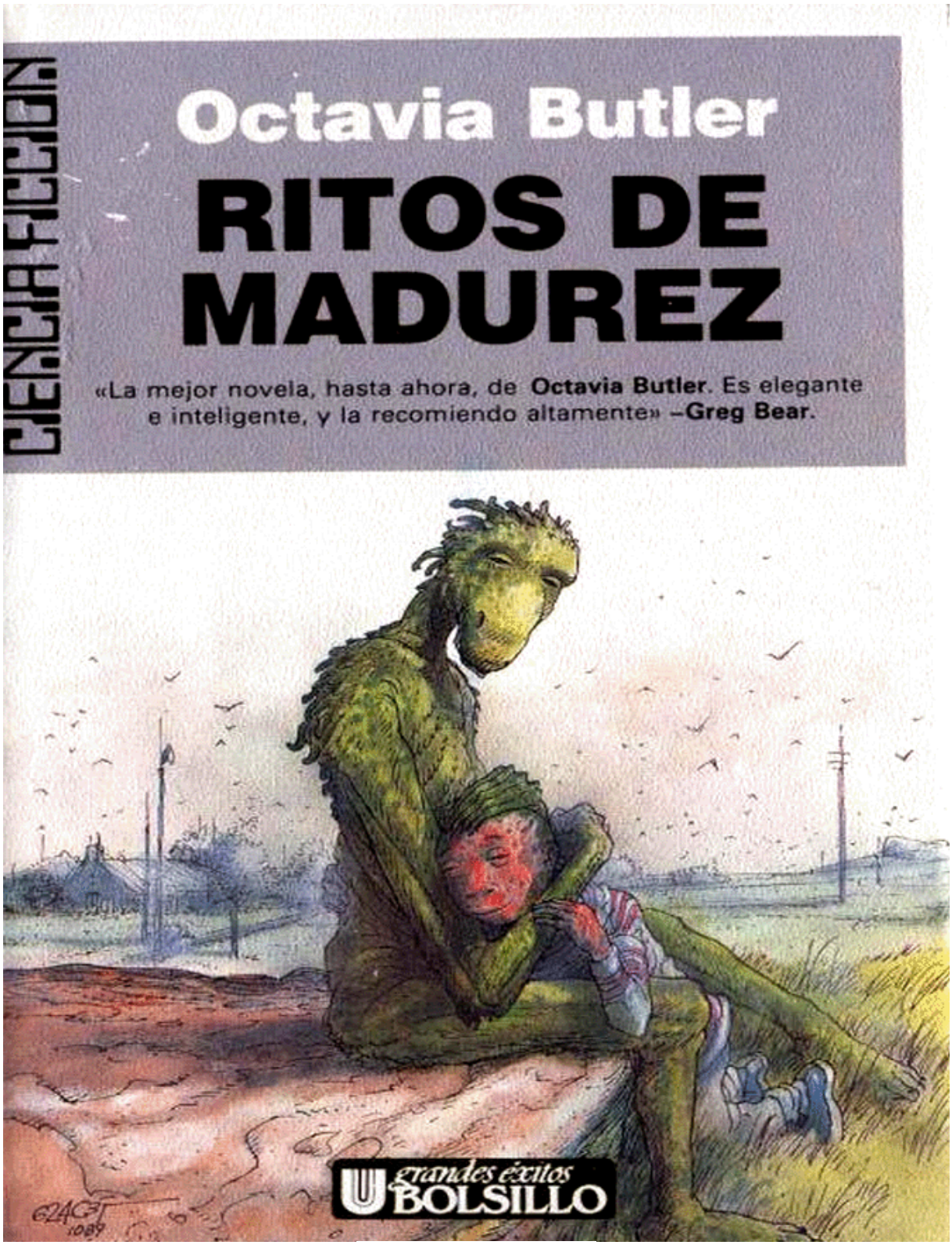
Xenogénesis II, RITOS DE MADUREZ
Octavia Butler



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Lynn...: ¡escribe!

I

LO

1

Recordaba mucho de su estancia en la matriz.

Mientras estaba allí, empezó a darse cuenta de los sonidos y de los sabores. No significaban nada para él, pero los recordaba. Y, cuando volvían a presentarse, se daba cuenta de que ya le eran conocidos.

Cuando algo lo tocó, supo que era algo nuevo..., una nueva experiencia. El contacto le sobresaltó al principio, luego le resultó reconfortante. Penetraba sin dolor en su piel y lo calmaba. Cuando se retiró, se sintió privado de algo, solo por primera vez. Cuando regresó, se sintió complacido..., otra sensación nueva. Cuando hubo experimentado algunos de estos abandonos y regresos, aprendió a sentir expectación.

No aprendió lo que era el dolor hasta que fue hora de que naciera...

Podía sentir y saborear los cambios que se sucedían en su derredor: el lento girar de su cuerpo; luego el repentino empujón, con la cabeza por delante; la compresión, primero en la cabeza, luego gradualmente a lo largo de todo su cuerpo. Le dolía de un modo sordo, como lejano.

Y, sin embargo, no tenía miedo. Esos cambios eran los adecuados. Y era la hora en que debían producirse. Su cuerpo estaba preparado. Era impulsado en su camino por impulsos regulares, y reconfortado, de tanto en tanto, por el contacto de su familiar compañero.

¡Se hizo la luz!

Al principio, la visión fue un destello cegador de sobresalto y dolor. No podía escapar a la luz. Se hizo más brillante y dolorosa, alcanzando el máximo cuando cesó la compresión. Ninguna parte de su cuerpo estaba libre del punzante y crudo brillo. Luego lo recordaría como calor, como quemadura.

Se enfrió bruscamente.

Algo hizo cambiar la luz. Aún podía ver, pero el ver ya no era doloroso. Su cuerpo fue frotado suavemente, mientras yacía sumergido en algo blando y confortable. No le gustaba aquel frotar. Hacía que la luz pareciese parpadear y desvanecerse, tras lo que volvía de golpe la visibilidad. Pero era la presencia familiar la que le tocaba, le sostenía. Permanecía con él, y le ayudaba a soportar sin miedo el frote.

Estaba envuelto en algo que le tocaba por todas partes, menos en el rostro. No le gustaba el tacto pesado que tenía, pero amortiguaba la luz y no le hacía daño.

Algo tocó un lado de su rostro, y se volvió, con la boca abierta, para tomarlo. Su cuerpo sabía lo que debía hacer. Chupó, y fue recompensado con alimento y con el sabor de un cuerpo que le era tan familiar como el suyo propio. Por un tiempo, incluso supuso que era el suyo..., siempre había estado con él. Podía oír voces, incluso podía distinguir sonidos individuales, aunque no comprendía ninguno de ellos. Atraían su atención, su curiosidad. También recordaría aquello, cuando fuera mayor y pudiera comprenderlos. Pero le gustaban las suaves voces, aun sin saber lo que eran.

—Es hermoso —decía una de las voces—. Parece completamente

humano.

—Algunas de sus características son sólo cosméticas, Lilith. Incluso ahora, sus sentidos están más dispersos por todo su cuerpo de lo que lo están los tuyos. Es… menos humano que tus hijas.

—Supuse que así sería. Sé que tu pueblo aún está preocupado por los machos nacidos de humanas.

—Eran un problema no resuelto. Creo que ya lo hemos solucionado.

—Pero, ¿sus sentidos están bien?

—Naturalmente.

—Supongo que eso es lo único que puedo esperar. —Un suspiro—. ¿Debo darte las gracias por proporcionarle este aspecto…, por hacerlo parecer humano, para que así pueda amarlo… al menos durante un tiempo?

—Nunca antes me has dado las gracias.

—…No.

—Y creo que aún sigues amándolos, incluso cuando cambian.

—No pueden evitar ser lo que son…, lo que se han convertido. ¿Estás seguro de que todo lo demás está también bien? ¿Todas las piezas desparejas de que se compone se acoplan lo mejor que pueden?

—Nada en él es desparejo. Y es muy sano. Tendrá una larga vida, y será lo bastante fuerte como para poder soportar todo lo que deba soportar.

2

Él era Akin.

Cuando se producía este sonido, había cosas que le tocaban. Le reconfortaban o le daban comida, o lo alzaban y le enseñaban. Le era dada comprensión, cuerpo a cuerpo. Aprendió a percibirse a sí mismo como él mismo..., algo individual, definido, separado de todos los contactos y los olores, de todos los sabores, visiones y sonidos que llegaban hasta él. Era Akin.

Y, sin embargo, llegó a saber que también era parte de la gente que le tocaba..., que, dentro de ellos, podía hallar fragmentos de sí mismo. Era él mismo, y también era esos otros.

Aprendió, rápidamente, a distinguirlos por su sabor y su tacto. Le llevó más el reconocerlos por la vista y el olfato; pero, para él, el sabor y el tacto eran casi una única sensación. Ambas le habían sido familiares desde hacía mucho.

Desde su nacimiento había escuchado diferentes voces. Ahora empezó a asignar identidades a esas diferencias. Cuando, a unos pocos días de su nacimiento, había aprendido su propio nombre, y era capaz de decirlo en voz alta, los otros le enseñaron sus nombres. Los repetían cuando veían que habían conseguido su atención. Le dejaban ver sus bocas formando las palabras. Aprendió rápidamente que cada uno de ellos podía ser llamado por un grupo de dos sonidos, juntos o por separado.

Nikanj Ooan, Lilith Mamá, Ahajas Ty, Dichaan Ishliin..., y el que nunca se le acercaba, a pesar de que Nikanj Ooan le había enseñado su tacto, sabor y olor. Lilith Mamá le había enseñado una impresión visual, y él la había estudiado con todos sus sentidos: Joseph Papá.

Llamó a Joseph Papá y, en lugar de él, llegó Nikanj Ooan y le enseñó que Joseph Papá estaba muerto. Muerto. Terminado. Ido para nunca volver. Y, sin embargo, había sido parte de Akin, y Akin debía conocerlo, como conocía a sus padres vivos.

Akin tenía dos meses de edad cuando empezó a construir frases simples. No le bastaba con ser alzado en brazos y que le enseñasen.

—Va más deprisa que la mayoría de mis chicas —comentó Lilith, mientras lo colocaba contra su costado y le dejaba beber.

Podría haberle resultado difícil aprender de su piel lisa, que en nada le ayudaba, de no ser porque le resultaba tan familiar como la suya propia..., y superficialmente era como la suya propia. Nikanj Ooan le había enseñado a usar su lengua, el menos humano de sus órganos visibles, para estudiar a Lilith mientras ésta lo alimentaba. A lo largo de muchas alimentaciones, probó tanto su leche como su piel. Era una avalancha de sabores y de texturas: leche dulce, piel salada, suave en algunas partes, rugosa en otras. Se concentró en uno de los lugares suaves, enfocando toda su atención en estudiarlo, percibiéndolo en profundidad, minuciosamente. Captó las muchas células de su piel, vivas y muertas. La piel de ella le enseñó lo que significaba estar muerto. Su capa externa, muerta, contrastaba tremendamente con lo que podía percibir de la carne viva que había debajo.

La lengua de él era tan larga, sensible y maleable como los tentáculos sensoriales de Ahajas y Dichaan. Lanzó un filamento de la misma al interior del tejido del pezón de ella. La primera vez que había intentado aquello le había hecho daño, y el dolor había sido canalizado hacia él a través de su lengua. El dolor había sido tan agudo y anonadante que se había retirado, llorando y gimiendo.

Se negó a dejarse reconfortar hasta que Nikanj le enseñó a sondear sin causar daño.

—Fue —había comentado Lilith— como si te clavaran una aguja ardiente y despuntada.

—No lo volverá a hacer —le había prometido Nikanj.

Akin no lo había vuelto a hacer. Y había aprendido una lección importante: que compartiría cualquier dolor que causase. Por consiguiente, era mejor no ocasionar dolor alguno. Pasarían meses antes de que supiese lo inusual que era, para un bebé, el reconocer el dolor en otra persona y el reconocerse a sí mismo como la causa de ese dolor.

Ahora percibió, a través del filamento de carne que había extendido al interior de Lilith, zonas de células vivas. Se enfocó en unas pocas de esas células, en una única célula, en partes de dicha célula, en su núcleo, en los cromosomas del interior de este núcleo, en los genes que había en los cromosomas. Investigó el ADN que constituía los genes, los nucleótidos de ese ADN. Había algo, más allá de los nucleótidos, que no acertaba a percibir..., un mundo de partículas más pequeñas cuyo límite no podía cruzar. No entendía por qué no podía dar este último paso..., si es que era el último. Le frustraba el que algo se hallase más allá de su percepción. Sólo sabía de él a través de sensaciones oscuras, intangibles. Cuando se hizo mayor llegó a pensar en aquello como en un horizonte: siempre alejándose cuando se acercaba a él.

Pasó su atención de la frustración de lo que no podía percibir a la fascinación de lo que sí podía. La carne de Lilith era mucho más excitante que la de Nikanj, Ahajas y Dichaan. Había algo equivocado en ella..., algo que no entendía. Era al mismo tiempo aterrador y seductor. Le decía que Lilith era peligrosa, a pesar de que también era esencial. Nikanj era interesante, pero no peligroso. Ahajas y Dichaan eran tan parecidos que tenía que esforzarse para percibir diferencias entre ellos. En algunos aspectos, Joseph había sido como Lilith: mortífero e impositivo. Pero no había sido tan parecido a Lilith como Ahajas lo era a Dichaan. De hecho, aunque si bien estaba claro que, al igual que Lilith, era humano y nativo de este lugar, de esta *Tierra,* no había sido pariente de Lilith. Ahajas y Dichaan eran hermanos, como lo eran la mayoría de los componentes masculino y femenino de los tríos matrimoniales oankali. Joseph no estaba relacionado con ella, como también era el caso de Nikanj..., pero, aunque Nikanj era un oankali, también era un ooloi, ni hombre ni mujer, un neutro. Se suponía que los ooloi no debían de ser familiares de sus cónyuges hembra y macho, para que así pudieran enfocar su atención en las diferencias genéticas de dichos cónyuges, y así poder construir sus hijos sin cometer errores peligrosos, debidos a una excesiva familiaridad y a un exceso de confianza.

—Ten cuidado —le oyó decir a Nikanj—. Te está estudiando otra vez.

—Lo sé —contestó Lilith—. A veces me gustaría que se limitase a mamar, como los bebés humanos.

Lilith frotó la espalda de Akin, y el centelleo de luz por entre y alrededor de los dedos de ella le hizo perder al bebé su concentración. Apartó su carne de la de ella, luego le soltó el pezón y la miró. Ella cerró la ropa por sobre de su pecho, pero siguió sosteniéndolo en su regazo. Siempre agradecía el que la gente lo tuviese en brazos mientras hablaban entre ellos, permitiéndole escuchar. Ya había aprendido de ellos más palabras de las que había tenido oportunidad de emplear. Coleccionaba palabras y, gradualmente, las reunía en preguntas. Cuando sus preguntas eran contestadas, recordaba todo lo que le decían. Su imagen del mundo crecía.

—Al menos no es más fuerte o más rápido en su desarrollo físico que los otros bebés —comentó Lilith—. A excepción de sus dientes.

—No es el primer caso de un bebé que ha nacido con todos sus dientes —le indicó Nikanj—. En lo físico, parecerá tener su edad humana hasta la metamorfosis. Pero tendrá que usar bien la cabeza para salirse de cualquier problema que le ocasione su precocidad.

—Con algunos humanos eso le servirá de bien poco. Sentirán resentimiento hacia él, porque no es completamente humano y, en cambio, parece más humano que sus hijos. Lo odiarán por tener una edad mental superior a la que aparentará físicamente. Lo odiarán porque a ellos no les ha sido permitido tener hijos varones. Tu pueblo ha hecho que los niños varones con aspecto humano sean un bien muy escaso.

—Ahora permitiremos más. Todo el mundo se siente más seguro respecto a como mezclarlos. Antes, demasiados ooloi no sabían percibir la mezcla necesaria. Podrían haber cometido errores, y sus errores podrían haber dado como resultado monstruos.

—La mayoría de los humanos piensan que, precisamente, son monstruos lo que habéis estado creando.

—¿Y tú? ¿Aún lo crees?

Silencio.

—Puedes estar contenta, Lilith. Un grupo de los nuestros creía que lo mejor sería eliminar del todo a los machos nacidos de humana. Que podríamos construir niñas para las mujeres humanas y niños para las mujeres oankali. Y es lo que hemos estado haciendo hasta ahora.

—Y quedado mal con todos: Ahajas quiere hijas y yo quiero hijos. Y no somos las únicas.

—Lo sé. Y controlamos a los niños, en modos que no deberíamos, para hacerlos madurar como hombres nacidos de oankali y mujeres nacidas de humano. Controlamos inclinaciones que deberían ser dejadas al libre albedrío de cada uno de los niños. Incluso el grupo que sugirió que tomásemos este camino sabe que esto es algo que no debemos hacer. Pero tenían miedo. Un macho que es lo bastante humano como para nacer de una hembra humana podría ser un peligro para todos nosotros. Y, sin embargo,

debemos de intentarlo. Aprenderemos de Akin.

Akin sintió como Lilith lo apretaba más contra ella.

—¿Por qué lo consideras tanto como un experimento? —exigió saber—. ¿Y por qué tendrían que ser tanto problema los hombres nacidos de humana? Sé que a la mayoría de los hombres de antes de la guerra no les gustáis. Tienen la sensación de que los estáis desplazando y obligándoles a hacer algo pervertido. Y, desde su punto de vista, tienen razón. Pero podríais enseñar a la siguiente generación a amaros, sin importar quién sea su madre. Todo lo que tenéis que hacer es empezar lo antes posible. Indoctrinarlos antes de que sean lo bastante mayores como para desarrollar sus propias opiniones.

—Pero... —dudó Nikanj—. Pero si tuviésemos que trabajar de una forma tan ciega, tan burda, no podríamos realizar un buen intercambio comercial. Tendríamos que arrebataros vuestros hijos, justo después de que naciesen. No podríamos confiar en vosotros para criarlos de un modo adecuado. Sólo os tendríamos para engendrarlos..., como los animales sin inteligencia.

Silencio. Un suspiro.

— ¡Dices unas cosas tan horribles con una voz tan amable! No, calla, ya sé que es la única voz que tienes. Dime, Nika, ¿sobrevivirá Akin a los machos humanos que van a odiarlo?

—No lo odiarán.

—¡Claro que sí! No es humano... Las mujeres no-humanas les resultan ofensivas, pero normalmente no tratan de hacerlas daño, e incluso se acuestan con ellas..., como un racista que se va a la cama con una mujer de otra raza. Pero Akin... lo van a ver como una amenaza. ¡Diablos, *es* una amenaza! ¡Es uno de los que van a reemplazarlos!

—No lo odiarán, Lilith.

Akin se sintió alzado de los brazos de Lilith y abrazado fuertemente contra Nikanj. Jadeó ante el encantador sobresalto del contacto con los tentáculos sensoriales de Nikanj, muchos de los cuales lo sostenían, mientras otros horadaban sin dolor en su carne. ¡Era tan fácil conectar con Nikanj y aprender!

—Lo verán tan hermoso como se ven ellos mismos —afirmó Nikanj—. Y, para cuando sea lo bastante mayor como para que su cuerpo revele lo que realmente es, ya será un adulto capaz de cuidar de sí mismo.

—¿Capaz de luchar?

—Sólo para salvar su vida. Tenderá a evitar las peleas. Será como ya son los machos nacidos de oankali: un solitario que anda errante, cuando no está apareado.

—¿No formará una relación estable con nadie?

—No. La mayoría de los machos humanos no son especialmente monógamos. Tampoco lo serán los machos construidos por nosotros.

—Pero...

—Las familias cambiarán, Lilith..., están cambiando ya. Una familia formada totalmente de construidos estará constituida por una hembra, un ooloi y los niños. Los machos irán y vendrán según deseen y según sean bienvenidos.

—Pero no tendrán hogares.

—Un hogar como este nuestro sería para ellos una prisión. Tendrán lo que deseen, lo que necesiten.

—¿La posibilidad de ser padres de sus hijos?

Nikanj hizo una pausa.

—Quizás elijan mantener el contacto con sus hijos. No vivirán con ellos permanentemente..., y ningún construido, macho o hembra, joven o viejo, considerará esto como una privación. Para ellos será normal, y tendrá un propósito, ya que siempre habrá más mujeres y ooloi que hombres. —Hizo resonar sus tentáculos corporales y craneales—. El comercio significa cambio. Los cuerpos cambian. Los modos de vida deben cambiar. ¿O es que creíste que tus hijos sólo *parecerían* diferentes?

3

Akin pasaba alguna parte del día con cada uno de sus padres. Lilith le alimentaba y le enseñaba. Los otros sólo le enseñaban, pero iba ansioso con cada uno de ellos. Habitualmente, Ahajas lo tenía en brazos después de Lilith.

Ahajas era alta y ancha. Lo sostenía sin parecer darse cuenta de su peso. Nunca notaba cansancio en ella. Y sabía que disfrutaba llevándole en brazos. Podía notar placer en el momento en que ella hundía en él los filamentos de sus tentáculos sensoriales. Ella fue la primera persona capaz de llegarle, de este modo, con algo más que simples emociones. Ella fue la primera en darle imágenes multisensoriales y señales con presiones, y en ayudarle a comprender que le estaba hablando sin palabras. A medida que fue creciendo, se dio cuenta de que Nikanj y Dichaan también lo hacían. Nikanj lo había hecho ya antes de que naciese, pero él no lo había comprendido. Ahajas había logrado el contacto y le había enseñado con rapidez. A través de las imágenes que creaba para él se enteró del niño que crecía dentro de ella. Le dio imágenes del mismo e incluso consiguió darle al no nacido imágenes de Akin. Tenía varias presencias: todos sus padres, excepto Lilith. Y le tenía a él. Era un compañero de camada.

Sabía que él, cuando creciera, sería un macho. Entendía lo de macho, hembra y ooloi. Y sabía que, debido a que él sería macho, el no nacido, que iniciaría su vida pareciendo mucho menos humano que él, acabaría convirtiéndose en una hembra. Había en esto un equilibrio, una naturalidad que le complacía. Tendría una hermana con la que crecer juntos..., una hermana, pero no un compañero de camada ooloi. ¿Por qué? Se preguntó si el niño que había dentro de Ahajas no acabaría por convertirse en un ooloi, pero tanto Ahajas como Nikanj le aseguraron que no. No le decían cómo lo sabían. De modo que su compañero de camada se convertiría en una hermana. Tardaría años en desarrollarse sexualmente, pero ya pensaba en «ella».

Habitualmente, Dichaan lo tomaba una vez que Ahajas lo había devuelto a Lilith y ésta le había alimentado. Dichaan le enseñaba cosas respecto a los otros.

En primer lugar estaban sus compañeros de camada mayores, algunos nacidos de Ahajas y que se iban haciendo más y más humanos, y otros nacidos de Lilith y que cada vez se hacían más oankali.. También estaban los hijos de los compañeros de camada mayores y, por fin, y eso le asustaba, estaba la gente sin relación familiar. Akin no podía comprender cómo algunos de los no relacionados eran más como Lilith de lo que lo había sido Joseph. Y ninguno de ellos era como Joseph.

Dichaan leyó la confusión no expresada de Akin.

—Las diferencias que percibes entre los humanos, entre grupos de humanos..., son el resultado del aislamiento y los matrimonios entre ellos mismos, la mutación y la adaptación a los distintos medios ambientes de la Tierra —le explicó, ilustrando cada concepto con múltiples y rápidas imágenes—. Joseph y Lilith nacieron en partes muy diferentes del mundo..., en pueblos separados desde hacía mucho. ¿Lo entiendes?

—¿Dónde están los que son como Joseph? —preguntó en voz alta Akin.

—Ahora hay poblados de ellos al suroeste. Se llaman chinos.

—Quiero verlos.

—Los verás. Cuando seas mayor podrás viajar. —Ignoró el estallido de frustración de Akin—. Y algún día te llevaré a la nave, y también podrás ver las diferencias que hay entre los oankali.

Le dio a Akin una imagen de la nave: una enorme esfera hecha con gigantescas placas (a pesar de lo cual aún seguían creciendo), como la concha de una tortuga. De hecho, se trataba de la concha exterior protectora de un ser vivo.

—Allí —le explicó Nikanj— verás a unos oankali que nunca vendrán a la Tierra ni comerciarán con los humanos. Por el momento, se ocupan de la nave en modos que requieren una forma física diferente.

Le dio una imagen, y Akin pensó que se parecía a un gusano.

Akin proyectó una silenciosa interrogación.

—Habla en voz alta —le dijo Dichaan.

—¿Es un niño? —preguntó Akin, pensando en los cambios que sufrían los gusanos.

—No, es un adulto. Tiene mayor tamaño que yo.

—¿Puede hablar?

—Mediante imágenes, con señales táctiles, bioeléctricas y bioluminiscentes, con las feromonas y mediante gestos. Puede gesticular con diez miembros a la vez. Pero sus órganos de la boca y la garganta no producen sonidos. Y es sordo: debe vivir en lugares en los que hay un tremendo volumen de sonido. Los padres de mis padres tenían esa forma.

Eso le pareció terrible a Akin: los oankali obligados a vivir bajo una fea forma, que ni siquiera les permitía oír o hablar.

—Como son les resulta tan natural a ellos como lo es para ti la forma que tienes —le explicó Dichaan—. Y están mucho más cercanos a la nave de lo que jamás podremos estarlo nosotros. Son sus compañeros, y conocen su cuerpo mejor de lo que tú conoces tu propio cuerpo. Cuando yo era un poco mayor que lo que tú eres ahora, quería ser uno de ellos. Me dejaron probar un poco de su relación con la nave.

—Enséñame.

—Aún no. Es una cosa demasiado fuerte. Te lo enseñaré cuando seas un poco mayor.

Todo iba a suceder cuando fuera mayor. ¡Tenía que esperar! Presa de frustración, Akin dejó de hablar. No podía evitar escuchar y recordar todo lo que decía Dichaan, pero no hablaría con él en muchos días.

Y, sin embargo, fue Dichaan quien empezó a dejarle al cuidado de sus hermanas mayores, permitiéndole comenzar a investigarlas. Su favorita entre ellas era Margit. Tenía seis años de edad..., demasiado pequeña para

llevarle por mucho tiempo, pero se sentía contento de cabalgar a sus espaldas o sentarse en su regazo durante tanto tiempo como ella pudiera soportar sin sentirse molesta. Ella no tenía tentáculos sensoriales, como sus hermanas nacidas de oankali, pero tenía zonas de nódulos sensitivos que probablemente se convertirían en tentáculos cuando creciese. Podía sobreponer algunas de ellas a las áreas sensoriales, lisas e invisibles, de la piel de él, y entonces ambos podían intercambiar imágenes y emociones tanto como palabras. Ella podía enseñarle.

—Tienes que tener cuidado —le dijo ella, mientras lo llevaba al refugio de su casa familiar para resguardarse de la fuerte lluvia de una tarde—. La mayor parte de las veces tus ojos no siguen lo que está pasando. ¿Puedes ver con ellos?

Pensó al respecto.

—Puedo —dijo—, pero no lo hago siempre. A veces es más fácil ver con otras partes de mi cuerpo.

—Cuando seas mayor esperarán que vuelvas la cara y el cuerpo hacia la gente, cuando hables con ella. Incluso ahora deberías de mirar a los humanos con tus ojos. Si no lo haces, te gritan o te repiten las cosas, porque no están seguros de que les estés prestando atención. O empiezan a ignorarte, porque piensan que tú los estás ignorando a ellos.

—Nadie me hace eso a mí.

—Lo harán. Espera a pasar del estadio en que tratan de hablarte de un modo estúpido.

—¿Te refieres a eso de intentar hablarme como a un niño pequeño?

—¡Me refiero a como hablan los humanos, en general!

Silencio.

—No te preocupes —le dijo ella al cabo de un tiempo—. Es con ellos con quien estoy enfadada, no contigo.

—¿Por qué?

—Porque me culpan por no tener el mismo aspecto que ellos. No pueden evitarlo, y yo no puedo evitar el estar resentida por ello. No sé qué es peor…, los que se estremecen cuando los toco, o los que hacen ver que no pasa nada, pero se estremecen por dentro.

—¿Y cómo se siente Lilith al respecto? —preguntó Akin, porque ya sabía la respuesta.

—Por lo que a ella respecta, sería mejor que me pareciese a ti. Recuerdo que, cuando yo tenía tu edad, ella se preguntaba cómo iba a lograr encontrar un compañero, pero Nikanj le dijo que, para cuando yo creciese, habría muchos machos como yo. Después de eso, nunca volvió a comentar nada sobre este asunto. Lo que me recomienda es que me relacione con los construidos. Y es lo que hago, mayormente.

—Yo les gusto a los humanos —dijo él—. Supongo que es porque me parezco a ellos.

—Tú recuerda el mirarles con los ojos cuando te hablen o cuando tú hables con ellos. Y ándate con cuidado en lo de probar su sabor, eso es algo que no podrás seguir haciendo ya por mucho tiempo. Además, tu lengua no tiene aspecto de humana.

—Los humanos dicen que no debería de ser gris, pero no se percatan de lo realmente diferente que es.

—No les dejes ni imaginarlo. Pueden ser peligrosos, Akin. No les muestres todo lo que puedes hacer. Pero, ahora que aún puedes..., estáte con ellos. Estudia su comportamiento. Quizá tú puedas recolectar cosas sobre ellos que nosotros no podemos. Sería malo que se perdiese algo de lo que son.

—Se te están quedando dormidas las piernas —observó Akin—. Estás cansada, deberías llevarme con Lilith.

—Dentro de un ratito.

Él se dio cuenta de que aún no quería dejarlo. No le importaba. Los humanos la veían rara: de color gris y cubierta de verrugas..., más diferente que la mayoría de las niñas nacidas de humana. Y podía oír tan bien como cualquier otro construido. Captaba cualquier susurro, le gustase o no. Y, si estaba cerca de humanos, éstos comenzaban pronto a hablar de ella: «Si ahora tiene este aspecto tan horroroso, ¿cuál tendrá después de la metamorfosis?», comentaban. Y entonces especulaban al respecto, o la compadecían, o se reían de ella. Era mejor estar unos minutos más en paz, con Akin.

Su nombre humano completo era Margita Iyapo Domonkos Kaalnikanjlo. Margit. Tenía sus cuatro progenitores vivos en común con él. Sin embargo, su padre humano era Vidor Domonkos, no el fallecido Joseph. Vidor (alguna gente lo llamaba Víctor) se había trasladado a un pueblo a varios kilómetros río arriba, cuando Lilith y él se habían cansado el uno del otro. Regresaba dos o tres veces al año, para ver a Margit. No le gustaba el aspecto que tenía ella, pero la amaba. Ella había visto que así era, y Akin estaba seguro de que había leído correctamente la emoción. Él nunca había estado con el tal Vidor: durante la última visita del hombre era demasiado pequeño para tener ya contacto con extraños.

—Cuando vuelva a venir a verte Vidor, ¿le pedirás que me deje tocarle?

—¿A mi padre? ¿Y para qué?

—Quiero hallarte a ti dentro de él.

Ella se echó a reír.

—Él y yo tenemos mucho en común. No le gusta que nadie le explore: dice que no tiene necesidad de que nadie le taladre las carnes. —Dudó—. Y lo dice en serio; a mí sólo me dejó hacerlo en una ocasión. Si te encuentras con él, limítate a hablarle. En cierto modo puede ser tan peligroso como cualquier otro humano, Akin.

—¿Tu padre?

—¡Akin... *todos ellos pueden serlo*! ¿Es que no has explorado a ninguno? ¿No puedes notarlo? —Le ofreció una compleja imagen. La pudo

comprender únicamente porque él mismo había explorado a algunos humanos. Éstos eran irresistibles, seductores, de una contradicción mortífera. Se sentía atraído hacia ellos y, sin embargo, algo le advertía en su contra. Esto lo notaba cuando tocaba en profundidad a un humano..., cuando probaba su sabor.

—Lo sé —admitió—.Pero no lo entiendo.

—Habla con Ooan. Él lo sabe y lo entiende. Y también habla con madre. Ella sabe más de lo que le gusta admitir.

—Es una humana. ¿No crees que ella también pueda ser peligrosa?

—No para nosotros. —Se puso en pie con él en brazos—. Pesas cada vez más; me alegraré cuando aprendas a caminar.

—Yo también. ¿Qué edad tenías tú cuando aprendiste a hacerlo?

—Justo el año cumplido. Ya casi te toca.

—Nueve meses.

—Sí. Es una pena que no puedas aprender a caminar tan deprisa como has aprendido a hablar. —Se lo devolvió a Lilith, quien lo alimentó y le prometió que lo llevaría al bosque con ella.

Lilith ya le daba trocitos de comida sólida, pero aún obtenía una buena parte de su alimento de la leche materna. Además, el mamar le reconfortaba. Le asustó pensar que, algún día, ella ya no le dejaría mamar. No quería hacerse tan viejo.

4

Lilith se lo echó a las espaldas dentro de un saco de tela y lo llevó a uno de los huertos del pueblo. Era uno que se hallaba a una cierta distancia del pueblo, río arriba, y a Akin le encantaba el paseo a través del bosque. Allí siempre habían nuevos sonidos, olores y vistas. A menudo, Lilith se detenía para dejarle tocar o saborear nuevas cosas o para dejarle ver y memorizar cosas mortíferas. Había descubierto que sus dedos eran lo bastante sensibles como para descubrir, al tacto, qué plantas eran peligrosas..., si es que su sentido del olfato no le había advertido por anticipado, antes de que las tocase.

—Ése es un buen talento —le había comentado Lilith cuando se lo había explicado a ella—. Al menos, no es probable que te envenenes. Pero, no obstante, ándate con cuidado con las cosas que tocas: algunas plantas hacen daño al simple contacto.

—Muéstrame cuáles son.

—Lo haré. Cuando las encontramos, limpiamos la zona de ellas, pero siempre hallan el modo de regresar. Te llevaré conmigo la próxima vez que decidamos entresacarlas.

—¿Entresacarlas significa lo mismo que limpiar la zona?

—Entresacarlas significa limpiar de un modo selectivo: sólo eliminamos las plantas con venenos que actúan al contacto.

—Ya veo. —Hizo una pausa, tratando de comprender el nuevo olor que había detectado. Luego susurró repentinamente—: Hay alguien entre nosotros y el río.

—De acuerdo. —Habían llegado al huerto. Ella se inclinó sobre una planta de mandioca e hizo ver que le costaba arrancarla, para así poder moverse de un modo casual y acabar situándose cara al río. Desde donde estaban no se podía ver el agua: había mucho terreno entre ellos y el río..., y muchos lugares en que ponerse a cubierto—. No puedo verlos, ¿puedes tú?

Ella sólo tenía sus ojos para mirar, pero sus sentidos eran más agudos que los de los humanos normales..., algo así como un intermedio entre humano y construido.

—Es un hombre. Está oculto —dijo Akin—. Es humano y extraño.

Akin olió el aroma de adrenalina en el aliento del hombre.

—Está excitado. Quizá tenga miedo.

—No tiene miedo —le dijo ella en voz baja—. No de una mujer arrancando mandioca y llevando a un bebé. Ahora lo oigo, moviéndose por detrás de ese gran nogal de cajú.

—¡Sí, también lo oigo yo! —exclamó, excitado, Akin.

El hombre había dejado de moverse. Repentinamente, dio un paso para quedar a la vista, y Akin vio que llevaba algo en las manos.

—¡Mierda! —dijo Lilith—. Arco y flechas: es un resistente.

—¿Te refieres a esos palos que lleva?

—Sí. Son armas.

—No te gires así, no puedo verle.

—Ni él a ti. ¡Mantén la cabeza baja!

Entonces, él se dio cuenta de que estaba en peligro. Los resistentes eran humanos que habían decidido vivir sin los oankali..., y, por consiguiente, sin hijos. Akin había oído decir que, de vez en cuando, robaban niños construidos, los niños construidos más parecidos a un niño humano que pudiesen hallar. Pero aquello era estúpido, porque no sabían en qué podría convertirse un niño así tras su metamorfosis. De todos modos, los oankali jamás les dejaban quedarse con los niños.

—¿Habla usted inglés? —gritó Lilith, y Akin, forcejeando por mirar por encima del hombro de ella, vio al hombre bajar su arco y flechas. Lilith prosiguió—: El inglés es el único idioma humano hablado por aquí.

A Akin le reconfortó el que ella no sonase ni oliese a asustada. Su propio miedo disminuyó.

—La he oído hablar con alguien —le dijo el hombre, en un inglés con algo de acento.

—Agárrate fuerte —susurró Lilith.

Akin aferró la tela del saco en que ella lo llevaba. Se agarró con manos y pies, deseando ser más fuerte.

—Mi pueblo no está lejos de aquí —le dijo al hombre—. Allí será usted bienvenido: alimentos, un sitio a cubierto..., pronto va a llover.

—*¿Con quién estaba hablando?* —exigió saber el hombre, acercándose más.

—Con mi hijo. —Ella hizo un gesto, indicando a Akin.

—¿Cómo? ¿Con el bebé?

—Sí.

El hombre se aproximó más, escrutando a Akin. Éste le devolvió la mirada, atisbando por encima del hombro de Lilith, olvidando lo que aún le quedaba de miedo a causa de la curiosidad. El hombre no llevaba camisa, tenía el pelo oscuro, estaba bien afeitado y era robusto. Su cabello era largo y le colgaba sobre las espaldas. Se lo había cortado en línea recta a lo largo de la frente. Algo en él le recordaba a Akin una imagen que había visto de Joseph. Los ojos de este hombre eran estrechos como los de Joseph, pero su piel era casi tan morena como la de Lilith.

—El chaval tiene buen aspecto —dijo—. ¿Qué hay de malo en él?

Ella se le quedó mirando.

—Nada —dijo secamente.

El hombre frunció el ceño.

—No quería ofenderla. Simplemente es que..., ¿realmente es tan saludable como parece?

—Sí.

—No había visto un bebé desde la guerra.

—Me lo había imaginado. ¿Vendrá al pueblo con nosotros? Realmente no está lejos.

—¿Y cómo es que la han permitido tener un chico?

—¿Y cómo es que a su madre le permitieron tenerle a usted?

El hombre dio el paso final hacia Lilith y, de pronto, estuvo demasiado cerca. Se puso muy tenso y trató de intimidarla con una envarada postura de irritación y sus ojos mirándola muy fijos. Akin ya había visto a los humanos hacerse esto los unos a los otros. Nunca les servía con los construidos. Y nunca había visto que sirviese con Lilith. Ésta no se movió.

—Yo soy humano —dijo el hombre—. Eso se ve. Nací antes de la guerra. No hay nada oankali en mí. Tengo padre y madre, ambos humanos, y nadie les dijo a ellos si podían tener o no hijos, cómo y cuándo los iban a tener, y de qué sexo serían esos hijos. *Y, ahora, dígame: ¿Cómo es que le han permitido tener un niño?*

—Pedí tenerlo. —Lilith tendió la mano, le arrancó al hombre el arco, y lo partió sobre una de sus rodillas antes de que el otro pudiera darse cuenta exactamente de lo que había pasado. Su movimiento casi había sido demasiado rápido para que Akin lo siguiera, a pesar de haberlo estado esperando. Luego, ella dijo—: Será usted bienvenido y le daremos alimento y cobijo durante tanto tiempo como desee, pero allí no permitimos armas.

El hombre se apartó de ella trastabillando.

—La confundí con una humana —murmuró—. ¡Dios mío, vaya si parece humana!

—Nací veintiséis años antes de la guerra —le informó ella—. Soy tan humana como cualquiera. Pero tengo otros hijos en el pueblo, y usted no va a llevar armas entre ellos.

Él miró el machete que colgaba del cinto de ella.

—Esto es una herramienta. No la usamos unos contra otros.

Él agitó la cabeza.

—No me importa lo que usted diga. Ése era un arco muy fuerte. Ninguna hembra humana hubiese sido capaz de arrancármelo y romperlo de ese modo.

Ella se apartó del hombre, desenfundó su machete y cortó una piña. La escogió cuidadosamente, le rebanó la mayor parte de su pinchante parte superior y luego cortó un par de piñas más.

Akin vigiló al hombre mientras Lilith colocaba las mandiocas y las piñas en su cesta. Cortó un racimo de plátanos y, una vez estuvo segura de que estaban libres de serpientes e insectos peligrosos, se la dio al hombre.

—Lleve esto. No hay peligro —le dijo—. Me alegra que llegase usted: entre los dos podremos llevar más.

Cortó varias docenas de tiras de quat, un vegetal oankali que le encantaba a Akin, y las ató en un manojo con unas lianas delgadas.

También cortó unos gruesos tallos de scigee, algo que habían logrado los oankali a partir de una planta terrestre mutada en la guerra. Los humanos decían que tenía el sabor y la textura de la carne de un animal extinto, el cerdo.

Lilith ató los tallos de scigee y se colgó el manojo tras ella, justo por encima de las caderas. Movió a Akin a un lado y se colgó la cesta repleta del otro.

—¿Puedes vigilarlo sin usar los ojos? —le susurró a Akin.

—Sí —contestó éste.

—Hazlo. —Y luego le dijo al hombre en voz alta—: Venga. Es por aquí.

Caminó a lo largo del sendero que llevaba al pueblo, sin esperar a ver si el hombre la seguía. Por un momento pareció que éste se iba a quedar atrás. El estrecho sendero rodeaba un grueso árbol, y Akin lo perdió de vista. Luego hubo un reguero de sonidos: pasos apresurados, una respiración jadeante.

—¡Espere! —gritó el hombre.

Lilith se detuvo y esperó a que les alcanzase. Akin se fijó en que aún seguía llevando el manojo de plátanos. Se lo había echado al hombro izquierdo.

—¡Vigílalo! —le susurró Lilith a Akin.

El hombre se acercó, luego se detuvo y se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Él agitó la cabeza.

—No sé qué pensar de usted —confesó.

Akin la notó relajarse un poco.

—Ésta es su primera visita a un pueblo comercial, ¿no? —preguntó Lilith.

—¿Pueblo comercial? ¿Así los llaman?

—Sí, y no quiero saber cómo los llaman ustedes. Pero pase un tiempo con nosotros, y quizá acabe por aceptar nuestra definición de nosotros mismos. Porque ha venido a averiguar cosas sobre nosotros, ¿no es así?

Él suspiró.

—Supongo que si. Yo era un crío cuando empezó la guerra: aún me acuerdo de los coches, la tele, los ordenadores..., los recuerdo, pero esas cosas ya no son reales para mí. En cambio, mis padres..., lo único que quieren es volver a los tiempos de antes de la guerra. Saben, tanto como yo, que eso es imposible, pero es de lo único que hablan, lo único en lo que sueñan. Los dejé para averiguar qué otra cosa se podía hacer.

—¿Sus dos padres sobrevivieron?

—Aja. Y aún están vivos. ¡Demonios, si no parecen más viejos de lo que yo soy ahora! Aún podrían... meterse en uno de los pueblos de ustedes y

tener más hijos. Pero no lo harán.

—¿Y usted, lo hará?

—No lo sé —miró a Akin—. Aún no he visto lo bastante como para decidirme.

Ella tendió la mano para tocarle el brazo en un gesto de simpatía.

Él le agarró la mano y primero la mantuvo asida, como si pensase que ella trataría de apartarla. Lilith no lo hizo. La aferró por la muñeca y examinó la mano. Al cabo de un rato la soltó.

—Humana —susurró—. Siempre he oído que uno puede saberlo por las manos; que... los otros, tienen demasiados dedos, o dedos que tienden a doblarse de un modo no humano.

—También podría averiguarlo preguntando —le dijo ella—. La gente se lo dirá sin problemas, no les importa. No es el tipo de cosa por la que nadie se moleste en mentir. Y las manos no son tan de fiar como usted cree.

—¿Puedo mirar al bebé?

—No más de cerca de lo que ya lo hace ahora.

Él inspiró profundamente.

—Nunca le haría daño a un pequeñín. Ni siquiera a uno que no fuera del todo humano.

—Akin no es del todo humano —dijo ella.

—¿Qué hay de malo en él?

—¿De malo? Nada.

—Quiero decir..., ¿qué es lo que tiene diferente?

—Son diferencias internas. Un desarrollo mental rápido. Diferencias en la percepción. Tras la metamorfosis se le empezará a ver diferente, aunque no sé hasta qué punto.

—¿Puede hablar?

—No para de hacerlo. Vamos.

La siguió a lo largo del sendero, y Akin lo vigiló a través de las zonas sensibles a la luz de su hombro y brazo.

—¿Bebé? —dijo el hombre, mirándole atentamente.

Akin, recordando lo que le había dicho Margit, volvió la cabeza para así darle cara al hombre.

—Soy Akin —dijo—. ¿Cuál es tu nombre?

La boca del hombre quedó muy abierta.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

Akin lo contempló en silencio.

—¿Es que no me entiendes? —preguntó el hombre. Tenía una cicatriz zigzagueante en uno de sus hombros, y Akin se preguntó qué la habría causado.

El hombre le dio una palmada a un mosquito con su mano libre y le dijo a Lilith:

—¿Qué edad tiene?

—Dígale su nombre —indicó ella.

—¿Cómo?

Ella no dijo más.

Al hombre le faltaba el dedo más pequeño de su pie derecho, descubrió Akin. Y había otras señales en su cuerpo..., cicatrices, más pálidas que el resto de su piel. Debía de haberse hecho daño a menudo y no tenido un ooloi que le ayudase a curarse. Nikanj nunca le hubiese dejado tantas cicatrices.

—De acuerdo —dijo el hombre—, me rindo. Me llamo Agustín Leal, pero todo el mundo me llama Tino.

—¿Debo llamarte así? —preguntó Akin.

—Seguro, ¿por qué no? Y, dime, ¿qué maldita edad tienes?

—Nueve meses.

—¿Sabes caminar?

—No. Puedo ponerme en pie si hay algo a lo que agarrarme, pero aún no lo hago muy bien. ¿Por qué te has mantenido tanto tiempo alejado de nuestros pueblos? ¿Es que no te gustan los niños?

—Esto..., no sé.

—No son todos como yo. La mayor parte de ellos no pueden hablar hasta que no son mayores.

El hombre tendió la mano y le tocó la cara. Akin tomó uno de los dedos de su mano y se lo llevó a la boca. Lo saboreó rápidamente con un lametón, rápido como el ataque de una serpiente, de su lengua, y con una penetración demasiado rápida, demasiado suave como para que él pudiera darse cuenta de ella. Recogió unas cuantas células vivas para su posterior estudio.

—Al menos te llevas las cosas a la boca como acostumbraban a hacer los bebés —dijo Tino.

—Akin —advirtió Lilith.

Reprimiendo su frustración, soltó el dedo del hombre. Hubiera preferido seguir investigándolo, comprender mejor el cómo había sido expresada la información genética que leía y ver qué factores no genéticos podía descubrir. Deseaba tratar de leer las emociones del hombre y hallar las marcas que los oankali habrían dejado en él cuando lo recogieron de la Tierra de la postguerra, cuando lo habían reparado y almacenado en animación suspendida.

Quizá más tarde tuviese oportunidad de ello.

—Si el chico es ya tan listo, ¿cómo va a ser de adulto? —preguntó Tino.

—No lo sé —contestó Lilith—. Los únicos machos construidos que

tenemos hasta el momento son nacidos de oankali..., hijos de madres oankali. Si Akin es como ellos, ya será lo bastante inteligente, pero sus intereses serán tan distintos y, en algunos casos, tan claramente no humanos, que acabará pasando mucho tiempo solo.

—¿Y eso no la preocupa?

—No hay nada que yo pueda hacer al respecto.

—Pero..., ¡no tenía usted por qué tener hijos!

—Pues resulta que tuve que tenerlos. Para cuando me bajaron de la nave, ya tenía dos hijas construidas. ¡Así que yo no tuve la posibilidad de escaparme y vivir suspirando por los viejos tiempos pasados!

El hombre no dijo nada. Si se quedaba el tiempo suficiente descubriría que, a veces, Lilith tenía aquellos estallidos de amargura. Nunca parecían afectar a su comportamiento, pero a menudo asustaban a la gente. Margit le había dicho: «Es corno si en su interior hubiese algo luchando por salir. Algo terrible». Pero, cuando parecía que ese algo estaba a punto de salir a la superficie, Lilith se iba sola al bosque y se quedaba allí durante días. Las hermanas mayores de Akin decían que las preocupaba que una de esas veces se fuese y ya no volviese nunca más.

—¿La obligaron a tener hijos? —inquirió el hombre.

—Uno de ellos me sorprendió —explicó ella—. Primero me dejó preñada, y más tarde me lo contó. Dijo que me había dado lo que yo siempre había querido, pero que jamás me habría atrevido a pedirle.

—¿Y eso era cierto?

—Sí. —Agitó la cabeza de lado a lado—. ¡Oh, sí! Pero, si yo tuve la fuerza de voluntad de no pedírselo, él debería haber tenido la fuerza de voluntad de dejarme en paz.

5

Para cuando llegaron al pueblo la lluvia ya había empezado, y Akin disfrutó de las primeras gotas cálidas que lograron abrirse camino por entre la cúpula de los árboles. Luego estuvieron a cubierto..., seguidos por todos los que habían visto a Lilith llegar acompañada de un desconocido.

—Querrán conocer toda la historia de su vida —le dijo Lilith en voz baja—. Querrán que les hable de su poblado, de sus viajes; todo lo que usted sepa será noticia para nosotros. No nos visitan demasiados viajeros. Y, luego, cuando haya comido y hablado y todo lo demás, tratarán de arrastrarle a sus camas. En eso haga lo que quiera. Y si ahora está demasiado cansado para todo ello, dígalo, y dejaremos su fiesta para mañana.

—No me dijo que iba a tener que montar un espectáculo —observó él, mirando a la creciente avalancha de humanos, construidos y oankali.

—No tiene por qué aceptarlo. Haga lo que le apetezca.

—Pero... —Miró a su alrededor, como impotente, apartándose con un estremecimiento de un niño no sexuado, nacido de oankali, que le tocó con uno de los tentáculos sensoriales que le crecían de la cabeza.

—No lo asustes —le dijo Akin al construido, hablando desde la espalda de Lilith. Utilizó el idioma oankali—. Allí de donde él viene no hay muchos de nosotros.

—¿Es un resistente? —preguntó el niño.

—Sí, pero no creo que quiera hacer ningún daño. No intentó hacérnoslo a nosotros.

—¿Qué es lo que quiere el chico? —preguntó Tino.

—Simplemente, siente curiosidad acerca de usted—le explicó Lilith—. ¿Quiere hablar con esta gente, mientras yo preparo algo de comer?

—Supongo que sí, aunque no soy ningún buen narrador.

Lilith se volvió a la aún creciente multitud.

—De acuerdo —dijo en voz alta. Y, cuando se hubieron callado—: Su nombre es Agustín Leal. Viene de muy lejos, y dice que no le molesta contárnoslo.

La gente le aclamó.

—Si alguien quiere ir a su casa a buscar algo de comer o beber, esperaremos.

Varios humanos y construidos se alejaron, pidiendo que no empezase nada sin ellos. Un oankali retiró a Akin de la espalda de Lilith: Dichaan. Akin se aplastó alegremente contra él, compartiendo lo que había averiguado del nuevo humano.

—¿Te gusta? —le preguntó Dichaan por medio de señales táctiles acompañadas de imágenes sensoriales.

—Sí. Está algo temeroso y es peligroso. Madre tuvo que deshacerse de

su arma, pero, sobre todo, siente curiosidad. Es tan curioso que parece uno de nosotros.

Dichaan proyectó regocijo. Manteniendo su conexión sensorial con Akin, contempló como Lilith le daba a Tino algo de beber. El hombre probó la bebida y sonrió. La gente se había reunido a su alrededor, sentada en el suelo. La mayoría eran niños, y esto por una parte pareció tranquilizarle, ya no sentía miedo, y por otra excitarle. Sus ojos se enfocaron en un niño tras otro, examinando la amplia variedad de ellos.

—¿Tratará de robar alguno? —preguntó silenciosamente Akin.

—Si lo hiciera, Eka, probablemente sería a ti. —Dichaan suavizó con humor la afirmación, pero bajo la misma había una seriedad que no pasó desapercibida para Akin. Probablemente el hombre no quería hacer ningún daño, no era un ladrón de niños; pero Akin tendría que andarse con cuidado, no debía permitirse el quedarse a solas con Tino.

La gente trajo comida, la repartió con los demás y con Lilith, al tiempo que aceptaban lo que ella les ofrecía. Como siempre, alimentaban a sus propios hijos y también a los hijos de los demás. Un niño que pudiese caminar podía conseguir porciones de comida en cualquier parte.

Lilith preparó, para Tino *y* sus hijos pequeños, bocadillos de scigee caliente y quat con pan plano de mandioca, acompañados de judías calientes y muy sazonadas. Como postre había rodajas de piña y papaya. Le fue dando a Akin pequeñas porciones de quat mezclado con mandioca. Y no le dejó tomar teta hasta que se hubo acomodado con todos los demás, para escuchar y hablar con Tino.

—A nuestro pueblo le pusieron el nombre de Fénix antes de que mis padres llegasen al mismo —les contó Tino—. No estuvimos entre los primeros colonos. Llegamos del bosque, medio muertos: habíamos comido algo malo, una especie de fruto de la palmera que, sí, era comestible, pero sólo si uno lo hervía, cosa que nosotros no habíamos hecho. El caso es que llegamos allí casi sin saber cómo, y la gente de Fénix se ocupó de nosotros. Yo era el único niño que tenían..., el único niño humano que habían visto desde antes de la guerra. Se puede decir que todo el pueblo me adoptó, porque... —Se detuvo, contemplando a un grupo de oankali—. Bueno, ya saben. Querían hallar también a una niña pequeña; pensaban que, quizá, los pocos pequeños que no habíamos llegado a la pubertad antes de que nos soltasen de la nave pudiésemos ser fértiles si nos juntábamos al crecer.

Miró al oankali más cercano, que resultó ser Nikanj.

—¿Verdadero o falso? —le preguntó.

—Falso —le contestó suavemente Nikanj—. Les dijimos que eso era falso, pero ellos prefirieron no creernos.

Tino miró a Nikanj, con una expresión que Akin no comprendió. La mirada no era amenazadora, pero Nikanj recogió un poco sus tentáculos corporales, en lo que era el inicio de un gesto de amenaza previo a un golpe de aguijón. Los humanos lo llamaban anudarse o hacerse nudos, y sabían que significaba que el oankali estaba irritándose, o que se encontraba muy alterado. Pocos de ellos se daban cuenta de que también era un acto reflejo,

potencialmente letal. Cada uno de los tentáculos sensoriales podía aguijonear. Los ooloi también podían aguijonear con sus brazos sensoriales y, ellos al menos, podían hacerlo sin matar. Los oankali, machos y hembras, y los construidos, sólo podían matar. Akin podía hacerlo con su lengua. Aquélla era una de las primeras cosas que Nikanj le había enseñado que no debía de hacer. Si no se lo hubiera explicado, podría haber descubierto esta habilidad por accidente y matar a Lilith o a algún otro humano. Al principio esta idea le había asustado, pero ahora ya no le preocupaba. Nunca había visto a nadie aguijonear a alguien.

Incluso ahora, el lenguaje corporal de Nikanj sólo indicaba un cierto sobresalto. Pero, ¿por qué tenía que sobresaltarle Tino? Akin empezó a observar a Nikanj en lugar de a Tino. Cuando éste hablaba, todos los largos tentáculos de la cabeza del ooloi se volvían para enfocarle, Nikanj estaba intensamente interesado en este recién llegado. Tras un momento, se puso en pie y se abrió camino hasta Lilith, y le cogió a Akin de los brazos.

Akin había acabado de mamar y ahora se aplastó, solícitamente, contra Nikanj, dándole lo que sabía que él quería: información genética sobre Tino. A cambio, le exigió que le explicase los sentimientos que Nikanj había expresado con el retraimiento de sus tentáculos sensoriales.

En silenciosas pero coloristas imágenes y señales, Nikanj le explicó:

—Cuando era niño, ese humano quiso quedarse con nosotros. No pudimos aceptar quedárnoslo, pero esperamos que volviese con nosotros cuando fuera mayor.

—Entonces, ¿lo conocías?

—Yo me ocupé de su condicionamiento. Entonces, él sólo hablaba español, y éste es uno de los idiomas humanos que yo domino. Él sólo tenía ocho años de edad y no me temía. Yo no quería dejarlo ir: Todos sabíamos que sus padres echarían a correr en cuanto los soltásemos, se convertirían en resistentes, y quizá morirían en el bosque. Pero no pude obtener un consenso. No somos buenos para criar niños humanos, así que nadie quería romper esa familia. Y ni siquiera yo quería forzarles a todos ellos a quedarse con nosotros. Teníamos grabaciones de los tres, de modo que, si morían o seguían en la resistencia, podríamos fabricar copias genéticas de ellos, para que naciesen de humanos comerciantes. No se perderían para el banco genético. Así que decidimos que tendríamos que conformarnos con esto.

—¿Te ha reconocido Tino?

—Sí, pero de un modo muy humano, pienso. No creo que comprenda por qué he atraído su atención. No tiene un acceso completo a su memoria.

—No comprendo eso.

—Es algo muy humano. La mayoría de los humanos pierden el acceso a los viejos recuerdos a medida que adquieren otros nuevos. Por ejemplo, saben hablar, pero no recuerdan haber aprendido a hacerlo. Normalmente conservan lo que les ha enseñado la experiencia..., pero pierden la experiencia en sí. Nosotros podemos hacerles recuperar lo olvidado, hacer que lo recuerden todo..., pero, para muchos de ellos, eso sólo serviría para crearles confusión. El recordar tanto de sus memorias les distraería del

presente.

Akin recibió una impresión de un humano anonadado, cuya mente estaba tan sobrecargada por el pasado que cada nueva experiencia ocasionaba automáticamente el revivir varias otras antiguas, las cuales a su vez hacían revivir otras más…

—¿Me pasará eso a mí? —preguntó temerosamente.

—Naturalmente que no; ningún construido es así. Nos andamos con cuidado.

—Lilith tampoco es así, y ella lo recuerda todo.

—Habilidad natural, más algunos cambios que le hice. Ella fue elegida con mucho cuidado.

—¿Cómo te volvió a encontrar Tino? ¿Lo trajiste aquí antes de que los soltaseis? ¿Recordaba el lugar?

—Este lugar no existía cuando dejamos ir a su familia y a algunos otros. Probablemente iba siguiendo el río. ¿Tenía una canoa?

—No creo. No sé.

—Si sigues el río y mantienes los ojos bien abiertos, hallarás pueblos.

—Nos encontró a mamá y a mí.

—Él es humano…, y un resistente. No querría, simplemente, entrar en un pueblo sin más. Preferiría antes echarle una ojeada… Y tuvo la buena fortuna de hallar a algunos habitantes inofensivos del pueblo…, gente que podía meterlo, sano y salvo, en el lugar, o que podía decirle por qué valdría más que evitase ese sitio.

—Madre no es inofensiva.

—No, pero le resulta conveniente parecerlo.

—¿Y qué tipo de pueblo tendría que evitar?

—Probablemente otros habitados por resistentes. Los pueblos de resistentes, especialmente los que están muy separados entre sí, son peligrosos de distintos modos. Algunos de ellos son peligrosos unos para otros. Unos pocos se convierten en peligrosos para nosotros, y tenemos que dispersarlos. La diversidad humana es fascinante y seductora, pero no podemos dejar que eso los destruya…, o nos destruya.

—¿Mantendrás a Tino aquí?

—¿Te gusta?

—Sí.

—Bien. A tu madre aún no, pero puede que cambie de parecer. Quizás él desee quedarse.

Akin, curioso acerca de las relaciones entre los adultos, *usó* todos sus sentidos para percibir lo que ocurría entre sus padres y Tino.

Claro que primero faltaba que terminase la historia que contaba Tino.

—No sé qué contarles de nuestro poblado —estaba diciéndoles—. Está

lleno de gente mayor que parece joven... igualito que aquí, supongo. Excepto que aquí tienen niños. Trabajamos duro, tratando de hacer que las cosas fueran lo más parecidas posibles a como eran antes. Eso es lo que mantuvo a todos en marcha: la idea de que podíamos emplear nuestras largas vidas para volver a recuperar la civilización..., tener las cosas preparadas para cuando me encontrasen una chica o descubrieran algún modo en que ellos pudieran tener hijos propios. Creían que eso sucedería. Yo también lo creía. ¡Infiernos, yo me lo creía más que nadie!

«Recuperamos materiales antiguos y abrimos una cantera en las montañas. A mí jamás me permitieron ir allí, temían que me pasase algo; pero ayudé a construir las casas. ¡Casas de verdad, no chozas..., incluso tenemos cristales en las ventanas! Fabricamos cristales, y los que nos sobran los intercambiamos con otros pueblos de resistentes. Los habitantes de uno de ellos se vinieron a vivir con nosotros cuando vieron lo bien que nos iba. Eso casi nos hizo duplicar nuestro número. Tenían a un chico que era unos tres años más joven que yo, pero nada de chicas.

«Construimos una pequeña ciudad. Incluso teníamos un par de molinos de agua para suministrarnos energía. Eso nos facilitaba la construcción. Construíamos como locos. Si uno está realmente ocupado, no tiene tiempo para pensar que quizá lo esté haciendo todo para nada... que quizá lo único que lográsemos al final fuera quedarnos sentados en nuestras bonitas casas, reuniéndonos para rezar en nuestra bella iglesia, y seguir viviendo sin irnos haciendes viejos, todos unidos.

«Entonces, en sólo una semana, dos hombres y una mujer se ahorcaron. Y otros cuatro, simplemente, desaparecieron. Ocurrió así, de golpe...., como una epidemia que ataca a alguien y luego se extiende: nunca habíamos tenido ni un suicidio, ni una desaparición, y, de repente, fue como una enfermedad. Y supongo que un día me atacó a mí. Y, me pregunto, ¿a dónde *va* la gente cuando desaparece? ¿A un sitio como éste?

Miró a su alrededor, suspiró, y luego continuó. Su tono cambió de un modo brusco:

—Ustedes tienen todas las ventajas. Los oankali les pueden facilitar cualquier cosa. ¿Por qué viven de este modo?

—Estamos cómodos —le contestó Ayre, la hermana mayor de Akin—. Éste no es un mal modo de vivir.

—¡Es primitivo! ¡Viven ustedes como salvajes! Quiero decir que... —bajó la voz—. Lo siento, no quería ofenderles..., es que..., no sé un modo educado en que decirles esto: al menos, ¿por qué no construyen verdaderas casas y se deshacen de estas chozas? ¡Tendrían que ver nuestra ciudad! ¡Infiernos, ustedes tienen astronaves...! ¿Cómo pueden vivir de este modo?

Lilith le habló suavemente:

—¿Cuántas de esas casas de verdad de ustedes estaban vacías cuando se marchó de allí, Tino?

Se enfrentó a ella, irritado:

—¡Mi gente no tuvo ninguna oportunidad! ¡Ellos no quisieron la guerra! ¡Ellos no quisieron a los oankali! ¡Y ellos no quisieron convertirse en

estériles! ¡Pero puede estar segura de que todo lo que hicieron fue de corazón, era bueno y funcionaba! Así que yo pensé: «¡Oye, si nosotros hemos edificado una pequeña ciudad, los... comerciantes deben de haber hecho una ciudad grande!».

Su voz creció de nuevo:

—¿Y qué es lo que encuentro? ¡Un poblado de chozas, con huertos primitivos..., este lugar que apenas si es un claro en el bosque! —Miró a su alrededor, con expresión de disgusto—. ¡Tienen ustedes críos por los que planificar y a los que cubrir sus necesidades, y los van a dejar volver a la edad de las cavernas!

Una mujer humana llamada Leah dijo:

—Nuestros hijos están bien, pero me gustaría que pudiésemos lograr que más de su gente viniera aquí con nosotros. Son lo más parecido a inmortales que jamás haya conocido la raza humana, y en lo único en que piensan es en construir casas inútiles y en matarse los unos a los otros.

—Es hora de que ofrezcamos a los resistentes un modo en que volver a nosotros —dijo Ahajas—. Creo que nos hemos comportado demasiado despreocupadamente respecto a ellos.

Varios oankali hicieron gestos de aprobación.

—¡Déjenlos en paz! —exclamó Tino—. ¿No les han hecho ya bastante? ¡Yo no les voy a decir dónde están!

Nikanj, aún sosteniendo a Akin en brazos, se alzó y se movió por entre la gente reunida, hasta que pudo sentarse en un lugar en el que no había nadie entre él y Tino.

—Ninguno de los pueblos de resistentes nos es desconocido —le dijo suavemente—. Y nunca le habríamos preguntado dónde está Fénix. Además, no vamos a limitarnos a Fénix: ya es hora de que nos pongamos en contacto con todos los asentamientos de resistentes y les invitemos a unirse a nosotros. Sólo les recordaremos que llevan vidas estériles, sin objetivo. No les obligaremos a venir a nosotros, pero queremos que sepan que aún son bienvenidos. Que, si al principio los dejamos ir, fue porque no queríamos tenerlos prisioneros.

Tino se echó a reír, amargamente.

—Así que todos los que están aquí lo están voluntariamente, ¿no?

—Todos los que están aquí son libres de irse cuando lo deseen.

Tino le lanzó a Nikanj otra de sus miradas indescifrables y se volvió, deliberadamente, hacia Lilith.

—¿Cuántos hombres hay aquí?

Lilith miró a su alrededor y halló a Wray Ordway, que era quien se ocupaba de tener aprovisionada la cabaña para invitados de comida y otros suministros. Allá era donde vivían los hombres recién llegados hasta que se apareaban con una de las mujeres del poblado. Era la única vivienda del poblado que había sido construida con árboles cortados y techumbre de hojas de palmera. Quizá Tino durmiese allí esta noche. Wray se ocupaba de

la cabaña para invitados porque había elegido no andar vagabundeando. Se había apareado con Leah y, aparentemente, nunca se había cansado de ella. Ellos dos, junto con sus tres compañeros oankali, tenían nueve hijas nacidas de humana y once hijos nacidos de oankali.

—¿Cuántos hombres tenemos ahora, Wray? —preguntó Lilith.

—Cinco —le contestó éste—. Sin embargo, no hay ninguno en la cabaña de invitados, así que Tino puede tenerla para él solo, si lo desea.

—Cinco hombres. —Tino agitó la cabeza—. No me extraña que no hayan construido nada.

—Nos construimos a nosotros mismos —le dijo Wray—. Aquí estamos construyendo una nueva forma de vida. Usted no sabe nada de nosotros, así que... ¿por qué no pregunta cosas en lugar de hablar de lo que no tiene ni idea?

—¿Y qué hay que preguntar? Aparte su huerto..., no hacen crecer nada. Y, aparte estas chozas, no han construido nada. En cuanto a eso de construirse a ustedes mismos, eso es algo que están haciendo los oankali... ustedes sólo son la arcilla entre sus manos, nada más.

—Ellos nos cambian a nosotros, y nosotros los cambiamos a ellos — intervino Lilith—. Toda la siguiente generación está compuesta por gente formada mediante la ingeniería genética, Tino..., construidos, ya sea nacidos de madre humana o oankali.

Suspiró.

—No me gusta lo que ellos están haciendo, eso es algo que siempre he dejado bien claro. Pero están metidos en esto con nosotros y, cuando la nave se marche, se quedarán aquí tan atrapados como nosotros. Y, empujados por su biología, no pueden dejar de mezclarse con nosotros. Pero algo de lo que a nosotros nos hace humanos sobrevivirá, al igual que algo de lo que los hace a ellos oankali. —Hizo una pausa y pasó la vista por la gran sala—. Mire a los niños que hay aquí, Tino. Mire a los construidos adultos. No se puede saber quién nació de quién. Pero en cada uno de ellos puede ver algunas características humanas. En cuanto a la forma en que vivimos..., bueno, no somos tan primitivos como piensa..., ni tan avanzados como podríamos ser. Todo fue cuestión de lo parecidas que queríamos que fuesen nuestras viviendas a las de la nave. Y, si los oankali hicieron que aprendiésemos a vivir aquí sin su ayuda, fue para que, si nos hacíamos resistentes a ellos, pudiéramos sobrevivir. Para que, así, la gente como tus padres tuvieran una oportunidad.

—¡Vaya oportunidad! —murmuró Tino.

—Mejor que ser prisioneros o esclavos —indicó ella—. Deberían de haber estado preparados para vivir en el bosque. Me sorprende que comiesen ese fruto de la palma que les hizo enfermar.

—Éramos gente de ciudad, y teníamos hambre. Mi padre no creía que algo pudiera ser venenoso cuando estaba crudo, pero pudiese comerse una vez hervido.

Lilith agitó la cabeza.

—Yo también era de ciudad, pero hay cosas que no estaba dispuesta a descubrir por experiencia propia. —Volvió al tema original—: En cualquier caso, una vez hubimos aprendido a vivir por nosotros mismos en el bosque, los oankali nos dijeron que no teníamos que hacerlo obligatoriamente; que ellos pensaban vivir en casas tan confortables como las que tenían en la nave, y que éramos libres de hacer lo mismo. Nosotros aceptamos su oferta..., créame, el tejer paja para hacer techos y el cortar troncos para atarlos con lianas me resulta tan poco placentero como pueda parecérselo a usted..., y eso que he tenido que hacerlo durante más tiempo del que hubiese deseado.

—Este lugar tiene un techo de hojas —argumentó Tino—. De hecho, parece que hace poco que lo han vuelto a techar.

—¿Lo dice porque las hojas son verdes? Infiernos, son verdes porque están vivas. Tino, esta casa no la hemos construido, la hemos hecho crecer: Nikanj nos suministró la semilla, los demás limpiamos un claro en el bosque, y todo el mundo que iba a vivir aquí entrenó las paredes y les hizo darse cuenta de nuestra existencia.

Tino frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso de darse cuenta de su presencia? Creí que me estaba diciendo que era una planta...

—Es una construcción oankali. En realidad, es una especie de versión, en larva, de la nave. Una larva neo-técnica. Puede reproducirse sin crecer. Y también puede hacerse mucho mayor sin madurar sexualmente. Ésta tendrá que seguir así durante un tiempo: no necesitamos más que una.

—Pero tienen más de una. Tienen...

—Sólo una en este poblado. Y buena parte de ella está bajo tierra. Lo que se ve de ella parecen casas, césped, matorrales, los árboles más próximos y, hasta cierto punto, la orilla del río. Esto le permite una cierta erosión y atrapar algo del cieno nutritivo que va pasando. Sin embargo, su inclinación es convertirse en un sistema cerrado, en una nave. No podemos dejarle hacer esto aquí. Aún tenemos mucho que crecer nosotros mismos.

Tino agitó la cabeza. Recorrió con la vista la gran sala, y a la gente mirándole, comiendo, alimentando a los niños. Algunos de los más pequeños estaban tendidos, dormidos, con sus cabezas en los regazos de sus mayores.

—Mire arriba, Tino.

Tino se sobresaltó al sonido de la suave voz de Nikanj, tan cercana a él. Pareció estar a punto de apartarse, de acurrucarse. Probablemente no había estado tan cerca de un oankali desde que era niño. De algún modo, consiguió quedarse quieto.

—Mire arriba —repitió Nikanj.

Tino alzó la vista hacia el suave brillo amarillento del techo.

—¿No se ha preguntado de dónde viene esa luz? —dijo Nikanj—. ¿Es éste el techo de una vivienda primitiva?

—No estaba así cuando entré.

—No. Cuando usted entró aquí no se necesitaba luz, llegaba mucha de fuera. Mire qué paredes tan lisas, mire al suelo, pálpelo..., no creo que un suelo de madera muerta sea tan confortable. Tendrá posibilidad de hacer comparaciones si decide quedarse en la cabaña de invitados: ésa sí que es realmente la construcción de madera burda y techo de paja que usted creyó. Tiene que serlo: los forasteros no sabrían cómo controlar las paredes de las verdaderas casas que tenemos aquí.

Wray Ordway intervino, con voz engañosamente átona:

—Nika, si ese hombre duerme esta noche en la cabaña de invitados, perderé toda mi fe en ti.

El cuerpo de Nikanj se puso irremediablemente liso, y todo el mundo se echó a reír. Akin sabía que ese aplanar de los tentáculos del cuerpo y la cabeza, hasta dejar una superficie tan lisa como un espejo, normalmente indicaba placer o buen humor, pero lo que estaba sintiendo ahora Nikanj no era ninguna de estas emociones. Era más como una enorme, absorbente ansia, que apenas si podía mantener bajo control. Si Nikanj hubiera sido humano, seguro que hubiese estado temblando. Tras un momento, consiguió volver a su apariencia normal. Enfocó un cono de tentáculos de la cabeza a Lilith, haciéndole una súplica. Ella no se había reído con los demás, aunque estaba sonriendo.

—Gente, sois unos groseros —dijo, sin perder la sonrisa—. Debería daros vergüenza. Ahora iros a casa..., todos. Y que tengáis sueños interesantes.

6

Tino se quedó mirando, confuso, como la gente empezaba a marcharse. Algunos de ellos aún estaban riendo un chiste que Tino no estaba muy seguro de comprender, ni siquiera estaba muy seguro de querer entenderlo. Algunos se quedaron hablando con la mujer que lo había traído al poblado, la que se llamaba Lilith. Un nombre poco común, Lilith, cargado de malas connotaciones. Casi cualquier otro nombre hubiese sido mejor.

Tres oankali y varios niños formaban corro a su alrededor, hablando con los invitados que se marchaban. Buena parte de la conversación era en algún otro idioma, casi con seguridad oankali, dado que Lilith le había dicho que los habitantes del poblado no tenían otros idiomas humanos en común.

El grupo, familia e invitados, era de lo más variopinto, pensó Tino: humanos; casi humanos, con sólo unos pocos tentáculos sensoriales visibles; medio humanos, grises con miembros extrañamente articulados y algunos tentáculos sensoriales más; oankali con características humanas que contrastaban estremecedoramente con su alienigenidad; oankali que posiblemente fueran en parte humanos; y oankali, como el ooloi que había hablado con él, que obviamente no tenían la menor humanidad.

Lilith destacaba en medio de aquel circo. Le había gustado su aspecto cuando la había divisado en el huerto. Era toda una amazona, alta y fuerte, pero sin tener un aspecto externo de dureza. Una hermosa piel oscura, los pechos altos, a pesar de todos los hijos..., unos pechos llenos de leche. Nunca antes había visto a una mujer dar de mamar a un niño. Casi había tenido que darle la espalda, para evitar quedarse mirándola como un bobo mientras alimentaba a Akin. La mujer no era hermosa: su rostro, ancho y suave, tenía habitualmente una expresión de solemnidad, casi de melancolía. La hacía casi parecer, y Tino se sobresaltó ante la idea..., la hacía casi parecer santa. Una madre. Muy madre..., y algo más.

Y, aparentemente, no tenía hombre. Había dicho que el padre de Akin había muerto hacía mucho. ¿Andaría buscando a alguien? ¿Era eso lo que había ocasionado todas aquellas risas? Después de todo, si se quedaba con Lilith, también se quedaría con la familia oankali de ella, con el ooloi cuya reacción había provocado tanta hilaridad. Especialmente con el ooloi..., ¿y qué era lo que significaría eso?

Estaba mirando a Nikanj cuando se le acercó el hombre al que Lilith había llamado Wray.

—Soy Wray Ordway —le dijo—. Yo vivo aquí permanentemente. Venga a verme cuando pueda, cualquiera le dirá dónde está mi casa.

Era un hombre pequeño y rubio, con unos ojos casi incoloros. ¿Realmente alguien podía ver con unos ojos como aquéllos?

—¿Conoce a Nikanj? —le preguntó el hombre.

—¿A quién? —inquirió a su vez Tino, aunque creía saber a quién se refería.

—El ooloi que habló con usted. Ese al que está mirando ahora.

Tino le estudió con un inicio de irritación.

—Creo que él sí que le ha reconocido a usted —prosiguió Wray—. Es un ser muy interesante, Lilith tiene una gran opinión de él.

—¿Es el compañero de ella? —Naturalmente que lo era.

—Es uno de los compañeros de ella. No obstante, hace mucho que no ha tenido a un hombre que se quedase con ella.

¿Era ese Nikanj el compañero que la había forzado a quedar embarazada? Era un ser feo, con demasiados tentáculos craneales y demasiado poco de nada que pudiera ser llamado rostro. Y, sin embargo, había en él algo subyugante. Quizá lo hubiese visto antes, quizá fuese el último ooloi que había visto, antes de que los mandasen, a sus padres y a él, a la Tierra y los liberasen. ¿Aquel ooloi...?

Una jovencita de aspecto muy humano rozó a Tino, camino hacia fuera. La atención de él se sintió atraída y la siguió con la vista mientras andaba hacia la salida. La vio reunirse con otra jovencita, muy parecida a ella, y ambas se volvieron para mirarle y sonreírle. Eran absolutamente iguales, guapas, pero tan asombrosas en su similitud que eso le distrajo de su belleza. Se encontró rebuscando en su memoria una palabra que no había usado desde la niñez.

—¿Gemelas? —le preguntó a Wray.

—¿Esas dos? No. —Wray sonrió—. No obstante, nacieron con un día de diferencia la una de la otra. Una de ellas tendría que haber sido un chico.

Tino miró a las dos bien formadas jovencitas.

—Ninguna de ellas se parece en nada a un chico.

—¿Le gustan?

Tino le miró y sonrió.

—Son hijas mías.

Tino se quedó helado; luego apartó, inquieto, su mirada de las chicas.

—¿Las dos? —preguntó al cabo de un momento.

—De madre humana y de madre oankali. Créame, no eran tan idénticas cuando nacieron. Creo que ahora lo son porque Tehkorahs quería dejar clara una cosa: que los nueve hijos que Leah y yo hemos tenido son verdaderos compañeros de camada, auténticos hermanos, de los hijos de nuestros cónyuges oankali.

—¿Nueve hijos? —susurró Tino—. ¿Nueve?

Había vivido desde la niñez entre gente que hubiera dado su vida por ser capaz cíe producir un soto hijo.

—*Nueve* —confirmó Wray—. Y, escuche...

Esperó hasta que los ojos de Tino se enfocaron en él:

—Escuche, no quiero que se equivoque: esas chicas llevan más ropa que la mayoría de los construidos porque tienen diferencias ocultables. Ninguna de ellas es tan humana como parece. Así que déjelas en paz si no puede aceptarlo.

Tino miró aquellos pálidos ojos, con aspecto de ser ciegos.

—¿Y qué sucede si puedo aceptarlo?

—Eso ya es algo a tratar entre usted y ellas. —Las chicas estaban hablando con Nikanj. Otro ooloi fue hacia ellas, mientras continuaba esa conversación, y puso un brazo de fuerza alrededor de cada una de ellas.

—Ése es Tehkorahs —dijo Wray—, mi compañero ooloi. Creo que ése es el modo que tiene de mostrarse protector hacia las chicas. Y, Nikanj, ¿quién se lo iba a creer...?, se está mostrando impaciente.

Tino contempló con interés a las dos chicas y los dos ooloi. No parecían estar discutiendo. De hecho, habían dejado de hablar..., o habían dejado de hablar en voz alta. Sospechaba que, de algún modo, aún seguían comunicándose. Siempre habían corrido rumores de que los ooloi podían leer las mentes. Él nunca se lo había creído, pero estaba claro que allí estaba pasando algo.

—Una cosa —le dijo suavemente Wray—: Escucheme...

Tino le miró interrogante.

—Aquí puede hacer lo que le plazca. En tanto no le haga daño a nadie, se puede quedar, o irse, a su antojo; puede escoger a sus amigos, a sus amantes. Y nadie tiene derecho a exigirle nada que usted no quiera darle. —Se volvió y se marchó, antes de que Tino le pudiese preguntar lo que significaba esto, realmente, con referencia a los oankali.

Wray se unió a sus hijas y a Tehkorahs y los dirigió hacia el exterior. Tino se dio cuenta de que estaba contemplando las caderas de las jóvenes. Hasta que no hubieron desaparecido no vio que Lilith y Nikanj se habían acercado a él.

—Nos gustaría que se quedase con nosotros —le dijo Lilith—. Al menos por esta noche.

Miró al rostro sin arrugas de ella, su mata de cabello oscuro, sus pechos, ahora ocultos bajo una simple camisa gris. Les había podido dar una rápida ojeada cuando se había puesto a dar de mamar a Akin.

Ella le tomó la mano, y él recordó cuando había tomado la de ella para examinarla. Tenía unas manos grandes, fuertes, llenas de callos, cálidas y humanas. Casi de modo inconsciente, le había dado la espalda a Nikanj. ¿Qué era lo que quería aquel ser? O, mejor dicho, ¿cómo se lo montaba para conseguir lo que quería? ¿Qué era lo que les hacían los ooloi, realmente, a los humanos? ¿Qué querría aquél de él? Y, ¿quería él lo bastante a Lilith como para llegar a descubrirlo?

Aunque, si no era para aquello, entonces, ¿para qué se había ido de Fénix?

Pero..., ¿tan rápido? ¿Ahora?

—Siéntese con nosotros —le dijo Lilith—. Hablemos un poco.

Tiró de él hacia la pared, hacia el lugar en que se había colocado cuando había hablado con la gente. Se sentaron cruzando las piernas..., es decir, los dos humanos lo hicieron, con sus cuerpos formando un apretado

triángulo. Tino contempló como los dos oankali que estaban en la habitación se llevaban a los niños fuera. Estaba claro que Akin y el pequeño gris que ahora lo llevaba en brazos querían quedarse. Eso era evidente para Tino, a pesar de que ninguno de los dos niños hablaba en inglés. Pero el mas grandote de los dos oankali alzó a ambos pequeños con facilidad y consiguió interesarlos en alguna otra cosa. Los tres desaparecieron, siguiendo a los demás por una puerta que pareció crecer para luego cerrarse..., del mismo modo que las puertas se habían cerrado, hacía tanto, allá en la nave. La habitación estaba ahora sellada y vacía de todos, excepto Tino, Lilith y Nikanj.

Tino se obligó a sí mismo a mirar a Nikanj. Éste había doblado las piernas bajo su cuerpo, del modo que lo hacían los oankali. Muchos de sus tentáculos de cabeza estaban dirigidos en su dirección, dando casi el aspecto de que estaban esforzándose en estirarse hacia él. Suprimió un estremecimiento..., que no era una respuesta de miedo o disgusto. Estos sentimientos no le habrían sorprendido, pero lo que notaba..., bueno, la verdad era que no sabía lo que sentía hacia aquel ooloi.

—Era usted, ¿no? —preguntó súbitamente.

—Sí —admitió Nikanj—. Usted es inhabitual, no sé de ningún otro humano que haya recordado.

—¿Que haya recordado su condicionamiento?

Silencio.

—Que recuerde a su condicionador —afirmó Tino, asintiendo con la cabeza—. No creo que nadie pueda olvidar su condicionamiento. Pero..., no sé cómo lo he reconocido. Lo conocí hace tanto tiempo... Y, bueno no quiero ofenderlo, pero lo cierto es que no puedo distinguir a uno de otro de entre su gente.

—Sí puede. Sólo que aún no se da cuenta de ello. Y eso también es inusitado. Algunos humanos nunca llegan a reconocer a los individuos entre nosotros.

—¿Qué es lo que me hizo entonces? —exigió saber Tino—. Nunca..., nunca, ni antes ni después, he notado algo como aquello.

—Ya se lo dije en aquel momento. Comprobé la posible existencia de enfermedades o daños físicos, le reforcé contra la infección, eliminé todos los problemas que hallé, programé su cuerpo para frenar su proceso de envejecimiento después de llegar a un cierto punto, e hice todo lo que pude para mejorar sus posibilidades de sobrevivir a su reingreso en la Tierra. Éstas eran las cosas que hacían todos los condicionadores. También hicimos grabaciones de usted..., o sea que leímos todo lo que su cuerpo nos podía decir acerca de sí mismo y creamos una especie de plano. Así, aunque no hubiese sobrevivido, podríamos haber hecho una copia física de usted.

—¿Un bebé?

—Sí, eventualmente. Pero le preferimos a usted más que a cualquier copia. Para que ésta sea una buena transacción comercial necesitamos la diversidad cultural tanto como la genética.

—¡Comercio! —dijo despectivamente Tino—. No sé cómo se podría llamar a lo que nos están haciendo, pero desde luego no es comercio. El comercio es lo que tiene lugar cuando dos partes acuerdan hacer un intercambio.

—Sí.

—Y no tiene que haber coerción.

—Nosotros tenemos algo que ustedes necesitan. Ustedes tienen algo que nosotros necesitamos.

—¡No necesitábamos nada antes de que ustedes llegasen!

—Estaban muriéndose.

Tino no dijo nada por un momento. Apartó la vista. La guerra era una locura que jamás había comprendido, y nadie en Fénix había sido capaz de explicársela. Al menos, nadie había sido capaz de darle un motivo de por qué una gente que tenía excelentes razones para suponer que se destruirían a sí mismos si hacían ciertas cosas había decidido, de todos modos, hacer dichas cosas. Creía comprender la ira, el odio, la humillación, incluso el deseo de matar a un hombre. Había sentido todas esas cosas. Pero el matar a todos los seres humanos..., el matar casi la Tierra... Había veces en las que se preguntaba si, en algún modo, no habrían sido los oankali los que habrían provocado la guerra, para así lograr sus propios propósitos. ¿Cómo podía una gente cuerda, parecida a la que había dejado allá en Fénix, hacer una cosa así...? O, ¿cómo podían dejar ellos que otra gente, demente, llegase a controlar unos artefactos que podían hacer tanto daño? Si sabías que alguien había perdido la razón, entonces le impedías actuar. No le dabas el poder.

—No sé nada de la guerra —admitió Tino—. Nunca ha tenido sentido para mí. Pero..., quizá deberían habernos dejado tranquilos. Tal vez algunos de nosotros hubiésemos sobrevivido.

—No hubiera sobrevivido nada, a excepción de las bacterias, algunos pequeños animales y plantas terrestres, y ciertos seres marinos. La mayor parte de la vida que ve usted a su alrededor ha sido vuelta a sembrar a partir de grabaciones de especímenes recogidos, de nuestras propias creaciones, y de restos alterados de cosas que habían iniciado cambios benignos antes de que las hallásemos. La guerra había dañado su capa de ozono. ¿Sabe lo que es eso?

—No.

—Era algo que escudaba a la Tierra de los rayos ultravioleta del Sol. Sin su protección, nunca hubiera sido posible la vida sobre la superficie del planeta. Si les hubiésemos dejado en la Tierra, se hubieran quedado ciegos, y se habrían quemado, si es que antes no los habían matado los otros crecientes efectos de la guerra..., así que habrían tenido una muerte horrible. La mayor parte de los animales murieron, y también la mayoría de las plantas. Incluso murieron algunos de los nuestros. Somos muy difíciles de matar, pero la gente de usted había convertido a su mundo en algo absolutamente hostil a la vida misma. Si no la hubiésemos ayudado, por sí sola la Tierra no se hubiera restaurado tan rápidamente. Y, una vez la

hubimos restaurado, supimos que no podríamos hacer una transacción comercial normal. No podíamos dejar que fuesen reproduciéndose por su cuenta, y viniendo a nosotros finalmente sólo cuando viesen lo valioso que era lo que les podíamos ofrecer. El estabilizar de este modo un intercambio comercial lleva demasiadas generaciones. Era necesario que les liberásemos..., al menos a los menos peligrosos. Pero no podíamos dejar que su número creciese demasiado. No podíamos dejarles empezar a volver a ser de nuevo lo que habían sido.

—¿Creían que nos habríamos lanzado a otra guerra?

—Se habrían lanzado a muchas otras guerras..., entre ustedes mismos, contra nosotros. Algunos de los grupos resistentes del sur ya están fabricando armas de fuego.

Tino digirió aquello en silencio. Ya sabía lo de las armas de fuego de los sureños, y había supuesto que eran para emplearlas contra los oankali. No había creído que una gente llegada de las estrellas fuera a ser derrotada por unas pocas y burdas armas, y así lo había dicho, haciéndose impopular entre aquella gente que quería creer..., que necesitaba creer. Un cierto número de ella había abandonado Fénix para unirse a los sureños.

—¿Qué es lo que harán ustedes respecto a esas armas? —preguntó.

—Nada, excepto si realmente tratan de dispararnos con ellas. Los que lo intenten irán directos de vuelta a la nave, de forma permanente. Perderán la Tierra. Se lo hemos dicho y, hasta el momento, nadie ha disparado contra nosotros. Sin embargo, algunos sí se han disparado entre sí.

Lilith pareció asombrada:

—¿Y les estáis dejando hacerlo?

Nikanj enfocó en ella un cono de tentáculos.

—¿Acaso podríamos detenerlos, Lilith? ¿Realmente?

—¡Antes lo intentabais!

—A bordo de la nave, aquí en Lo y en los otros pueblos comerciales. En ninguna otra parte. Sólo podemos controlar a los resistentes si los enjaulamos, los drogamos y los dejamos vivir en un mundo irreal de visiones estimuladas por la droga. Hemos hecho eso con algunos humanos violentos..., ¿debemos hacerlo con más?

Lilith se limitó a mirarle, con una expresión indescifrable.

—¿No harán eso? —preguntó Tino.

—No lo haremos. Tenemos grabaciones de todos ustedes. Lamentaríamos perderlos, pero al menos salvaríamos algo. Vamos a invitar a su gente a volver a unirse a nosotros. Si algunos de ellos, a pesar de nuestros esfuerzos, están enfermos, heridos o lisiados, les ofreceremos nuestra ayuda. Son libres de aceptarla y, aun así, quedarse en sus pueblos. O pueden venir a los nuestros. —Apuntó un aguzado cono de tentáculos a Tino—. Desde que le mandamos de vuelta con sus padres, hace años, usted sabía que podía elegir volver con nosotros.

Tino agitó la cabeza y habló con voz queda:

—Me parece recordar que yo no quería volver con mis padres, que supliqué quedarme con ustedes. Y lo cierto es que, hasta el momento, no sé por qué no me lo permitieron.

—Yo quería conservarle. Si hubiera sido un poco mayor... Pero nos han dicho, y demostrado, que nos somos muy buenos para criar niños totalmente humanos. —Pasó su atención, por un momento, a Lilith; pero ésta apartó la cara—. Tuvimos que dejarle con sus padres para que creciera. Pensé que jamás le volvería a ver.

Tino se descubrió a sí mismo estudiando los largos y grises brazos sensoriales del ooloi. Ambos parecían estar relajados, apoyados en los costados del ser, con sus extremidades enroscadas, en una espiral hacia arriba para no tocar al suelo.

—A mí siempre me parecen trompas de elefante —comentó Lilith.

Tino la miró y vio que estaba sonriendo..., una triste sonrisa que, de algún modo, resultaba muy apropiada en ella. Por un momento fue hermosa. No sabía lo que él deseaba del ooloi..., si es que quería algo, pero sí sabía lo que deseaba de la mujer. Le hubiese gustado que el ooloi no estuviera allí. Y, tan pronto como se le ocurrió este pensamiento, lo rechazó. De algún modo, Lilith y Nikanj eran una pareja. Sin Nikanj, ella no hubiera resultado tan deseable. No entendía esto, pero lo aceptaba.

Tendrían que mostrarle lo que iba a suceder. Él no se lo pediría. Habían dejado claro que querían algo de él. Que se lo pidiesen *ellos.*

—Estaba pensando —dijo Tino, refiriéndose a los brazos sensoriales—, que no sé lo que son.

Los tentáculos corporales de Nikanj parecieron temblar, luego solidificarse en protuberancias descoloridas. Se hundieron en sí mismos del mismo modo que parecían hacerlo los blandos cuerpos de las babosas cuando se recogen para descansar.

Tino se echó ligeramente hacia atrás, impelido por la repulsión. ¡Dios, qué feos seres eran los oankali! ¿Cómo habían llegado los humanos a tolerarlos con tanta facilidad, a tocarlos y a permitirles que...?

Lilith tomó entre sus manos el brazo sensorial derecho del ooloi y lo mantuvo inmóvil, a pesar de que Nikanj parecía estar intentando apartarlo. Ella miró al ooloi, y Tino supo que debía de haber algún modo de comunicación entre ellos. ¿Acaso los oankali compartían su habilidad de leer mentes con sus humanos favoritos? ¿Y era realmente una lectura de mente? Lilith habló en voz alta:

—Poco a poco —susurró—. Dale un momento. Dame un momento. No eches a perder lo que intentas por apresurarte.

Por un momento, los nudos de los tentáculos de Nikanj aún tuvieron peor aspecto..., como si fuesen el resultado de alguna enfermedad grotesca. Luego, los nudos se deshicieron, formando de nuevo grises tentáculos corporales no más grotescos de lo habitual. Nikanj apartó su brazo sensorial de las manos de Lilith, luego se alzó y se marchó a un rincón. Allí se sentó y casi pareció desconectarse. Como si fuera una estatua tallada en mármol gris, se quedó absolutamente inerte. Incluso sus tentáculos craneales y

corporales dejaron de moverse.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Tino.

Lilith sonrió ampliamente.

—Por primera vez en mi vida, he tenido que decirle que fuese paciente. Si él fuese humano, yo diría que está colado por usted.

—¡Bromea!

—En efecto —admitió ella—. Esto es peor que estar colado. Me alegra que usted también sienta algo por él, a pesar de que aún no sabe lo que es.

—¿Por qué ha ido a sentarse en ese rincón?

—Porque no logra decidirse a abandonar la habitación, pese a que sabe que debería hacerlo..., para dejarnos a nosotros dos ser humanos por un rato. De todos modos, no creo que usted desee realmente que se marche.

—¿Puede él leer las mentes? ¿Y usted? Ella no se echó a reír. Al menos, no se echó a reír.

—Nunca he conocido a nadie, ni humano ni oankali, que pueda leer las mentes. Él puede estimular sensaciones y mandar los pensamientos de uno en todo tipo de direcciones, pero no puede leer esos pensamientos. Sólo puede compartir las nuevas sensaciones que produce. De hecho, puede darle a uno los sueños más realistas y placenteros que jamás haya experimentado. Nada que usted haya conocido antes puede parecérsele..., excepto, quizá, su condicionamiento. Y eso debería explicarle a usted por qué está aquí, por qué estaba usted predestinado, más tarde o más temprano, a buscar un poblado comercial. Nikanj le impactó cuando era muy pequeño, tanto, que no tenía defensas. Y, lo que él le dio, usted jamás lo olvidará..., ni tampoco acabará de recordarlo del todo, a menos que lo sienta de nuevo. Y lo desea de nuevo, ¿o no?

No era una pregunta. Tino tragó saliva y no se molestó en contestar.

—Recuerdo las drogas —dijo, mirando a la nada—. Jamás tomé ninguna: era demasiado joven antes de la guerra. Recuerdo a otra gente tomándolas y pasándose, o quizás enloqueciendo por un tiempo. Recuerdo que se tornaban adictos, que a veces se hacían daño o mataban...

—Esto no es una droga.

—Entonces, ¿qué es?

—Una estimulación directa del cerebro y el sistema nervioso. —Alzó una mano para impedirle hablar—. No hay dolor en esto. Ellos odian el dolor más aún que nosotros, porque son más sensibles a él. Si nos hacen daño, se lo hacen a ellos mismos. Y no hay efectos secundarios dañinos. Todo lo contrario. Ellos solucionan, automáticamente, todos los problemas que encuentran. Obtienen un verdadero placer del curar o regenerar, y comparten ese placer con nosotros. Antes de que nos hallasen a nosotros no eran tan buenos en las reparaciones. Su regeneración estaba limitada a la cicatrización de heridas. Ahora, si pierdes una pierna, pueden hacerte crecer otra nueva. Y, lo crea o no, eso lo aprendieron de nosotros. Nosotros teníamos la habilidad, y ellos sabían cómo utilizarla. ¡Y, aunque parezca

mentira, la aprendieron estudiando nuestro cáncer..., fue el cáncer lo que convirtió a la Humanidad en un socio comercial tan valioso! Tino agitó la cabeza, incrédulo.

—Vi como el cáncer mataba a mis dos abuelos. No es otra cosa que una enfermedad repugnante.

Lilith le tocó ligeramente el hombro, dejando que su mano se deslizase brazo abajo, en una caricia.

—Así que es esto. Por eso es por lo que Nikanj se siente tan atraído por usted. El cáncer mató a tres parientes cercanos míos, mi madre incluida. Me han dicho que me habría matado a mí también, si los oankali no lo hubieran solucionado. Para nosotros es una enfermedad repugnante, pero para los oankali es la herramienta que llevaban generaciones buscando.

—Y a mí, ¿me hará algo que tenga que ver con el cáncer?

—No. Simplemente, lo que sucede es que le halla más atractivo que la mayoría de los humanos. ¿Qué puede hacer uno con una mujer hermosa que no pueda hacer con otra fea? Nada. Es sólo una cuestión de preferencias. Nikanj y todos los demás oankali tienen ya toda la información que necesitaban para usar lo que han aprendido de nosotros. Incluso los construidos pueden utilizarlo cuando maduran; pero la gente como usted y yo seguimos siendo atractivos para ellos.

—No comprendo eso.

—No se preocupe por ello. Me han dicho que nuestros hijos lo entenderán, pero que nosotros no podemos.

—Nuestros hijos serán ellos.

—¿Acepta eso?

Le llevó un momento darse cuenta de lo que había dicho.

—¡No! No sé. Sí, pero... —Cerró los ojos—. No sé.

Ella se acercó más a él, descansó unas manos cálidas y llenas de callos sobre sus antebrazos. Podía olería. Plantas aplastadas: el modo en que acostumbraba a oler un césped recién cortado. Comida, pimienta y algo dulce. Mujer. Tendió la mano hacia ella, tocó los grandes senos. No podía evitarlo: había deseado tocarlos desde el primer momento en que los había visto. Ella se recostó de costado, atrayéndolo para que se tendiese a su lado, dándole la cara. Un momento más tarde recordó que Nikanj estaba detrás de él, que ella, deliberadamente, lo había colocado de tal modo que el oankali estuviera a espaldas de él.

Se sentó sobresaltado, se volvió para mirar al ooloi. No se había movido. Ni siquiera daba señales de estar vivo.

—Quédate aquí acostado conmigo un rato —le dijo ella, tuteándolo repentinamente.

—Pero...

—Dentro de un rato iremos con Nikanj. ¿No?

—No sé. —Se volvió a recostar, contento de darle la espalda—. Sigo sin

entender lo que hace. Quiero decir que, de acuerdo, me da buenos sueños. ¿Cómo? ¿Y qué más hace? ¿Me usará para dejarte preñada?

—Ahora no, Akin es demasiado pequeño. Quizá... recoja algo de tu esperma. No te darás cuenta de ello. Cuando tienen la posibilidad de hacerlo, estimulan a una mujer para que ovule y recogen los óvulos, los almacenan, recogen esperma, y lo almacenan también. Pueden mantener viables y separados los óvulos y el esperma, en el interior de su cuerpo, durante décadas. Akin es hijo de un hombre que murió hace casi treinta años.

—Había oído que existía un límite de tiempo..., que sólo podían mantener vivos durante unos meses los óvulos y el esperma.

—Es el progreso: antes de que yo abandonara la nave, alguien descubrió un nuevo proceso de conservación. Nikanj fue uno de los primeros en saber del mismo.

Tino la miró de cerca, estudiando su suave y ancho rostro.

—Entonces, ¿cuántos años tienes? ¿Ya has cumplido los cincuenta?

—Tengo cincuenta y cinco años.

Él suspiró y agitó la cabeza sobre el brazo en el que la había descansado.

—Pareces más joven que yo, que hasta tengo unas cuantas canas. Recuerdo que acostumbraba a preocuparme, pensando que yo era el humano con el que los oankali habían fallado, fértil y envejeciendo normalmente, y que lo único que iba a sacar de ello era el hacerme viejo.

—Nikanj no hubiese fallado contigo.

Estaba tan cerca de él que no podía evitar el acariciarla, moviendo los dedos por sobre su excelente piel. Sin embargo, se echó hacia atrás cuando ella mencionó el nombre del ooloi.

—¿No podría irse? —susurró—. Sólo por un rato...

—Parece que ha decidido que no —contestó ella con voz normal—. Y no te molestes en hablar bajito: desde donde está sentado puede oír el latido de tu corazón. Y puede oír tus subvocalizaciones, esas palabras que uno se dice a sí mismo, pronunciándolas pero sin que lleguen a sonar. Quizá sea por eso por lo que la gente ha llegado a creer que pueden leer las mentes. Y es obvio que no se va a marchar.

—¿Y no podemos hacerlo nosotros?

—No. —Ella dudó—. Tino, él no es humano. No es como el tener a un hombre o una mujer en la habitación.

—No, es peor.

Ella sonrió cansinamente, se inclinó hacia él y lo besó. Luego se sentó.

—Te comprendo —dijo—. En otro tiempo yo también sentía eso mismo. Quizá sea mejor así.

Se abrazó a sí misma y le miró casi con irritación.

¿Era frustración? ¿Cuánto tiempo hacía que ella no...? Bueno, aquel maldito ooloi no estaría *siempre* allí. Pero, *¿por qué* no se iba? ¿Por qué no esperaba su turno? Y, visto que no era así, ¿por qué él sentía tanta vergüenza porque estuviese allí? Su presencia le molestaba mucho más que lo hubiera hecho la de otros humanos. Muchísimo más.

—Iremos con Nikanj en cuanto te haya dicho una cosa más, Tino —le informó ella—. Es decir, nos iremos con él, si es que decides que aún quieres tener algo que ver conmigo.

—¿Contigo? ¡Pero si no es contigo con quien tengo problemas! Quiero decir que...

—Lo sé. Pero esto es otra cosa..., algo que preferiría no tener que explicarte nunca. Pero, si no te lo digo yo, alguien se encargará de decírtelo de todos modos. —Inspiró profundamente—. ¿No te has hecho preguntas acerca de mí, acerca de mi nombre?

—Sólo he pensado que deberías de habértelo cambiado. No es un nombre muy popular que digamos.

—Lo sé. Y el cambiármelo no iba a servirme de mucho. Mira, Tino, no soy simplemente alguien a quien le ha tocado un nombre impopular. Soy quien lo hizo impopular: soy Lilith lyapo.

Él frunció el ceño, empezó a agitar la cabeza y luego se quedó quieto.

—¿No serás la mujer que... que...?

—Yo desperté a los tres primeros grupos de humanos que iban a ser enviados aquí, a la Tierra. Les expliqué cuál era su situación, cuáles eran sus opciones, y decidieron que yo era la responsable de todo lo que les pasaba. Ayudé a enseñarles a vivir en la selva, y decidieron que era culpa mía el que tuvieran que olvidarse de la vida civilizada. ¡Sólo les faltó culparme también de haber iniciado la jodida guerra! De cualquier modo, decidieron que les había traicionado a los oankali, y lo más moderado que me llamaron fue Judas. ¿Es así como te enseñaron a pensar en mí?

—Yo... Sí.

Ella agitó la cabeza.

—Los oankali o los sedujeron o los aterrorizaron, o incluso ambas cosas. Yo, en cambio, no era nadie..., les resultaba fácil culparme de todo. Y no había peligro en ello. Así que, de tanto en tanto, cuando ocurre que algunos ex-resistentes que andan de paso por Lo oyen mencionar mi nombre, esperan verme con cuernos. A algunos de los más jóvenes les han enseñado a culparme de todo lo malo, como si fuera un segundo Satanás, o la mujer del Diablo, o alguna otra idiotez similar. Y, de vez en cuando, uno de ellos trata de matarme. Es por esto por lo que soy tan quisquillosa en eso de las armas.

Él se la quedó mirando por un rato. La había estado estudiando detenidamente mientras hablaba, tratando de hallar culpabilidad en ella, tratando de ver en ella al Diablo. En Fénix, la gente había dicho cosas así de ella: que estaba posesa por el Demonio, que primero se había vendido ella al Diablo, y que luego había vendido a la Humanidad. Que había sido la

primera en ir voluntariamente a la cama con un oankali, para convertirse en su puta y luego seducir a otros humanos...

—¿Qué es lo que dice tu gente de mi? —preguntó ella.

Él dudó, lanzó una ojeada a Nikanj.

—Que nos vendiste.

—¿Por qué moneda?

Siempre había habido debate respecto a eso.

—Por el derecho a quedarte en la nave o... por poder. Dicen que naciste humana, pero que los oankali te hicieron igual a un construido.

Ella produjo un sonido que podría haber querido ser una carcajada.

—Supliqué ir a la Tierra con el primer grupo al que desperté. Se suponía que debiera haber ido con él, pero, cuando llegó la hora, Nikanj no me dejó. Dijo que, una vez nos hubiésemos separado de los oankali, la gente me mataría. Y probablemente lo hubiesen hecho. Y luego se hubiesen sentido virtuosos y vengados.

—Pero..., eres realmente diferente: eres muy fuerte, y rápida...

—Sí, pero eso no fue el modo en que me pagaron los oankali, fue el modo en que me dieron un poco de protección. Si no me hubiesen cambiado un poco, alguien del primer grupo me hubiera matado, mientras aún seguía despertando a la gente. En habilidad, estoy situada entre los humanos y los construidos. Soy más fuerte y rápida que la mayoría de los humanos, pero no tan fuerte ni rápida como la mayoría de los construidos. Cicatrizo más rápido de lo que tú puedas hacerlo, y me recuperaría de heridas que a ti te matarían. Y, naturalmente, aquí en Lo puedo controlar las paredes y alzar plataformas. Pero ésa es una habilidad que se les da a todos los humanos que se asientan aquí. Y eso es todo. Nikanj me cambió para salvarme la vida, y lo logró. En lugar de matarme a mí, mataron al padre de Akin, el hombre con el que me había juntado..., con el que seguramente aún seguiría. Uno de ellos lo mató. Los otros miraron como lo hacía, y luego siguieron obedeciéndole.

Hubo un largo silencio y, finalmente, Tino dijo:

—Quizá tenían miedo.

—¿Es ésa la explicación que te han dado a ti?

—No. No tenía ni idea de esa parte de la historia. Al contrario..., lo que había oído era que... tal vez a ti no te gustaban los hombres.

Ella lanzó hacia atrás la cabeza en una terrible risa que le hizo estremecer.

—¡Oh, Dios! ¿Quién hay en Fénix de mi primer grupo?

—Un hombre llamado Rinaldi.

—¿Gabe? Gabe y Tate. ¿Siguen juntos?

—Sí. No sabía... Tate nunca dijo nada de haber estado allí con él. Supuse que se habían juntado aquí, en la Tierra.

—Yo los desperté a los dos. Durante un tiempo fueron mis mejores amigos. Su ooloi era Kahguyaht... ooan Nikanj.

—¿Qué de Nikanj?

—El padre ooloi de Nikanj. Se quedó a bordo de la nave con sus cónyuges y tuvo otro trío de niños. Nikanj le dijo que Gabe y Tate no abandonarían a los resistentes en un cierto tiempo. Finalmente estuvo dispuesto a aceptar el talento de Nikanj, y no pudo resignarse a buscarse a otros humanos.

Tino miró a Nikanj. Al cabo de un rato se alzó y fue hasta él, y se sentó delante.

—¿Cuál es tu talento? —preguntó.

Nikanj ni le habló ni dio muestras de darse cuenta de su presencia.

—¡Hablame! —exigió Tino—. Sé que me oyes.

El ooloi pareció volver lentamente a la vida.

—Te oigo.

—¿Cuál es tu talento?

El ooloi se inclinó hacia él y tomó las manos del humano en sus manos de fuerza, manteniendo enroscados sus brazos sensoriales. Extrañamente, el gesto le recordó a Lilith. Era una forma de actuar muy propia de ella. De algún modo, no le importó que, ahora, unas fuertes manos grises sujetaran las suyas.

—Tengo un talento para los humanos —le dijo con su suave voz—. Me criaron para trabajar con vosotros, me enseñaron a trabajar con vosotros, y me dieron como compañera a una de vosotros en uno de mis períodos más formativos. —Por un momento se enfocó en Lilith—. Conozco vuestros cuerpos, y algunas veces hasta puedo anticiparme a vuestros pensamientos. Sabía que Gabe Rinaldi no podía aceptar una unión con nosotros como lo deseaba Kahguyaht. Tate sí que podría haberla aceptado, pero no iba a dejar a Gabe por un ooloi..., por mucho que desease a éste. Y Kahguyaht no quiso simplemente quedarse con ella cuando los demás fueron enviados a la Tierra. Esto me sorprendió, pues él siempre había dicho que no tenía sentido prestar atención a lo que decían los humanos. Y él sabía que, al cabo, Tate habría aceptado..., pero la hizo caso y la dejó partir. Y eso que no había sido criado, como yo, en contacto con los humanos. Creo que tu gente nos afecta más de lo que nos damos cuenta.

—Creo —dijo Lilith en voz baja—, que quizá seáis mejores en comprendernos a nosotros que en comprender a vuestro propio pueblo.

La enfocó a ella, con sus tentáculos alisados hasta el punto de la casi invisibilidad. Esto significaba que estaba *complacido,* recordó Tino. Complacido e incluso quizá feliz.

—Ahajas dice eso —le explicó a Lilith—. No creo que sea cierto, pero..., ¿quién sabe?

Tino se volvió hacia Lilith, pero le habló a Nikanj:

—¿La dejaste en estado en contra de su voluntad?

—Sí..., contra una parte de su voluntad —admitió Nikanj—. Ella hubiera querido tener un hijo de Joseph, pero éste estaba muerto. Estaba..., más sola de lo que puedas imaginar. Se creía que yo no la entendía.

—¡Fue culpa vuestra el que estuviera sola!

—Fue una culpa compartida. —Los tentáculos de la cabeza y el cuerpo de Nikanj colgaron inertes—. Creímos que teníamos que usarla a ella en el modo en que lo hicimos. De otro modo, habríamos tenido que drogar a cada humano recién despertado, mucho más de lo que era bueno para ellos, porque habríamos tenido que enseñárselo todo nosotros mismos. Y eso es algo que no llevamos a cabo hasta más tarde..., cuando vimos que estábamos haciendo daño a Lilith y a otros que intentamos emplear.

»Con su primer retoño le di a Lilith lo que ella deseaba, pero no podía pedir. La dejé usarme como cabeza de turco, para echarme todas las culpas. Por un tiempo me convertí para ella en lo que ella se había convertido para los humanos a los que había guiado y enseñado: en un traidor. En el destructor de cosas tenidas por sagradas. En un tirano. Necesitaba odiarme por un tiempo, para poder dejar de odiarse a sí misma. Y necesitaba los hijos que yo mezclé para ella.

Tino miró al ooloi, necesitado de verlo para recordarse a sí mismo que estaba escuchando a un ser absolutamente no humano. Por fin, volvió la vista hacia Lilith.

Ella le devolvió la mirada, con una sonrisa sin humor, amarga.

—Ya te dije que tenía talento —comentó.

—¿Cuánto de todo esto es cierto? —preguntó él.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —Ella tragó saliva—. Quizá todo: normalmente, Nikanj dice la verdad. Por otra parte, los razonamientos y justificaciones pueden sonar muy bien cuando uno los prepara a posteriori. Uno hace lo que le pasa por las narices, y luego piensa una razón maravillosamente plausible para justificar que era, exactamente, lo que uno debía de hacer.

Tino se apartó del ooloi y fue junto a Lilith.

—¿Lo odias? —le preguntó. Ella negó con la cabeza:

—Para odiarlo tendría que abandonarlo. A veces me voy por un tiempo: exploro, me marcho a otros poblados, y entonces lo odio. Pero, al cabo de un tiempo, empiezo a echar en falta a mis hijos. Y, que Dios me perdone, al cabo de un tiempo echo en falta a ese ooloi. Y me mantengo alejada hasta que el estar lejos me hace más daño que la idea de... volver a casa.

Pensó que ella debería estar llorando. Su madre nunca habría soportado tanta pasión sin estallar en llanto..., ni siquiera hubiera intentado contener las lágrimas. La tomó en sus brazos y la halló rígida y resistiéndose. Sus ojos rechazaban todo consuelo, antes de que él pudiera siquiera ofrecérselo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tino—. ¿Qué quieres que haga?

Ella, de repente, le abrazó con fuerza, apretándolo contra ella.

—¿Te quedarás? —le susurró al oído.

—¿Debo hacerlo?

—Sí.

—De acuerdo. —Ella era Lilith lyapo. Era una cara ancha, tranquila y expresiva. Era una piel oscura y suave y unas manos cálidas, encallecidas por el trabajo. Era unos pechos llenos de leche. Se preguntó cómo la había podido resistir antes.

¿Y qué pasaba con Nikanj? No lo miró, pero le pareció notar la atención del ooloi centrada en él.

—Si decides marcharte —le dijo Lilith—, te ayudaré.

No podía imaginarse el querer dejarla.

Algo frío, duro y rugoso asió su antebrazo. Se quedó helado, y no tuvo que mirar para saber que era uno de los brazos sensoriales del ooloi.

Éste se colocó junto a él, con un brazo sensorial sobre él y otro sobre Lilith. Aquellos brazos *eran* como trompas de elefante. Notó cómo Lilith lo soltaba y cómo Nikanj lo arrastraba hacia el suelo. Se dejó llevar sólo porque Lilith se acostaba con ellos. Dejó que Nikanj colocase su cuerpo junto al de él, y entonces vio como Lilith se sentaba al otro lado de Nikanj y los miraba solemnemente a ambos.

No comprendió por qué miraba, por qué no tomaba parte. Antes de que pudiera preguntárselo, el ooloi pasó su brazo alrededor de su cuello, oprimiéndole la nuca de un modo que le hizo estremecerse y luego quedarse inerte.

No estaba inconsciente. Eso lo supo cuando el ooloi se acercó a él y pareció aferrarlo en algún modo que no entendía.

No tenía miedo.

Cuando le llegó el chapuzón del gélido-dulce placer, lo venció por completo. Ésta era la semirrecordada sensación por la que había regresado. Aquél era el modo en que se iniciaba.

Antes de que la tan largamente esperada oleada de sensaciones le engullera por completo, vio a Lilith acostarse al otro lado del ooloi, y vio el otro brazo sensorial de éste enroscarse en torno al cuello de la mujer. Trató de pasar el brazo por sobre el cuerpo del ooloi, para tocarla, para acariciar la cálida piel humana. Pero le pareció que estiraba y estiraba el brazo, pero que ella siempre permanecía demasiado alejada como para poder alcanzarla.

Creyó gritar cuando la sensación se hizo más profunda, mientras se apoderaba de él. De pronto pareció que ella estaba con él, cuerpo contra cuerpo. Pensó decir el nombre de ella y lo repitió, pero no pudo escuchar el sonido de su propia voz.

7

Akin dio sus primeros pasos hacia los tendidos brazos de Tino. Aprendió a tomar alimentos del plato de Tino, y estaba subido a las espaldas de Tino tantas veces como éste quería llevarlo. No había olvidado la advertencia de Dichaan de no quedarse a solas con el humano, pero no la tomaba muy en serio. Rápidamente aprendió a confiar en Tino. Al cabo, todos llegaron a confiar en Tino.

Así que resultó que Akin estaba solo con Tino cuando apareció un grupo de merodeadores en busca de niños que robar.

Tino había ido a cortar madera para la casa de invitados. Aún no era capaz de distinguir los límites de Lo, y había adquirido la costumbre de llevarse a Akin para que se los mostrase, después de haber roto un hacha que le había prestado Wray Ordway contra un árbol que no era un árbol. El ser que era Lo se moldeaba a sí mismo de acuerdo a los deseos de sus ocupantes y las formas de la vegetación que lo rodeaban. Y, no obstante, se trataba de la forma larvaria de un ente destinado a viajar por el espacio. Su piel y sus órganos estaban mejor protegidos que los de cualquier ser nativo de la Tierra. Ninguna hacha o machete podía hacer ni una mella en el ser. Hasta que fuera mayor, nada de vegetación nativa crecería dentro de sus límites. Era por esto por lo que Lilith y alguna otra gente tenían sus huertos apartados del poblado. Lo podría haber producido buenos alimentos *a* partir de su propia sustancia..., los oankali podían estimular la producción de alimentos y tomar éstos del propio Lo. Pero la mayoría de los humanos del poblado no deseaban ser tan dependientes de los oankali. Así, Lo tenía una ancha zona fronteriza de huertos plantados por los humanos, algunos en producción, otros en barbecho. A veces, Akin tenía que impedirle a Tino pisotear esos huertos, cuando no se daba cuenta de que se había abierto paso a machetazos a través de plantas alimenticias, destruyendo el trabajo de alguien. Era como si no viese nada.

En cambio, a Akin le resultaba imposible no darse cuenta de cuándo cruzaba los límites de Lo. Incluso el aroma del aire era diferente. Al principio, la vegetación que le rozaba le hacía estremecerse, por lo diferente que era a la de casa. Más tarde, por la misma razón, le atraía, le interesaba por su rareza. Deliberadamente dejaba a Tino caminar más lejos de lo necesario, hasta que el azar le llevaba a *rozar* algo que no había probado antes.

—Aquí —le dijo, arrancando algunas hojas del árbol que le había rozado la cara—. No cortes este árbol, pero puedes cortar cualquiera de los otros.

Tino lo dejó en el suelo y le sonrió.

—¿Me das tu permiso? —le dijo en broma.

—Es que éste me gusta —le explicó Akin—. Creo que nos dará alimentos cuando sea mas viejo.

—¿Qué clase de alimentos?

—No lo sé. Nunca antes había visto un árbol como éste, pero, aunque no llegue a dar frutos, sus hojas son comestibles. A mi cuerpo le gustan.

Tino alzó la vista hacia la cúpula de la selva y agitó la cabeza.

—Te lo metes todo en la boca —murmuró—. Me sorprende que no te hayas envenenado ya decenas de veces.

Akin ignoró esto y comenzó a investigar la corteza del arbolillo, tratando de descubrir lo que podían estar comiendo en ella los hongos y los insectos, y también lo que podía estar comiéndoselos a ellos. A Tino le habían explicado el motivo por el que Akin se llevaba las cosas a la boca; no lo entendía, pero no trataba de mantener las cosas lejos de la boca del bebé, tal como lo intentaban otros visitantes. Podía aceptar las cosas sin entenderlas. Una vez había visto que algo desconocido no hacía daño, ya no lo temía. Decía que la lengua de Akin parecía un enorme gusano gris, pero, de algún modo, aquello no parecía molestarle. Cuando lo llevaba en brazos le permitía que lo sondase y lo estudiase. Lilith temía que estuviese ocultando disgusto o resentimiento, pero no podría haber ocultado unas emociones tan fuertes, ni siquiera a Akin. Y, desde luego, no habría podido ocultárselas a Nikanj.

—Es más adaptable que la mayoría de los humanos —le había dicho Nikanj a Akin—. Igual que Lilith.

—Me llama «hijo» —indicó Akin.

—Eso he oído.

—No se irá a marchar, ¿verdad?

—No se irá. No es un vagabundo. Estaba buscando un hogar en el que pudiera tener una familia, y lo ha hallado.

Ahora, Tino empezó a talar un arbolillo. Akin lo contempló por un momento, preguntándose por qué el hombre disfrutaría con aquella actividad. Y la disfrutaba: se había ofrecido voluntario para realizarla; no le gustaba trabajar en el huerto, ni deseaba colaborar con la biblioteca de Lo escribiendo sus memorias de anteguerra para las generaciones futuras, cosa que se le pedía a todo el mundo que hiciese, aunque sólo pasase una corta temporada en el poblado. Los construidos también escribían acerca de sus vidas, y los oankali, que nunca escribían nada, a pesar de ser capaces de hacerlo, contaban sus historias a escritores humanos. Tino no mostraba interés alguno en aquello: cortaba madera, trabajaba con unos humanos que habían establecido una piscifactoría y con los construidos que criaban abejas, avispas, gusanos, escarabajos, hormigas y otros pequeños animales, todos ellos mutados, para producir nuevos alimentos. Construía canoas y viajaba con Ahajas cuando ésta visitaba otros poblados. Ella iba en canoa por él, a pesar de que lo habitual entre los oankali era hacer aquello a nado. Ahajas se había quedado muy sorprendida al ver lo fácilmente que él la había aceptado, y había reconocido enseguida la fascinación de él por su preñez. Tanto Ahajas como Akin habían tratado de explicarle al humano lo que era el entrar en contacto con el niño en formación y el notar su respuesta, su reconocimiento, su intensa curiosidad. Los dos habían convencido a Nikanj de que tratase de simular la sensación en beneficio de Tino. Inicialmente, el ooloi se había resistido a ello, únicamente porque Tino no era uno de los padres de la criatura; pero cuando Tino se lo pidió, la resistencia del ooloi desapareció. Le dio al hombre aquella sensación... y la

retuvo por más tiempo del necesario. Aquello era bueno, pensó Akin: Tino necesitaba ser contactado más a menudo. Para él, había sido dolorosamente duro el descubrir que su entrada en la familia significaba que ya no podía tocar a Lilith. Aquello era algo que Akin no comprendía. A los seres humanos les gustaba tocarse los unos a los otros..., necesitaban hacerlo. Pero, una vez se juntaban con un ooloi, ya no podían hacerlo al estilo humano..., ni siquiera podían acariciarse y tocarse al modo de los humanos. Akin no comprendía el motivo por el que necesitaban de esto, pero lo cierto era que lo necesitaban..., lo sabía, y sabía lo frustrados y amargados que les dejaba el no poderlo hacer. Tino había pasado días gritándole o no hablándole a Nikanj, gritándole o no hablándole a Lilith, sentado solo y mirando a la nada. En una ocasión abandonó el poblado durante tres días, y Dichaan lo siguió y lo guió de vuelta a Lo cuando estuvo dispuesto para volver. Podría haberse mantenido alejado hasta que los efectos de su relación con Nikanj hubieran desaparecido de su cuerpo. Podría haber hallado otro pueblo, un apareamiento, estéril, sólo entre humanos. Pero de ésos ya había tenido varios: Akin le había oído hablar de ellos durante aquellos primeros días malos. Y no eran lo que él deseaba. Pero tampoco lo era esto. Ahora era muy parecido a Lilith: estaba muy unido a la familia y contento con ella la mayor parte del tiempo; pero, sin embargo, venenosamente resentido y amargado a veces. Claro que sólo Akin y el resto de los niños pequeños de la casa se preocupaban por el que fuera a irse para siempre. Los adultos parecían seguros de que se quedaría.

Al fin cortó el árbol que había talado en trozos manejables, y luego buscó una liana con la que hacer un hato. Y entonces fue en busca de Akin. Al verlo se detuvo bruscamente y exclamó:

—¡Dios mío!

Akin estaba probando un gran ciempiés, al que le había dejado subirse a su brazo. De hecho, el animal era casi tan largo como el antebrazo del niño. Era de color rojo brillante y moteado por lo que parecían ser penachos de largos pelos, rígidos y negros. Akin sabía que esos penachos eran mortíferos: el animal no tenía que picar, sólo era preciso que algo tocase uno de esos penachos, y el veneno era lo bastante poderoso como para matar a un ser humano de buen tamaño. Aparentemente, Tino sabía esto. Su mano se movió hacia el ciempiés, pero se detuvo.

Akin dividió su atención, observando por una parte a Tino para asegurarse de que no hiciera más movimientos y probando el ciempiés con cuidado, delicadamente, tanto con su piel como con un ir y venir rapidísimo de su lengua a la pálida y apenas mostrada parte inferior del animal. Esa parte inferior no era peligrosa: no envenenaba a aquello por sobre lo que se desplazaba.

El ciempiés comía otros insectos. Incluso comía pequeñas ranas y sapos. Algún ooloi le había dado las características de otro ser parecido: el pequeño peripatus, parecido a un gusano, pero de múltiples patas. Ahora, tanto el peripatus como el ciempiés podían proyectar una especie de pegamento para atrapar a sus presas y mantenerlas así hasta que pudiesen ser consumidas.

El ciempiés en sí no era bueno para comer: era demasiado venenoso.

El ooloi que lo había elaborado no lo había hecho para que fuese alimento de nada mientras estuviese vivo, aunque podía ser muerto por las hormigas o avispas si decidía *cazar* en uno de los árboles protegidos por ellas. No obstante, en el árbol que había elegido estaba a salvo. Y aquel animal le daría al árbol una mejor posibilidad de madurar y dar frutos alimenticios.

Akin llevó el brazo hasta el tronco del arbolillo y cuidadosamente manipuló al ciempiés para que volviese a caminar hacia él. En el mismo momento en que hubo abandonado su brazo, Tino lo alzó del suelo de un tirón y le gritó:

—¡*Nunca* vuelvas a hacer una locura así! ¡Ese bicho podría haberte matado! ¡Podría matarme a mí!

Alguien lo agarró por detrás.

Alguien más le arrancó a Akin de los brazos.

Ahora, demasiado tarde ya, Akin vio, oyó y olió a los intrusos: extraños. Machos humanos sin aroma de oankali en ellos. Resistentes. Merodeadores. Bandoleros. ¡Ladrones de niños!

Akin chilló y se debatió entre los brazos del que lo había capturado. Pero, físicamente, apenas si era más que un bebé. Había dejado que su atención quedase prendada por Tino y el ciempiés, y ahora lo habían atrapado. El hombre que lo aferraba era robusto y fuerte. Sostenía a Akin, sin parecer darse cuenta de sus esfuerzos por liberarse.

Mientras, cuatro hombres habían rodeado a Tino. Había sangre en el rostro de Tino allá donde alguien le había golpeado, cortándole. Uno de los cuatro hombres tenía un pedazo de brillante metal plateado alrededor de uno de sus dedos. Aquello debía ser lo que había cortado el rostro de Tino.

—¡Quietos! —dijo uno de los captores de Akin—. Este tipo vivía en Fénix.

Frunció el ceño, mirando a Tino

—¿No eres tú el chico de los Leal?

—Soy Agustín Leal —afirmó Tino, manteniendo el cuerpo muy tenso—. Yo era de Fénix. Yo ya era de Fénix antes de que vosotros oyeseis hablar de esa ciudad!

Su voz no temblaba, pero Akin pudo ver que su cuerpo temblaba levemente. Miró hacia su hacha, que ahora yacía en el suelo, a varios pasos de él. La había dejado apoyada contra un árbol cuando había ido a buscar a Akin. Sin embargo, su machete había estado en su funda..., pero ahora había desaparecido. Akin no podía ver dónde había ido a parar.

Los bandoleros llevaban palos de metal y madera, que ahora apuntaron a Tino. El hombre que lo sujetaba tenía uno de esos palos, colgado *a* la espalda. Aquello eran armas, se dio cuenta Akin. ¿Porras, o quizás armas de fuego? Y aquellos hombres conocían a Tino, o al menos uno de ellos lo conocía. Y a Tino no le gustaba aquel hombre. Tenía miedo. Akin nunca le había visto con tanto miedo.

El hombre que sujetaba a Tino había puesto su cuello al alcance de la

lengua de Akin. Éste hubiera podido aguijonearlo y matarlo. Pero, entonces, ¿qué pasaría? Había otros cuatro hombres.

Akin no hizo nada. Miró a Tino, esperando que el hombre supiese qué era mejor hacer.

—No había armas de fuego en Fénix cuando me marché —les estaba diciendo Tino. Así que los palos eran armas de fuego.

—No, y vosotros no queríais que las hubiese, ¿no? —le preguntó el mismo hombre. Hizo la fanfarronada de clavarle a Tino el cañón de su arma.

Tino comenzó a sentirse un poco menos temeroso y mucho más irritado.

—Si creéis que podéis usarlas para matar oankali, entonces es que sois tan estúpidos como imaginaba que seríais.

El hombre giró su arma, de modo que su extremo casi tocó la nariz de Tino.

—¿O es que lo que queréis es matar hombres? —le preguntó en voz muy queda Tino—. ¿Acaso quedan tantos humanos? ¿Tan rápidamente se incrementa nuestro número?

—¡Te has unido a los traidores! —exclamó el hombre.

—Para tener una familia —dijo suavemente Tino—. Para tener hijos.

Miró a Akin.

—Para que, al menos, una parte de mí continúe viva.

El hombre que sujetaba a Akin habló:

—Este crío es lo más humano que he visto desde la guerra. No puedo hallar nada malo en él.

—¿No tiene tentáculos? —preguntó uno de los cuatro.

—Ni uno.

—¿Y qué tiene entre las piernas?

—Lo mismo que tú tienes. Un poco más pequeño..., tal vez.

Hubo un momento de silencio, y Akin vio que tres de los hombres estaban divertidos, pero el cuarto no.

Akin tenía miedo de hablar, tenía miedo de enseñarles a los bandoleros sus características no humanas: su lengua, su habilidad para hablar, su inteligencia. Esas cosas, ¿harían que lo dejasen en paz, o les darían ganas de matarlo? A pesar de los meses pasados con Tino, no lo sabía. Guardó silencio e intentó oír u oler a cualquier poblador de Lo que estuviera pasando cerca de allí.

—Bueno, pues nos llevaremos al crío —dijo uno de los hombres—. Pero, ¿qué hacemos con éste? —Hizo un gesto seco en dirección a Tino.

Antes de que nadie pudiera responderle, Tino exclamó:

—¡No! ¡No podéis llevároslo! ¡Aún mama..., si os lo lleváis, morirá de hambre!

Los hombres se miraron unos a otros, inciertos. De repente, el que sujetaba a Akin lo volvió de cara a él y apretó sus carrillos con los dedos. Estaba tratando de abrir la boca del niño; ¿para qué?

No importaba el motivo. Le abriría la boca a Akin, y entonces se sobresaltaría. Él era humano, desconocido y peligroso. ¿Quién sabía qué reacción irracional podía tener? Había *que* darle algo familiar que acompañase a lo desacostumbrado. Akin comenzó a agitarse en los brazos del hombre y a gemir. Hasta el momento no había llorado, y aquello había sido un error. Los humanos se maravillaban de lo poco que lloraban los bebés construidos. Estaba claro que un bebé humano se habría quejado más.

Akin abrió la boca y berreó.

—¡Mierda! —murmuró el hombre que lo aferraba. Miró rápidamente a su alrededor, como temiendo que alguien pudiese ser atraído por el sonido. Akin, que no había pensado en aquello, berreó aún más fuerte. Los oankali tenían un oído mucho más fino de lo que se imaginaban la mayoría de los humanos.

—¡Cállate! —le gritó el hombre, sacudiéndolo—. ¡Buen Dios, tiene la lengua más jodidamente gris y fea que jamás hayáis podido ver! ¡Cállate ya, coño!

—Sólo es un bebé —dijo Tino—. No se consigue que un bebé se calle a base de asustarlo. Dámelo a mí.

Empezó a caminar hacia Akin, tendiendo los brazos para cogerlo.

Akin también tendió los suyos hacia él, pensando que era menos probable que los resistentes les hicieran daño a los dos juntos. Quizá podría escudar a Tino, hasta cierto punto. En brazos de Tino se mostraría silencioso y cooperador. Así verían que Tino les era útil.

Pero el hombre que había reconocido antes a Tino se puso ahora tras él y le dio un golpe en la nuca con la parte trasera de madera de su arma.

Tino cayó al suelo sin un solo gemido y su atacante le golpeó de nuevo, dando con la madera del arma en su cabeza como quien mata a una serpiente venenosa.

Akin chilló de terror y angustia. Conocía lo bastante bien la anatomía humana como para saber que, si no estaba ya muerto, Tino moriría pronto, a menos que le ayudase un oankali.

Y no había ningún oankali cerca.

Los resistentes dejaron a Tino donde había caído y se metieron caminando en la selva, llevando con ellos a Akin, que seguía chillando y debatiéndose.

II

FÉNIX

1

Dichaan surgió de la parte más profunda del ancho lago, cambió de respirar en el agua a respirar en el aire, y comenzó *a* vadear hacia la orilla.

Los humanos lo llamaban un lago de meandro: uno que originalmente había formado parte del río, hasta que el curso de éste había sido alterado. Por el momento, Dichaan había impedido que el ser que era Lo lo engolfase en sí, porque de hacerlo habría empezado a matar la vida vegetal que había dentro del lago y, a la larga, también habría acabado con la vida animal. Incluso con ayuda, al ser Lo no se le podía enseñar a proveer lo que los animales necesitaban, de una forma que les resultase aceptable, antes de que éstos muriesen de hambre. La única cosa útil que Lo les podía haber suministrado de inmediato era oxígeno.

Pero ahora el ser Lo estaba cambiando, pasando a su siguiente estadio de crecimiento. Ahora podía aprender a incorporar vegetación terrestre, alimentarla y beneficiarse de ella. Dejado a sí mismo, aprendería lentamente, matando a buena parte de las plantas y diezmando toda esa vegetación nativa, porque sólo sobrevivirían las plantas capaces de adaptarse a los cambios que Lo ocasionaría.

Pero el ser, en relación simbiótica con sus habitantes oankali, podía cambiar con mayor rapidez, acondicionándose él mismo y aceptando la vida vegetal adaptada que Dichaan y otros habían preparado.

Dichaan llegó a la orilla a través de un pasillo natural que había por entre una gran profusión de largas y gruesas raíces de sustentación, que irían quedando sumergidas lentamente cuando empezase la estación de las lluvias y subiesen las aguas

Había salido ya del agua, aunque su cuerpo aún seguía disfrutando del sabor del lago, rico en vida vegetal y animal, cuando oyó un grito.

Se quedó muy quieto, escuchando, con sus tentáculos corporales y craneales girando lentamente para enfocarse en la dirección del sonido. En seguida supo de dónde provenía y quién lo producía, y comenzó a correr. Había estado toda la mañana bajo el agua..., ¿qué había pasado entre tanto en el aire?

Saltando por encima de árboles caídos, fintando en torno a las colgantes lianas, el sotomonte y los árboles vivos, corrió. Dispersó sus tentáculos corporales pegándolos contra el cuerpo, pues así las partes sensibles de los tentáculos podían ser protegidas de las delgadas ramillas que lo azotaban mientras corría por entre ellas. No podía evitarlo todo y seguir moviéndose con rapidez.

Chapoteó a través de un estrecho torrente, y luego escaló a la carrera una empinada orilla.

Llegó hasta un pequeño hato de maderas y vio dónde había sido cortado un árbol. Allí estaba el aroma de Akin y de machos humanos extraños. También estaba allí el olor de Tino..., muy fuerte.

Y entonces Tino gimió débilmente, produciendo sólo una sombra del

sonido que Dichaan había escuchado en el lago. Apenas si parecía un sonido humano; pero, para Dichaan, era inequívocamente Tino. Sus tentáculos craneales giraron, buscando al hombre, encontrándolo. Corrió hasta donde yacía, oculto por las grandes raíces de un árbol.

Su cabello estaba pegado en masas sólidas de sangre, polvo y hojas muertas. Su cuerpo se estremecía y emitía débiles sonidos.

Dichaan se desplomó al suelo, sondando primero las heridas de Tino con varios tentáculos craneales, luego tendiéndose a su lado para penetrar su cuerpo, en todas las partes posibles, con filamentos de sus tentáculos.

Aquel nombre estaba muriéndose..., moriría en un momento, a menos que Dichaan pudiera mantenerlo con vida. Había sido bueno volver a tener a un macho humano en la familia. Había representado un equilibrio, hallado tras dolorosos años de desequilibrio, y nadie había sufrido por aquel desequilibrio más que Dichaan. Había sido concebido para trabajar en paralelo con un macho humano..., para ayudar a criar hijos con la colaboración de una tal persona; y, sin embargo, había tenido que seguir adelante, cojeando sin la ayuda de esta contrapartida esencial. ¿Cómo iban a aprender los niños a comprender el lado masculino humano que había en ellos, un lado que todos tenían, sin importar cuál fuera su sexo?

Y ahora estaba Tino, sin descendencia y no acostumbrado a los niños, pero que pronto se había sentido a gusto entre ellos, y que pronto había sido aceptado por ellos.

Y ahora allí estaba Tino, casi muerto a manos de su propia gente.

Dichaan entró en conexión con el sistema nervioso del moribundo y mantuvo latiendo su corazón. El hombre era una hermosa y terrible contradicción física, como lo eran todos los humanos. Era una auténtica seducción viviente, y él jamás entendería el motivo. No podían perderlo; no podía producirse otro Joseph.

Había algún daño en el cerebro, Dichaan podía percibirlo, pero no podía curarlo, eso tendría que hacerlo Nikanj. Pero lo que sí podía hacer Dichaan era impedir que los daños se hiciesen peores. Detuvo la pérdida de sangre, que no había sido tan mala como parecía, y se aseguró de que las células vivas del cerebro tuviesen venas intactas que las nutriesen. Descubrió daños en el cráneo, y captó que el hueso dañado estaba ejerciendo una presión anormal sobre el cerebro. Esto ni lo tocó: Nikanj se podría ocupar de ello. Un ooloi podía hacerlo mucho más rápido y con mayor seguridad de lo que podían hacerlo un macho o una hembra.

Dichaan aguardó hasta que Tino estuvo tan estabilizado como le resultaba posible, luego lo dejó por un momento. Fue hasta el borde de Lo, a una de las raíces más grandes de un pseudoárbol, y lo golpeó varias veces en el código de presiones que habría usado para complementar un intercambio de impresiones sensoriales. Normalmente, esas presiones eran utilizadas muy rápida y silenciosamente sobre la piel del otro. Costaría un poco conseguir que aquello fuera interpretado por comunicación. Pero sabía que al fin le prestarían atención: aunque ningún oankali o construido lo escuchase, el ser que era Lo recogería el familiar grupo de vibraciones, alertando a la comunidad la siguiente vez que alguien abriese una pared o

alzase una plataforma.

Tamborileó dos veces el mensaje, luego volvió con Tino y se acostó a su lado, para controlarlo y esperar.

Ahora había tiempo para pensar acerca de lo que había ocurrido y de que había llegado demasiado tarde para poder impedir.

Akin había desaparecido..., ya llevaba bastante tiempo desaparecido. Sus secuestradores habían sido machos humanos..., resistentes. Habían huido a la carrera hacia el río. Sin duda se habrían dirigido, río arriba o río abajo, hacia su poblado..., o quizá hubiesen cruzado el río y viajasen por tierra. En cualquiera de los casos, probablemente la huella de su olor se desvanecería a lo largo del río. Había incluido en su mensaje instrucciones para que fuesen en su busca, pero no se hacía demasiadas esperanzas. Tendrían que ser registrados todos los pueblos resistentes, pero hallarían a Akin. En especial, tendrían que buscar en Fénix, pues aquél había sido el hogar de Tino. Pero, ¿tanto podían odiar a Tino las gentes de Fénix? No parecía ser el tipo de persona que la gente puede llegar a conocer y, aun así, odiar. La gente de su localidad, que lo habrían visto crecer como el único chico de la comunidad, deberían de haberse sentido como unos padres para él. Era más probable que, de ser ellos los merodeadores, lo hubiesen secuestrado junto con Akin.

Akin.

No le harían daño..., no intencionalmente. No al principio. Aún mamaba, pero lo hacía más por la reconfortante sensación que eso le proporcionaba que por necesidad nutritucional. Tenía la habilidad oankali de poder digerir cualquier alimento que se le diese, extrayéndole el máximo provecho. Si le daban de comer lo que ellos comían, sabría satisfacer sus necesidades corporales.

¿Sabían lo inteligente que era? ¿Sabían que podía hablar? Si no lo sabían, ¿cómo reaccionarían cuando lo averiguasen? Los humanos reaccionaban de mala manera ante las sorpresas. Naturalmente, él se mostraría cuidadoso, pero..., ¿qué sabía él de humanos irritados, asustados y frustrados? Nunca había estado cerca de una persona que pudiese odiarlo, que incluso pudiera hacerle daño, cosa posible cuando descubriesen que no era tan humano como parecía.

2

Río arriba.

Los humanos tenían una larga, estrecha y afilada canoa, ligera y fácil de mover a remo. Dos pares de hombres se turnaban a los remos, y el bote se deslizaba rápido por el agua. La corriente no era fuerte. Trabajando por turnos como lo hacían, no necesitaban detenerse nunca para descansar.

Akin había chillado tan fuerte como le había resultado posible, mientras había posibilidades de que le oyesen, pero nadie había acudido. Ahora permanecía en silencio, exhausto y misérrimo. El hombre que lo había atrapado aún lo llevaba en brazos y, en una ocasión, lo había agarrado por los pies y, colgado boca abajo, le había amenazado con hundirlo en el río si no se callaba. Sólo la intervención de los otros hombres había impedido que llevase a cabo lo que había amenazado hacer. Akin le tenía pánico. Honestamente, el hombre no parecía comprender el motivo por el que el asesinato y el secuestro tenían que alterar a Akin, o impedirle seguir órdenes.

Contempló la ancha y barbuda cara rojiza del hombre, inhaló su agrio aliento. Era un rostro amargado e irritado, el rostro de alguien que podía hacerle daño por actuar como un bebé, pero que por otra parte podía matarle por actuar como otra cosa. El hombre lo agarraba con tanta repugnancia como había visto hacerlo, en cierta ocasión, a otro hombre que había agarrado una serpiente. ¿Era para aquella gente tan diferente como pudiera serlo una serpiente?

El hombre amargado bajó la vista y descubrió a Akin mirándole.

—¿Qué cojones estás mirando? —le preguntó.

Akin dejó de mirar al hombre con sus ojos, pero no le perdió de vista con otras partes de su cuerpo sensibles a la luz. El hombre hedía a sudor, y a algo más. Algo funcionaba mal en su cuerpo..., tenía alguna enfermedad. Necesitaba a un ooloi..., y nunca se acercaría a uno.

El niño se quedó muy quieto entre sus brazos y, de alguna manera, al fin se quedó dormido.

Despertó para hallarse tendido entre dos pares de pies, sobre una tela empapada, en el fondo de la barca. Lo que le había despertado era el agua que chapoteaba contra el cuerpo.

Se sentó con cautela, sabiendo, ya antes de alzarse, que la corriente era aquí más fuerte y que estaba lloviendo. Lloviendo con intensidad. El hombre que le había tenido en brazos comenzó a achicar agua con una cantimplora grande. Seguro que, si la lluvia arreciaba, tendrían que parar.

Akin miró la tierra a su alrededor y vio que las orillas del río eran muy desniveladas y que estaban fuertemente erosionadas: colinas con la vegetación desparramándose por encima de sus bordes. Nunca había visto un paisaje así: estaba más lejos que nunca de casa, y aún en camino. ¿A dónde lo llevarían..., a las colinas? ¿O a las montañas?

Los hombres abandonaron el esfuerzo y remaron hacia la orilla. El agua era gris amarronada y estaba muy turbia, y la lluvia caía aún con más

fuerza. La barca estuvo a punto de hundirse, justo antes de llegar a la orilla. Los hombres maldijeron y saltaron al agua, para empujar el bote hasta una ancha planicie de fango, mientras Akin se quedaba donde estaba, ya casi nadando. Inclinaron el bote, tirándolo a él y al agua por un costado, echándose a reír cuando resbaló por el barro.

Uno de ellos lo agarró por una pierna y trató de entregárselo al hombre que lo había capturado.

Su captor no quería hacerse cargo de él.

—Ahora haz tú de niñera por un rato —dijo—. Que te mee a ti.

Akin apenas si pudo contenerse para no hablar, presa de indignación. Hacía meses que no se orinaba encima de nadie..., no lo había hecho desde que su familia había sido *capaz* de hacerle comprender que eso era algo que no debía hacer, que tenía que advertirles cuando necesitaba orinar o hacer de vientre. No se hubiera meado encima ni siquiera de aquellos hombres.

—No, gracias —dijo el hombre que sostenía a Akin por el pie—. Yo he estado hasta ahora remando en ese jodido bote por quién sabe cuántos kilómetros, mientras tú estabas sentadito, contemplando el paisaje. Ahora puedes ocuparte del crío.

Dejó a Akin en la llanura de cieno y se volvió para ayudar a llevar el bote a un lugar desde el que pudieran ser capaces de abrirse otra vez camino hasta la orilla. La planicie de barro era exactamente una capa de suave, húmedo y desnudo cieno que había quedado depositado justo por encima del nivel del agua. Con aquel chubasco, no era un lugar ni cómodo ni seguro. Y se acercaba la noche. Era hora de hallar un lugar en el que acampar.

El niñero de Akin miró a éste con fría hostilidad. Se frotó el estómago y, por un momento, el dolor pareció reemplazar su habitual descontento. Quizá le doliese el estómago. ¡Qué estúpido era el estar enfermo, saber dónde le podían curar a uno, y preferir seguir sufriendo!

De repente, el hombre agarró a Akin, lo alzó por un brazo, se lo metió bajo uno de sus propios largos y gruesos brazos, y siguió a los otros por el inclinado y embarrado sendero.

Durante la subida, Akin cerró los ojos. El paso de su captor no era seguro: a cada poco se iba cayendo, pero, de algún modo, nunca lo hacía sobre Akin, ni lo soltaba. Sin embargo, sí lo aferraba con tal fuerza que el niño apenas si podía respirar por lo mucho que le apretaban los dedos del hombre. Gimoteó y a veces gritó, pero en general trató de permanecer en silencio. Temía a aquel hombre como nunca antes le había temido a nadie. Este hombre que había estado dispuesto a sumergirle en unas aguas que podrían haber contenido depredadores, que lo había agarrado, agitado y amenazado con darle un puñetazo porque estaba llorando. Este hombre que, aparentemente, estaba más dispuesto a sufrir dolor que a ir a ver a alguien que le hubiese curado sin pedirle nada a cambio..., este hombre que podía matarle antes de que nadie pudiese intervenir para impedírselo.

En la parte alta del farallón, el que llevaba a Akin lo tiró al suelo.

—Ya puedes caminar —murmuró.

Akin se quedó sentado, quieto, allá donde había caído, preguntándose si a los bebés humanos los habrían tratado tan mal... Si era así, ¿cómo lograban sobrevivir? Luego siguió a los hombres tan deprisa como le fue posible. Si fuera mayor, se escaparía. Volvería al río y dejaría que éste le llevase de vuelta a casa. Si fuera mayor, podría respirar bajo el agua y evitar a los depredadores con un simple repelente químico..., el equivalente de un mal olor.

Claro que, si fuera mayor, los resistentes no lo hubieran querido. Ellos buscaban un bebé inerme..., y casi lo habían logrado: él podía pensar, pero su cuerpo era tan pequeño y débil que no le permitía actuar. No se moriría de hambre en la selva, pero podía ser envenenado por algo que le mordiese o le picase inesperadamente. Y, cerca del río, podría comérselo una anaconda o un caimán.

Además, nunca había estado solo en la selva.

A medida que los hombres se alejaban de él, se fue asustando más y más. Se cayó varias veces, pero se negó a gritar de nuevo. Finalmente, exhausto, se detuvo. Si los hombres pensaban abandonarle, no se lo podía impedir. ¿Es que se dedicaban a llevar a los niños construidos a lo más profundo de la espesura para abandonarlos allí?

Orinó en el suelo, luego halló un matorral con hojas comestibles y nutritivas. Era demasiado pequeño para alcanzar las mejores fuentes de alimentos, fuentes a las que los hombres sí podían llegar, pero que probablemente no reconocían como tales. Tino había sabido muchas cosas, pero no demasiado acerca de las plantas de la selva. Sólo comía las cosas más obvias: plátanos, higos, nueces, los frutos de la palma..., las versiones silvestres de las cosas que la gente cultivaba en Fénix. Si algo no le parecía o no le sabía similar, no lo comía. Akin era capaz de comer cualquier cosa que no fuese a envenenarle, y esto serviría para mantenerle con vida. Estaba comiéndose un hongo gris, especialmente nutritivo, cuando escuchó a uno de los hombres que regresaba a por él.

Tragó con rapidez, se embarró deliberadamente una mano y se la pasó por la cara. Si simplemente estaba sucio, el hombre quizá no le prestase mayor atención; pero si sólo tenía la boca sucia, quizá decidiesen que había que hacerle vomitar lo que hubiera comido.

El hombre lo descubrió, lo maldijo, lo alzó de un tirón y lo llevó bajo un brazo hasta donde los otros estaban construyendo un refugio.

Habían hallado un lugar relativamente seco, bien protegido por la cúpula de la selva, y lo habían limpiado de hojarasca. Habían tendido una tela, impermeabilizada con goma, desde un par de arbolitos hasta el suelo. Aparentemente esta tela había estado en el bote, fuera de la vista de Akin. Ahora estaban cortando pequeñas ramas y arbolillos para hacer un suelo. Al menos, no pensaban dormir sobre el barro.

No encendieron un fuego. Comieron comida seca: nueces, semillas y frutos secos, todo mezclado, y bebieron algo que no era agua. Le dieron *a* Akin un poco del líquido y les divirtió ver que, una vez lo hubo probado, ya no quiso repetir.

—Sin embargo, no parece molestarle —dijo uno de ellos—. Y esta cosa es explosiva. Dadle un poco de comida, quizá pueda tomarla. Al fin y al cabo tiene dientes, ¿no?

—Aja.

Había nacido con dientes. Le dieron algo de la comida de ellos, y la fue tomando poco a poco, un pequeño fragmento tras otro.

—Así que el tipo ese de Fénix al que matamos mentía —dijo su captor—. Ya me pareció a mí...

—Me pregunto si realmente éste sería su hijo.

—Es probable. Se le parece.

—¡Dios! Me pregunto lo que tendría que hacer para tener un hijo. Quiero decir que no fue a base de follarse a una mujer.

—Ya sabes lo que hizo. Si no lo supieses, ya habrías muerto de vejez o enfermedades.

Silencio.

—Entonces, ¿qué creéis que podremos lograr a cambio del chico? —preguntó una nueva voz.

—Lo que queramos. ¿Por un chico casi perfecto? Todo lo que tengan. Es tan valioso que me pregunto si no deberíamos quedárnoslo para nosotros.

—Herramientas de metal, cristal, telas finas, una mujer o dos... Y eso que quizá este crío no sobreviva para crecer. O quizá sí que viva y crezca, y entonces le salgan tentáculos por todas partes. Porque, ¿qué importa que ahora tenga un aspecto normal...? Eso no significa nada.

—Y os diré algo más —intervino el que había capturado a Akin—. Nuestras posibilidades, las posibilidades de cualquiera de nosotros de ver crecer *a* ese chaval, son pura mierda de vaca. Los gusanos van a hallarlo, más pronto o más tarde, vivo o muerto. ¡Y que no le pase nada al poblado en que lo encuentren!

Alguien más estuvo de acuerdo:

—Lo único que podemos hacer es deshacernos de él, rápidamente, y largarnos de la zona. Que sea otro el que tenga que preocuparse de cómo retenerlo, y de cómo no acabar muerto o algo peor.

Akin salió del refugio, halló un lugar en el que hacer sus necesidades, y otro lugar, un claro en el que uno de los árboles más grandes había caído y permitía que la lluvia llegara hasta el suelo con bastante fuerza, donde poder lavarse y recoger el agua suficiente para calmar su sed.

Los hombres no trataron de detenerle, pero uno de ellos estuvo vigilándole. Cuando regresó al refugio, mojado y reluciente, llevando unas cuantas hojas de plátano silvestre anchas y planas sobre las que dormir, todos le miraron.

—Sea lo que sea —dijo uno de ellos—, no es tan humano como creíamos. ¿Y quién sabe lo que puede hacer? Me alegraré cuando nos deshagamos de él.

—Es justo lo que sabíamos que era —intervino el que había capturado a Tino—. Un niño bastardo. Apuesto a que puede hacer muchas más cosas de las que le hemos visto.

—Pues yo apuesto a que, si nos largamos y lo dejamos aquí, sobrevivirá y volverá a su casa.

Estalló una discusión al respecto, mientras se pasaban de mano en mano su bebida alcohólica y escuchaban la lluvia, que se había detenido, pero que luego empezó de nuevo.

Akin tenía cada vez más miedo de ellos, pero, al cabo de un tiempo, ni siquiera su miedo lo pudo mantener despierto. Le había tranquilizado un tanto el saber que lo iban a vender *a* otra gente, quizá a los pobladores de Fénix. Podría hallar a los padres de Tino. Quizá también ellos imaginasen que se parecía a Tino. Quizá le dejasen vivir con ellos. Deseaba estar entre gente que no le hiciese daño al agarrarlo por un brazo o una pierna y que no lo transportasen como si fuese tan insensible como un trozo de madera muerta. Ansiaba estar entre gente que le hablase y se preocupase de él, en lugar de estos bandidos que, o lo ignoraban, o se apartaban de él como si fuese un insecto venenoso, o se reían de él. Estos hombres no sólo le daban miedo, sino que también le hacían sentirse agónicamente solitario.

Poco después de que oscureciese, Akin despertó para descubrir que alguien le agarraba en brazos, mientras otros dos intentaban meterle algo en la boca.

De inmediato supo que aquellos hombres habían abusado de su bebida alcohólica. Hedían a ella. Y hablaban gangosamente, era difícil entenderles.

De algún modo habían encendido un fuego y, a la luz del mismo, Akin pudo ver a dos de ellos echados en el suelo, dormidos. Los otros tres estaban ocupados con él, tratando de hacerle comer unos frutos silvestres que habían machacado.

Sin necesidad de que su lengua tocase los frutos machacados supo que eran mortíferos, que no debían de ser comidos, de ningún modo. Machacados como lo estaban aquéllos, podían incapacitarlo antes de que pudiese deshacerse de ellos. Y luego, seguramente, le matarían.

Luchó y gimió como mejor pudo, sin abrir la boca. Su única esperanza, pensó, era despertar a los dormidos para que viesen cómo estaba a punto de ser destruido su artículo destinado al comercio.

Pero los durmientes siguieron dormidos. Y los que estaban tratando de darle los frutos venenosos se limitaron a reírse de sus esfuerzos. Uno de ellos le tapó la nariz y le abrió la boca.

Llevado por la desesperación, Akin vomitó sobre la mano que lo violentaba.

El hombre se echó hacia atrás, maldiciendo. Tropezó con uno de los dormidos y cayó al fuego.

Hubo una terrible confusión de gritos y blasfemias, y el refugio se llenó de un hedor a vómito, sudor y alcohol. Los hombres luchaban entre sí, sin

saber lo que hacían. Akin huyó fuera antes de que acabasen derribando el refugio.

Aterrado, confuso, solitario hasta casi sentirse mal físicamente, el niño escapó a la selva. Era mejor tratar de volver a casa. Era mejor correr el riesgo de los animales hambrientos y los insectos venenosos que permanecer con aquellos hombres, capaces de cualquier cosa, de cualquier acto irracional. Mejor estar completamente solo que solitario entre seres peligrosos a los que no comprendía.

Lo que realmente le aterraba era la soledad. Probablemente podría evitar a los caimanes y las anacondas, y la mayoría de los insectos que picaban o mordían no eran mortíferos.

Pero, estar solo en la selva…

Sentía nostalgia de Lilith, de que lo tomase en brazos y le diese su dulce leche.

3

Los hombres se dieron cuenta rápidamente de que el niño había desaparecido.

Quizás el dolor del fuego y los palos de ciego, el hundimiento del refugio, y el repentino chapuzón de la lluvia les devolvió el sentido. Se dispersaron para ir en su busca.

Akin era un animalillo asustado, incapaz de moverse con rapidez ni de coordinar bien sus movimientos. Podía oírlos y, ocasionalmente, verlos; pero no podía apartarse de ellos lo bastante aprisa. Ni podía ser tan silencioso como hubiera deseado. Afortunadamente, la lluvia ocultaba su torpeza.

Avanzó tierra adentro, penetrando más profundamente en la selva, en la oscuridad en la que él podía ver y los humanos no. Brillaban con un calor corporal que ellos mismos no podían captar. Akin también brillaba, y usaba esto y la luz del calor de la vegetación para guiarse. Por primera vez en su vida le alegraba que los humanos no tuviesen esta habilidad.

Lo hallaron sin necesidad de ella.

Huía tan rápidamente como le era posible. La lluvia cesó, y sólo hubo el sonido de insectos y ranas para ocultar sus errores. Aparentemente, no era bastante: uno de los hombres lo oyó. Vio como el hombre giraba en redondo para mirar. Se quedó helado, esperando no ser visto, medio cubierto como estaba por las hojas de varías plantas pequeñas.

—¡Aquí está! —gritó el hombre—. ¡Lo he encontrado!

Akin corrió más allá de un enorme árbol, con la esperanza de que el hombre se enredase con las colgantes lianas o tropezase con las raíces que salían del suelo. Pero tras el árbol había otro hombre que se acercaba al lugar de los gritos. Desde luego no vio a Akin…, en realidad ni parecía ver el árbol. Pero tropezó con el niño y cayó contra el árbol, luego retorció el cuerpo, extendió los brazos y los movió casi como si estuviera dando brazadas de natación. Akin no fue lo bastante rápido como para escapar a las tanteantes manos.

Fue atrapado, palpado con fuerza por todo el cuerpo, luego alzado y llevado en volandas.

—¡Lo tengo! —aulló el hombre—. Está perfectamente. Sólo mojado y frío.

Akin no estaba frío. Su temperatura normal era algo inferior a la de los humanos, por lo que su piel siempre les parecía fría.

Cansinamente, descansó la cabeza contra el hombre. No había escapatoria. Ni siquiera de noche, cuando su habilidad visual le daba ventaja. No podía escapar a hombres hechos y derechos que estuviesen decididos a conservarlo.

Entonces, ¿qué podía hacer? ¿Cómo podría salvarse de su impredecible violencia? ¿Cómo podría seguir con vida, al menos hasta que lo vendiesen?

Apoyó la cabeza en el hombro de su captor y cerró los ojos. Quizá no

pudiera salvarse. Tal vez no hubiera otra cosa que hacer sino esperar hasta que lo asesinasen.

El hombre que lo llevaba le frotó la espalda con la mano libre.

—Pobre crío. Tiembla como un poseso. Espero que esos imbéciles no te hayan hecho enfermar. ¿Qué sabemos nosotros de cuidar a un niño enfermo? Aunque..., lo cierto es que tampoco sabemos cuidar a uno que esté bueno.

Sólo estaba murmurando para sí, pero al menos no culpaba a Akin de lo que había pasado. Y no lo había agarrado por un brazo o una pierna. Aquello era un cambio para bien. Deseó atreverse a pedirle al hombre que no le frotase la espalda: el que le frotasen en esa zona era como si le pasasen la mano por unos ojos que no pudiese proteger cerrándolos.

Pero el hombre estaba queriendo mostrarse amable.

Akin lo miró con curiosidad. Tenía el cabello y la barba más cortos y brillantes de todo el grupo. Ambos tenían el color del cobre y resultaban muy vistosos. No había sido él quien había golpeado a Tino. Y había estado dormido cuando sus amigos habían intentado envenenarle. En el bote había permanecido detrás de Akin, remando, descansando o achicando agua. Había prestado escaso interés al niño, excepto para mostrar una momentánea curiosidad. Ahora, sin embargo, lo sostenía de un modo confortable, descansándole el cuerpo y permitiéndole agarrarse, en lugar de aferrarlo y apretarlo hasta dejarlo sin aliento. Ahora ya había dejado de frotarle, y Akin se sintió bien. Si aquel hombre le dejaba, se quedaría cerca de él. Quizá, con su ayuda, pudiera sobrevivir hasta que lo vendiesen.

4

Akin durmió el resto de la noche con el pelirrojo. Simplemente esperó hasta que el hombre hubo colocado su colchoneta bajo el reconstruido refugio y se hubo echado en ella. Entonces, Akin reptó hasta la colchoneta y se echó a su lado. El hombre alzó la cabeza, frunció el ceño mirando al niño, y luego dijo:

—De acuerdo, chico..., siempre que no te mees en la cama.

A la mañana siguiente, mientras el pelirrojo compartía con Akin su escaso desayuno, el que originalmente lo había capturado vomitó sangre y se desplomó.

Asustado, Akin lo contempló desde detrás del pelirrojo. Esto *no* debería de estar pasando. *¡No debería de estar pasando!* El niño se abrazó a sí mismo, temblando y jadeando. El hombre sufría, sangraba, estaba enfermo..., y lo único que podían hacer sus amigos para ayudarle era ponerlo plano en el suelo y volverle la cabeza hacia un lado, para que no volviera a tragarse su propia sangre.

¿Por qué no le buscaban un ooloi? ¿Cómo podían dejar que su amigo sangrase así? Podía perder demasiada sangre y morirse. Akin había oído hablar de humanos a los que les sucedía aquello. Sin ayuda, no podían impedir que siguiese la hemorragia. Akin podía controlar la pérdida de sangre en el interior de su propio cuerpo, pero no sabía cómo enseñarle esta habilidad a un humano. Quizá fuese algo que no pudiese ser enseñado. Y no podía hacerlo por otro, como lo habría hecho un ooloi.

Uno de los hombres bajó al río y trajo agua. Otro se sentó junto al enfermo y le fue limpiando la sangre..., pese a que no dejaba de sangrar.

—¡Jesús! —exclamó el pelirrojo—. Nunca antes había estado tan mal.

Miró a Akin, frunció el ceño, y luego lo alzó en brazos y se fue con él hacia el río. Se encontraron con el hombre que había ido a por el agua y que volvía con un cazo lleno.

—¿Está bien? —preguntó el hombre, parándose tan en seco que derramó parte del agua.

—Aún sigue echando sangre. Pensé que era mejor llevar al chico a otra parte.

El hombre se apresuró, vertiendo algo más de agua.

El pelirrojo se sentó en un árbol caído y colocó a Akin frente a él.

—¡Mierda! —murmuró para sí. Puso un pie sobre el árbol, apartando la mirada del chico.

Akin siguió sentado, deseando hablar y sin atreverse a hacerlo, casi enfermo a causa del hombre que sangraba. Era un *error* el permitir tanto sufrimiento, un *error absoluto* el desperdiciar así una vida que aún no tenía por qué acabar sin que le hubiese llegado el momento, sin equilibrio, sin compartir.

El pelirrojo lo agarró y lo alzó en el aire, mirándole ansiosamente a la

cara.

—No irás a ponerte enfermo tú también, ¿verdad? —le preguntó—. Por Dios, no lo hagas.

—No —susurró Akin.

El hombre le miró fijamente.

—Así que puedes hablar. Tilden dijo que debías de saber algunas palabras. Pero, siendo lo que eres, seguro que sabes más que algunas, ¿verdad?

—Sí.

Hasta más tarde, Akin no se dio cuenta de que el hombre no había esperado ninguna respuesta. Los seres humanos hablaban con los árboles, los ríos, los botes y los insectos del mismo modo que hablaban con los bebés. Hablaban por hablar, pero pensaban que estaban hablando con cosas que no les entendían. Les sobresaltaba y asustaba cuando algo, que debería haber permanecido mudo, les contestaba de un modo inteligente. Todo eso lo comprendió Akin más tarde. Ahora, sólo podía pensar en el hombre vomitando sangre y quizá muriendo *tan* incompleto. Y el pelirrojo se había mostrado amable. Quizá le escuchase.

—Morirá —susurró Akin, sintiéndose como si estuviese pronunciando una espantosa blasfemia.

El pelirrojo lo dejó de nuevo, contemplándolo con incredulidad.

—Un ooloi detendría la sangre y el dolor —dijo Akin—. Y no lo retendría ni le haría nada. Sólo lo curaría.

El hombre agitó la cabeza y abrió mucho la boca.

—¿Qué infiernos eres? —Ya no había amistad o bondad en su voz. Akin se dio cuenta de que había cometido un error. ¿Cómo remediarlo? ¿Guardando silencio? No, ahora el silencio sería considerado como testarudez, quizá castigado como tal.

—*¿Por qué debe de morir tu compañero?* —preguntó con toda la apasionada convicción que sentía.

—Tiene sesenta y cinco años —dijo el hombre, apartándose de Akin—. O, al menos, ha estado despierto en total esos sesenta y cinco años. Ése es un período decente de tiempo para vivirlo un ser humano.

—Pero está enfermo, sufre.

—Sólo es una úlcera. Ya tenía una antes de la guerra. Los gusanos se la curaron, pero le volvió al cabo de unos años.

—Podría ser curada de nuevo.

—Creo que él mismo se cortaría el cuello antes que dejarse tocar por una de esas cosas. Yo, al menos, lo haría.

Akin miró al hombre, tratando de comprender esta nueva expresión de odio y repulsión. ¿Sentía aquello por Akin, como por los oankali? Estaba mirándole.

—¿Qué infiernos eres? —le preguntó.

Akin no supo qué contestarle. El hombre sabía lo que era.

—Realmente, ¿qué edad tienes?

—Diecisiete meses.

—¡Joder! ¿Qué nos están haciendo los gusanos? ¿Qué clase de madre tuviste?

—Nací de una mujer humana. —Eso era lo que verdaderamente quería saber. No quería oír que Akin había tenido dos madres, del mismo modo que había tenido dos padres. Ya lo sabía, aunque probablemente no lo entendía. Tino había sido muy curioso respecto a todo ello, y le había hecho a Akin preguntas que le avergonzaba hacer a sus nuevos familiares. Este hombre también sentía curiosidad, pero era una curiosidad del tipo que hacía que algunos humanos dieran la vuelta a troncos podridos..., para así disfrutar sintiendo asco por lo que vivía bajo ellos.

—Aquel tipo de Fénix, ¿era tu padre?

A su pesar, Akin se echó a llorar. Había pensado muchas veces en Tino, pero no había tenido que hablar de él. Le dolía hablar de él.

—¿Cómo podéis odiarlo tanto a él, y aun así quererme a mí? Él era humano como vosotros, y en cambio yo no lo soy, pero uno de vosotros lo mató.

—Era un traidor a su especie. Él eligió ser traidor.

—Él nunca hizo daño a otros seres humanos. Ni siquiera estaba tratando de hacerle daño a nadie cuando lo asesinasteis. Sólo tenía miedo por mí.

Silencio.

—Si yo soy valioso, ¿cómo puede estar mal lo que él hizo?

El hombre le miró con profundo disgusto.

—Quizá no seas valioso.

Akin se limpió la cara y miró, mostrando su propio disgusto, al hombre que defendía el asesinato de Tino, un hombre que nunca le había hecho daño a él.

—Seré valioso para vosotros —le dijo—. Lo único que tengo que hacer es quedarme callado. Así os podréis librar de mí, y yo podré librarme de vosotros.

El hombre se alzó y se marchó.

Akin se quedó donde estaba. Los hombres no lo abandonarían aquí, pasarían por aquel lugar cuando bajasen al río. Estaba asustado, se sentía mal y temblaba de rabia. Nunca había sentido una mezcla así de emociones intensas. ¿Y de dónde habían salido sus últimas palabras? Le hacían pensar en Lilith, cuando estaba irritada. La ira de Lilith siempre le había asustado, y sin embargo la llevaba dentro. Lo que había dicho era bastante cierto, pero él no era Lilith, alta y fuerte. Habría sido mejor que no hubiera expresado sus sentimientos.

Y, no obstante, había habido algo de miedo en la expresión del pelirrojo justo antes de que se marchase.

—Los seres humanos temen a lo diferente —le había dicho en cierta ocasión Lilith—. A los oankali les encanta la diferencia; los humanos persiguen a sus diferentes, y sin embargo los necesitan para darse a sí mismos definición y estatus. Los oankali buscan la diferencia y la coleccionan. La necesitan para evitar caer en el estancamiento y la sobrespecialización. Si no entiendes esto, ya lo entenderás. Probablemente notarás cómo ambas tendencias salen a la superficie en tu comportamiento.

Y le había puesto la mano en el pelo:

—Cuando entren en conflicto, trata de hacer como los oankali: decídete por la diferencia.

Akin no lo había comprendido, pero ella le había dicho:

—No te preocupes. Simplemente recuérdalo.

Y, naturalmente, había recordado cada una de sus palabras. Era una de las pocas veces que ella le había animado a mostrar características oankali. Pero, ahora...

¿Cómo iba a hacer como los humanos que, en su diferencia, no sólo lo habían rechazado, sino que le habían hecho desear ser lo bastante fuerte como para poder hacerles daño?

Descendió del tronco y halló hongos y frutos caídos que comer. También había nueces caídas, pero las ignoró, porque no podía partirlas. Podía oír a los hombres hablar de vez en cuando, aunque no podía entender lo que decían. Le daba miedo intentar escapar de nuevo: esta vez, cuando lo atrapasen, podrían pegarle. Y si el pelirrojo les contaba lo bien que entendía las cosas, quizá deseasen pegarle.

Cuando hubo comido hasta quedar satisfecho, contempló varias hormigas del tamaño del dedo medio de un adulto. No eran mortíferas, pero a los humanos su picadura les resultaba muy dolorosa y debilitante. Akin estaba reuniendo el valor necesario para tomar una y explorar su estructura básica cuando llegaron los hombres, lo alzaron sin detenerse y bajaron, resbalando y cayéndose, el sendero que conducía al río. Tres hombres llevaban el bote, el cuarto a Akin. No había señales del quinto.

Akin fue colocado, solo, en el quinto banco del centro del bote. Nadie le habló ni le prestó la menor atención mientras metían las cosas en la barca, la empujaban hacia aguas más profundas y saltaban dentro.

Los hombres remaron sin hablar. Por la cara de uno corrían lágrimas. Lágrimas por un hombre que parecía odiar a todo el mundo, y que aparentemente había muerto por no pedirle ayuda a un ooloi.

¿Qué habrían hecho con su cadáver? ¿Lo habrían enterrado? Habían dejado a Akin solo durante un largo rato, lo bastante largo como para que incluso hubiera podido escapar, si se hubiera atrevido a intentarlo. Habían retrasado mucho su partida, pese a que sabían que estaban siendo perseguidos. Habían tenido tiempo suficiente para enterrar un cadáver.

Ahora eran peligrosos. Como la madera en brasas que, o bien podía

estallar en llamas, o irse enfriando lentamente y tornarse menos mortífera. Akin no hizo ruido alguno, apenas si se movió. No debía provocar una llamarada.

5

Dichaan ayudó a Ahajas a sentarse, luego se colocó tras ella para que pudiera apoyarse en él si así lo deseaba. Nunca antes lo había hecho, pero ella le necesitaba cerca, necesitaba tener contacto con él durante este único acto: el nacimiento de su hijo. Necesitaba a todos sus compañeros cerca de ella, tocándola; necesitaba ser capaz de tener un nexo con ellos y notar las partes de la criatura que habían salido de cada uno. Sin tal contacto podía sobrevivir, pero no hubiese sido bueno ni para ella ni para el niño. Los nacimientos en solitario producían bebés con tendencia a convertirse en ooloi. Y era demasiado pronto para un ooloi construido. Un niño así tendría que ser enviado a la nave para que creciese allí, entre los parientes de la gente de Lo.

Lilith había aceptado esto: había compartido todos los partos de Ahajas, del mismo modo que ésta había compartido todos los suyos. Ahora, se arrodilló junto a Dichaan, algo por detrás de Ahajas. Aguardó, con falsa paciencia, a que el niño hallase su camino para salir del cuerpo de la madre. Primero había tenido que transportar a Tino a la nave para que se curase. Probablemente no moriría, se curaría física y emocionalmente mientras pasaba un corto período en animación suspendida. No obstante, quizá perdiera algo de su memoria.

Después, cuando esto ya estuvo hecho y se hallaba dispuesta para unirse a los que estaban buscando a Akin, el hijo de Ahajas decidió que era hora de nacer. Así eran las cosas con los niños, fueran humanos o oankali. Cuando sus cuerpos estaban dispuestos, insistían en nacer. Once meses para los nacidos de humana, en lugar de los nueve originales, quince para los nacidos de oankali, en lugar de los dieciocho originales. Los humanos eran tan rápidos para todo..., rápidos y potencialmente peligrosos. Los nacimientos de construidos de ambas partes tenían que ser más cuidadosamente convencionales que los partos humanos u oankali. Los padres que faltaban tenían que ser simulados por ooloi. El mundo tenía que ser presentado muy lentamente, después de que la criatura hubiera conocido a sus padres. Lilith no podía, simplemente, asistir al nacimiento y luego marcharse. Nikanj ya estaba bastante ocupado simulando a Joseph y siendo él mismo. Si hiciese más no sería seguro..., no para el niño construido.

Nikanj estaba sentado, buscando, con sus brazos sensoriales, el lugar por el que, finalmente, emergería el niño. El modo humano de dar a luz de Lilith era más simple: el niño emergía por un orificio preexistente..., que siempre era el mismo. El parto le hacía daño a Lilith, pero Nikanj se había ocupado en todas las ocasiones de hacer desaparecer el dolor. Ahajas no tenía orificio de natalidad: su hijo tenía que hallar su propio camino para salir del cuerpo materno.

Esto no le hacía daño a Ahajas, pero momentáneamente la debilitaba, la hacía desear sentarse, la hacía enfocar toda su atención en seguir el progreso del niño, ayudándole, si le parecía que estaba en problemas. Era deber de sus cónyuges el protegerla y asegurarla de que estaban con ella..., de que eran parte de aquel hijo, que era parte de ella. Todo interconectado, todo unido: una red familiar sobre la que debía caer todo hijo. Éste debía de

ser el momento mejor posible para una familia, pero con Tino gravemente herido y Akin secuestrado, era un tiempo de sentimientos confusos. Los momentos de expectación y unión se hallaban entremezclados con otros de miedo por Akin y preocupación de que el Tino que recuperasen ni los conociese ni los amase.

Claro que los merodeadores no podían hacerle daño a Akin, ¿no? Seguramente...

Pero no pertenecían a ningún poblado resistente. Esto ya lo habían averiguado. Eran nómadas..., comerciantes viajeros cuando tenían algo con que comerciar, bandoleros *cuando no tenían nada. ¿Intentarían* quedarse a Akin y criarlo para que fuera uno de ellos, para usar sus sentidos oankali contra éstos? Otros lo habían intentado antes que ellos, pero jamás con un niño tan pequeño. Y nunca lo habían intentado con un niño nacido de humana, puesto que no había existido ninguno antes de Akin. Esto era lo que más le preocupaba a Dichaan. Él era el único padre vivo del mismo sexo que Akin, y se sentía incierto, aprensivo y dolorosamente responsable. ¿Donde, en la enorme selva tropical, estaría el niño? Probablemente no podría escapar y regresar a casa, como tantos otros habían hecho antes que él. Simplemente, no tenía ni la fuerza ni la velocidad necesarias. Esto ya debería haberlo averiguado, y debía saber que tenía que cooperar con los hombres, hacer que lo considerasen valioso. *Si aún* estaba vivo, eso *debía* saberlo ya.

La criatura emergería del lado izquierdo de Ahajas. Ésta se recostó sobre su lado derecho. Dichaan y Lilith se movieron para mantener el contacto, mientras Nikanj acariciaba la zona de piel que ondulaba suavemente. En pequeñas ondas circulares, la piel se fue apartando de un punto central, que fue creciendo lentamente, hasta dejar al descubierto un gris más oscuro: un orificio temporal, dentro del cual podían ser vistos moverse lentamente los tentáculos craneales del bebé. Esos tentáculos habían liberado la sustancia que iniciaba el proceso del nacimiento. Ahora eran responsables del modo en que ondulaba la carne de Ahajas, apartándose.

Nikanj dejó al descubierto una de sus manos sensoríales, la llevó hacia el orificio y, suavemente, tocó los tentáculos sensoriales de la cabeza del nonato.

Al instante, los tentáculos de la cabeza aferraron la mano sensorial, que era lo más familiar entre tanta cosa extraña. Ahajas, notando el repentino movimiento y comprendiendo su significado, rodó cuidadosamente sobre su espalda. El chico sabía ahora que estaba llegando a un lugar que lo aceptaba y le daba la bienvenida. Sin ese pequeño contacto, su cuerpo se habría preparado a vivir en un lugar mucho más duro..., un medio ambiente menos seguro, porque no contenía un padre ooloi. En los ambientes realmente peligrosos, era muy probable que los ooloi resultasen muertos, mientras trataban de enfrentarse a nuevas formas de vida hostiles. Era por esto por lo que los niños que no tenían padre ooloi que los aguardase en su nacimiento tendían a convertirse ellos mismos en ooloi, cuando maduraban: sus cuerpos suponían lo peor. Y, con el fin de lograr madurar en un medio supuestamente hostil, tenían que convertirse bien pronto en seres

inusitadamente resistentes y correosos. Sin embargo, este niño no tendría que sufrir estos cambios, pues Nikanj estaba con él. Y algún día, probablemente, sería una hembra para equilibrar a Akin..., si es que Akin regresaba con tiempo suficiente para influenciarla.

Nikanj tomó al bebé, mientras éste se deslizaba fácilmente por el orificio natalicio. Era gris y con una dotación completa de tentáculos craneales, pero con sólo unos pocos tentáculos corporales. Tenía un rostro asombrosamente humano: ojos, orejas, nariz y boca..., y tenía un orificio de aireación funcional en la garganta, rodeado por tentáculos pálidos pero bien desarrollados. Esos tentáculos se estremecían lentamente a medida que el bebé respiraba. Eso significaba que, probablemente, la pequeña nariz humana era puro decorado, maquillaje.

Tenía un juego completo de dientes, como era el caso de muchos recién nacidos construidos, y, a diferencia de los construidos hijos de humana, los usaría de inmediato. Le serían dadas pequeñas porciones de lo que todos los demás comían. Y, una vez hubiese demostrado a satisfacción de Nikanj que no era probable que se envenenase a sí mismo, se dejaría al recién nacido en libertad para que comiera todo aquello que encontrase comestible..., libre para pastar, como decían los humanos.

Quizá Akin estuviera ahora haciendo eso, para mantenerse con vida..., comer aquello que lograse encontrar. Quizá los resistentes lo alimentasen, quizá no. Bastaría si, simplemente, le dejaban pastar en la selva. No obstante, lo cierto era que los humanos siempre se asustaban cuando veían a un niño pequeño llevándose algo raro a la boca. Si los bandoleros eran seres humanos normales, conscientes, quizá lo matasen.

6

El río se bifurcaba y volvía a bifurcarse, y los hombres jamás parecían dudar sobre qué ramal tomar. El viaje parecía sin fin. Cinco días. Diez días. Doce días...

Mientras viajaban, Akin no dijo nada. Había cometido un error y temía cometer otro. El pelirrojo, que se llamaba Galt, no les contó nada a los otros de su charla; era como si el hombre no se acabase de creer que había oído hablar a Akin. Se mantenía tan alejado de él como le era posible, nunca le hablaba, ni nunca hablaba de él. Eran los otros tres quienes tiraban del niño por los brazos o las piernas, lo empujaban con los pies, o lo llevaban en brazos cuando era necesario.

Le costó a Akin varios días comprender que, según el modo de pensar de ellos, aquellos hombres no lo estaban tratando cruelmente. No hubo más intentos etílicos de envenenarle, y nadie le golpeó. En cambio, a veces sí que se pegaban entre ellos. En dos ocasiones, un par de ellos rodaron por el barro, agarrándose y dándose golpes. E, incluso cuando no se peleaban, se maldecían entre sí y lo maldecían *a* él.

No se lavaban con la frecuencia necesaria y a veces olían mal. Hablaban, por la noche, de Tilden, su camarada muerto, y de otros hombres con los que habían viajado y robado. Según parecía, la mayor parte de ellos también estaban muertos. ¡Tantos hombres inútilmente muertos!

Cuando la corriente se hizo demasiado fuerte para ellos, escondieron el bote y empezaron a caminar. Ahora el terreno formaba pendiente: aún era selva tropical, pero iba ascendiendo rápidamente hacia las colinas. Allí, esperaban hacer un trueque con Akin en un rico poblado resistente llamado Hillmann, en donde la gente hablaba alemán y español. Tilden había sido el germanoparlante del grupo: según dijo alguien, su madre había sido alemana. Los hombres creían que era necesario hablar en alemán, pues en el poblado la mayoría de los habitantes eran germanos, y probablemente ellos fuesen los que tuviesen los mejores artículos de comercio. Y, sin embargo, sólo otro hombre, Damek, el que había golpeado a Tino, hablaba un poco de alemán. Y realmente lo hablaba poco. Dos hombres hablaban español: Iriarte y Kaliq. El primero vivía en un lugar llamado Chile antes de la guerra, y el otro había pasado unos años en otro sitio de nombre Argentina. Se decidió que la negociación sería llevada a cabo en español, pues muchos de los alemanes hablaban el idioma de sus vecinos. Los comerciantes pretenderían no saber alemán, y Damek estaría escuchando lo que se suponía no debían de entender. Pues la gente del poblado, creyendo no ser entendida, quizá hablase demasiado entre sí.

Akin sentía deseos de ver y escuchar a diferentes clases de humanos. Había escuchado a Tino hablar algo de español, y lo había aprendido. Y le había gustado el sonido que tenía, cuando Tino lo había hablado con Nikanj. Nunca había oído hablar en alemán, y le hubiera gustado que lo hablase otro que no fuera Danek. Evitaba a éste todo lo que podía, recordando a Tino. Pero la idea de conocer a gente nueva era lo bastante atractiva como para suavizar algo su dolor y su desencanto por no ser llevado a Fénix, donde creía que habría sido bien recibido por los padres de Tino. No habría

intentado hacerse pasar por hijo de él; pero si el color de su piel y la forma de sus ojos les hubiera recordado a Tino, no le hubiese molestado. Quizá los alemanes no lo quisiesen...

Los cuatro resistentes y Akin se acercaron a Hillmann a través de campos de plátanos, árboles de papaya, plantas de piña y maizales. Los campos parecían bien cuidados y fructíferos. A Akin le parecían mucho más impresionantes que los huertos de Lilith, porque eran mucho más grandes y habían talado muchos más árboles. Había mucha mandioca, e hileras de algo que aún no había brotado. Hillmann debía de haber perdido una buena cantidad de humus, a causa de la lluvia, en todas esas largas y rectas hileras. ¿Durante cuánto tiempo podrían estar cultivando de aquella manera, antes de que el terreno se arruinase y tuvieran que trasladarse? ¿Cuántos campos habrían estropeado ya?

El poblado estaba formado por dos hileras regulares de casas de madera, con techo de paja y alzadas sobre pilastras. Dentro del pueblo se habían conservado varios árboles. A Akin le gustó el aspecto que tenía el lugar. Había en él una simetría tranquilizadora.

Pero no había gente en él.

Akin no podía ver a nadie. Lo que es peor, no podía oír a nadie. Los humanos eran ruidosos, incluso cuando trataban de no serlo. Y lo normal hubiera sido que aquellos humanos hubiesen estado hablando y trabajando y llevando su vida normal. En lugar de aquello, no se oía el menor sonido procedente de ellos. No estaban escondidos: simplemente, se habían marchado.

Contempló el poblado desde los brazos de Iriarte y se preguntó cuánto tardarían los hombres en darse cuenta de que algo andaba mal.

Iriarte fue el primero que lo entendió: se detuvo y se quedó mirando fijamente hacia delante. Miró a Akin, cuya cara estaba cerca de la suya, y vio que el niño se había girado entre sus brazos y también estaba mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó, como si esperase que Akin le fuera a responder. Y éste casi lo hizo, casi olvidó que no tenía que hablar en voz alta. Pero, como siguió callado, fue Iriarte quien dijo a los demás—: Aquí pasa algo raro.

Inmediatamente, Kaliq adoptó la postura contraria:

—Es un sitio muy agradable. Aún se ve que es rico. No pasa nada malo.

—Aquí no hay nadie —afirmó Iriarte.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque nadie ha salido corriendo a recibirnos? Deben estar por alguna parte, vigilándonos.

—No. Hasta el crío se ha dado cuenta.

—Sí —estuvo de acuerdo Galt—. Así es. Yo me estaba fijando en él. Se supone que los de su especie ven y oyen mejor que nosotros.

Lanzó a Akin una mirada cargada de sospechas.

—Si nos metemos en algo, tú te metes con nosotros, chaval.

—¡Por todos los santos, si sólo es un bebé! —exclamó Damek—. No sabe nada de nada. Vamos ya.

Avanzó algunos pasos, antes de que los demás decidiesen empezar a seguirle. Aún se adelantó más, mostrando su desprecio por las precauciones de sus compañeros, pero no atrajo flechas ni balas. No había nadie para disparárselas. Akin descansó su barbilla en el hombro de Iriarte y saboreó los débiles y extraños aromas. Débiles ya porque los humanos hacía días que no estaban en aquel lugar. En algunas de las casas había comida, que se estaba echando a perder. Este olor se fue haciendo más fuerte a medida que se acercaban al poblado. Olor de muchos hombres, algunas mujeres, comida echándose a perder y agutís, los pequeños roedores que algunos resistentes comían.

Y de oankali.

Hacía varios días, allí habían estado muchos oankali. ¿Tendría aquello algo que ver con el secuestro de Akin? No. ¿Cómo podía tenerlo? Por él, los oankali no vaciarían un poblado. Si alguien del lugar le hubiese hecho daño, desde luego que encontrarían a la persona en cuestión, pero dejarían en paz a los demás. Y el vaciado de este pueblo podía haber tenido lugar antes de que lo hubiesen secuestrado.

—Aquí no hay nadie —dijo Damek. Finalmente se había detenido en medio del poblado, rodeado de casas vacías.

—Eso ya te lo había dicho yo hace rato —murmuró Iriarte—. Creo que, de todos modos, no corremos peligro: el chico estaba nervioso hace un rato, pero ahora ya se ha tranquilizado.

—Déjalo en el suelo —dijo Galt—. A ver qué hace.

—Aunque él no esté nervioso, quizá nosotros sí que deberíamos estarlo. —Kaliq miró con desconfianza a su alrededor, atisbando por la abierta puerta de una casa—. Fueron los oankali los que hicieron esto. Tienen que haber sido ellos.

—Deja al chico en el suelo —repitió Galt. Durante la mayor parte del cautiverio de Akin, había ignorado a éste, y también había parecido ignorar u olvidar su precocidad. Ahora parecía desear algo.

Iriarte dejó a Akin en el suelo, aunque el niño hubiera preferido seguir en sus brazos. Pero Galt parecía esperar algo. Sería mejor darle alguna cosa para que se quedase tranquilo. Akin giró lentamente, inspirando para que el aire pasase sobre su lengua. Era algo poco habitual, pero no era probable que provocase miedo o ira.

Sangre en una dirección. Sangre vieja, humana; seca sobre madera muerta. No. No sería bueno mostrarles eso.

Un agutí cerca. La mayor parte de estos animales habían desaparecido, ya fuese llevados por los pueblerinos o liberados en la selva. Éste aún estaba en el poblado, comiendo las semillas que caían de uno de los pocos árboles que todavía quedaban en el recinto. Mejor sería no hacer que los hombres se fijasen en él, o quizá lo matasen a tiros. Tenían hambre de carne: en los últimos días habían pescado, cocinado y comido varios pescados, pero hablaban muchísimo de auténtica carne: filetes y costillas,

estofados y hamburguesas...

Un débil aroma del tipo de pigmento vegetal que los humanos de Lo empleaban para escribir. Escritura. Libros. Quizá la gente de Hillmann hubiese dejado algún tipo de información acerca del motivo por el que se habían marchado.

Sin hablar, los hombres siguieron a Akin a la casa que más olía al pigmento, a la tinta, como la llamaba Lilith. Ella la usaba tanto que el olor hizo que Akin la viera en su mente y casi llorara por la nostalgia.

—Igualito que un perro cazador —comentó Damek—. No da un paso en falso.

—Come hongos, flores y hojas —dijo Kaliq, inconsecuentemente—. Es increíble que aún no se haya envenenado.

—¿Y qué tiene eso que ver con esto? Pero, ¿qué es lo que ha encontrado? —Iriarte tomó el gran libro que Akin había estado intentando alcanzar. El niño podía ver que el papel era liso y grueso. La tapa era de madera pulimentada, teñida de color oscuro.

—Mierda —dijo Iriarte—, está en alemán.

Le pasó el libro a Damek. Éste lo apoyó sobre una mesita y fue pasando las páginas, lentamente:

—*Ananas... bohnen... bananen... mangos...* Esto son datos sobre cosechas. No lo puedo entender todo, pero son..., archivos: resultados de las cosechas, métodos de cultivo... —Pasó algunas páginas más hasta llegar al final del libro—. Pero..., aquí hay algo escrito..., creo que en español.

Iriarte lo miró.

—Aja. Dice que... Mierda. ¡Joder, mierda!

Kaliq se puso a su lado a mirar lo escrito,

—No me lo puedo creer —dijo, al cabo de un momento—. ¡A alguien le debieron obligar a escribir esto!

—Damek —pidió Iriarte con un gesto—. Mira a ver qué dice esta mierda en alemán de aquí arriba. En español dice que lo dejaron correr, que los oankali les invitaron a volver a los poblados comerciales, y que votaron hacerlo. Para tener compañeros oankali e hijos. Dice: «Parte de lo que somos continuará existiendo. Y, algún día, parte de lo que somos irá a las estrellas. Esto nos parece mejor que quedarnos aquí sentados, pudriéndonos en vida, para luego morirnos y no dejar nada tras nosotros. ¿Cómo puede ser un pecado el que la gente tenga descendencia?».

Iriarte miró a Damek.

—¿Dice algo parecido en alemán?

Damek estuvo tanto rato estudiando el libro que Akin se sentó en el suelo para esperar. Finalmente, Damek miró a los otros, con el ceño fruncido.

—Viene a decir lo mismo —explicó—. Pero son dos los que escriben. Uno dice: «Nos vamos a unir a los oankali. Nuestra sangre sobrevivirá». Pero

el otro dice que los oankali han de ser muertos..., que el unirse a ellos va en contra de Dios. No estoy seguro, pero creo que un grupo fue a unirse a los oankali y otro fue a matarlos. Dios sabe lo que debió pasar.

—Se marcharon sin más —dijo Galt—. Abandonaron sus casas, sus cosechas...

Comenzó a rebuscar por la casa, para ver qué habían dejado. Cosas que se pudieran comerciar.

Los otros hombres se dispersaron por el poblado para llevar a cabo sus propias búsquedas. Akin miró a su alrededor, para asegurarse de que no lo vigilaban, y luego fue en busca del agutí. No había visto nunca a ninguno de cerca. Lilith afirmaba que tenían el aspecto de ser una mezcla entre ciervos y ratas. Nikanj decía que ahora eran más grandes que antes de la guerra, y que se mostraban más inclinados a cazar insectos. Antes habían vivido principalmente de larvas y de frutos, aunque también comían insectos. Claramente, este agutí estaba más interesado en las larvas de insecto que infestaban las vainas de las semillas que en éstas. Sus patas delanteras acababan en pequeñas manos y, sentado sobre sus patas traseras, las utilizaba para coger las blancas larvas. Akin lo contempló, fascinado. El animal le miró, se puso en tensión por un instante, y luego tendió las manos hacia otra vaina. Akin era más pequeño que el animal, por lo que, evidentemente, éste no lo consideraba una amenaza. Se puso cerca de él y lo observó. Se acercó muy despacito, deseando tocarlo, queriendo ver qué tacto tenía su peludo cuerpo.

Para su asombro, el animal le dejó tocarlo, le dejó acariciar su corto pelaje. Le asombró notar que el pelaje no tenía el tacto del cabello. Era suave y algo tieso en su propio sentido, y áspero a contrapelo. El animal se apartaba cada vez que lo acariciaba a contrapelo. Le olisqueó la mano y le miró por un instante. Agarró entre sus manos una larva grande, medio devorada.

Un instante más tarde, el agutí voló de lado en medio del rugido de un trueno hecho por el hombre. Cayó de costado, a alguna distancia de Akin, e hizo débiles e inútiles movimientos de carrera con sus patas. No podía levantarse.

Akin vio de inmediato que era Galt quien le había disparado al animal. El hombre miró al niño y sonrió, y Akin comprendió que había disparado contra el inofensivo animalillo no porque tuviera hambre de su carne, sino porque quería asustar y hacerle daño a Akin.

Éste fue hacia el agutí, vio que aún estaba vivo, aún luchaba por huir. Sus patas traseras no funcionaban, pero las delanteras daban pasitos de carrera en el aire. Había un tremendo agujero en su costado.

Akin se inclinó hacia su cuello y lo probó y luego, por primera vez, deliberadamente, le inyectó su veneno. Unos segundos más tarde el agutí dejó de luchar y murió.

Galt se acercó y movió el animal con el pie.

—Estaba empezando a sentir un terrible dolor —dijo Akin—. Le ayudé a morir.

Se tambaleaba un poco, a pesar de estar sentado en el suelo. Había probado la vida y el dolor del agutí, pero lo único que le había podido dar era la muerte. Si no se le hubiera acercado, quizá Galt no lo habría descubierto. Tal vez hubiera vivido.

Se abrazó a sí mismo, temblando, sintiéndose mareado.

Galt le empujó con un pie, y cayó al suelo. Se alzó de nuevo y miró al hombre, deseando desesperadamente estar lejos de él.

—¿Cómo es que sólo me hablas a mí? —le preguntó Galt.

—En la otra ocasión porque deseaba ayudar a Tilden —susurró con rapidez Akin; lo otros estaban llegando—. Ahora porque tengo que... ayudaros a vosotros. No debéis comer el agutí; el veneno que le he dado podría mataros.

Akin consiguió evitar la airada patada que Galt apuntó a su cabeza. Iriarte recogió a Akin y lo abrazó para protegerlo.

—¡Estúpido, vas a matarlo! —le gritó.

—¡Mejor para todos! —le devolvió el grito Galt—. ¡ Joder, aquí hay un montón de cosas que podemos comerciar..., no necesitamos a este bastardo mestizo!

Kaliq se había colocado al lado de Iriarte.

—¿Qué has hallado que podamos cambiar por una mujer? —le preguntó a Galt.

Silencio.

—Ese chico es para nosotros lo que antes era el oro. —Kaliq hablaba ahora en voz baja.

—De hecho —añadió Iriarte—, nos es más valioso que tú.

—¡Puede hablar! —gritó Galt.

Kaliq dio un paso más hacia él.

—Amigo, por mí como si vuela... Hay gente que pagará *cualquier cosa* por él. *Parece* normal, y eso es lo que cuenta.

Iriarte miró a Akin.

—Bueno, ya sabíamos que puede entender las cosas mejor que los chicos normales de su edad. ¿Y qué es lo que te ha dicho?

Galt mostró una apretada sonrisa en su boca.

—Después de que yo le pegase un tiro al agutí, él le mordió el cuello, y el animal murió. Me dijo que no lo comiésemos, porque lo había envenenado.

—¿Sí? —Iriarte alzó a Akin al extremo de sus brazos y lo miró—. Di algo, chaval.

Akin tenía miedo de que el hombre lo dejase caer si hablaba. También tenía miedo de perder a Iriarte como protector..., como ya había perdido a Galt. Trató de que se le viese tan asustado como realmente estaba, pero no dijo nada.

—Dámelo a mí —dijo Galt—. Yo lo haré hablar.

—Ya hablará cuando sea su momento —le cortó Iriarte—. ¡Infiernos, yo tuve siete hijos antes de la guerra y sé que los críos se pasan todo el tiempo hablando... justo hasta que quieres que lo hagan!

—¡Oye, que este crío no habla como un bebé normal...!

—Lo sé, y te creo. ¿Por qué te preocupa eso?

—¡Puede hablar tan bien como tú!

—¿Y qué? Es mejor eso que no el que estuviese cubierto de tentáculos o tuviera la piel gris. Es mejor que el que no tuviera ojos o nariz. Kaliq tiene razón: lo importante es su aspecto. Pero tú sabes tan bien como yo que no es humano, y que eso *tiene* que notarse en algo.

—Dice que es venenoso —añadió Galt.

—Puede que lo sea. Los oankali lo son.

—Pues ándate con cuidado de no acercártelo al cuello. ¡No te atrevas!

Para sorpresa de Akin, eso fue justamente lo que hizo Iriarte. Luego, cuando estuvo a solas con él, le dijo:

—No tienes que hablar si no lo deseas. —Pasó una mano por el cabello del niño—. Creo que preferiría que no lo hicieras. Te pareces tanto a uno de mis hijos, que me hace daño.

Akin aceptó esto en silencio.

—No mates nada más —añadió—, ni siquiera aunque esté sufriendo. Déjalo estar y no asustes a esta gente. Pueden hacer locuras.

7

En el poblado Siwatu, la gente se parecía mucho a Lilith. Hablaban inglés, swahili, y un puñado de otros idiomas. Examinaron a Akin y mostraron grandes deseos de comprarlo, pero no mandarían a una de las mujeres del poblado fuera de éste, con unos extranjeros. Las mujeres cogieron a Akin, y lo bañaron y lo alimentaron como si él no pudiera hacer nada por sí mismo. Varias de ellas creían que sus pechos podrían ser obligados a dar leche, si guardaban a Akin con ellas.

Los hombres se mostraban tan fascinados con él, que sus captores se asustaron. Así que, una noche sin luna, lo cogieron y escaparon del poblado. Akin no quería ir, le gustaba estar con aquellas mujeres que sabían cómo alzarlo en brazos sin hacerle daño, y que le daban comida interesante. Le gustaba el modo en que olían y la suavidad de sus pechos y de sus voces, agudas y vacías de toda amenaza.

Pero Iriarte se lo llevó de allí en brazos, y pensó que, si gritaba, al hombre lo matarían. Desde luego, habría muertos. Quizá sólo hubiese sido Galt, que le lanzaba patadas siempre que lo tenía cerca, o Damek, que había atacado a Tino; pero con más probabilidad caerían sus cuatro secuestradores y varios habitantes del poblado. Y quizá incluso muriese él mismo. Había visto que, cuando estaban luchando, los hombres podían llegar a enloquecer. Y entonces hacían cosas que luego los asombraban y avergonzaban.

Akin dejó que lo llevasen a las canoas de los bandoleros. Ahora tenían dos: la que tenían al principio y otra, más ligera, que habían encontrado en Hillmann. A Akin lo colocaron en la nueva, entre dos equilibrados montones de artículos de comercio. Tras uno de estos montones remaba Iriarte. Frente al otro lo hacía Kaliq. Al menos, Akin se alegraba de no tener que estar preocupado por los pies o el remo de Galt. Y continuaba evitando a Damek siempre que le era posible, a pesar de que el hombre se mostraba amistoso hacia él. Actuaba como si el niño no le hubiese visto golpear a Tino.

8

En Vladlengrad había oankali. Galt los vio por entre la lluvia, en otra de las bifurcaciones del río. Estaban muy lejos y, al principio, el mismo Akin no los vio: seres grises, deslizándose fuera del agua gris hasta la sombra de los árboles de la orilla, y todo ello bajo una fuerte lluvia.

Los hombres ignoraron su cansancio para remar con fuerza hacia el ramal izquierdo del río, abandonando el derecho, que llevaba a Vladlengrad y los oankali.

Los hombres remaron hasta que estuvieron absolutamente exhaustos. Al fin, de mala gana, se arrastraron ellos y arrastraron sus botes hasta una orilla baja. Ocultaron los botes, comieron pescado ahumado y frutas secas de Siwatu, y bebieron un vino no muy fuerte. Kaliq cogió a Akin en brazos y le dio un poco de vino. El niño descubrió que le gustaba, pero sólo bebió un poquito: a su cuerpo no le agradaba la desorientación que provocaba y, de tomar una cantidad mayor, la hubiera expulsado. Cuando hubo comido los alimentos que le dio Kaliq, fue a buscar algo más que pastar por los alrededores. Recogió varias nueces grandes en una hoja ancha y se las llevó a Kaliq.

—Ya he visto esto antes —le dijo Kaliq, examinando una nuez—. Creo que son de una de las especies nuevas, de después de la guerra. Me preguntaba si serían buenas o no para comer.

—Yo no las comería —le aconsejó Galt—. Paso de todo lo que no existía antes de la guerra.

Kaliq tomó dos de las nueces en una mano y las apretó. Akin pudo oír romperse las cascaras. Cuando abrió la mano varias semillas, pequeñas y redondas, rodaron entre los fragmentos de cascara. Kaliq se las ofreció a Akin, y éste tomó la mayoría, agradecido. Las comía con tan obvio placer, que Kaliq se echó a reír y también se comió una. La masticó lenta y cautelosamente.

—Sabe a... no sé a qué sabe. —Se comió el resto—. Son muy buenas, mejores que todo lo que he comido últimamente.

Se acomodó para ir partiendo y comer el resto, mientras Akin le traía otra hoja de ellas a Iriarte. En el suelo no había demasiadas de esas nueces buenas: la mayor parte de ellas estaban infectadas por insectos, así que comprobaba cada una con la lengua, para asegurarse de que estaban bien. Y cuando Damek se decidió a recoger nueces por su cuenta, casi todas ellas estaba infectadas por larvas de insectos. Esto le hizo mirar a Akin con duda y sospecha. El niño lo vigiló sin mirarle, contemplándole sin ojos, hasta que el hombre se alzó de hombros y tiró disgustado el resto de las nueces. Volvió a mirar a Akin y escupió al suelo.

9

Fénix.

Los cuatro resistentes habían estado manteniéndose alejados de él, porque sabían que Tino había sido de allí. Era el primer sitio que registrarían los oankali, y quizá en donde se quedasen más tiempo. Pero Fénix también era la más rica de las localidades de resistentes que conocían. Sus habitantes mandaban gente a las colinas, a recuperar metal de lugares habitados antes de la guerra, y sabían cómo darle forma. Y en Fénix había más mujeres que en cualquier otro poblado, porque sus habitantes las cambiaban por metal. También cultivaban algodón y con él hacían ropa suave y confortable. Y plantaban y sangraban árboles del caucho, y otros que daban un tipo de aceite que podía ser usado en sus lámparas, sin necesidad de refinarlo. Y Fénix tenía casas grandes y hermosas, una iglesia, un almacén general, vastas granjas...

Era, según afirmaban los bandoleros, como una pequeña ciudad de las de antes de la guerra..., y, desde luego, no parecía estar habitada por gente que hubiera perdido ya las esperanzas, cuyo único deseo fuera ya matar a unos pocos oankali antes de morir.

—En una ocasión casi me quedo a vivir aquí —dijo Damek, cuando hubieron escondido las canoas y comenzado su caminata en fila india hacia las colinas y Fénix. Ésta se hallaba a muchos días de camino al sur de Hillmann y en un ramal diferente del río; pero, además, se encontraba situada mucho más cerca de las montañas que la mayoría de los poblados, tanto comerciales como resistentes.

—Juro —prosiguió Damek— que aquí tienen de todo..., menos críos.

Iriarte, que llevaba a Akin, suspiró quedamente.

—Aquí te comprarán, niño —dijo—. Y, si no los asustas, te tratarán bien.

Akin se movió en los brazos del hombre para demostrarle que le estaba escuchando. Iriarte había cogido la costumbre de hablarle, y parecía aceptar sus movimientos como suficiente respuesta.

—Háblales —susurró Iriarte—. Voy a decirles que puedes hablar y que entiendes las cosas como un niño mucho mayor, así que hazlo. No es bueno tratar de pasar por algo que no eres y luego darles un susto de muerte al mostrar lo que realmente eres. ¿Me entiendes?

Akin se movió otra vez.

—Dímelo, niño. Háblame. No quiero quedar como un tonto.

—Te entiendo —le susurró Akin al oído.

Apartó por un momento a Akin hasta tenerlo al extremo de sus brazos y lo miró. Finalmente sonrió, pero la suya era una extraña sonrisa.

—Aún sigues pareciéndote a uno de mis hijos —le dijo—. No quiero perderte.

Akin lo probó. Hizo ese gesto con gran rapidez, colocando

deliberadamente su boca contra el cuello del hombre del modo que los humanos llamaban dar un beso. Iriarte notaría ese beso y nada más. Eso era bueno. Creía que un humano que sintiese lo que él sentía lo habría expresado con un beso. Su necesidad propia era la de comprender a Iriarte mejor, y seguir comprendiéndolo. Deseó atreverse a estudiarle del modo calmado y concienzudo con que había estudiado a Tino. Lo que tenía ahora era una grabación de Iriarte: podría haberle dado a un ooloi las pocas células que había tomado del humano, y el ooloi podría haber usado la información para construir un nuevo Iriarte. Pero una cosa era saber cómo estaba hecho el hombre, y otra muy distinta saber cómo funcionaban juntas las distintas partes..., cómo cada porción era expresada en su función, comportamiento y apariencia.

—Será mejor que vigiles a ese crío —comentó Galt desde varios pasos más atrás—. Un beso suyo puede ser igual que el beso de una serpiente venenosa.

—Ese hombre tuvo tres hijos antes de la guerra —susurró Iriarte—. Le gustabas. No deberías de haberlo asustado.

Akin lo sabía. Suspiró. ¿Cómo podía dejar de asustar a la gente? Nunca había visto a un niño humano, ¿cómo podía actuar como uno? ¿Sería más fácil no asustar a los de aquella localidad si sabían que podía hablar? Así debía ser. Después de todo, Tino no le había tenido miedo. Se había mostrado curioso, suspicaz, asombrado cuando el niño no humano le tocaba, pero no asustado. Tampoco peligroso.

Y la gente de Fénix era su gente.

Fénix era mucho más grande y más hermoso que Hillmann. Las casas eran grandes y de colores blanco, gris o azul. Tenían las ventanas con cristales de las que había fanfarroneado Tino..., ventanas que destellaban con la luz reflejada. Había grandes campos de cultivo, y almacenes, y una estructura muy ornamentada que debía de ser la iglesia. Tino se la había descrito a Akin y había tratado de explicarle para qué servía. Akin seguía sin entenderlo, pero si era preciso podía repetir la explicación de Tino. Incluso podía decir las oraciones que Tino le había enseñado, tras considerar escandaloso el que nadie lo hubiera hecho antes.

Había machos humanos trabajando en los campos, plantando algo. Más hombres salieron de las casas, para mirar a los visitantes. Había un débil olor de oankali en el poblado. Ya era viejo de varios días..., exploradores que habían llegado, habían buscado, esperado, y finalmente se habían ido. Ninguno de ellos había sido de su familia.

¿Estarían buscándole sus padres?

Y, en este poblado humano, ¿dónde estaban las mujeres?

Dentro. Podía olerías dentro de sus casas..., podía oler su excitación.

—No digas ni una palabra hasta que yo te lo indique —susurró Iriarte.

Akin se movió para indicarle que le había escuchado, luego giró en brazos del hombre para situarse de cara a la gran casa, bien construida sobre pilastras bajas, hacia la que caminaban, y al alto y delgado hombre que les esperaba, a la sombra del tejadillo de lo que parecía un porche. Las

paredes del mismo sólo le llegaban hasta la cintura al hombre, y el techo estaba sostenido por unos postes redondeados colocados a intervalos regulares. Esa media habitación le recordaba a Akin un dibujo que le había visto hacer a una mujer humana de Lo, Cora: grandes edificios cuyos sobresalientes techos eran aguantados por enormes postes redondos, muy decorados.

—Así que éste es el chaval —dijo el hombre alto. Sonrió. Tenía una barba corta, muy bien arreglada, y llevaba el cabello, muy negro, también muy corto. Vestía una camisa blanca y pantalones cortos, que mostraban unos brazos y piernas asombrosamente peludos.

Una pequeña mujer rubia salió de la casa para colocarse junto a él.

—¡Dios mío! —dijo—. Es un chico muy guapo. ¿No tiene nada malo?

Iriarte subió varios escalones y colocó a Akin en los brazos de la mujer.

—Es muy guapo —le dijo en voz baja—. Pero tiene una lengua a la que tendrán que acostumbrarse..., en más de un sentido. Y es muy, muy inteligente.

—Y está en venta —dijo el hombre alto, con sus ojos puestos en Iriarte—. Entren, caballeros. Me llamo Gabriel Rinaldi, y ésta es mi esposa, Tate.

La casa era fresca y oscura y dentro olía bien. A hierbas y flores. La rubia se llevó a Akin a otra habitación y le dio un trozo de piña para comer, mientras servía bebidas para los invitados.

—Espero que no te orines en el suelo —le dijo, mirándolo.

—No lo haré —le dijo él, impulsivamente. Algo le hacía desear hablar con esta mujer. Había deseado hablar con las mujeres de Siwatu, pero no se había atrevido. Nunca había estado a solas con una de ellas. Y había tenido miedo a su reacción de grupo ante su aspecto no humano.

La mujer le miró, con los ojos momentáneamente muy abiertos. Luego le sonrió, con sólo el lado izquierdo de su boca.

—Así que a esto era a lo que se refería el bandolero cuando habló de ese lengua tuya. —Lo alzó y lo puso sobre un mostrador en el que podría hablarle sin tener que inclinar el cuerpo o la cabeza—. ¿Cómo te llamas?

—Akin —Nadie le había preguntado su nombre durante su cautividad. Ni siquiera Iriarte.

—Akin —repitió ella—. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete meses. —Pensó un instante—. No, dieciocho ya.

—Muy, muy inteligente —dijo Tate, repitiendo lo dicho por Iriarte—. ¿Debemos comprarte, Akin?

—Sí, pero...

—¿Pero?

—Quieren una mujer.

Tate se echó a reír.

—¡Naturalmente! E incluso puede que podamos hallarles alguna. Los hombres no son los únicos que sienten picores en los pies. Pero, ¡Cristo!, cuatro hombres... Será mejor que también sienta picores en uno o dos sitios más.

—¿Cómo?

—Es una broma, pequeñín. ¿Por qué quieres que te compremos?

Akin dudó, y finalmente dijo:

—Iriarte me quiere y también Kaliq, pero Galt me odia porque parezco más humano de lo que soy. Y Damek asesinó a Tino.

Miró al rubio cabello de ella, sabiendo que no era pariente de Tino. Pero quizá lo hubiera conocido, hubieran sido amigos. Porque era difícil haberlo conocido y que no le cayese bien a uno.

—Tino vivió aquí —siguió—. En realidad se llamaba Agustín Leal. ¿Lo conocías?

—Oh, sí. —Se había quedado muy quieta, y estaba absorta en Akin. Si hubiese sido oankali, todos sus tentáculos habrían estado alargados hacia él, en un cono viviente—. Sus padres aún viven aquí. Pero él..., no pudo ser tu padre. Y eso que te pareces a él.

—Mi padre humano está muerto, Tino tomó su lugar. Damek lo llamó traidor y lo mató.

Ella cerró los ojos y apartó la cara.

—¿Estás seguro de que Tino ha muerto?

—Estaba vivo cuando se me llevaron, pero le habían roto los huesos de la cabeza con la parte de madera de un arma de fuego. Y no había nadie cerca que le pudiera ayudar. Debe de haber muerto.

Ella alzó a Akin del mostrador y le dio un fuerte abrazo.

—¿Te gustaba, Akin?

—Sí.

—Aquí lo adorábamos. Era el hijo que la mayoría de nosotros jamás tuvimos. Sin embargo, todos sabíamos que se iría algún día..., ¿qué había para él en un lugar como éste? Le di un paquete de comida para el viaje y le señalé la ruta que, más o menos, llevaba hacia Lo. ¿Llegó allí?

—Sí.

De nuevo sonrió con sólo la mitad de la boca.

—Así que eres de Lo. ¿Quién es tu madre?

—Lilith lyapo. —A Akin no le pareció que a ella le fuese a gustar el que dijese el nombre de su madre en oankali.

—¡Hija de puta! —susurró Tate—. Escucha, Akin, no le digas a nadie más ese nombre. Quizá ya no importe, pero por si acaso no lo digas.

—¿Por qué?

—Porque aquí hay gente que odia a tu madre. Porque aquí hay gente

que te haría daño a ti, al no poder hacérselo a ella. ¿Me comprendes?

Akin miró al rostro bronceado por el sol. Tenía unos ojos muy azules..., no como los pálidos ojos de Wray Ordway, sino de un color profundo e intenso.

—No lo entiendo —murmuró—. Pero te creo.

—Bien. Si haces eso, te compraremos. Yo me encargo de ello.

—En Siwatu, los bandoleros se me llevaron porque temían que la gente del poblado me fuese a robar.

—No te preocupes, una vez deje la bandeja y a ti en la sala de estar, me ocuparé de que no vayan a parte alguna hasta que hayamos acabado de hacer negocios con ellos.

Llevó la bandeja con las bebidas, y dejó que Akin la acompañase caminando hasta donde estaba su esposo con los bandoleros. Luego salió.

Akin se subió al regazo de Iriarte, sabiendo que iba a perderlo y lamentando ya su falta.

—Tendremos que hacer que nuestro doctor le eche una ojeada — estaba diciendo Gabriel Rinaldi. Hizo una pausa—: ¡Déjame que vea tu lengua, chico!

Obedientemente, Akin abrió la boca. No sacó la lengua en toda su extensión, pero tampoco hizo nada por ocultarla.

El hombre se alzó y la estudió por un momento, luego agitó la cabeza.

—Espantosa. Y posiblemente venenosa. Las de los construidos acostumbran a serlo.

—Le vi morder a un agutí y matarlo —intervino Galt.

—Pero jamás ha hecho ningún intento de mordernos a nosotros —dijo con irritación Iriarte—. Siempre ha hecho lo que le hemos mandado. Se ha ocupado por sí mismo de sus necesidades corporales... Y sabe, mejor que nosotros, lo que es comestible y lo que no. No hay que preocuparse porque coja cosas y se las coma; lo ha estado haciendo desde que nos lo llevamos con nosotros: semillas, nueces, flores, hojas, hongos..., y nunca ha enfermado. Nunca ha comido carne o pescado y yo, si fuera ustedes, no lo forzaría a hacerlo. Los oankali tampoco comen eso. Tal vez lo enfermaría.

—Lo que yo quiero saber —interrumpió Rinaldi—, es lo humano que es..., mentalmente. Ven aquí, chaval.

Akin no deseaba ir. El mostrar la lengua era una cosa; el colocarse deliberadamente en unas manos que podían no ser amistosas era otra muy distinta. Alzó la vista hacia Iriarte, esperando que no lo dejase ir; pero, por el contrario, el bandolero lo puso en el suelo y le dio un empujoncito en dirección al de Fénix. De mala gana, se dirigió hacia éste.

Rinaldi se alzó, impaciente, y levantó a Akin en sus brazos. Luego se sentó, girando al niño en su regazo, mirándolo por todos lados y al fin colocándolo cara a él.

—De acuerdo, dicen que puedes hablar. Así que habla.

Akin se volvió de nuevo para mirar a Iriarte. No quería empezar a hablar en una habitación llena de hombres, cuando el hablar ya había hecho que uno de ellos le odiase.

Iriarte asintió con la cabeza.

—Habla niño. Obedécele.

—Dinos tu nombre —pidió Rinaldi.

Akin sonrió sin querer. Era ya la segunda vez que le preguntaban su nombre: a esa gente parecía importarle quién era, y no sólo lo que era.

—Akin —dijo en voz baja.

—¿Akin? —Rinaldi lo miró con el ceño fruncido—. ¿Es ése un nombre humano?

—Sí.

—¿En qué idioma?

—En yoruba.

—¿En yo...qué? ¿En qué país hablaban eso?

—En Nigeria.

—¿Y por qué tienes un nombre nigeriano? ¿Es nigeriano alguno de tus padres?

—Significa *héroe.* Y si se le añade una *s,* significa *chico valiente.* Yo soy el primer niño que nace de mujer humana desde la guerra.

—Eso es lo que dijeron los gusanos que te andaban buscando —aceptó Rinaldi. Volvió a fruncir el ceño—. ¿Sabes leer?

—Sí.

—¿Cómo puedes haber tenido ya tiempo de aprender a leer?

Akin dudó.

—No olvido las cosas —dijo al fin, con voz suave.

Los bandoleros parecieron sobresaltarse.

—¿Nunca? —le preguntó Damek—. ¿Nada?

Rinaldi se limitó a asentir con la cabeza.

—Así es como son los oankali —dijo—. Y, cuando lo desean, pueden hacer que esta habilidad se dé en un humano..., cuando ese humano acepta serles útil. Pensé que ése sería el secreto del niño.

Akin, que había considerado si mentir o no, se alegró de no haberlo hecho. Siempre encontraba fácil el decir la verdad y le costaba trabajo el obligarse a mentir. Y eso que podría haber mentido de un modo muy convincente, si el mentir le fuese a haber mantenido con vida y le hubiera evitado dolor a manos de aquellos hombres. No obstante, le resultaba más fácil el esquivar las preguntas... tal como lo había hecho con la referente a sus padres.

—¿Quieres quedarte aquí, Akin? —le preguntó Rinaldi.

—Si me compráis, me quedaré —contestó el niño.

—¿Deberíamos comprarte?

—Sí.

—¿Por qué?

Akin miró de reojo a Iriarte.

—Ellos quieren venderme. Si tengo que ser vendido, preferiría que fuese aquí.

—¿Por qué?

—Vosotros no me tenéis miedo ni me odiáis. Yo tampoco os odio.

Rinaldi se echó a reír. Eso complació a Akin; había confiado en hacer reír a aquel hombre, pues allá en Lo había aprendido que, si hacía reír a los humanos, éstos estaban más a gusto con él..., aunque, claro, en Lo jamás había estado a la merced de gente que quizá pudiese hacerle daño por el solo hecho de no ser humano.

Rinaldi le preguntó la edad y el número de idiomas humanos que hablaba, y la utilidad de su larga lengua gris. Akin sólo omitió información acerca de su lengua:

—Huelo y saboreo con ella —dijo—. También puedo oler con mi nariz, pero mi lengua me dice más cosas.

Todo ello era cierto, pero Akin había tomado la decisión de no decirle a nadie qué otras cosas podía hacer su lengua. La idea de que probase sus células, sus genes, podría alterarles demasiado.

Una mujer a la que llamaban doctora entró, tomó a Akin de manos de Rinaldi y comenzó a examinar, toquetear y escudriñar su cuerpo. No le habló, a pesar de que Rinaldi le había dicho que el niño podía hablar.

—Tiene algunos puntos con una textura rara en su espalda, brazos y abdomen —dijo al fin—. Supongo que es donde le crecerán tentáculos dentro de unos años.

—¿Es así? —le preguntó Rinaldi al niño.

—No lo sé —contestó Akin—. La gente nunca sabe cómo será después de la metamorfosis.

La doctora se apartó de él, tambaleándose, tras lanzar un sonido inarticulado.

—Ya te dije que podía hablar, Yori.

Ella agitó la cabeza.

—Pensé que querías decir que podía farfullar, como hacen los bebés.

—Quería decir que lo puede hacer tan bien como tú o yo. Hazle preguntas y él te contestará.

—¿Qué puedes decirme de esos puntos de tu piel? —le preguntó al fin.

—Son puntos sensoriales. Puedo ver y saborear con la mayoría de ellos. —Y podía efectuar conexiones sensoriales con cualquier otro que

tuviese tentáculos o puntos sensoriales. Pero no iba a hablarles a los humanos de aquello.

—¿Te molesta cuando te los tocamos?

—Sí. Estoy acostumbrado a que lo hagan, pero sigue molestándome.

Dos mujeres entraron en la habitación, e hicieron salir a Rinaldi con ellas.

Un hombre y una mujer entraron y se pusieron a mirar a Akin..., simplemente se quedaron allí de pie, mirándole y escuchándole, mientras contestaba a la doctora. Supuso quiénes eran incluso antes de que finalmente hablasen con él.

—¿Realmente conociste a nuestro hijo? —le preguntó la mujer. Era diminuta. Todas las mujeres que había visto hasta el momento eran pequeñitas, tanto, que hubieran parecido niñas puestas al lado de su madre y sus hermanas. Sin embargo, eran suaves y sabían cómo alzarle en brazos sin hacerle daño. Y ni le tenían miedo ni asco.

—Su hijo... ¿era Tino? —le preguntó a la mujer.

Ella asintió con un gesto, manteniendo la boca muy apretada. Entre sus ojos se habían formado pequeñas arrugas.

—¿Es cierto? —le preguntó—. ¿Lo han matado?

Akin se mordió los labios, atrapado súbitamente por la emoción de la mujer.

—Creo que sí. Nada podría haberlo salvado, a menos que lo hubiese hallado rápidamente un oankali..., y ningún oankali me oyó cuando grité pidiendo auxilio.

El hombre se acercó mucho al niño, con una expresión en el rostro que Akin nunca antes había visto..., pero que entendía.

—¿Cuál de ellos lo mató? —exigió saber el padre. Su voz era tan baja que sólo la oyeron el niño y las dos mujeres. La doctora, que estaba algo por detrás del hombre, hizo un gesto negativo con la cabeza. Sus ojos eran parecidos a los que había tenido su padre humano, Joseph: más alargados que redondos. Akin había estado esperando la oportunidad para preguntarle si era china. Ahora, sin embargo, los ojos de la doctora estaban desorbitados por el miedo. Akin reconocía el miedo cuando lo veía.

—Fue uno que murió —mintió en voz queda Akin—. Se llamaba Tilden. Tenía una enfermedad que le hacía sangrar, y sufrir, y odiar a todo el mundo. Los otros hombres la llamaban úlcera. Un día echó demasiada sangre y se murió. Creo que los otros lo enterraron, pero uno de ellos me llevó a otra parte, para que no lo viese.

—¿Sabes realmente que está muerto? ¿Estás seguro?

—Sí. Después de su muerte, los otros estuvieron tristes, irritados y peligrosos por un tiempo. Tuve que andarme con pies de plomo.

El hombre se lo quedó mirando durante un largo rato, tratando de ver lo que cualquier oankali hubiera sabido con un simple contacto, y que, en

cambio, aquel hombre nunca sabría. Aquel hombre había amado a Tino. ¿Cómo podría Akin, aunque no se lo hubiera advertido la doctora, haberlo mandado a enfrentarse, con las manos desnudas, a un hombre que llevaba un arma de fuego y que estaba respaldado por tres amigos con otras tantas armas de fuego?

El padre de Tino le dio la espalda a Akin y se fue al otro lado de la habitación, donde los dos Rinaldi, las dos mujeres que habían entrado y los cuatro bandoleros estaban hablando, gritando y gesticulando. Akin se dio cuenta de que habían empezado el regateo por él. El padre de Tino era más bajo que la mayoría de los hombres, pero, cuando se metió en medio de ellos, todos dejaron de hablar. Y quizá fuese la expresión del rostro del hombre lo que hizo que Iriarte acariciase el rifle que tenía junto a él.

—¿Alguno de ustedes se llama Tilden? —preguntó el padre de Tino. Su voz era tranquila y suave.

Los bandoleros estuvieron un momento sin contestar le. Luego, irónicamente, fue Damek quien le contestó:

—Murió, amigo. Su ulcera acabó con él.

—¿Lo conocía usted? —preguntó Iriarte.

—Me gustaría haberlo conocido —contestó el padre de Tino. Y salió de la casa. Tate Rinaldi miró hacia Akin, pero nadie más parecía prestarle atención. Pronto se olvidaron del padre de Tino, para seguir con su regateo. La madre de Tino alisó el cabello de Akin y le miró un momento a la cara.

—¿Qué era mi hijo para ti? —le preguntó.

—Tomó el lugar de mi difunto padre humano.

Ella cerró los ojos por un instante, y por su rostro corrieron lágrimas. Finalmente, le besó en la mejilla y se marchó.

—Akin —le preguntó la doctora en voz muy baja—, ¿les has dicho la verdad?

El niño la miró, y decidió no contestarle. Deseaba no haberle dicho a Tate Rinaldi la verdad. Ésta le había mandado a los padres de Tino..., hubiera sido mejor no verlos hasta que los bandoleros no se hubiesen marchado. Tenía que recordar, no podía dejar de recordar siempre, lo muy peligrosos que eran los seres humanos.

—No se la digas nunca —susurró Yori. Aparentemente, su silencio ya le había dicho lo bastante—. Ya ha habido bastantes muertes. Morimos y morimos, y no nace nadie.

Le puso las manos a ambos lados de la cara y le miró, con su expresión pasando del dolor al odio y luego a algo absolutamente irreconocible. De pronto le dio un fuerte abrazo, y él tuvo miedo de que lo aplastase, lo arañase, o lo tirase de un empujón, y, en cualquiera de los casos, le hiciera daño. ¡Había tanta emoción reprimida en ella, tanta tensión mortífera en su cuerpo...!

Lo dejó. Habló unos instantes con Rinaldi, y luego salió de la casa.

10

El regateo siguió hasta altas horas de la noche. La gente comió, bebió y contó historias, y trató de ser mejor negociante que la otra parte. Tate le dio a Akin lo que ella llamaba una comida vegetariana decente, y él no le dijo que no era ni mínimamente decente. No contenía, ni con mucho, las bastantes proteínas para satisfacerle. Se la comió, y luego escapó por una puerta que había en la parte de atrás de la casa para complementar lo comido con guisantes y semillas del huerto. Estaba haciendo esto cuando dentro empezó el tiroteo.

El primer disparo le asustó tanto que se cayó al suelo. Mientras volvía a ponerse en pie se escucharon más disparos. Dio varios pasos hacia la casa, luego se detuvo. Si entraba, alguien podía pegarle un tiro, o pisarle, o darle una patada. Ya entraría cuando acabase el tiroteo. O si le llamaban Iriarte o Tate.

Se oyó el estrépito de muebles rompiéndose..., pesados cuerpos que eran derribados, gente gritando, maldiciones. Era como si la gente de dentro desease destruir la casa y a ellos mismos con ella.

Otra gente corrió al interior del edificio, y los ruidos de lucha se incrementaron, luego murieron.

Tras varios momentos de silencio, Akin se decidió y subió los escalones que llevaban al interior, moviéndose lentamente pero no en silencio. Deliberadamente hacía pequeños ruidos, esperando ser oído, visto y tenido por no peligroso.

Primero vio platos rotos. La limpia y ordenada habitación en donde Tate le había dado piña y hablado con él estaba ahora llena de trozos de loza y muebles hechos astillas. Tuvo que moverse con mucho cuidado para evitar el cortarse los pies. Su cuerpo se curaba más rápidamente que los de los humanos, pero si se hería le resultaba tan doloroso como parecía serlo para ellos.

Sangre.

La podía oler tan fuerte como para que le asustase. Con tanta sangre derramada, alguien debía de haber muerto.

En la sala de estar había gente tirada por el suelo y otros atendiéndolos. En un rincón yacía Iriarte, sin que nadie se ocupase de él.

Akin corrió hacia el hombre. Alguien lo agarró antes de que pudiera llegar hasta el caído y lo alzó por el aire a pesar de sus esfuerzos y llantos.

Rinaldi.

Akin aulló, se contorsionó y le mordió un pulgar al hombre.

Rinaldi lo soltó, gritando que lo había envenenado..., cosa que no había hecho, y el niño corrió hacia Iriarte.

Pero Iriarte estaba muerto.

Alguien le había golpeado varias veces en el cuerpo, seguramente con un machete. Tenía horribles heridas abiertas, por alguna de las cuales salían

entrañas que se desparramaban por el suelo.

Akin gimió, presa del sobresalto, la frustración y el dolor. Cuando empezaba a conocer a un hombre, éste moría. Su padre humano había muerto sin que Akin llegase nunca a conocerlo, excepto a través de Nikanj. Tino estaba muerto. Ahora Iriarte estaba muerto. Sus años habían sido cortados, sin acabar. Sus hijos humanos habían muerto en la guerra, y sus hijos construidos, fabricados con el material que los ooloi habían recogido hacía mucho, jamás lo conocerían, jamás lo probarían y no se hallarían en él.

¿Por qué?

Akin miró la habitación a su alrededor. Yori y algunos otros estaban haciendo lo que podían por los heridos, pero la mayor parte de la gente que estaba en la habitación se limitaba a mirar a Akin o a Gabriel Rinaldi.

—¡No está envenenado! —dijo con disgusto Akin—. ¡Sois vosotros los que matáis a la gente, no yo!

—¿Está bien? —le preguntó Tate. Estaba en pie junto a su marido, y parecía asustada.

—Sí. —La miró por un momento, luego miró de nuevo a Iriarte. Volvió a escudriñar a su alrededor, vio que Galt también parecía estar muerto, acuchillado en cabeza y cuello. Yori estaba trabajando en Damek... ¡Vaya ironía si Damek vivía, mientras Iriarte moría por el asesinato que Damek había cometido!

La muerte de Tino *tenía* que ser la causa de todo aquello.

En el suelo, cerca de Damek, se encontraba el padre de Tino, herido en la cadera izquierda, el brazo izquierdo y el hombro derecho. Su esposa estaba llorando sobre él, pero no estaba muerto. Un hombre estaba usando algo que no era agua para limpiarle la sangre de la herida del hombro. Otro sujetaba al padre de Tino.

Había otros muertos y heridos por la habitación. Akin halló a Kaliq, muerto tras un largo banco cubierto por cojines. Sólo tenía una herida, sangrante pero pequeña. Era una herida en el pecho, que posiblemente había interesado su corazón.

Akin se sentó junto a él, mientras los otros en la casa ayudaban a los heridos y se llevaban a los muertos. Mientras estuvo sentado allí, nadie vino a por Kaliq. Tras él, alguien empezó a aullar; miró hacia atrás y vio que era Damek. Akin trató de no sentir la angustia que le llegaba con un reflejo cuando veía a un humano sufriendo. Una parte de él gritaba por un ooloi, que llegase para salvar a aquel humano irreemplazable, a aquel hombre del que algún ooloi, en algún lugar, había hecho grabaciones, pero al que ningún oankali o construido conocía realmente.

Otra parte de su mente esperaba que Damek muriese. Que sufriese. Que gritase de dolor. Tino no había tenido tiempo ni de gritar.

El padre de Tino no gritaba, gruñía. Le iban arrancando pedazos de metal de sus carnes, mientras él mordía entre sus dientes un trozo de ropa doblado y gruñía.

Akin salió de su rincón para examinar uno de los trozos de metal: una bala gris, cubierta por la sangre del padre de Tino.

Tate se le acercó y lo alzó en brazos. Para su propia sorpresa, se agarró a ella. Colocó la cabeza sobre el hombro de la mujer, y no quiso que lo dejase en el suelo.

—No me muerdas —le dijo ella—. Si quieres bajar, me lo dices. Muérdeme, y te estrello contra una pared.

Suspiró, sintiéndose solo, incluso en sus brazos. No era el refugio que había necesitado.

—Déjame —le dijo.

Ella lo apartó al extremo de sus brazos y lo miró.

—¿De veras?

Sorprendido, él le devolvió la mirada.

—Pensé que no querías tenerme en brazos.

—Si no lo hubiera querido, no te habría cogido. Lo que sí quiero es que nos comprendamos el uno al otro, ¿de acuerdo?

—Sí.

Y lo apretó de nuevo contra ella y respondió a sus preguntas, le explicó cómo eran las balas y cómo las disparaban las armas de fuego; cómo Mateo, el padre de Tino, había llegado con sus amigos, para vengarse de los bandoleros, a pesar de las armas de fuego de éstos. En Fénix no había armas de fuego antes de que viniesen los secuestradores de Akin.

—Votamos el no tenerlas —le explicó ella—. Ya hay bastantes cosas con las que podemos hacernos daño los unos a los otros. Ahora..., bueno, ya tenemos las cuatro primeras. Si tengo oportunidad de ello, voy a enterrar esas malditas cosas.

Lo había llevado por encima de los platos rotos y colocado sobre el mostrador. La miró mientras encendía una lámpara. Le recordó, repentina y dolorosamente, la cabaña de invitados de Lo.

—¿Quieres algo más de comer? —le preguntó la mujer.

—No.

—No..., ¿qué?

—¿No qué?

—Vergüenza sobre Lilith. «No, gracias», pequeñín. O: «Sí, por favor». ¿Entiendes?

—No sabía que los resistentes dijeran estas cosas.

—En mi casa lo hacen.

—¿Le dijiste a Mateo quién mató a Tino?

—¡Dios, no! Temía que se lo hubieses dicho tú. Me olvidé decirte que te lo guardases para ti.

—Le dije que el hombre que lo había matado estaba muerto. Y, realmente, uno de los bandoleros se murió..., estaba enfermo. Creí que, si Mateo pensaba que el culpable estaba muerto, no le haría daño a nadie.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso tendría que haber funcionado. Eres más listo de lo que pensaba. Y Mateo está más loco de lo que imaginaba... —Suspiró—. ¡Infiernos, no sé..., jamás he tenido ningún hijo! No sé cómo habría reaccionado si hubiera tenido uno y alguien me lo hubiese matado.

—No deberías de haberles dicho nada a los padres de Tino, hasta que se hubiesen marchado los merodeadores —le dijo con voz queda Akin.

Ella le miró, luego apartó la vista.

—Lo sé. Todo lo que les dije fue que tú habías conocido a Tino, y que a éste lo habían asesinado. Naturalmente, querían saber más, pero les dije que esperasen hasta que te hubieras acostumbrado a estar aquí..., que, después de todo, sólo eras un bebé. —Le miró de nuevo, frunciendo el ceño, agitando la cabeza—. Me pregunto qué infiernos es lo que serás realmente.

—Un bebé —dijo él—. Un construido humanoankali. Quisiera ser algo más, porque mi parte oankali asusta a la gente, pero en cambio no me es de ayuda cuando intentan hacerme daño.

—Yo no voy a hacerte daño.

Akin la miró, luego miró hacia el lugar de la habitación en que yacía Iriarte, muerto.

Tate se atareó muchísimo, recogiendo los platos y vasos rotos.

11

Tanto Damek como Mateo siguieron con vida.

Akin los evitaba a ambos y se quedó a vivir con los Rinaldi. Pilar, la madre de Tino, lo quería; parecía creer tener algún derecho sobre él, ahora que su hijo estaba muerto. Pero Akin no quería estar cerca de Mateo, y Tate lo sabía. Ella lo quería para sí misma. También ella se sentía culpable por el tiroteo, por el error que había cometido. Y Akin confiaba en que ella lucharía por él. Y no quería correr el riesgo de hacer de Pilar una enemiga.

Otras mujeres lo alimentaban y lo tenían en brazos cuando podían. Él trataba de hablarles o, al menos, de que le oyesen hablar antes de que le pusiesen las manos encima. Esto hacía que algunas se apartasen de él. Y también impedía que le hablasen tonterías, como creían que debía hacerse con los bebés..., o al menos lo lograba con la mayoría. Esto también evitaba que quedasen como unas tontas, y luego se sintiesen resentidas con él a causa de ello. Las forzaba a aceptarlo como era o a rechazarlo.

Y aquello había sido idea de Tate.

Ella le recordaba a su madre, aunque ambas fueran lo más opuesto posible en lo físico. Tez rosada y oscura, cabello rubio y negro, de baja estatura y alta, de huesos pequeños y grandes. Pero eran parecidas en el modo en que aceptaban las cosas como eran, en el modo en que se adaptaban a lo extraño, en que pensaban con rapidez, y en que daban la vuelta a las situaciones en su ventaja. Y las dos, a veces, se mostraban peligrosamente irritadas o sobresaltadas, sin que hubiera ninguna razón aparente. Akin sabía que, en alguna ocasiones, Lilith se odiaba a sí misma por trabajar con los oankali, por tener hijos que no eran totalmente humanos. Amaba muchísimo a sus hijos, y sin embargo se sentía culpable por tenerlos.

Tate no tenía hijos. No había cooperado con los oankali. ¿De qué era de lo que se sentía culpable? ¿Qué era lo que la empujaba cuando, a veces, se metía en la selva y se quedaba horas allá dentro?

—No te preocupes por eso —le dijo Gabe cuando se lo preguntó—. No lo entenderías.

Akin sospechaba que tampoco Gabe lo entendía. A veces la miraba de un modo que le hacía pensar al niño que estaba tratando con todas sus fuerzas de entenderla..., y que no lo lograba.

Gabe había aceptado a Akin porque Tate quería que lo aceptase. No le caía especialmente bien el niño. «La boca», le llamaba y, cuando pensaba que Akin no le podía oír, afirmaba:

—¿Quién infiernos necesita un bebé que suena como un enano?

Akin no sabía qué era un enano. Pensaba que debía de ser alguna clase de insecto, hasta que una de las mujeres del pueblo le explicó que se trataba de un humano con un problema glandular que le hacía seguir siendo pequeño de estatura, aun cuando se hacía adulto. Después de que hubo hecho esta pregunta, varios pueblerinos empezaron a llamarlo enano.

En Fénix no tenía problemas mayores que éste. Incluso la gente que

no lo quería no se mostraba cruel. Damek y Mateo se recuperaban en algún lugar fuera de su vista. Y, de inmediato, había empezado a tratar de convencer a Tate de que le ayudase a escapar, para irse a casa.

Tenía que hacer algo. Nadie parecía ir a venir a por él. Por aquel entonces su nueva compañera de camada ya debía de haber nacido y se debía de estar conexionando con otra gente. No sabría que tenía un hermano, Akin. Cuando finalmente la viese, sería un extraño. Trató de explicarle a Tate lo que esto representaba, lo absolutamente perverso que sería esto.

—No te preocupes por ello —le dijo Tate. Habían ido a buscar pomelos...,Tate a recogerlos y Akin a comer lo que encontrase, pero el niño se había quedado junto *a* ella—. La cría es ahora una recién nacida. Ni siquiera los niños construidos pueden nacer hablando y pensando. Tendrás tiempo para conocerla.

—Éste es el tiempo para conexionarse —insistió Akin, preguntándose cómo le podría explicar una cosa tan personal a una humana que, deliberadamente, evitaba todo contacto con los oankali—. El conexionado ocurre poco después del nacimiento y también poco después de la metamorfosis. En otros momentos..., el conexionado es sólo una pálida sombra de lo que podría ser. A veces la gente logra realizarlo, pero habitualmente no es posible. Los conexionados tardíos nunca son lo que deberían ser. Nunca conoceré a mi hermana en el modo en que debería.

—¿Seguro que es una hermana?

Akin miró en otra dirección, no queriendo llorar, pero no pudiendo contener unas lágrimas silenciosas.

—Quizá no sea una hermana. No obstante, debería de serlo. Lo sería si yo estuviera allí.

Repentinamente alzó la cara hacia ella y creyó ver en su rostro cierta simpatía.

—¡Llévame a casa! —le susurró con tono urgente—. Realmente, yo mismo no he acabado mi conexionado. Mi cuerpo estaba esperando a esa nueva compañera de camada.

Ella frunció el ceño:

—No entiendo...

—Ahajas me dejó tocarla, me dejó ser una de las presencias de la aún no nacida. Me dejó reconocerla, y yo la conozco como una compañera de camada, aún en formación. Sería la compañera más próxima a mí..., la más cercana en edad. Sería la compañera con la que yo crecería, con la que me conexionaría. Nosotros dos... no...no seremos... —pensó por un momento—, no estaremos completos el uno sin el otro.

La miró, con esperanza.

—Recuerdo a Ahajas —dijo ella, en voz baja—. Era tan grandota... que pensé que era un macho. Luego Kahguyaht, nuestro ooloi, me dijo que las hembras oankali eran así. «Mucho sitio dentro para hijos», dijo. «Y mucha fuerza para proteger a los hijos, tanto los nacidos como los por nacer». Gabe

le preguntó que, si las hembras hacían todo esto, qué era lo que hacían los machos. «Buscan vida nueva», le contestó él. «Los machos son los buscadores y recolectores de vida. Lo que las hembras y los ooloi *pueden* hacer, los machos *deben* hacerlo». Gabe pensó que eso significaba que los ooloi y las hembras podían apañárselas sin los machos. Kahguyaht le dijo que no, que aquello significaba que, sin los machos, los oankali como pueblo acabarían por desaparecer. No creo que Gabe se lo creyera.

Suspiró. En realidad, había estado pensando en voz alta y no hablando con Akin. Así que se sobresaltó cuando el niño le preguntó:

—¿Kahguyaht ooan Nikanj?

—Sí.

La contempló durante varios segundos.

—Déjame probarte —dijo por fin. Podía consentir o negarse, pero no se iba a asustar, disgustar o volverse peligrosa.

—¿Y cómo harías eso? —le preguntó.

—Súbeme.

Tate se inclinó y lo tomó en brazos.

—¿Por qué no te sientas y me dejas hacértelo sin cansarte? —le preguntó el niño—. Sé que te peso mucho.

—No me pesas tanto.

—No te haré daño —le dijo—. La gente sólo nota algo cuando quien lo hace es un ooloi. Entonces les gusta.

—Aja. Adelante, hazlo.

Le sorprendió el que ella no tuviese miedo de ser envenenada. Se apoyó contra un árbol y lo mantuvo en brazos, mientras él gustaba su cuello, la estudiaba.

—Eres todo un pequeño vampiro —la oyó decir, antes de perderse en el sabor de la mujer. En ella habían ecos de Kahguyaht. Nikanj había compartido con él su recuerdo de su padre ooloi, y le había dejado estudiar el recuerdo tan a fondo que Akin creía conocer a Kahguyaht.

Tate, en sí misma, resultaba fascinante: muy diferente a Lilith, diferente a Joseph. Se parecía algo a Leah y Wray, pero no era exacta a nadie que hubiese probado. Había algo realmente extraño en ella, algo que no estaba bien.

—Realmente, eres bueno —le dijo ella, cuando se apartó y la miró a la cara—. Lo has encontrado, ¿no?

—He encontrado... algo. No sé qué es.

—Una pequeña enfermedad asquerosa, que debería haberme matado hace ya muchos años. Algo que, aparentemente, heredé de mi madre. Aunque, allá por el tiempo en que estalló la guerra, sólo estábamos empezando a sospechar que ella podría haberla heredado. La enfermedad de Huntington, la llamaban. No sé lo que me hicieron los oankali para contrarrestarla, pero nunca mostré los síntomas.

—¿Y cómo es que tú sabes lo que es?

—Kahguyaht me lo dijo.

Eso era suficiente.

—Era… un gene malo —explicó él—. Me atrajo y tuve que mirarlo. Kahguyaht hizo algo para que nunca se pusiese a funcionar. No creo que lo haga…, pero deberías de estar cerca de Kahguyaht, para que lo mantuviese vigilado. Debería de haber reemplazado ese gene.

—Dijo que lo haría si nos quedábamos con él. Y que, si atacaba al gene en serio, tendría que mantenerme vigilada durante un tiempo. Pero yo…, no pude quedarme con él.

—Lo deseabas.

—¿Tú crees? —Cambió de postura, con él en brazos, luego lo depositó en el suelo.

—Aún lo deseas.

—¿Has comido ya todo lo que querías?

—Sí.

—Entonces sígueme. Yo tengo que llevar toda esta fruta. —Se inclinó y se puso el gran cesto de fruta sobre la *cabeza.* Cuando estuvo satisfecha con su colocación, se irguió y se volvió en dirección al pueblo.

—¿Tate? —dijo él.

—¿Qué? —No le miró.

—¿Sabes?, se fue de regreso a la nave. Sigue siendo Dinso y tendrá que venir a la Tierra algún día, pero no quería vivir aquí con ninguno de los humanos que podría haber tenido. Nunca antes supe el porqué.

—¿Nunca nos mencionó nadie?

Nos, pensó Akin: Tate y Gabe. Ambos habían conocido a Kahguyaht. Y Gabe era, probablemente, el motivo por el que Tate no había vuelto con el ooloi.

—Si Nikanj lo llamase, Kahguyaht volvería —dijo.

—¿Realmente no sabías nada de nosotros? —insistió ella.

—No. Pero las paredes de Lo no son como las de aquí. A través de las paredes de Lo nunca se puede oír nada. La gente se sella tras ellas, y nadie puede oír lo que uno está diciendo.

Ella se detuvo, alzó una mano para equilibrar la cesta y luego le miró.

—¡Buen Dios! —dijo.

A Akin se le ocurrió que no debería haberle hecho saber que podía oír a través de las paredes de Fénix.

—¿Qué es Lo? —preguntó—. ¿Simplemente un poblado, o…?

Akin no sabía qué decir, no sabía qué era lo que ella deseaba realmente.

—¿De veras se cierran las paredes? —preguntó Tate.

—Sí, excepto en la cabaña para invitados. ¿Nunca has estado allí?

—Nunca. Los comerciantes y los bandoleros nos han hablado de Lo, pero nunca nos han dicho que fuese... ¡Por Dios! ¿Qué es..., una nave bebé?

Akin frunció el entrecejo.

—Podría serlo, algún día. No obstante, hay tantos en la Tierra... Quizá Lo sea uno de los machos que estén dentro de una de las que se convertirán en naves.

—Pero, ¿algún día abandonará la Tierra?

Akin sabía la respuesta a esta pregunta, pero también que no debía darla. Y, como apreciaba a la mujer y le resultaba difícil mentirle, no dijo nada.

—Me lo pensaba —prosiguió ella—. Así que, algún día, la gente de Lo, o sus descendientes, volverán de nuevo al espacio, en busca de alguna otra gente a la que infectar o afectar, o como le llaméis a esto.

—Comerciar.

—Oh, sí. ¡El jodido comercio de genes! Y tú quieres saber por qué no puedo volver con Kahguyaht...

Se marchó, dejándole para que él tomase su propio camino de vuelta al pueblo. Akin no hizo ningún esfuerzo por mantener su paso, sabiendo que no podía. Lo poco que ella había imaginado la había sobresaltado lo suficiente como para que, a pesar de tratarse de un ser tan valioso, no le importase dejarlo solo en los huertos y campos de frutales, donde podría ser secuestrado. ¿Cómo habría reaccionado si le hubiese dicho todo lo que sabía...? Que no sólo serían los descendientes de los humanos y los oankali los que algún día viajarían por el espacio en las entonces maduras naves, sino que también lo haría buena parte de la sustancia misma de la Tierra. Y que lo que quedaría atrás sería poco menos que el cadáver de un mundo. Las chkahichdahk, al madurar, no dejaban nada útil tras de ellas: tenían que ser mundos en sí mismas durante tanto tiempo como les costase a los construidos que llevaban en su interior el convertirse en una especie madura y hallar otra especie social con la que comerciar.

Finalmente, la Tierra saqueada moriría. Y sin embargo, de alguna otra manera, seguiría viviendo del mismo modo en que seguían viviendo los animales unicelulares después de dividirse. ¿Le serviría esto de consuelo a Tate? Akin no se atrevía a averiguarlo.

Estaba cansado, pero ya casi había llegado a las casas cuando Tate volvió a por él. Ya había dejado el cesto de fruta. Ahora, lo alzó sin decir palabra y lo llevó de vuelta a su casa. Antes de llegar a ella se quedó dormido en sus brazos.

12

Nadie vino a por él.

Nadie le llevaba a casa o le dejaba irse.

Se sentía, a un tiempo, indeseado y demasiado deseado. Si sus padres no podían venir, debido al nacimiento de su compañera de camada, entonces deberían de haber venido otros. Sus padres habían hecho este tipo de favor a otras familias, a otros poblados cuyos niños habían sido robados. La gente se ayudaba entre sí para buscar y recuperar niños secuestrados.

Y, sin embargo, su presencia parecía encantar a la gente de Fénix. Incluso aquellos que parecían perturbados por el contraste entre su diminuto cuerpo y su aparente madurez acabaron por alegrarse de que estuviera por allí. Unos siempre tenían un poquito de comida dispuesta para él. Algunos le hacían pregunta tras pregunta, acerca de su vida antes de que les fuera traído aquí. A otros les gustaba tenerlo en brazos, o dejarlo sentarse a sus pies y contarle historias de sus propias vidas de antes de la guerra; esto último era lo que más le gustaba. Aprendió a no interrumpirlos con preguntas: siempre podía enterarse luego de qué eran los canguros, los láseres, los tigres, la lluvia ácida y Botswana. Y, dado que recordaba cada palabra de sus relatos, le era fácil rememorar lo dicho e insertar sus explicaciones en el lugar correspondiente.

Le gustaba menos cuando la gente le contaba historias que claramente no eran ciertas..., relatos salpicados de seres llamados brujas, o enanos, o dioses. Mitología, le decían que era, o cuentos de hadas.

El les contaba retazos de la Historia oankali: les hablaba de asociaciones pasadas, que habían contribuido a lo que hoy eran los oankali o en lo que podían convertirse. Había oído esas historias de sus tres padres oankali. Todas eran absolutamente ciertas, y sin embargo los humanos casi no se creían ninguna. De todos modos, les gustaban. Se reunían a su alrededor para escucharlas. A veces, incluso abandonaban su trabajo y acudían a oírle. A Akin le gustaba esta atención, así que aceptaba sus cuentos de hadas y su incredulidad hacia sus narraciones históricas. También aceptaba los pantalones cortos que le hacía Pilar Leal. No le gustaban porque cortaban parte de su percepción, y eran más difíciles de limpiar que su propia piel, cuando estaban sucios. Pero, a pesar de ello, jamás se le ocurrió pedirle a nadie que se los lavase cuando los había ensuciado. Y, cuando Tate lo vio un día lavándolos, le dio jabón y le mostró cómo utilizarlo. Luego sonrió casi jubilosa y se marchó.

La gente le dejaba mirar cómo hacían zapatos, ropa o papel. Tate convenció a Gabe para que lo llevase a los molinos: uno en el que se molía el grano y otro en donde fabricaban muebles de madera, herramientas y otras cosas. Los hombres y mujeres de allí estaban acabando una canoa grande cuando ellos llegaron.

—Podríamos construir otro molino para mover una fábrica de tejidos —le explicó Gabe—. Pero nos basta con las ruecas, los telares y las máquinas de coser movidos a pedales. Ya fabricamos más tela de la que necesitamos, y la gente prefiere hacer las cosas a su ritmo, según sus

propios deseos.

Akin pensó en ello y decidió que lo entendía. A menudo había visto a la gente tejiendo o cosiendo, haciendo ropa que no necesitaban, en la esperanza de poder hacer algún trueque con los poblados que tenían poca o ninguna maquinaria. Pero lo hacían sin prisas. Podían detenerse a mitad de lo que estaban haciendo y acudir a escuchar sus historias. Buena parte de su trabajo lo hacían sólo para estar ocupados en algo.

—¿Y qué hay del metal? —preguntó.

Gabe le miró desde arriba.

—¿Quieres visitar la herrería?

—Sí.

Gabe lo tomó en brazos y caminó con él.

—Me pregunto cuánto de todo esto entiendes realmente —murmuró.

—Normalmente entiendo las cosas —admitió Akin—. Y lo que no entiendo, lo recuerdo. Y algún día lo entenderé.

—¡Jesús! Me pregunto cómo serás cuando crezcas.

—No tan alto como tú —le dijo Akin, con envidia.

—¿De veras? ¿Sabes esas cosas?

Akin asintió con la cabeza.

—Fuerte, pero no grande.

—Pero sí listo.

—Sería terrible ser pequeño y tonto.

Gabe se echó *a* reír.

—Ya pasa —dijo—, pero probablemente a ti no.

Akin le miró y sonrió a su vez. Seguía complaciéndole cuando podía hacer reír a Gabe. Le parecía que estaba empezando a aceptarle. Era Tate quien había sugerido que Gabe lo llevase a lo alto de la colina y le mostrase los molinos. Siempre que podía los ponía juntos, y Akin comprendía que deseaba que se gustasen el uno al otro.

Pero, si lo lograban, ¿qué sucedería cuando, finalmente, su gente viniese a por él? ¿Lucharía Gabe? ¿Mataría? ¿Moriría?

Vio cómo el herrero hacía la hoja de un machete, calentándola, golpeándola, dándole forma al metal. En un rincón había un cajón de hojas de machete. También había hoces, guadañas, hachas, martillos, clavos, ganchos, cadenas, rollos de alambre, picos..., y, sin embargo, las cosas no estaban atestadas: cada cosa, herramientas de trabajo y productos, tenía su lugar.

—A veces trabajo aquí —le dijo Gabe—. Y he ayudado a rescatar buena parte de nuestras materias primas.

Miró a Akin.

—Quizá te lleve a que veas el lugar donde recuperamos los materiales.

—¿En las montañas?

—Aja.

—¿Cuándo?

—Cuando las cosas se pongan calientes aquí.

Le llevó unos momentos a Akin el darse cuenta de que no estaba hablando del tiempo. Lo esconderían en el lugar de la recuperación de materiales, cuando su gente viniese en su busca.

—Hemos encontrado objetos de vidrio, plástico, cerámica y metal. Hemos encontrado mucho dinero. ¿Sabes lo que es el dinero?

—Sí. Nunca lo he visto, pero me han hablado de él.

Gabe rebuscó en su bolsillo con su mano libre. Sacó un brillante disco de metal dorado y dejó que Akin lo cogiese. Era sorprendentemente pesado para el tamaño que tenía. A un lado había algo que parecía una T mayúscula y las palabras «Él se ha alzado. Nos alzaremos». Al otro lado había la imagen de un pájaro levantando el vuelo desde un fuego. Akin estudió el pájaro, fijándose en que era de una especie que nunca antes había visto en imágenes.

—Dinero de Fénix —le dijo Gabe—. Es un ave fénix alzándose de sus cenizas. El fénix era un pájaro mitológico. ¿Lo entiendes?

—Una mentira —dijo Akin, sin pensárselo.

Gabe tomó el disco, se lo volvió a meter en el bolsillo y dejó al niño en el suelo.

—¡Espera! —exclamó Akin—. Lo siento, así es como clasifico los mitos en mi mente. No pensaba decirlo en voz alta.

Gabe le estudió.

—Si realmente vas a ser pequeño de tamaño, deberás tener cuidado con esa palabra —dijo.

—Pero..., no he dicho que tú mintieses.

—No. Has dicho que mi sueño, el sueño de todos los que vivimos aquí, era una mentira. Ni siquiera sabes lo que has dicho.

—Lo siento.

Gabe se lo quedó mirando, suspiró y lo volvió a alzar en brazos.

—No sé —dijo—. Quizá debería estar contento.

—¿De qué?

—De que, en algunas cosas, sigas siendo un crío.

13

Unas semanas más tarde aparecieron merodeadores, llevando a otras dos criaturas robadas. Ambas parecían ser niñas pequeñas. Los secuestradores no querían una mujer a cambio, sino tantas herramientas de metal y tanto oro como pudieran transportar; y libros, que valían más que el oro. En Fénix, dos parejas, con la ayuda ocasional de otros, trabajaban haciendo papel y tintas e imprimiendo los libros que era más posible que deseasen los otros poblados: Biblias. Usando los recuerdos de cada humano con el que habían podido ponerse en contacto, los investigadores de Fénix habían reconstruido la Biblia más completa que era posible hallar. Y también estaban los manuales prácticos, los libros de Medicina, los recuerdos de la vida en la Tierra antes de la guerra, los listados de plantas, animales, pescados e insectos comestibles, sus propiedades y peligros, así como los opúsculos de propaganda contra los oankali.

—No podemos tener niños, así que nos dedicamos a hacer estas cosas —le dijo Tate a Akin, mientras miraban como los bandoleros regateaban por una nueva canoa en la que poder llevarse todas sus nuevas mercancías—. Ahora, esos tipos son realmente ricos..., aunque, para lo que les va a servir...

—¿Puedo ver a las niñas?

—¿Por qué no? Vamos.

Caminó lentamente, dejándole seguirla hasta la casa de los Wilton, donde se habían quedado las niñas. Macy y Kolina Wilton habían sido los más rápidos a la hora de quedarse a las dos niñas para ellos. Eran la mitad de los editores de Fénix y, probablemente, se esperaba de ellos que diesen una de las dos niñas a otra pareja; pero por el momento eran una familia de cuatro.

Las niñas estaban comiendo almendras asadas y pan de mandioca con miel. Kolina Wilton les estaba sirviendo en pequeños cuencos una ensalada de frutas.

—Akin —le dijo cuando lo vio—. Bien. Estas niñitas no hablan inglés. Quizá tú puedas hablar con ellas.

Eran chicas morenas, con largo y denso cabello oscuro y ojos negros. Vestían lo que parecían ser camisas de hombre, con una cuerda fina como cinturón y cortadas a su tamaño. La mayor de las dos niñas había logrado ya liberar sus brazos del improvisado vestido. Tenía algunos tentáculos corporales alrededor del cuello y hombros, y el tenerlos confinados posiblemente le resultaba un tormento de picores y algo absolutamente cegador. Ahora, todos sus diminutos tentáculos se enfocaron en Akin, mientras el resto de ella parecía seguir interesado en la comida. La niña más pequeña tenía un grupo de tentáculos en el cuello, donde probablemente protegían un orificio de respiración sair. Eso significaba que su pequeña nariz, de aspecto normal, probablemente sólo era ornamental. Esto también podía significar que la niña podía respirar bajo el agua. Así pues, era nacida de oankali, a pesar de su apariencia humana. Esto era inusitado. Si era nacida de oankali, entonces el que fuera una *hembra* sólo era una pura cortesía. Porque no podía saber aún cuál iba a ser su sexo. Lo cierto es que

en tales niños, si es que tenían algún tipo de órganos sexuales de apariencia humana, éstos tendían a parecer femeninos. Probablemente las niñas tendrían tres y cuatro años de edad, respectivamente.

—Tendréis que ir a sus huertos y a la selva para hallar las proteínas que os sean necesarias —les dijo Akin en oankali—. Ellos intentan alimentarnos, pero nunca parecen darnos lo bastante.

Ambas niñas bajaron de sus sillas y se le acercaron para tocarlo, probarlo y conocerlo. Se enfocó tan absolutamente en ellas y en lograr conocerlas que durante varios minutos no pudo percibir ninguna otra cosa.

Eran compañeras de camada..., una nacida de oankali, la otra de humana. La más pequeña era la nacida de oankali, y la que tenía el aspecto más andrógino de las dos. Probablemente se convertiría en macho, en respuesta a la aparente feminidad de su compañera. Su nombre, le había señalado, era Shkaht... Kaalshkaht eka Jaitahso-kahldahktohj aj Dinso. Era pariente de él: ambos estaban relacionados a través de Nikanj, cuya gente era Kaal. Feliz, Akin le dio a Shkaht la versión humana de su propio nombre, dado que la versión oankali no daba la suficiente información acerca de Nikanj: Akin lyapo Shing Kaalnikanjlo.

Las niñas ya sabían que era nacido de humana y que esperaba convertirse en macho. Esto hacía de él un objeto de intensa curiosidad. Descubrió que le gustaba su atención, y les dejó investigarlo a conciencia.

—...no se comportan como los niños normales —estaba diciendo uno de los humanos—. Están unos encima de los otros, olisqueándose como una manada de perros.

¿Quién estaba hablando? Akin se obligó a enfocar de nuevo su atención al resto de la sala, a los humanos. Otros tres habían entrado en la habitación, y la que hablaba era Neci, una mujer que siempre le había considerado como una propiedad valiosa, pero a la que nunca le había agradado.

—Si eso es lo peor que hacen, nos llevaremos muy bien con ellas —dijo Tate—. ¿Cómo se llaman, Akin?

—Shkaht y Amma —le contestó el niño—. Shkaht es la más pequeña.

—¿Qué clase de nombre es Shkaht? —preguntó Gabe. Había entrado con Neci y Pilar.

—Tres de sus padres son oankali. Como también lo son tres de los míos. —No les iba a decir que Shkaht era nacida de oankali. Y tampoco dejaría que Shkaht se lo dijese. ¿Qué pasaría si, de enterarse, decidían que sólo querían a la niña nacida de humana? ¿La cambiarían por algo, o se la devolverían a los bandoleros? Era mejor que siguieran creyendo que tanto Shkaht como Amma eran nacidas de humana, y realmente hembras. Él mismo tendría que pensar en ellas en este modo, para que sus pensamientos no se convirtiesen en palabras y lo traicionasen. Ya les había advertido a ambas niñas de que no debían revelar este secreto. No comprendían el motivo, pero habían aceptado.

—¿Qué idiomas hablan? —preguntó Tate.

—Quieren saber los idiomas que habláis —les transmitió en oankali.

—Hablamos francés y twi —le dijo Amma—. Nuestro padre humano y sus hermanos eran franceses. Estaban viajando por la patria de nuestra madre cuando estalló la guerra. Mucha gente en el país de ella hablaba inglés, pero en su poblado natal lo que más se hablaba era el twi.

—¿Dónde estaba su poblado?

—En Ghana. Nuestra madre era de allí.

Akin le informó de todo esto a Tate.

—África de nuevo —comentó ella—; probablemente no sufrió ningún ataque. Me pregunto si los oankali habrán puesto en marcha colonias allá. Pero pensaba que toda la gente en Ghana hablaba en inglés.

—Pregúntales de qué poblado comercial provienen —le pidió Gabe.

—De Kaal —le contestó Akin sin preguntar. Luego se volvió hacia las niñas—. ¿Hay más de un poblado Kaal?

—Hay tres —le contestó Shkaht—: Nosotras somos de Kaal-Osei.

—Kaal-Osei —traspasó la información Akin.

Gabe sacudió la cabeza.

—Kaal... —miró a Tate, pero ésta negó con la cabeza.

—Si allá no hablan inglés —dijo—, no habrá nadie que conozcamos.

Él asintió.

—Habla con ellas, Akin. Averigua cuándo las cogieron y dónde está su poblado..., si es que lo saben. ¿Pueden recordar las cosas del modo en que tú lo haces?

—Todos los construidos recuerdan.

—Bien. Se van a quedar con nosotros, así que empieza a enseñarles inglés.

—Son compañeras de camada. Están muy unidas. Necesitan permanecer juntas.

—¿Sí? Bueno, ya veremos.

A Akin no le gustó esto. Tendría que advertirles a Amma y Shkaht que se pusiesen enfermas si las separaban. Únicamente llorar no serviría. Había que darles miedo a los humanos, tenían que creer que podían llegar a perder a una o a las dos niñas nuevas. Ahora tenían lo que probablemente no habían tenido nunca antes: niños que ellos pensaban que podían ser fértiles juntos. Por lo que había oído acerca de los resistentes, no tenía la menor duda de que parte de ellos creían a pies juntillas el que pronto podrían criar nuevos niños, de aspecto humano, y enseñarlos a ser humanos.

—Vamos fuera —les dijo a las niñas—. ¿Aún tenéis hambre?

—Sí —le contestaron al unísono.

—Entonces vamos. Os enseñaré dónde crecen las cosas más ricas.

14

Al día siguiente colocaron a los tres niños en mochilas y los llevaron hacia las montañas. No les permitieron caminar. Gabe llevaba a Akin encima de un montón de suministros y Tate iba tras de él, llevando aún más suministros. Amma viajaba a la espalda de Macy Wilton y, subrepticiamente, la probó con uno de sus pequeños tentáculos corporales. Ella tenía una lengua humana normal, pero cada uno de sus tentáculos le podían servir tan bien como la larga y gris lengua oankali de Akin. Los tentáculos del cuello de Shkaht le daban unos sentidos del olor y el sabor más agudos que los que tenía Akin, y además podía usar sus manos para probar. Por otra parte, tenía largos y delgados tentáculos en la cabeza, mezclados con los cabellos, y podía ver con ellos. En cambio, no podía hacerlo con sus ojos. Sin embargo, había aprendido a aparentar mirar a la gente con los ojos..., a volver la cara hacia ellos y mover los delgados tentáculos de su cabeza al compás con el movimiento de su cabeza, para que la gente no se asustase al ver cómo su cabello parecía moverse por sí solo. Tendría que tener mucho cuidado porque a los humanos, por alguna razón, les gustaba cortar el cabello de la gente. Se cortaban el propio, y le habían cortado el suyo a Akin. Incluso allá en Lo, los hombres en especial, o se cortaban el cabello o hacían que otros se lo cortasen. Akin no quería ni pensar en lo que podía representar que a uno le cortasen los tentáculos sensoriales. Nada podía hacer más daño. Nada podía ser más proclive a ocasionar que un oankali o construido aguijonease de modo reflejo, mortífero.

Los humanos caminaron durante todo el día, deteniéndose para comer y descansar únicamente al mediodía. No hablaban ni de a dónde iban ni de por qué, pero caminaban con rapidez, como si temiesen ser perseguidos.

Eran un grupo de veinte, armados, pese a los esfuerzos de Tate, con los cuatro rifles de los captores de Akin. Damek seguía vivo, pero no podía caminar. Lo seguían cuidando allá en Fénix. El niño suponía que Damek no debía tener ni idea de lo que estaba pasando: que le habían quitado su arma, que le habían quitado a Akin. Claro que, lo que no sabía, ni podía contarlo a otros ni podía dolerle a él.

Esa noche, los humanos levantaron tiendas e hicieron camas con mantas y ramas o bambúes..., lo que encontraron. Algunos colgaron hamacas de los árboles y se pusieron a dormir fuera de las tiendas, pues no había señales de que fuera a llover. Akin pidió dormir al aire libre con alguien, y una mujer llamada Abira se limitó a tender el brazo desde su hamaca y alzarlo a la misma. A pesar del calor y la humedad, parecía feliz de tenerlo con ella. Era una mujer bajita, muy fuerte, que llevaba una mochila tan cargada como la de hombres que medían medio cuerpo más que ella, y, sin embargo, a él lo manejaba con suavidad.

—Tuve tres hijos antes de la guerra —le dijo en su inglés de extraño acento. Provenía de Israel. Frotó la cabeza de Akin, la caricia favorita de ella, y se puso a dormir, dejando que el niño encontrase por sí mismo la postura que le era más cómoda.

Amma y Shkaht dormían juntas en su propia cama de bambú, cubiertas por una manta. Los humanos las tenían por valiosas, las

alimentaban, las cobijaban, pero no les gustaban los tentáculos de las niñas, no se dejaban tocar deliberadamente por los pequeños órganos sensoriales. Amma había podido probar a Macy Wilton sólo porque la llevaba a sus espaldas y sus tentáculos habían sido capaces de infiltrarse a través de la ropa que había puesto entre él y ella.

Ningún humano quería dormir con ellas. Incluso en aquel momento, Neci Roybal y su esposo Stancio estaban susurrando acerca de la posibilidad de cortarles los tentáculos a las niñas, ahora que eran jovencitas.

Alarmado, Akin escuchó cuidadosamente.

—Si se los quitamos, ahora que son tan pequeñas, aprenderán a apañárselas sin ellos —estaba diciendo Neci.

—No tenemos anestésicos adecuados — protestaba el hombre—. Sería cruel hacerles eso.

Él era todo lo contrario a su mujer: tranquilo, silencioso, amable. La gente aguantaba a Neci en consideración a él. Akin lo evitaba para no toparse con Neci. Pero ésta tenía un modo de decir una cosa, y repetirla, y volverla a repetir..., hasta que la gente acababa por decirla también, y empezaba a creérsela.

—Ahora no notarían mucho la operación —insistió ella—. ¡Son tan jóvenes...! Y esas cosas, esos gusanitos, son tan diminutos... Ahora es el mejor momento para hacerlo.

Stancio no dijo nada.

—Aprenderán a usar sus sentidos humanos —susurró Neci—. Verán el mundo como lo vemos nosotros, y se parecerán más a nosotros.

—¿Quieres cortárselos tú misma? —exclamó Stancio—. Son unas niñas muy pequeñas, casi bebés.

—No digas memeces. Puede hacerse. Las heridas cicatrizarán. Y se olvidarán de que en un tiempo tuvieron tentáculos.

—Quizá les vuelvan a crecer.

—¡Pues se los cortamos otra vez!

Hubo un largo silencio.

—¿Cuántas veces? —dijo al fin el hombre—. ¿Cuántas veces estarías dispuesta a torturar a unas criaturas? ¿Las torturarías también si hubiesen salido de tu vientre? ¿O torturarás a éstas porque no han salido de ti?

No fue dicho nada más. A Akin le pareció que Neci lloraba un poco: eran sonidos pequeños, sin palabras. Stancio sólo emitía sonidos regulares de respiración. Y, al cabo de un rato, Akin se dio cuenta de que era porque se había quedado dormido.

15

Pasaron días caminando a través de la selva, subiendo colinas cubiertas de jungla. Pero, ahora, el ambiente era más frío, y Akin y las niñas tuvieron que luchar contra los intentos de vestirlos con ropas más cálidas. Aún había mucho que comer, y sus cuerpos se ajustaron, rápida y fácilmente, al cambio de temperatura. Akin seguía llevando puestos los pantalones cortos que le había hecho Pilar Leal. No había habido tiempo de preparar ropa para las niñas, de modo que vestían trozos de tela, envueltos a su cintura y atados por arriba. Éste era el único tipo de ropa que no se quitaban y perdían deliberadamente.

A la segunda noche del viaje, Akin empezó a dormir con ellas. Necesitaban aprender más inglés, y tenían que aprenderlo rápidamente. Neci estaba haciendo lo que Akin había supuesto: decir una y otra vez, a diferente gente, en privadas y emotivas conversaciones, que era el momento justo para quitarles los tentáculos a las niñas, ahora que aún eran pequeñas, para que así pareciesen más humanas, para que así aprendiesen a depender de sus sentidos humanos y comenzasen a ver el mundo como humanas. La gente se reía de ella a sus espaldas, pero, de vez en cuando, Akin les oía hablar de los tentáculos de las niñas..., de lo feos que eran y de lo mucho más guapas que se las vería sin ellos...

—¿Nos los cortarán? —le preguntó Amma cuando les explicó lo que pasaba. Todos sus tentáculos se aplastaron, hasta hacerse invisibles contra su piel.

—Puede que lo intenten —le contestó Akin—. Tendremos que impedirles que lo lleven a cabo.

—¿Cómo?

Shkaht le tocó con una de sus pequeñas y sensibles manos.

—¿De qué humanos te fías? —quiso saber. Era la más joven de las dos, pero había logrado aprender más que la otra.

—De la mujer con la que vivo, Tate. De su esposo no, sólo de ella. Voy a tener que decirle la verdad.

—Realmente, ¿podrá ella hacer algo?

—Tal vez. Quizá no lo haga. Hace..., cosas extrañas, a veces. Lo peor que podría hacer ahora es no hacer nada.

—¿Qué es lo que le pasa?

—¿Qué es lo que les pasa a todos? ¿O es que no te has dado cuenta?

—...Sí. Pero no lo entiendo.

—Realmente, yo tampoco. Pero es por el modo en que tienen que vivir. Quieren niños, así que nos compran. Pero seguimos sin ser sus niños: quieren tener niños propios. A veces nos odian, porque no pueden tenerlos. Y a veces nos odian porque somos parte de los oankali, y son los oankali los que no les dejan tener niños.

—Podrían tener docenas de niños si dejasen de vivir separados y se

uniesen a nosotros.

—Quieren tener esos niños del modo en que los tenían antes de la guerra. Sin los oankali.

—¿Por qué?

—Porque ésa es su manera de ser. —Estaba tendido amontonado con ellas, de modo que una zona sensorial hallase otra zona sensorial, para que así las niñas pudiesen usar sus tentáculos sensoriales y él su lengua. Casi ni se daban cuenta de que la conversación había dejado de ser vocal. Akin ya había descubierto que, cuando estaban echados de este modo, los humanos se creían que estaban dormidos amontonados.

—Ya no habrá más de ellos —les dijo, tratando de proyectar la sensación de soledad y miedo que creía sentían los humanos—. Su especie es todo lo que han conocido o sido, y pronto ya no existirá. Tratan de hacernos a nosotros como son ellos, pero realmente nunca seremos como ellos, y eso lo saben.

Las chicas se estremecieron y cortaron el contacto por un instante. Cuando lo tocaron de nuevo, parecieron comunicarse como una única persona:

—¡Somos ellos! Y somos los oankali. Tú lo sabes. ¡Y si ellos pudieran percibir, también lo sabrían!

—Si pudieran percibir, serían nosotros. No pueden y no *lo* son. Nosotros somos lo mejor que son ellos y lo mejor que son los oankali. Pero, a causa de nosotros, ellos ya no existirán.

—Tampoco los oankali Dinso y Toaht existirán ya.

—No. Pero los Akjai se marcharán sin haber cambiado. Si la especie construida humanoankali no funciona aquí, o para los Toaht, los Akjai seguirán existiendo.

—Sólo si hallan a alguna otra gente con la que mezclarse. —Esto lo dijo, separadamente, Amma.

—Los humanos habían llegado ya a su propio fin —intervino Shkaht—. Tenían fallos y estaban sobreespecializados. Si no hubieran tenido su guerra habrían hallado otro modo de matarse ellos mismos.

—Quizá —admitió Akin—. También a mí me enseñaron eso. Y puedo ver el conflicto en sus genes... la nueva inteligencia, puesta al servicio de las viejas tendencias jerárquicas. Pero...., no tienen por qué destruirse a sí mismos. Desde luego, no tienen por qué hacerlo de nuevo.

—¿Y cómo podrían no hacerlo? —preguntó Amma. Todo lo que ella había aprendido, todo lo que le habían enseñado los cuerpos de sus propios padres humanos, le indicaba que Akin estaba diciendo tonterías. No había estado el bastante tiempo entre los humanos resistentes como para que empezase a verlos como un pueblo realmente diferenciado.

Sin embargo, debía entender. Ella sería una hembra y, algún día, les contaría a sus hijos lo que habían sido los humanos. Y no lo sabía. Él mismo sólo estaba empezando a entenderlo.

Dijo con intensidad, con absoluta certidumbre:

—¡Debería haber unos Akjai humanos! Debería haber unos humanos que ni cambiasen ni muriesen..., humanos que siguieran existiendo, por si las uniones con los Dinso y los Toaht fracasan.

Amma se estaba moviendo, incómoda, contra él; primero tocándole, luego rompiendo el contacto, como si la hiciese daño el enterarse de lo que él estaba diciendo, pero también como si su curiosidad no la dejase mantenerse apartada. Shkaht estaba muy quieta, unida a él por sus sutiles tentáculos craneales, tratando de captar lo que él estaba diciendo.

—Tú estás aquí para esto —le dijo en voz baja, pero vocalizando. Su voz le sobresaltó, a pesar de que no se movió. Había hablado en oankali y, como en el caso de él, lo que ella le comunicaba tenía un sentimiento de verdad e intensidad.

Amma se unió más profundamente con ambos, pasándoles su frustración: no entendía nada.

—Lo han dejado aquí deliberadamente —explicó en silencio Shkaht. Voluntariamente, calmó a su compañera con su propia tranquila certeza—: Quieren que conozca a los humanos. No lo habrían enviado a ellos, pero dado que está aquí y no le están haciendo daño, quieren que aprenda, para que luego pueda enseñarles a ellos.

—¿Y qué hay de nosotras?

—No sé. No podrían venir a por nosotras sin llevárselo a él. Y probablemente no sabían dónde iban a vendernos..., o siquiera si nos iban a vender. Creo que nos dejarán aquí hasta que decidan venir a por él..., a menos que estemos en peligro.

—Ahora estamos en peligro —susurró vocalmente Amma.

—No. Akin hablará con Tate. Si ella no puede ayudarnos, una noche, pronto, desapareceremos.

—¿Nos escaparemos?

—Sí.

—¡Los humanos nos atraparán

—No. Viajaremos de noche, nos ocultaremos durante el día, nos iremos al río más cercano en cuanto sea posible.

—¿Puedes respirar bajo el agua? —le preguntó Akin a Amma.

—Aún no —contestó ella—, pero soy una buena nadadora. Siempre que Shkaht se metía en el agua, yo iba con ella. Y, si me meto en líos, ella me ayuda..., se une a mí y respira por mí.

Como la compañera de camada de Akin podría haberle ayudado a él, pensó. Se apartó de ellas, pues la unidad de ambas le recordaba su propia soledad. Podía hablar con ellas, comunicarse con ellas no vocalmente, pero nunca podría tener con ellas esa unión especial íntima que tenían una con otra. Pronto sería demasiado mayor para ello..., si es que no lo era ya. ¿Y qué le estaría pasando a su compañera de camada?

—No creo que me estén dejando deliberadamente con los humanos. Mis padres no me harían una cosa así. Mi madre humana vendría a buscarme ella sola, si es que nadie quería acompañarla.

Ambas chicas volvieron a ponerse en contacto con él al momento.

—¡No! —le explicó Shkaht—. Cuando los resistentes hallan a mujeres solas, se las quedan. Vimos cómo sucedía esto en un poblado en el que trataron de vendernos nuestros secuestradores.

—¿Qué es lo que visteis?

—Algunos hombres llegaron al poblado. Vivían allí, pero habían estado viajando. Llevaban con ellos a una mujer, con los brazos atados con cuerda, y tiraban de ella de otra cuerda atada a su cuello. Dijeron que se la habían encontrado, y que por tanto era de ellos. Ella les gritaba, pero nadie conocía el idioma en que hablaba. Y se la quedaron.

—Nadie le haría eso a mi madre —afirmó Akin—. Ella no les dejaría. Viaja sola cuando le apetece.

—Pero, ella sola, ¿cómo podría hallarte? Tal vez en todos los poblados resistentes en que te buscase tratasen de atarla y quedársela. Y quizá, si no pudiesen lograrlo, le hiciesen daño o la matasen con sus armas de fuego.

Quizá fuese así. Los humanos parecían hacer aquellas cosas con facilidad. Tal vez ya lo hubiesen hecho.

Entre Amma y Shkaht tuvo lugar alguna comunicación que él no captó.

—Tú tienes tres padres oankali —susurró vocalmente Shkaht—. Ellos saben más acerca de los resistentes de lo que sabemos nosotros. No la dejarían ir sola por ahí, ¿no? Y, si no pudieran impedírselo, irían con ella, ¿no crees?

—...Sí —contestó Akin, sin estar nada seguro de ello. Amma y Shkaht no conocían a Lilith, no sabían cómo, a veces, se ponía de tan mal carácter que todo el mundo se mantenía alejado de ella. Y, entonces, desaparecía por un tiempo. ¿Quién sabía lo que podía pasarle mientras vagaba sola por la selva?

Las chicas lo habían colocado entre ellas. No se dio cuenta, hasta que ya era muy tarde, que estaban calmándolo con su propia calma deliberada; tranquilizándolo, poniéndolo y poniéndose a dormir.

Akin despertó al día siguiente sintiéndose aún miserable, aún aterrado por lo que pudiera pasarle a su madre y solitario por no estar con su compañera de camada. Y, no obstante, se fue con Tate y le pidió que lo llevase un rato, para poder hablar con ella.

Tate lo alzó al momento en brazos y lo llevó hasta el pequeño pero rápido arroyo del que el campamento había obtenido su agua.

—Lávate —le dijo—, y hablemos aquí. No quiero que la gente nos descubra juntos, secreteando.

Se lavó y le habló de los esfuerzos de Neci por lograr que les cortasen los tentáculos a Amma y Shkaht.

—Les volverían a crecer —le dijo—. Pero, hasta que no le hubiesen crecido, Shkaht no podría ver nada ni respirar de un modo adecuado. Se pondría muy enferma. Podría morirse. No creo que Amma se muriese, pero quedaría lisiada. No podría utilizar al completo ninguno de sus sentidos. No sería *capaz* de reconocer olores o sabores que deberían de serle familiares..., algo así como si pudiese agarrar las cosas, pero no palparlas, no sentir su tacto..., hasta que le volviesen a crecer los tentáculos. Siempre vuelven a crecer. Y le dolería que se los cortasen..., probablemente de un modo parecido a como te dolería a ti que te arrancasen los ojos.

Tate se sentó en un tronco caído, ignorando los hongos e insectos que había en el mismo.

—Neci tiene un modo de convencer a la gente... —dijo.

—Lo sé —aceptó el niño—. Y es por eso por lo que he acudido a ti.

—Gabe me dijo algo de hacerles una pequeña operación a las niñas. ¿Estás segura de que todo ha sido idea de Neci?

—La oí hablando de eso la primera noche, después de que nos fuéramos de Fénix.

—Dios —exclamó Tate—. Y nunca se da por vencida..., nunca abandona. Si las chicas fueran mayores, me gustaría darle un cuchillo y decirle que lo intentara.

Miró a Akin.

—Y, dado que ninguna de las dos es un ooloi, supongo que el intento resultaría fatal para ella. ¿No es así, Akin?

—...Sí.

—¿Y si las chicas estuviesen inconscientes?

—No importaría. Incluso aunque estuviesen..., incluso aunque estuviesen muertas, y no llevasen mucho tiempo así, sus tentáculos aún aguijonearían a quienquiera que quisiese arrancarlos o cortarlos.

—¿Y por qué no me has dicho esto primero, en lugar de contarme el daño que les iba a hacer a las niñas?

—Porque no quería asustarte. No queremos asustar a nadie.

—¿No? Bueno, pues a veces es bueno asustar a la gente. ¡A veces el miedo es lo único que les impide cometer acciones estúpidas!

—¿Se lo vas a decir?

—En cierto modo. Les voy a contar una historia. En cierta ocasión, Gabe y yo vimos lo que le pasó a un hombre que hizo daño a los tentáculos corporales de un oankali. Eso fue allá en la nave. Hay otra gente en Fénix que lo recuerda, pero ninguno de ellos está aquí con nosotros. Tu madre sí que estaba entonces con nosotros, Akin, aunque no pienso mencionarla.

Akin apartó la vista de ella, miró más allá del arroyo, y se preguntó si su madre estaría aún viva.

—¡Hey! —exclamó Tate—. ¿Qué te pasa ahora?

—Deberías haberme llevado a casa —dijo con amargura—. Dices que conoces a mi madre. Deberías haberme llevado de vuelta con ella.

Silencio.

—Shkaht dice que los hombres de los poblados resistentes atan a las mujeres cuando las atrapan, y se las quedan. Probablemente mi madre sepa esto, pero de todos modos me buscará. No dejará que se la queden en ninguna parte, pero quizá la hieran o le peguen un tiro.

Más silencio.

—*¡Deberías de haberme llevado a casa!* —Ahora lloraba sin disimulos.

—Lo sé —susurró ella—. Y lo lamento, pero no puedo llevarte a casa. Significas demasiado para mi gente.

Había cruzado los brazos ante ella, con los dedos de sus manos curvados alrededor de los codos. Era como si hubiera puesto una barra contra él, tal cual ponía barras de madera para asegurar las puertas de su casa. Él se acercó y puso sus manos en los brazos de Tate.

—No te dejarán que me tengas mucho más tiempo —le dijo—. Y, aunque te dejasen..., aunque yo creciese en Fénix, y Amma y Shkaht también, seguiríais necesitando a un ooloi. Y no hay ooloi construidos.

—¡Aún no sabes qué es lo que necesitarás!

Esto le sorprendió. ¿Cómo podía pensar ella que él no lo iba a saber? Podía desear que no fuera así, pero, naturalmente, sí que lo sabía.

—Lo sé desde que toqué a mi compañera de camada —le informó—. Entonces no podría haber explicado cómo sucedió, pero el caso es que supe que éramos las dos terceras partes de una unidad reproductora. Sé lo que esto significa, no lo que se siente. No sé cómo siente un trío de adultos, cuando se une para reproducirse. Pero sé que debe haber tres, y que uno de esos tres tiene que ser un ooloi. Mi cuerpo lo sabe.

Le creyó. Su rostro le decía que le creía.

—Volvamos —dijo Tate.

—¿Me ayudarás a volver a casa?

—No.

—Pero, ¿por qué?

Silencio.

—¡Dime el motivo! —Tiró inútilmente de sus apretados brazos.

—Porque... —Esperó, hasta que él recordó alzar el rostro y cruzar su mirada con la de ella—. Porque éste es mi pueblo. Lilith ha hecho su elección, y yo he hecho la mía. Esto es algo que, probablemente, tú nunca entiendas. Tú y las niñas sois una esperanza para este pueblo, y la esperanza es algo que no ha tenido durante muchos más años de los que quiero recordar.

—Pero no es real. No podemos hacer lo que ellos desean.

—Hazte a ti mismo un favor: no se lo digas a ellos.

Ahora no tenía que recordarse a sí mismo que debía mirarla.

—Tu gente vendrá a por ti, Akin. Eso lo sé, y también lo sabes tú. Me gustas, pero nunca he sido buena para engañarme a mí misma. Deja que mi pueblo tenga esperanzas, mientras pueda. Ten la boca cerrada. —Inspiró profundamente—. Lo harás, ¿verdad?

—Me habéis quitado a mi compañera —dijo él—. Me habéis impedido llegar a tener lo que tienen Shkaht y Amma, y eso es algo que ni entendéis ni os importa en lo más mínimo. Puede que mi madre muera porque me retenéis aquí. Tú la conoces, pero no te importa nada. Y, si a ti no te preocupa en absoluto mi gente, ¿por qué iba a preocuparme yo por la tuya?

Ella miró al suelo, luego al agua que corría. Su expresión le recordó la de la madre de Tino, cuando le había preguntado si su hijo estaba muerto.

—No hay razón para ello —dijo, finalmente—. Si yo fuera tú, probablemente sentiría un odio mortal hacia nosotros.

Abrió sus brazos y lo alzó, poniéndoselo en el regazo.

—Somos todo lo que tienes, muchachito. No debería de ser así, pero lo es.

Se alzó con él en brazos, apretándolo más de lo necesario, y se volvió, para ver a Gabe acercándoseles.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre. Más tarde, Akin llegaría a la conclusión de que parecía algo asustado. Parecía incierto, luego tranquilizado, pero todavía algo asustado..., como si pensase que aún podía pasar algo malo.

—Akin tenía algunas cosas que decirme —le informó Tate—. Y ahora tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué trabajo? —Tomó a Akin de los brazos de ella mientras caminaban de regreso al campamento, y en aquel gesto había algo más que liberarla de un peso. Ya antes había visto Akin aquella tensión en Gabe, pero no la entendía.

—Tenemos que ocuparnos de que nuestras niñitas no maten a alguien —dijo Tate.

16

El yacimiento de materiales recuperados que era su destino estaba en una ciudad enterrada.

—Destruida y hundida bajo tierra por los oankali —le dijo Gabe a Akin—. No querían que viviésemos aquí y recordásemos lo que antes fuimos.

Akin miró el gran pozo que el equipo de recuperación había cavado a lo largo de los años, excavando en la ciudad. Ésta no había sido salvajemente destruida, como creía Gabe, sino que había sido recolectada: uno de los transbordadores la había devorado en parte. Los pequeños seres-nave se alimentaban siempre que les era posible, y no había modo más rápido de destruir una pequeña ciudad que hacer aterrizar en ella un transbordador y dejarle que comiese hasta hartarse. Los transbordadores podían digerirlo casi todo, incluido el mismo suelo. Lo que estaba excavando la gente de Fénix eran los restos del banquete. Pero, al parecer, éstos ya eran suficientes para satisfacer sus necesidades.

—Ni siquiera sabemos cómo se llamaba este lugar —dijo amargamente Gabe.

Pilas de metal, piedras y otros materiales yacían desparramadas por todas partes. Los del equipo de salvamento estaban atando cosas con cuerdas de yute, para poder llevárselas. No obstante, todos ellos detuvieron su trabajo cuando vieron a los que llegaban. Primero se reunieron a su alrededor, gritando y saludando a la gente por su nombre, y luego callaron bruscamente cuando se fijaron en los tres niños.

Hombres y mujeres, cubiertos de sudor y polvo, se arremolinaron para tocar a Akin y hablarle, como ellos creían que hay que hablarle a un bebé. Él no les sorprendió contestándoles, pero en cambio las niñas estaban probando su recién aprendido inglés con aquel auditorio.

Gabe se arrodilló, bajó a Akin de la mochila y luego se alzó, dejándolo libre.

—No le hables como a un bebé —le dijo a una polvorienta trabajadora que ya tendía los brazos para cogerlo—. Puede responderte tan bien como tú..., y entender todo lo que le digas.

—¡Es muy hermoso! —dijo la mujer—. ¿Es nuestro? ¿Es...?

—Lo conseguimos de unos comerciantes. Tiene un aspecto más humano que las niñas, pero probablemente eso no signifique nada: es un construido. No obstante, no es mal chico.

Akin alzó la vista hacia él, reconociendo el cumplido..., el primero que recibía de Gabe; pero éste ya se había vuelto para hablar con otra persona.

La mujer del equipo de trabajo alzó a Akin para verle mejor la cara.

—Ven conmigo —le dijo—. Te enseñaré un agujero en el suelo jodidamente grande. ¿Por qué no hablas como tus amiguitas? ¿Eres vergonzoso?

—No creo —le contestó Akin.

La mujer pareció asombrada, luego sonrió.

—Vale. Vamos a echarle una mirada a algo que probablemente fue un camión.

Los del equipo de salvamento se habían abierto paso a machetazos entre la espesa vegetación selvática, hasta hacer un claro para su agujero y poder plantar sus cosechas en dos de los lados de la perforación; pero la selva estaba regresando, y algunos, con azadones, palas y machetes, la habían estado limpiando. Ahora hablaban con los humanos recién llegados o examinaban a Anima y Shkaht. Tres humanos seguían a la mujer que llevaba a Akin en brazos, hablando entre ellos de él y, a veces, hablando con él.

—No tiene tentáculos —dijo uno de ellos, acariciándole el rostro—. ¡Tan humano, tan hermoso...!

Akin no creía ser hermoso. A esta gente les gustaba, simplemente, porque se parecía a ellos. Sin embargo, estaba a gusto en su compañía. Conversó con ellos sin problemas y aceptó los pedacitos de comida que no dejaban de darle, así como sus caricias, pese a que seguían gustándole tan poco como siempre. Los humanos necesitaban tocar a la gente, pero no sabían hacerlo de un modo que resultase placentero o útil. Sólo cuando se sentía solitario o asustado le gustaban sus manos, su protección.

Pasaron junto a una ancha trinchera cuyos costados estaban cubiertos de hierbas. Por el centro corría un claro arroyo. Sin duda había estaciones húmedas en las que todo el cauce del río estaba repleto de agua, quizás hasta llegando a desbordarse. Aquí, las estaciones secas y húmedas debían de ser más pronunciadas que en las selvas de alrededor de Lo. Allí llovía a menudo, sin importar la estación que se suponía que fuese. Akin sabía de estas cosas porque a menudo había oído a los adultos hablar de ellas. No le extrañó, pues, ver ese río hundido. Pero, cuando alzó la vista mientras lo llevaban hacia el extremo más alejado del pozo, vio por primera vez, por entre las verdes colinas, los lejanos picos de las montañas, cubiertos de nieve.

—¡Espera! —gritó Akin cuando vio que la trabajadora, que se llamaba Sabina, lo iba a llevar hasta las casas que había en el lado más lejano del agujero—. Espera, déjame ver.

A ella pareció agradarle el complacerle.

—Eso son volcanes —le dijo—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí: es un lugar del planeta en el que una fisura deja pasar a la superficie las rocas calientes, líquidas, de su interior —contestó Akin.

—Muy bien —aceptó ella—. Esas montañas fueron levantadas y crecieron a causa de la actividad volcánica. Una de ellas entró en erupción el año pasado. No lo bastante cerca de nosotros corno para que nos preocupase, pero sí resultó excitante. Aún humea de vez en cuando, a pesar de que ahora está cubierta de nieve. ¿Te gustan?

—Son peligrosas —respondió—. ¿Se movió el suelo?

—Sí. Aquí no mucho, pero allí la cosa debió de ser bastante fea.

Aunque no creo que haya gente viviendo por allá.

—Bien. No obstante, me gustaría verlo mejor: algún día me gustaría ir hasta allí, para tratar de comprenderlo.

—Es más seguro mirarlo desde aquí. —Lo llevó hasta la corta hilera de casas donde, al parecer, vivía el equipo de rescate. Allí estaba una estructura metálica rectangular aplastada..., al parecer el «camión» de Sabina. No parecía servir de nada. Akin no sabía lo que habrían hecho con aquello los humanos en otros tiempos, pero ahora sólo podía servir para cortarlo en trozos para la chatarra y, finalmente, forjarlo para hacer otras cosas. Era enorme y, probablemente, daría mucho metal. Akin se preguntó cómo se le habría escapado al transbordador, cuando estaba alimentándose.

—Me gustaría saber cómo lo aplastaron así los oankali —comentó otra mujer—. Es como si lo hubiese aplastado un enorme pie.

Akin no dijo nada. Había aprendido ya que, en realidad, la gente no quería que les diese información, a menos que se la preguntasen directamente..., o a menos que estuvieran tan desesperados que no les importase de dónde les llegaba la información que necesitaban. Y la que se refería a los oankali tendía a asustarles o irritarles, sin importar cómo la recibían.

Sabina lo dejó en tierra y él miró más de cerca el metal. Si hubiera estado a solas lo hubiese probado, pero, tal como estaban las cosas, lo que hizo en cambio fue seguir a los del equipo a una de las casas. Era un edificio sólidamente construido, pero sin decoraciones, sin pintar, techado con planchas de metal. La cabaña de invitados de Lo resultaba un edificio más atractivo.

Pero por dentro era un museo.

Había montones de platos, pedazos de joyas, cristal, metal. Y cajas con vidrios de ventanas. Tras las ventanas sólo había un vacío, color gris sólido. Había grandes cajas metálicas con enormes ruedas numeradas en sus puertas. Había estanterías metálicas, mesas, cajones, botellas. Había cruces como la de la moneda de Gabe... cruces de metal, cada una de ellas con un hombre de metal colgando de ella. Cristo en la cruz, recordó Akin. También había cuadros de Cristo golpeando con los nudillos en una puerta de madera, y otros en los que estaba abriéndose las vestiduras para revelar una forma roja que contenía una llama. Había un cuadro de Cristo sentado a una mesa, con un montón de otra gente. Algunas de las imágenes parecían moverse cuando Akin las contemplaba desde un ángulo u otro.

Tate, que había llegado a la casa antes que él, tomó una de las imágenes móviles: una pequeña de Cristo en pie en una colina y hablando con gente, y se la entregó a Akin. Éste la movió un poquito en su mano, contemplando el aparente movimiento de Cristo, cuya boca se abría y cerraba y cuyo brazo subía y bajaba. La imagen, a pesar de que estaba rayada, era dura y plana, y estaba hecha de un material que Akin no comprendía. Lo probó..., y lo lanzó lejos con fuerza, molesto y presa de nauseas.

—¡Hey! —gritó uno de los del equipo de recuperación—. ¡Esas cosas

son valiosas!

El hombre recogió la imagen, le lanzó una mala mirada a Akin y luego a Tate.

—Y, hablando de todo un poco..., ¿por qué infiernos le das tú una cosa así a un bebé?

Pero tanto Tate como Sabina habían acudido al instante para averiguar qué le sucedía al niño.

Éste fue hasta la puerta y escupió varias veces fuera, echando algo que era puro dolor, mientras su cuerpo luchaba para enfrentarse con aquello que tan descuidadamente se había metido dentro. Cuando finalmente pudo hablar y contar lo que le sucedía, ya era el centro de atracción de todos. No lo deseaba, pero así era.

—Lo siento —dijo—. ¿Se ha roto la imagen?

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Tate, con indudable preocupación.

—Ahora ya nada, me he librado de ello. Si hubiese sido más mayor, podría haberlo manejado mejor..., haberlo convertido en inofensivo.

—La imagen..., el plástico..., ¿son dañinos para ti?

—El material de que está hecho. ¿Plástico?

—Sí.

—Está tan cubierto por el polvo que no noté el veneno hasta que lo probé. Diles a las niñas que no lo prueben.

—No lo haremos —dijeron Amma y Shkaht al unísono, y Akin se sobresaltó. No las había visto entrar.

—Ya os lo mostraré más tarde —les dijo en oankali.

Ellas asintieron con la cabeza.

—Había... más veneno apretujado junto en un sólo lugar de lo que jamás había encontrado. ¿Lo hacían así los humanos a propósito?

—Simplemente les salía así —dijo Gabe—. Infiernos, quizá sea por esto por lo que estas cosas siguen aquí. Tal vez porque son tan venenosas..., o tan inútiles, que ni los bichos las quieren comer. No biodegradables, creo que las llamaban antes de la guerra.

Akin lo miró fijamente. El transbordador no se había comido el plástico, y una nave podía comerlo todo. Quizá se le hubiera escapado el plástico, como el camión. O quizás el transbordador lo hubiera considerado inútil, como había sugerido Gabe.

—Los plásticos acostumbraban a matar a la gente antes de la guerra —dijo una mujer—. Acostumbraban a estar en los muebles, en la ropa, en los recipientes, en los electrodomésticos, en casi todo. A veces los venenos se filtraban al agua o los alimentos, y provocaban cáncer; y a veces se producía un fuego, y los plásticos ardían y mataban a la gente con sus humos venenosos. Mi marido de antes de la guerra era bombero, y acostumbraba a contarme cosas de ésas.

—Yo no recuerdo nada de eso —dijo alguien.

—Yo sí lo recuerdo —le contradijo otro—. Recuerdo el incendio de una casa en mi barrio, en el que murieron todos los ocupantes mientras intentaban escapar, a causa de los gases venenosos de los plásticos que ardían.

—¡Dios mío! —exclamo Sabina—. ¿Y vamos a comerciar con estas cosas?

—Podemos comerciar con ello —dijo Tate—. El único lugar en el que hay el plástico suficiente como para constituir un verdadero peligro es justo aquí. Y hay gente que necesita cosas así: imágenes y estatuas de otro tiempo, algo que les recuerde lo que fuimos, lo que somos.

—¿Y por qué lo usaba tanto la gente, si los mataba? —preguntó Akin.

—La mayoría no sabían lo muy peligroso que era —le explicó Gabe—. Y algunos que sí lo sabían estaban haciendo demasiado dinero vendiéndolo como para preocuparse del fuego, los envenenamientos y las demás cosas que podían pasar o no.

Hizo un sonido sin palabras..., que casi era una risa, aunque Akin no pudo detectar humor en él.

—No olvidemos que eso es lo que somos los humanos: gente que envenena a otra gente, y luego niega toda responsabilidad. En cierto modo, así es como se produjo la guerra...

—Entonces... —Akin dudó—. Entonces, ¿por qué no pintáis cuadros nuevos, y hacéis estatuas de madera o metal?

—Para ellos no sería lo mismo —le dijo Shkaht en oankali—. Realmente necesitan las cosas antiguas. Nuestro padre humano consiguió una de las cruces pequeñas, de un resistente de paso. Y siempre la llevaba colgada del cuello, atada a una cuerda.

—¿Era de plástico? —le preguntó Akin.

—De metal. Pero de antes de la guerra. Muy vieja. Quizá salió de aquí.

—¿Es que los resistentes independientes llevan nuestras cosas a vuestros poblados? —preguntó Tate, cuando Akin hubo traducido las palabras de Shkaht.

—Algunos de ellos comercian con nosotros —le contestó Akin—. Algunos se quedan por un tiempo y tienen niños. Y otros sólo vienen para robarlos.

Silencio. Los humanos volvieron a sus artículos de comercio, se dividieron en grupos y comenzaron a comentar las novedades.

Tate le mostró a Akin la casa en la que iba a dormir: una edificación llena de jergones y hamacas, repleta de pequeños objetos que el equipo de búsqueda había desenterrado, y que se distinguía por tener una gran estufa de hierro colado. El artefacto dejaba pequeña a la que había en la cocina de Tate.

—Mantente alejado de eso —le dijo Tate—. Incluso cuando esté fría.

Acostúmbrate a mantenerte lejos, ¿me oyes?

—De acuerdo. Aunque no es probable que yo toque nada caliente, como no sea accidentalmente. Y, también, ya soy demasiado mayor como para envenenarme, así que...

—¡Pero si casi te envenenas hace un rato!

—No. Fui descuidado, y me hice daño; pero no me hubiera puesto demasiado enfermo ni hubiese muerto. Es como cuando tú te diste un golpe en el camino en un dedo del pie y trastabillaste. Eso no significa que no sepas caminar, sino que, simplemente, no fuiste lo bastante cuidadosa.

—Aja. Puede que ésa sea o no una buena analogía. Pero, de todos modos, mantente alejado de la estufa.

¿Quieres comer algo, o ya te han atiborrado de comida entre todos?

—Tendré que deshacerme de algo de lo que ya he tragado, para así poder comer algo más de proteínas.

—¿Quieres comer con nosotros, o prefieres salir y pastar hojas?

—Prefiero ir a pastar hojas.

Por un momento le miró con el ceño fruncido, pero luego se echó a reír.

—Está bien —dijo—. Vete, y ten cuidado.

17

Neci Roybal quería quedarse con una de las niñas. Y aún no había abandonado la idea de hacer que les quitasen los tentáculos a ambas. Ya había comenzado de nuevo su campaña a este efecto, esta vez entre los del equipo de recuperación. La mayor parte de las veces, aquellos tentáculos parecían más unas babosas que unos gusanitos, decía. Y que las niñas que algún día serían las madres de una nueva raza humana debían de parecer humanas..., debían de ver rasgos humanos cuando se mirasen al espejo...

—Ellas no son oankali —la oyó Akin decirle a Abira una noche—. Lo que le pasó al hombre que conocían Tate y Gabe..., eso quizá sólo pase con los oankali.

—Neci —le dijo Abira—, si te acercas a esas niñas con un cuchillo y ellas no acaban contigo, lo haré yo.

Otros eran más receptivos. Un par de miembros del equipo, un matrimonio apellidado Senn, pronto se convirtieron al punto de vista de Neci. Akin pasó buena parte de su tercera noche en el campamento echado en la hamaca de Abira, escuchando como, en la casa de al lado, Neci, con la ayuda de Gilbert y Anne Senn, trataba de convertir a Yori Shinizu y Sabina Dobrowski. Era obvio que creía que Yori, la doctora, era la persona más adecuada para amputar los tentáculos de las niñas.

—No es por el aspecto que tienen esos tentáculos —decía Gil con su suave voz. Todo el mundo le llamaba Gil y tenía una voz suave, parecida a la de un ooloi—. Sí, son feos, pero lo importante es lo que representan. Son alienígenas, inhumanos. ¿Cómo pueden esas niñitas crecer para convertirse en mujeres humanas, cuando sus propios órganos sensoriales las traicionan?

—¿Y qué hay del chico? —inquirió Yori—. Tiene los mismos sentidos alienígenas, pero los tiene localizados en la lengua. Y no podemos cortársela...

—No —intervino Anne, que tenía la voz suave como la de su marido.

Se le parecía y sonaba lo bastante parecida a él como para ser su hermana, pero los humanos no se casaban con sus compañeros de camada, y aquellos dos habían estado casados ya antes de la guerra. Provenían de un lugar llamado Suiza, y estaban visitando otro lugar llamado Kenya cuando había estallado la guerra. Habían ido a ver los grandes y fabulosos animales que ahora estaban extinguidos. En su tiempo libre, Anne pintaba imágenes de esos animales en tela, papel o madera. Y los llamaba jirafas, leones, elefantes, panteras... Ya le había mostrado a Akin parte de su trabajo, parecía que el niño le caía bien.

—No —repitió—. Pero al niño habría que educarlo como hay que educar a los niños. No está bien dejar que siempre se esté llevando cosas a la boca. No está bien que coma hierbas y hojas como si fuera una vaca. No está bien dejarle que vaya lamiendo a la gente; Tate dice que él lo llama probar a la gente, como quien prueba un plato. ¡Es repugnante!

—Ella le deja abandonarse a cualquier impulso alienígena —insistió Neci—. Como antes no tuvo ningún niño..., he oído que había algún tipo de

enfermedad en su familia, por lo que no se atrevió a tener hijos. Y no sabe cómo hay que cuidarlos.

—El niño la quiere —afirmó Yori.

—Porque lo malcría —le cortó Neci—. Pero es pequeño..., puede aprender a querer a otra gente.

—¿A ti? —le preguntó Gil.

—¿Y por qué no? Yo tuve dos hijos antes de la guerra. Sé cómo cuidar de los niños.

—Nosotros también tuvimos dos —intervino Anne—. Dos niñitas.

Lanzó una risa apagada.

—Shkaht y Amma no se las parecen en nada, pero daría cualquier cosa por convertir a una de esas niñas en mi hija.

—¿Con o sin tentáculos? —preguntó Sabina.

—Si Yori quisiera hacerlo, preferiría que se los quitase.

—No sé si lo haría —dijo Yori en voz baja—. No creo que Tate mintiese cuando contó lo que vio.

—Pero lo que vio sucedió entre un humano y un oankali adulto —afirmó Anne—. Y éstos son niños, casi bebés. Y casi son humanos.

—*Parecen* casi humanos —interrumpió Sabina—. No sabemos qué son en realidad.

—Niños —dijo Anne—. Son niños.

—Debería hacerse —afirmó Neci—. Todos sabemos que habría que hacerlo. Aún no sabemos cómo se puede hacer, pero tú, Yori, tendrías que averiguar el modo. Deberías de estudiarlos. Tú viniste con nosotros para cuidar de su salud. ¿No significa eso que tendrías que pasar más tiempo con ellos, para averiguar más cosas sobre ellos?

—Eso no sería de ninguna ayuda —le explicó Yori—. Ya sé que son venenosos. Quizá podría protegerme de eso, o quizá no. Pero..., eso de lo que hablas es cirugía estética, Neci, algo totalmente innecesario. Y, en cualquier caso, yo no soy cirujana estética. ¿Por qué iba a poner en peligro la salud de las niñas y mi propia vida por lo que no deja de ser una especie de fea marca de nacimiento? Y, en cualquier caso, Tate dice que los tentáculos vuelven a crecer.

Inspiró profundamente.

—No, no lo haré. Antes no estaba segura, pero ahora sí lo estoy. No lo haré.

Silencio. Sonido de movimientos, de alguien caminando..., los pasos ligeros y cortos de Yori. El sonido de una puerta al abrirse.

—Buenas noches —dijo Yori.

Nadie le deseó unas buenas noches a ella.

—No es tan complicado —dijo Neci unos momentos más tarde—.

Especialmente no lo es con Amma: ¡tiene tan pocos tentáculos! Son sólo ocho o diez..., y muy pequeños. Cualquiera lo puede hacer, poniéndose unos guantes para protegerse.

—Yo no podría hacerlo —afirmó seriamente Anne—. No podría cortar a nadie con un cuchillo.

—Yo podría... —dijo Gil—, si no se tratase de unas niñitas tan pequeñas.

—¿Tenéis aquí algo de licor? —preguntó Neci—. Hasta me serviría esa porquería destilada de la mandioca que beben los merodeadores.

—Aquí hacemos whisky de maíz —indicó Gil—. Siempre hay mucho. Demasiado.

—Pues entonces les damos whisky a las niñas, y después se lo hacemos.

—No sé... —dijo Sabina—. ¡Son tan pequeñas! Y, si enferman...

—Si enferman, Yori las cuidará. De todos modos las cuidará, aunque no le guste lo que les hayamos hecho. Y se lo haremos, como debe ser.

—Pero...

—¡*Debe* hacerse! ¡Tenemos que criar niños humanos, no alienígenas que ni entiendan cómo vemos nosotros las cosas!

Silencio.

—¿Mañana, Gil? ¿Puede hacerse mañana?

—No..., no sé...

—Podemos coger a las niñas cuando estén por ahí, comiendo plantas. Durante un rato, nadie se dará cuenta de que han desaparecido. Sabina, tú conseguirás el licor, ¿de acuerdo?

—Yo...

—¿Hay cuchillos bien afilados por aquí? Tendremos que hacerlo rápida y limpiamente. Y necesitaremos telas limpias para los vendajes, y guantes para todos nosotros, por si acaso..., y ese antiséptico que tiene Yori. Yo lo cogeré. Probablemente no habrá ninguna infección, pero no correremos riesgos... —Se detuvo de pronto, y luego dijo una sola palabra, secamente—: ¡Mañana!

Silencio.

Akin se levantó y logró salir, con dificultades, de la hamaca. Abira se despertó, pero sólo murmuró algo sin sentido y volvió a quedarse dormida. Akin fue a la habitación de al lado, donde Amma y Shkaht compartían una hamaca. Se encontraron con él en la puerta: salían. Los tres se unieron al instante y hablaron sin sonido alguno.

—Tenemos que irnos —dijo tristemente Shkaht.

—No tenéis por qué —discutió Akin—. Ellos sólo son unos pocos, y no muy fuertes. Nosotros tenemos a Tate y Gabe, Yori, Abira, Macy y Kolina. ¡Todos nos ayudarán!

—Nos ayudarán mañana. Pero Neci esperará y volverá a buscar ayuda y a intentarlo más tarde.

—Tate puede hablar con los del equipo de aquí, tal como habló en el campamento, de camino a este lugar. Cuando habla, la gente la cree.

—Neci no la creyó.

—Sí la creyó. Lo que sucede es que quiere que las cosas se hagan siempre a su manera..., aunque su manera esté equivocada. Y no es demasiado lista: me ha visto probar el metal, la carne y la madera, pero cree que unos guantes protegerán sus manos de que se las probemos o aguijoneemos, cuando vayan a cortaros los tentáculos.

—¿Guantes de plástico?

Sorprendido, Akin pensó por un momento.

—Quizá tengan guantes hechos con algún tipo de plástico. No he visto un plástico tan flexible, pero puede que exista. Claro que, en cuanto entiendes el plástico, ya no te puede hacer daño.

—Probablemente Neci no comprende esto. Has dicho que no es lista; eso la convierte en más peligrosa aún. Quizá, si la otra gente le impide que mañana nos corte los tentáculos, aún se irrite más. Querrá hacernos daño, sólo para demostrar que puede hacerlo.

Al cabo de un momento, Akin tuvo que estar de acuerdo:

—Sí, es posible.

—Tenemos que irnos.

—¡Quiero ir con vosotras!

Silencio.

Asustado, Akin se unió más profundamente con ellas:

—¡No me dejéis aquí, solo!

Más silencio. Con gran suavidad, lo sostuvieron entre las dos y le hicieron dormirse. Comprendió lo que le estaban haciendo y se resistió, al principio muy irritado, pero al fin comprendiendo que tenían razón: sin él tenían una posibilidad. Eran más fuertes, mayores, y podían caminar más deprisa y durante más tiempo sin descansar. La comunicación entre ellas era más rápida y precisa. Podían actuar casi como si compartiesen un único sistema nervioso. Sólo los compañeros de camada conexionados y los adultos apareados llegaban a conocerse, así de bien, unos a otros. Akin las hubiera estorbado, probablemente habría hecho que las volviesen a capturar. Lo sabía, y ellas podían notar sus sentimientos contradictorios. Y sabían que él lo sabía. Así que no había necesidad de discutir: simplemente, él tenía que aceptar la realidad.

Finalmente la aceptó, y les permitió que lo hundiesen en un profundo sueño.

18

Estuvo durmiendo, desnudo, en el suelo, hasta que Tate lo halló a la mañana siguiente. Lo despertó levantándolo, y se sobresaltó mucho cuando él la agarró por el cuello, rodeándola con sus brazos, y no la soltó. Ni lloró ni habló. La probó, pero no la estudió. Luego, él se daría cuenta de que en realidad había tratado de hacerse ella, de unirse con ella tal como lo habría hecho con su más próximo compañero de camada. Pero esto no era posible: él estaba tratando de alcanzar una unión que los humanos le habían impedido. Le parecía que lo que necesitaba estaba justo un poco más allá de su alcance, justo al otro lado de esa frontera final que no lograba cruzar, como le sucedía con su madre. Como le sucedía con todos. Podía saber hasta un punto determinado, y ya no más allá, podía sentir hasta un punto determinado, y ya no más allá, unirse hasta tan cerca, y ya no más allá.

Desesperadamente, tomaba lo que podía tomar. Ella no podía reconfortarlo, ni siquiera saber cuan profundamente la percibía él. Pero sí podía, con simplemente permitir la unión, apartar la atención de él de sí mismo, de su propia desgracia.

Aparte el inicial espasmo de sorpresa, Tate no intentó quitárselo de encima. Él no sabía lo que ella hacía. Todos sus sentidos estaban enfocados hacia los mundos que había dentro de las células del cuerpo de ella. No supo cuánto tiempo estuvo así congelado sobre ella, sin pensar, sin saber ni importarle lo que ella hacía, al menos en tanto no le molestase.

Cuando finalmente se apartó de ella, descubrió que estaba sentada en un jergón del suelo, apoyada contra una pared. Había seguido sosteniéndolo con el brazo, y reposando ese brazo en sus rodillas. Ahora, mientras él se enderezaba y orientaba, Tate le tomó la barbilla entre los dedos y volvió su cara hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué te ha pasado?

Él no dijo nada por un instante, y miró a la habitación a su alrededor.

—Todos están desayunando —explicó ella—. A mí ya me han dado el habitual sermón de lo muy mal que te estoy educando, y un poco más de propina. Ahora, ¿por qué no me dices exactamente qué es lo que te ha pasado?

Lo colocó junto a ella y lo miró fijamente, esperando. Estaba claro que aún no sabía que las niñas habían escapado. Quizá nadie se hubiera dado todavía cuenta de ello, gracias al hábito matutino de los tres niños de salir al campo a comer hierba. Pero no debía decir nada: Amma y Shkaht debían conseguir tanta delantera como fuera posible.

—Ya es demasiado tarde para que me conexione con mi compañera de camada —le dijo, sin mentirla—. Estaba pensando en ello la pasada noche. Y me estaba sintiendo…, solitario no es la palabra más adecuada. Más bien fue como… si alguien hubiese muerto.

Cada palabra era verdad. Simplemente, su respuesta era incompleta.

Amma y Shkaht habían iniciado en él ese sentimiento con su unión, con su partida...

—¿Dónde están las niñas? —le preguntó Tate.

—No lo sé.

—¿Se han ido, Akin?

Apartó la vista. ¿Por qué siempre era tan difícil ocultarle cosas a ella? ¿Por qué dudaba tanto en mentirle a Tate?

—¡Buen Dios! —exclamó ella, y empezó a levantarse.

—¡Espera! —le dijo Akin—. Iban a amputarlas esta misma mañana. Neci y sus amigos iban a agarrarlas mientras estuviesen comiendo por ahí, llevarlas a algún sitio, y cortarles los tentáculos sensoriales.

—¡Y un infierno iban a hacer!

—¡Lo iban a hacer! ¡Les oímos la pasada noche! Yori se negó a ayudarles, pero de todos modos lo iban a hacer. Iban a darles whisky de maíz y...

—¿Alcohol?

—¿Cómo?

—¿Iban a emborrachar a las niñas?

—No hubieran podido.

Tate frunció el ceño.

—Pero ellos iban a darles el alcohol..., el whisky, ¿no?

—Sí, pero eso no las iba a emborrachar. He visto humanos borrachos, y no creo que nada que nosotros podamos beber pueda ponernos en ese estado. Nuestros cuerpos rechazarían la bebida.

—¿Qué es lo que les hubiera hecho a ellas?

—Las habría hecho vomitar, u orinar mucho. No es fuerte ni mortífero. Probablemente, se limitaría a pasar a través de ellas sin cambiar apenas. Y lo orinarían todo.

—Ese licor es malditamente fuerte.

—Quiero decir... que no es un veneno mortífero: los humanos pueden beberlo sin morirse. Y nosotros podemos beberlo sin tener que vomitarlo al momento, sin tener que envolverlo con parte de nuestros tejidos, para que así no nos haga daño mientras pasa por nuestro cuerpo.

—Así que no les haría daño..., lo digo por si acaso Neci las atrapa...

—No les haría daño. No obstante, no les gustaría nada. Y Neci no las ha atrapado.

—¿Cómo lo sabes?

—La he oído. Le está preguntando a la gente si sabe dónde están las niñas. Nadie las ha visto, y ella se está poniendo nerviosa.

Tate miró a la nada, creyéndole, recopilando la información.

—No se lo habríamos dejado hacer. Lo único que teníais que haber hecho era decírmelo.

—La hubieras detenido esta vez —admitió él—. Pero ella lo habría seguido intentando. Y, si sigue insistiendo, la gente acabará creyéndola. Y harán lo que ella quiere que hagan.

Ella negó con la cabeza.

—No esta vez. Demasiados de nosotros estamos en su contra en este asunto. ¡A unas niñitas, infiernos! Akin, podríamos perder días buscándolas, pero tú podrías seguirles en seguida la pista con tu vista y oído oankali.

—No.

—Sí. ¡Oh, sí! ¿Cuan lejos te crees que pueden llegar esas niñas, antes de que les suceda algo? No son mucho mayores que tú. ¡Morirán en la jungla!

—Yo no moriría; ¿por qué iban a morir ellas?

Silencio. Ella le miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres decir que podrías irte a casa desde aquí?

—Podría, si ningún humano me detuviese.

—¿Y crees que ningún humano detendrá a las niñas?

—Creo... creo que tienen miedo. Creo que están lo bastante asustadas como para aguijonear.

—¡Oh, Dios!

—¿Qué pasaría si alguien te fuera a arrancar los ojos y tú tuvieras un arma de fuego?

—Pensé que se suponía que la nueva especie iba a estar por encima de este tipo de cosas.

—Ellas tienen miedo. Sólo quieren irse a casa. No quieren que las amputen.

—No —suspiró Tate—. Vístete. Vamos a desayunar. Supongo que en cualquier momento estallará todo el follón.

—No creo que encuentren a las niñas.

—Si lo que dices es cierto, espero que no las encuentren. ¿Akin...?

Esperó, sabiendo lo que le iba a preguntar.

—¿Por qué no te han llevado con ellas?

—Soy demasiado pequeño. —Caminó a la otra habitación, encontró sus pantalones y se los puso—. Yo no podría colaborar con ellas del modo que lo harán la una con la otra. Yo hubiera hecho que las capturasen.

—¿Querrías haberte ido?

Silencio. Si ella no sabía que querría haberse ido, que quería desesperadamente irse, es que era estúpida. Y no era estúpida.

—Me pregunto por qué diablos tu gente no viene a por ti —exclamó

Tate—. Deben saber mejor que yo por lo que te están haciendo pasar.

—¿Lo que *ellos* me están haciendo pasar? —preguntó él, asombrado.

Ella suspiró.

—Bueno, pues por lo que nosotros te estamos haciendo pasar. Si el que yo admita esto te hace sentirte mejor... Mira, los oankali nos empujaron a nosotros a convertirnos en lo que somos: si no hubieran trasteado en nosotros, podríamos tener nuestros propios hijos. Podríamos vivir según nuestras costumbres, y ellos según las suyas.

—Algunos de vosotros los habríais atacado —dijo en voz baja Akin—. Creo que algunos humanos habrían tenido que atacarles.

—¿Por qué?

—¿Por qué se atacan los humanos los unos a los otros?

De repente se oyó un griterío en el exterior.

—Bueno —dijo Tate—, ya se han dado cuenta de que las niñas se han marchado. Estarán aquí en un momento...

Casi antes de que hubiese acabado de hablar, Macy Wilton y Neci Roybal aparecieron en la puerta, fisgoneando por la habitación.

—¿Has visto a las niñas? —preguntaron.

Tate negó con la cabeza.

—No, no hemos salido de aquí.

—¿No las habéis visto en toda la mañana?

—No.

—¿Akin?

—No. —Si Tate pensaba que era mejor mentir, entonces mentiría..., aunque ninguno de los dos había empezado aún a mentir.

—He oído que estabas enfermo, Akin —comentó Neci.

—Ahora ya estoy bien.

—¿Qué te pasó?

La miró con silenciosa animosidad, preguntándose si sería seguro el decírselo.

Tate habló por él, con una suavidad nada común en ella:

—Tuvo un sueño que le asustó. Un sueño sobre su madre...

Neci alzó una ceja, escéptica:

—No sabía que soñasen.

Tate agitó la cabeza y sonrió levemente.

—¿Por qué no, Neci? Por lo menos es tan humano como tú.

La mujer se echó hacia atrás.

—¡Deberías estar ahí fuera, ayudando a buscar a las niñas! —

exclamó—. ¡Quién sabe qué les puede haber pasado!

—Quizá alguien haya decidido seguir tu consejo, las haya agarrado y les haya cortado los tentáculos sensoriales.

—¿Cómo? —quiso saber Macy. Había entrado en la habitación en la que había dormido con su esposa y las niñas. Ahora salió de ella y se quedó mirando a Tate.

—Tiene un obsceno sentido del humor —murmuró Neci.

Tate produjo un sonido sin palabras.

—Estos días no tengo ningún sentido del humor, en lo que a ti se refiere. —Miró a Macy—. Aún sigue conspirando para hacer que les amputen los tentáculos a las niñas. Ha estado hablando de ello con los del equipo de recuperación.

Ahora miró cara a cara a Neci:

—¡Atrévete a negarlo!

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¡Estarían mejor sin ellos..., serían más humanas!

—¡Tan bien como podrías estarlo tú sin tus ojos! Vamos a buscarlas, Macy..., y por Dios que espero que ellas nunca oigan las cosas que Neci ha estado diciendo...

Asombrado, Akin la siguió. Tate había echado la culpa de la huida de las niñas justamente sobre la espalda a la que correspondía, sin mezclarlo a él para nada. Lo dejó con uno del equipo de trabajo, que se había herido en una rodilla, y se unió a la búsqueda, como si estuviera totalmente convencida de que iban a hallar en seguida a las niñas.

19

Amma y Shkaht no fueron halladas. Simplemente, habían desaparecido..., quizá las hubiesen hallado otros resistentes, tal vez estuvieran a salvo en algún pueblo comercial. La mayor parte de los resistentes parecían creer que tenían que estar muertas: ya fuese devoradas por los caimanes o las serpientes anacondas, ya picadas por serpientes o insectos venenosos. La idea de que unas niñas tan pequeñas pudiesen haber hallado el camino hasta un lugar seguro les parecía algo totalmente inconcebible.

Y la mayor parte de los resistentes culpaban a Neci de esas muertes. Esto parecía satisfacer a Tate, pero a Akin no le importaba. Lo único que quería de Neci era que le dejase en paz. Y lo dejó en paz..., pero después de hacer circular la idea de que debía ser vigilado más de cerca. No era ella la única que creía esto, pero sí había sido la única en sugerir que lo mantuviesen apartado del pozo y del río, y que le colocasen un arnés y lo dejasen atado al exterior de las cabañas cuando todos estaban demasiado ocupados como para poderlo controlar.

Eso era algo que él no hubiera soportado: hubiera aguijoneado la cuerda o cadena con la que le hubiesen asegurado hasta que se hubiese podrido u oxidado y roto, y entonces se habría escapado, no montaña abajo, sino hacia arriba. Quizá, más arriba, no lo hubiesen hallado. Probablemente no habría logrado hacer todo el camino que le separaba de Lo: estaba demasiado lejos de su pueblo, y había demasiados poblados de resistentes por el camino, por lo que lo más probable era que lo hubiesen atrapado en cuanto hubiera bajado de las montañas. Pero nunca se hubiese quedado con una gente que lo atase.

Y no lo ataron; lo controlaban más que antes, pero parecía que los resistentes tenían tanta aversión a atar o encerrar a la gente como la pudiera tener él.

Finalmente, Neci se marchó con un grupo de miembros del equipo de recuperación que volvían a casa: hombres y mujeres con sus tesoros a cuestas. Se llevaron con ellos dos de las armas de fuego. Había habido discusiones, tanto entre los componentes del equipo recién llegados como de los salientes, acerca de la conveniencia de que Fénix empezara a fabricar armas de fuego. Tate estaba en contra, y Yori se oponía de un modo tan obsesivo que amenazó con marcharse a otro poblado de resistentes. En cualquier caso, las armas serían fabricadas.

—Tenemos que protegernos —dijo Gabe—. Demasiados bandoleros tienen ya armas de fuego, y Fénix es un pueblo rico. Más pronto o más tarde decidirán que es más descansado robarnos a nosotros que tener que andar comerciando por esos caminos de Dios.

Una vez tomada la decisión, Tate durmió varias noches sola, o con Akin. A veces no dormía en toda la noche. Akin hubiera deseado poder consolarla, del mismo modo que Amma y Shkaht lo habían consolado a él. El sueño habría sido un verdadero regalo para ella, pero sólo se lo podría haber ofrecido con la ayuda de una compañera de camada, nacida de oankali.

—¿Es que los bandoleros van a empezar a atacaros, del mismo modo que nos atacan a nosotros?

—Probablemente.

—¿Y por qué no lo han hecho antes?

—Lo han hecho, esporádicamente..., tratando de robarnos metal o mujeres. Pero Fénix es una ciudad fuerte..., con mucha gente dispuesta a luchar por ella, caso de ser preciso. Hay asentamientos más pequeños, más débiles, que son huesos más fáciles de roer.

—Entonces no es tan mala idea tener armas de niego, ¿no?

Trató de observarlo en la oscuridad. No podía verlo..., pese a que él la veía perfectamente.

—¿Eso crees?

—No lo sé. Me cae muy bien un montón de gente de Fénix. Y recuerdo lo que le hicieron a Tino los bandoleros. No tenían por qué hacerlo, pero lo hicieron. Y, sin embargo, luego, cuando estuve con ellos, no parecían..., no sé. Durante la mayor parte del tiempo eran como la gente de Fénix.

—Probablemente eran de algún lugar parecido a Fénix..., algún pueblo o poblado. Se hartaron de una existencia aburrida desprovista de objetivos, y eligieron otra.

—¿Desprovista de objetivos porque los resistentes no pueden tener hijos?

—Así es. Eso significa mucho más de lo que jamás lograré explicarte. No nos hacemos viejos, no tenemos hijos, y nada de lo que hacemos vale una maldita mierda.

—¿Qué representaría... el que tuvieseis un chico como yo?

—Tenemos un chico como tú: tú.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Duérmete, Akin.

—¿Por qué les tienes miedo a las armas de fuego?

—Porque hacen que el matar sea una cosa demasiado fácil. Demasiado impersonal. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí. Si dices algo que no entiendo, ya te lo preguntaré.

—Cuando las tengamos, nos mataremos entre nosotros aún más de lo que ya lo estamos haciendo. Y aprenderemos a hacer más y mejores armas. Algún día, nos meteremos con los oankali, y eso será nuestro fin.

—Lo sería. ¿Y qué es lo que, en cambio, querrías que sucediera?

Silencio.

—¿Lo sabes?

—Que no nos llegase la extinción —susurró ella—. Que de ningún modo nos llegase la extinción. Mientras estemos vivos, tenemos esperanzas.

Akin frunció el ceño, tratando de comprender.

—Si tuvieras niños a la manera antigua, en la forma de antes de la guerra, si tuvieras hijos con Gabe..., ¿seguirías creyendo que os vais a extinguir?

—Al contrario, entonces creería que ya no íbamos a extinguirnos: nuestros hijos serían humanos como nosotros.

—Yo soy humano como tú..., y oankali, como Ahajas y Dichaan.

—No lo entiendes.

—Lo estoy intentando.

—¿De veras? —Ella le acarició la cara—. ¿Por qué?

—Necesito hacerlo, es parte de mí. También a mí me concierne.

—La verdad es que no.

De repente, se sintió irritado. Odiaba su suave condescendencia.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Para qué estás tú aquí? Si no me concerniese, tú y Gabe estaríais abajo, en Fénix. Y yo estaría de vuelta en Lo. Los oankali y los humanos han hecho lo que antes hacían los machos y las hembras humanos, Y me han hecho a mí, y han hecho a Amma y Shkaht..., ¡y están tan poco extintos como lo estaríais vosotros si tú tuvieras hijos con Gabe!

Ella se giró un poco..., dándole la espalda tanto como podía hacerlo en una hamaca.

—Duérmete, Akin.

Pero no se durmió. Era su turno de quedarse despierto, pensando. Comprendía más de lo que ella pensaba. Recordaba su discusión con Amma y Shkaht acerca de que a los humanos se les debía permitir tener su propio grupo Akjai..., su propio seguro contra un desastre y la auténtica extinción. ¿Por qué aquello tenía que ser tan difícil? Según Lilith, había extensiones de tierras rodeadas por tremendas cantidades de agua. Podía aislarse a los humanos y devolvérseles la habilidad de reproducirse a su manera. Pero, entonces, ¿qué pasaría cuando los construidos se dispersasen por las estrellas, dejando la Tierra convertida en una despojada ruina? Las esperanzas de Tate eran vanas.

¿O no lo eran?

¿Quién estaba hablando, entre los oankali, en nombre de los intereses de los humanos resistentes? ¿Quién había considerado seriamente que quizá no fuese bastante el dejar que los humanos eligiesen entre la unión con los oankali o unas vidas estériles, en libertad de los oankali? Los humanos de los poblados comerciales lo decían, pero estaban tan tarados, eran tan contradictorios genéticamente, que a menudo no se les escuchaba.

Él no tenía su tara. Él había sido elaborado dentro del cuerpo de un ooloi. Él era lo bastante oankali como para ser escuchado por otros oankali, y lo bastante humano como para saber que los humanos resistentes estaban siendo tratados con crueldad y condescendencia.

Y, no obstante, no había sido *capaz* de hacer que Amma y Shkaht le comprendiesen. Y él mismo aún no sabía lo bastante. Aquellos resistentes tenían que ayudarle a aprender más.

20

Akin estuvo con la gente de Fénix durante casi un año. Pasó la mayor parte de este tiempo en las colinas, viendo las operaciones de rescate y tomando parte en ellas cuando el equipo encargado le dejaba. Uno de los hombres lo puso a limpiar pequeños artículos decorativos: joyería, botellitas, jarras, cubertería. Sabía que en realidad le habían dado este trabajo para sacárselo de en medio, pero le gustaba. Lo probaba todo antes y después de limpiarlo. A menudo hallaba restos humanos, protegidos dentro de recipientes: trozos de piel, cabellos, uñas. De algunos de ellos recuperaba tramas genéticas perdidas, que los ooloi podrían recrear si necesitaban la diversidad genética humana. Sólo un ooloi podía decirle lo que era útil y lo que no. Él lo memorizaba todo para, algún día, dárselo a Nikanj.

En una ocasión Sabina lo encontró probando el interior de una botellita pequeña. Trató de quitarle la botella de un manotazo pero, afortunadamente, él pudo fintar y retirar los delgados filamentos de búsqueda de su lengua antes de que ella los rompiese. Sabina debería haberse ido de vuelta a Fénix cuando su grupo se marchó: había hecho su parte de lo que ella llamaba remover la tierra; pero se había quedado. Akin creía que se había quedado por él. No había olvidado que ella había estado dispuesta a tomar parte en la amputación de los tentáculos de Amina y Shkaht. Pero parecía más lista que Neci, más capacitada, más dispuesta a aprender.

—¿Cómo se llamaba esta cosa? —le preguntó, cuando ya no hubo posibilidad de que le hiciese daño.

—Era una botella de perfume. No te la metas en la boca.

—¿Ibas a alguna parte? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Es que, si tienes tiempo, te explicaré por qué me llevo las cosas a la boca.

—Todos los niños pequeños se llevan las cosas a la boca..., y de vez en cuando se envenenan.

—Yo *debo* ponerme las cosas en la boca, si es que quiero comprenderlas. Y debo tratar de comprenderlas. Si no lo intentase, sería como tener ojos y manos y estar siempre vendado y maniatado. Me haría volverme... loco.

—¡Oh, pero...!

—Y ya soy demasiado mayor para envenenarme yo mismo. Podría beberme el líquido que antes hubo en esta botella sin que me ocurriese nada. Pasaría a través de mí rápidamente, apenas sin cambiar, porque no es muy peligroso. Si fuera muy peligroso, o bien mi cuerpo cambiaría su estructura y lo neutralizaría, o... lo sellaría dentro de una especie de botella cerrada de carne y lo expulsaría. ¿Entiendes?

—Com...comprendo lo que dices, pero no estoy segura de creerte.

—Es importante que lo entiendas; tú, sobre todo...

—¿Por qué?

—Porque, justo ahora, estuviste a punto de hacerme muchísimo daño. Podrías haberme dañado mucho más de lo que podría dañarme ningún veneno. Y podrías haberme hecho aguijonearte. Y, si yo hiciese tal cosa, morirías..., por eso es importante.

Sabina se apartó de él y su rostro cambió un poco.

—Siempre pareces tan normal, que a veces lo olvido.

—No lo olvides. Pero tampoco me odies: nunca he aguijoneado a nadie, y no quiero tener que hacerlo nunca.

Algo de la suspicacia abandonó los ojos de ella.

—Ayúdame a aprender —dijo Akin—. Quiero conocer mejor mi parte humana.

—¿Qué es lo que te puedo enseñar?

Sonrió.

—Dime por qué los niños humanos se ponían cosas en la boca. Nunca lo he sabido.

21

Hizo de todos ellos sus maestros. Sólo a Tate le explicó lo que intentaba conseguir. Cuando ella le hubo escuchado, le miró y agitó tristemente la cabeza.

—Adelante —dijo—: aprende todo lo que puedas acerca de nosotros. Eso no te puede hacer ningún daño. Pero creo que luego verás que también tienes algunas cosas que aprender aún de los oankali.

Esto le preocupó; ningún otro resistente podría haberle hecho preocuparse respecto a los oankali. Pero Tate casi era pariente suya: si se hubiese quedado con Kahguyaht y sus familiares, hubieran sido parientes de ooloi. Y, ahora, casi la notaba como de la familia. Se fiaba de ella y, no obstante, no podía abandonar su propia convicción de que, algún día, él podría hablar en nombre de los resistentes.

—¿Debo decirles que tiene que haber humanos Akjai? —le preguntó—. ¿Estaríais dispuestos *a* empezar de nuevo, aislados en algún lugar lejano de aquí?

¡No podía imaginar dónde, pero tenía que ser *en algún sitio!*

—Si fuera un lugar en el que pudiésemos vivir, y si pudiésemos tener hijos... —Inspiró profundamente y se humedeció los labios—. Haríamos cualquier cosa por conseguir eso. ¡Cualquier cosa!

Había en ella una intensidad que jamás antes había escuchado en su voz. Y también había algo más... Frunció el ceño.

—¿Irías tú?

Ella había venido a verle cepillar un pedazo de brillante mosaico: un cuadrado de brillantes pedacitos de cristal coloreado, unidos para formar una flor roja sobre un fondo azul.

—Eso es muy hermoso —dijo suavemente Tate—. Hubo un momento en que hubiese creído que era una baratija de mal gusto. Ahora, es hermoso.

—¿Irías? —le preguntó él de nuevo.

Ella se dio la vuelta y se alejó.

22

Gabe lo apartó de sus pruebas y su limpieza por un tiempo, llevándoselo más arriba de las colinas, desde donde podían verse con claridad las grandes montañas en la distancia. Una de ellas humeaba y lanzaba vapor al cielo azul y, de algún modo, era realmente hermosa: un camino hasta las profundidades de la Tierra. Un pulmón. Una especie de unión en donde se juntaban los segmentos de la corteza de la Tierra. Akin podía mirar al enorme volcán y comprender un poco mejor cómo funcionaba el planeta..., cómo seguiría funcionando, hasta que fuera hecho pedazos y repartido entre los grupos Dinso, a la partida de éstos.

Akin eligió las plantas comestibles que creyó que le sabrían mejor a Gabe y se las mostró. A cambio, Gabe le habló de un lugar llamado Nueva York, y de lo que había representado crecer allí. Gabe habló más de lo que jamás lo había hecho: habló acerca de actuar en un teatro, que fue algo que, al principio, Akin no logró entender en absoluto.

Gabe había sido actor. La gente le daba dinero y cosas para que él fingiese ser otro..., para que tomase parte en representar una historia que alguien se había inventado.

—¿Es que tu madre no te contaba cuentos? —le preguntó a Akin.

—Me contaba historias, pero eran ciertas.

—¿Y nunca te habló de los tres cerditos?

—¿Qué es un cerdito?

Gabe pareció primero irritado y luego resignado.

—A veces no me acuerdo de cómo son ahora las cosas —dijo—. Un cerdo no es otra cosa que uno de tantos animales extintos. Olvídalo.

Esa noche, en un pequeño y semiderruido refugio de piedra, ante un fuego de acampada, Gabe se convirtió para Akin en otra persona: se transformó en un viejo. Akin jamás había visto a un viejo: la mayor parte de los humanos ancianos que habían sobrevivido a la guerra habían sido mantenidos en la nave, y los más viejos ya estaban muertos. Los oankali no habían sido capaces de alargar sus vidas más allá de unos pocos años, pero los habían mantenido saludables y libres de dolores durante tanto tiempo como les había sido posible.

Gabe se convirtió en un viejo. Su voz se hizo más pesada, más gruesa; su cuerpo también pareció más pesado, y dolorosamente cansado, doblado, pero sin embargo difícil de doblegar. Era un hombre al que sus hijas le habían traicionado. Estaba cuerdo, pero al mismo tiempo estaba loco. Era aterrador: era otra persona totalmente distinta. Akin sentía ganas de echar a correr y perderse en la oscuridad.

Y, no obstante, se quedó allí, alelado. No podía entender mucho de lo que decía Gabe, aunque parecía hablar en inglés. Y, sin embargo, creía sentir lo que Gabe deseaba que sintiese: sorpresa, ira, traición, absoluto desconcierto, desesperación, locura...

Acabó la representación, y Gabe volvió a ser Gabe de nuevo. Alzó el

rostro hacia el cielo y se echó a reír a carcajadas.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡*El Rey Lear* para un niño de tres años! ¡Maldita sea! De todos modos me he sentido bien..., hacía tanto tiempo. No sabía que recordase todo esto.

—¿Y no haces esto para la gente de Fénix? —preguntó tímidamente Akin.

—No. Nunca lo he hecho. No me preguntes por qué. No lo sé. Ahora trabajo la tierra o el metal. Y desentierro baratijas del pasado y se las entrego a gente que las puede usar ahora. Eso es lo que hago.

—Me ha gustado la actuación. Al principio me asustó, y no podía entender la mayor parte de lo que decías, pero..., es como lo que nosotros hacemos, los construidos y los oankali. Es como cuando nos tocamos los unos a los otros y hablamos con sentimientos y presiones. A veces tienes que recordar una sensación que no has tenido en largo tiempo y traerla al presente, para poder transmitírsela a alguien, o usar un sentimiento que tienes acerca de una cosa, para ayudarle a alguien a comprender algo.

—¿Hacéis eso?

—Sí. No lo podemos hacer muy bien con los humanos. Los ooloi sí pueden, pero los machos y hembras no.

—Aja. —Suspiró y se tendió de espaldas. Habían limpiado un poco la vegetación y los escombros del suelo de piedra del refugio, para así poder arroparse con sus mantas y estar confortablemente echados.

—¿Qué sitio era éste? —preguntó Akin, mirando hacia arriba, a las estrellas, a través del hueco de donde debiera haber estado el techo. Únicamente un repecho que sobresalía de la colina, por encima, les ofrecería alguna protección, si se ponía a llover aquella noche.

—No sé —reconoció Gabe—. Pudo haber sido la casa de algún campesino. Aunque sospecho que es realmente antigua; pienso que es una vieja edificación india. Tal vez de los incas o algún otro pueblo relacionado con ellos.

—¿Quiénes eran ésos?

—Una gente bajita y muy morena. Probablemente se debían parecer a los padres de Tino. Quizá un poco a ti. Estuvieron aquí durante millares de años, antes de que llegase gente más parecida a mí..., o a Tate.

—Tú y Tate no os parecéis.

—No. Pero ambos descendemos de europeos. Los indios descendían de asiáticos. En los incas era en quien se pensaba siempre, cuando se hablaba de los indios de esta parte del mundo, pero había un montón de grupos distintos. A decir verdad, no creo que nos hayamos metido aún lo bastante dentro de las montañas como para ver ruinas incas. Y, sin embargo, éste es un lugar infernalmente viejo. —Una sonrisa asomó a su boca—. Viejo y humano.

Caminaron durante muchos días, explorando, hallando otros edificios convertidos en ruinas, describiendo un gran círculo que les llevó de regreso

al campamento de rescate. Akin jamás le preguntó a Gabe por qué lo había llevado consigo en el largo viaje, y Gabe jamás le ofreció explicación alguna. Parecía complacido de que Akin insistiese en caminar la mayor parte del tiempo y de que, habitualmente, pudiese mantener el paso. Probaba, de buena gana, a comer las plantas que le indicaba Akin, y algunas le gustaron lo bastante como para llevárselas con él como plantitas, semillas, esquejes o bulbos. También era Akin quien le aconsejaba en ello.

—¿Qué puedo llevarme de esto, para que luego crezca? —le preguntaba Gabe. No podía ni imaginar lo mucho que esto complacía a Akin. Lo que estaban haciendo Gabe y él era lo que los oankali hacían siempre: recolectar vida; viajar y recolectar vida, e integrar esa nueva vida en sus naves, en su ya vasta colección de seres vivos, y en sí mismos.

Estudiaba cada planta muy cuidadosamente, diciéndole a Gabe exactamente lo que debía hacer para mantener viva la planta. Automáticamente, guardaba dentro de sí un recuerdo de las tramas genéticas o unas pocas células durmientes de cada muestra. A partir de eso, un ooloi podría recrear copias de los organismos vivos. A los ooloi les gustaba tener de cada especie o bien algunas células, o grabaciones de varios individuos de la misma. En lo que a los humanos se refería, Akin se preocupaba de que Gabe tomase semillas, cuando las había. Las semillas podían ser llevadas dentro de una hoja, o en un trozo de ropa atada con una brizna de hierba. Y crecerían, de eso se ocuparía Akin. Incluso sin la ayuda de un ooloi, podía probar una semilla y leer cuáles eran sus necesidades. Y, si se le suministraba lo que necesitaba, la semilla prosperaría.

—No recuerdo haberte visto antes tan feliz —le dijo Gabe de pronto, cuando ya se acercaban al campamento de rescate.

Akin le sonrió, pero no dijo nada. A Gabe no le gustaría saber que estaba recolectando información para Nikanj. Y le bastaba con saber que había complacido mucho a Akin.

Gabe no le devolvió la sonrisa, pero sólo porque hizo un esfuerzo por evitarlo.

Cuando llegaron al campamento, unos pocos días después, Gabe se encontró con Tate sin aparentar nada de la extraña ansiedad que, tan a menudo, había mostrado en otras ocasiones, cuando había tenido que pasar un tiempo sin verle.

23

Diez días después del regreso de Akin y Gabe llegó un nuevo equipo de recuperación, para cumplir con su período de servicio en la excavación. Mientras aún estaban los dos equipos en el poblado, aparecieron los oankali.

No los vieron. No sonó la alarma entre los humanos. Akin estaba ocupado, cepillando un pequeño y muy adornado vaso de cristal, cuando captó el aroma de oankali.

Depositó el vaso, cuidadosamente, en una caja de madera forrada de tela que era usada para los hallazgos especialmente delicados, especialmente hermosos. Akin jamás había roto una de estas piezas; no había razón ninguna para romper una ahora.

¿Qué debía hacer? Si los humanos descubrían a los oankali, quizás hubiera lucha. ¡Y los humanos podían provocar en los oankali, con tanta facilidad, el letal reflejo del aguijoneado! ¿Que debía hacer?

Divisó a Tate y la llamó. Estaba excavando muy cuidadosamente alrededor de algo grande y, al parecer, delicado. Lo estaba poniendo al descubierto con lo que parecía ser un largo y estrecho cuchillo y un cepillo hecho de ramitas. No le hizo caso.

Fue hasta ella con rapidez, contento de que no hubiera nadie por allá que pudiera oírle.

—Tengo que irme —le susurró—. Están aquí.

Ella casi se clavó el cuchillo.

—¿Dónde?

—Por allí. —Miró hacia el este, pero no señaló.

—Naturalmente.

—Llévame hasta allí. La gente se extrañará si me voy solo tan lejos del campamento.

—¿Yo? ¡No!

—Si no lo haces, alguien puede morir.

—Si lo hago, puedo morir yo.

—Tate.

Lo miró.

—Sabes que no te van a hacer daño. Lo sabes. Ayúdame. Es a tu gente a la que estoy tratando de salvar.

Ella le lanzó una mirada tan hostil que él se echó hacia atrás, tambaleante. Bruscamente ella lo agarró, lo alzó en brazos y comenzó a caminar hacia el este.

—Déjame en el suelo —dijo él—. Caminaré.

—¡Cállate! —le espetó ella—. Limítate a decirme cuándo me esté acercando a ellos.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que ella estaba aterrorizada. No podía tener miedo a morir, conocía demasiado bien a los oankali como para temer esto. Entonces, ¿qué era?

—Lo siento —susurró—. Eres a la única que me he atrevido a pedírselo. No pasará nada.

Ella inspiró profundamente y lo dejó en el suelo, dándole la mano.

—Sí pasará algo —dijo—. Pero no es culpa tuya.

Cruzaron una cima y quedaron ocultos del campamento. Allá esperaban varios oankali y dos humanos. Uno de los humanos era Lilith. El otro..., parecía Tino.

—¡Oh, por Jesús Santísimo! —susurró Tate cuando vio a los oankali. Se quedó helada. A Akin le pareció que sentía deseos de darse la vuelta y echar a correr, pero, de algún modo, consiguió no moverse. Akin deseaba ir con su familia, pero también él se quedó muy quieto. No quería dejar a Tate sola y aterrada.

Lilith vino hasta él. Se movió con tal rapidez que no tuvo tiempo de reaccionar antes de que ella estuviera allí, inclinándose, alzándolo en el aire, abrazándolo tan fuerte que le hizo daño.

Su madre no pronunció ni un sonido; dejó que le probase el cuello y sintiese la absoluta seguridad de una piel tan familiar como la suya propia.

—¡He estado *tanto tiempo* esperándote! —susurró él por fin.

—Te he estado buscando tanto tiempo —dijo ella, con una voz que no sonaba en nada como la suya habitual. Le besó en la cara, le revolvió el cabello y, finalmente, lo alzó al extremo de sus brazos—. Tres años ya. Tan grandote. No dejaba de pensar que ya no me ibas a recordar..., pero sabía que sí lo harías. Lo sabía.

Él rió ante la idea imposible de que la olvidara, y la miró para ver si estaba llorando. No lo estaba; lo estaba examinando: sus brazos y manos, sus piernas...

Un grito les hizo alzar la vista a ambos. Tate y el otro humano estaban frente a frente: el sonido había sido el chillido de Tate llamando a Tino.

Éste le sonreía, incierto. No habló hasta que ella le tomó por los brazos y le dijo:

—¿Es que no me reconoces, Tino? ¿Tino?

Akin miró la expresión de Tino y supo por qué no la reconocía: estaba vivo, pero le pasaba algo.

—Lo siento —dijo Tino—. Sufrí una herida en la cabeza. Recuerdo mucho de mi pasado, pero..., algunas cosas aún están volviendo.

Tate miró a Lilith. Ésta le devolvió la mirada sin señales de amistad.

—Trataron de matarlo cuando se llevaron a Akin —explicó—. Le dieron un golpe y le partieron el cráneo de un modo tan salvaje, que estuvo a punto de morir.

—Akin nos dijo que había muerto.

—Tenía buenos motivos para creerlo. —Hizo una pausa—. ¿Valía la pena que él perdiese la vida para que tú tuvieses a mi hijo?

—Ella no fue la que lo hizo —intervino rápidamente Akin—. Ella es mi amiga. La gente que me secuestró trató de venderme en un montón de sitios antes de..., antes de que Fénix desease comprarme.

—La mayoría de los hombres que lo secuestraron están muertos —dijo Tate—. Y el superviviente está paralítico. Hubo una lucha...

Lanzó una mirada a Tino.

—Lo creáis o no, tú y Tino habéis sido vengados.

Los oankali comenzaron a comunicarse en silencio cuando oyeron esto. Akin pudo ver a sus padres oankali entre ellos, y sintió deseos de ir con ellos, pero también quería ir con Tino, quería hacer que el hombre le recordase, quería hacer que volviese a sonar como Tino.

—¿Tate...? —dijo Tino, mirándola—. ¿Eres... eres...?

—Soy yo —respondió ella en seguida—. Tate Rinaldi. Pasaste la mitad de tus años mozos en mi casa. Tate y Gabe, ¿te acuerdas?

—Algo... —Pensó por unos instantes—. Tú me ayudaste. Yo iba a marcharme de Fénix y tú me dijiste..., tú me explicaste cómo llegar a Lo.

Lilith pareció sorprendida.

—¿Eso hiciste? —le preguntó a Tate.

—Pensé que estaría a salvo en Lo.

—Debería de haberlo estado. —Lilith inspiró profundamente—. Ésa fue la primera incursión que sufríamos en muchos años. Nos habíamos descuidado.

Ahajas, Dichaan y Nikanj se separaron de los otros oankali y se acercaron al grupo humano. Akin no podía esperar más. Tendió las manos hacia Dichaan, y éste lo alzó en brazos y lo tuvo agarrado durante unos minutos de felicidad, alegría y reencuentro. No supo lo que decían los humanos, mientras él y Dichaan estaban unidos por tantos de los tentáculos sensoriales de Dichaan como eran capaces de alcanzarle y por la propia lengua de Akin. Éste se enteró de cómo Dichaan había hallado a Tino y luchado por mantenerlo vivo y cómo, al volver a casa, había descubierto que la hija de Ahajas estaba a punto de nacer. La familia no podía ir a buscarle, pero otros lo habían hecho..., al principio.

—¿Fui dejado entre ellos tanto tiempo para que pudiera estudiarlos? —preguntó Akin en silencio.

Dichaan hizo resonar sus tentáculos libres, incómodo.

—Hubo un consenso —dijo—. Todo el mundo pensó que era lo más adecuado. Todos menos nosotros. Nunca antes habíamos estado tan solos. A los otros les sorprendió que no aceptásemos la voluntad general, pero eran ellos los que estaban equivocados. ¡Estaban equivocados hasta en su mismo deseo de querer arriesgarte!

—¿Y mi compañera de camada?

Silencio. Tristeza.

—Te recuerda como algo que estaba, y que luego ya no estaba. Nikanj te mantuvo durante un tiempo en sus pensamientos, y el resto de nosotros te buscamos. Tan pronto como la pudimos dejar, nos pusimos a buscarte. Hasta ahora, nadie más nos ayudó.

—¿Y por qué ahora sí? —preguntó Akin.

—La gente cree que ya has aprendido bastante. Y saben que te han privado de tu compañera de camada.

—Es… demasiado tarde para el conexionado. —Sabía que lo era.

—Sí.

—Aquí hubo un par de compañeras de camada construidas.

—Lo sabemos. Están bien.

—Vi lo que tenían, lo que representaba para ellas. —Hizo un momento de pausa, recordando, ansiando—. Yo nunca tendré eso.

Sin darse cuenta, había empezado a llorar.

—Eka, tendrás algo muy similar cuando te aparees. Mientras tanto, nos tienes a nosotros. —A Dichaan no había que decirle lo poco que era esto. Pasarían largos años antes de que Akin fuera lo bastante mayor como para aparearse. Y el conexionarse con los padres no era lo mismo que hacerlo con un compañero de camada cercano. Nada con lo que había estado en contacto era tan dulce como ese conexionado.

Dichaan se lo pasó a Nikanj y éste le sacó, entre caricias, toda la información que había descubierto acerca de plantas y animales, acerca del pozo de excavación.

Esto podía serle pasado a gran velocidad al ooloi. Era trabajo de éste absorber y asimilar la información que los otros habían reunido. Ellos comparaban las formas de vida familiares con lo que antes habían sido o debían llegar a ser. Ellos detectaban cambios y hallaban nuevas formas de vida que podían ser comprendidas, montadas y usadas, a medida que eran necesitadas. Los machos y las hembras iban al ooloi con sus capturas de información biológica; el ooloi tomaba esa información y, a cambio, les daba un intenso placer. El dar y el tomar eran un único acto.

Akin había experimentado versiones más suaves de este intercambio con Nikanj durante toda su vida, pero esta experiencia le demostró que, hasta ahora, no había sabido nada de lo que un ooloi podía tomar y dar. Unido a Nikanj, se olvidó por un tiempo del dolor de que le hubiera sido negada la unión con su compañera de camada.

Cuando fue capaz de pensar de nuevo, comprendió por qué la gente atesoraba a los ooloi. Los machos y hembras no recolectaban información únicamente por complacer al ooloi y lograr de él placer; la recolectaban porque sentían que era algo necesario y les complacía hacerlo.

Pero, aun así, sabían que, en algún momento, un ooloi debía tomar la información y coordinarla, para que así el pueblo pudiera usarla. En cierto momento, un ooloi debía darles la sensación que sólo un ooloi podía dar.

Incluso los humanos eran vulnerables a esta tentación. No podían, deliberadamente, recoger el tipo de información biológica específica que deseaban los ooloi, pero podían compartir con ellos todo lo que recientemente habían comido, respirado o absorbido a través de su piel. Podían compartir cualquier cambio que se hubiera producido en sus cuerpos, desde la última vez que habían tenido contacto con el ooloi. Ellos no sabían lo que le daban al ooloi, pero sí sabían lo que el ooloi les daba a ellos. Akin sabía lo que le estaba dando a Nikanj. Y, por primera vez, comenzó a comprender lo que un ooloi le podía dar a él. No podía tomar el lugar de una cercanía continua, como la que tenían Amma y Shkaht, nada podía sustituir a eso; pero aquello era mejor que cualquier otra cosa que hubiera conocido. Era un alivio del dolor de ahora, y el adelanto de la curación para un distante futuro como adulto.

Algo después, Akin volvió a darse cuenta de la existencia de los tres humanos. Estaban sentados en el suelo, hablando entre ellos. En la ladera de la colina que les ocultaba del campamento, a sus espaldas, estaba Gabe. Aparentemente, ninguno de los humanos lo había visto aún, pero todos los oankali debían de haberse dado cuenta de su presencia. Estaba en pie, mirando a Tate, sin duda enfocando la vista en su dorado cabello.

—No digas nada —le advirtió Nikanj en silencio—. Déjalos hablar.

—Es el compañero de ella —susurró vocalmente Akin—. Tiene miedo de que ella se venga con nosotros y lo deje solo.

—Sí.

—Déjame ir a buscarlo.

—No, Eka.

—Es un amigo. Me llevó de viaje por las colinas. Fue gracias a él que he podido recoger tanta información que darte.

—Es un resistente. No le voy a dar la posibilidad de usarte como rehén. No te das cuenta de lo valioso que eres.

—Él no lo haría.

—¿Y si se limitase a tomarte en brazos, ir al otro lado de la colina y llamar a sus amigos? En ese campamento hay armas de fuego, ¿no?

Silencio. Gabe podía hacer algo así, si pensaba que iba a perder tanto a Akin como a Tate. Podía. Del mismo modo que el padre de Tino había reunido a sus amigos y matado a tanta gente, a pesar de que sabía que nada de lo que hiciera le devolvería la vida al hijo que creía muerto, o ni siquiera lo vengaría adecuadamente.

—¡Ven con nosotros! —estaba diciendo Lilith—. ¿Te gustan los niños? ¡Ten algunos, tuyos propios! ¡Enséñales todo lo que sabes acerca de cómo era antes la Tierra!

—Eso no es lo que acostumbrabas a decir antes —contestó suavemente Tate.

Lilith asintió con la cabeza.

—Yo antes acostumbraba a pensar que vosotros, los resistentes,

hallaríais una respuesta. Confiaba en que lo lograríais. Pero, ¡Cristo!, vuestra única respuesta ha sido robarnos los hijos a nosotros. Los mismos hijos que vosotros no os rebajáis a tener. ¿De qué sirve esto?

—Pensamos..., creímos que ellos podrían tener niños, sin necesidad de un ooloi.

Lilith inspiró profundamente.

—Nadie puede tenerlos sin los ooloi. Ellos se han cuidado muy bien de esto.

—No puedo volver con ellos.

—No es malo —le dijo Tino—. No es lo que pensaba.

—¡Sé exactamente lo que es! Sé perfectamente lo que es... Como también lo sabe Gabe. Y no creo que nada de lo que yo pueda decirle sea capaz de hacer que pase de nuevo por aquello.

—Llámalo —le dijo Lilith—. Está ahí en la colina.

Tate alzó la vista, vio a Gabe y se puso en pie.

—Tengo que irme.

—¡Tate! —dijo con urgencia Lilith.

Tate volvió a mirarla.

—Tráelo con nosotros. Hablemos. ¿Qué daño puede hacer esto?

Pero Tate no quería hacerlo. Akin veía que no iba a hacerlo.

—Tate —llamó Akin.

Ella le miró, luego apartó rápidamente la mirada.

—Haré lo que te he dicho que haría —exclamó él—. Yo no olvido las cosas.

Ella se le acercó y lo besó. El que Nikanj aún lo estuviera sosteniendo en brazos no pareció preocuparla.

—Si lo deseas —le dijo Nikanj—, mis padres vendrán de la nave. No han hallado otros compañeros humanos.

Ella miró a Nikanj, pero no habló. Caminó colina arriba, y fue más allá, sin siquiera detenerse para hablar con Gabe. Éste la siguió, y los dos desaparecieron al otro lado de la cima.

III

CHKAHICHDAHK

1

—El chico corretea demasiado por ahí —dijo Dichaan mientras estaba sentado, compartiendo una comida con Tino—. Y es demasiado pronto para que empiece la fase errante de su vida.

Tino comía un plato de judías con maíz, y tenía al lado un melón de dulce carne anaranjada, cortado a rodajas, así como platitos de plátano frito y nueces asadas. Estaba, pensó Dichaan, prestándole más atención a su comida que a lo que él le estaba diciendo.

—¡Tino, escúchame!

—Te oigo. —El hombre tragó y se lamió los labios—. Tiene ya veinte años, Chaan. Si no estuviera mostrando una cierta independencia, yo sería el que estaría preocupado.

—No. —Dichaan hizo resonar sus tentáculos—. Su apariencia humana te engaña. Sus veinte años son como... doce años humanos. Menos, en algunos aspectos. Aún no es fértil. No lo será hasta que no se haya completado su metamorfosis.

—¿Cuatro o cinco años más?

—Quizá. ¿A dónde va, Tino?

—No te lo diré. Me pidió que no lo hiciera.

Dichaan se enfocó fijamente en él.

—Nunca he querido seguirlo.

—No lo hagas. No está haciendo daño a nadie

—Yo soy su único familiar paterno del mismo sexo. Debería comprenderle mejor. Y no puedo, porque su herencia humana le impulsa a hacer cosas que yo no espero que haga.

—¿Qué es lo que estaría haciendo un veinteañero oankali?

—Desarrollando una afinidad por uno de los sexos. Comenzando a saber en qué se convertirá.

—Él lo sabe. No sabe qué aspecto tendrá, pero sabe que se convertirá en un macho.

—Sí.

—Bueno, un macho humano de veinte años, en un lugar como éste, estaría explorando, cazando, persiguiendo chicas y pavoneándose. Estaría tratando de demostrarle a todo el mundo que es un hombre, que ya no es un chico. Al menos, eso fue lo que yo hice a esa edad.

—Tal como tú dices, Akin aún es un crío.

—A pesar de su pequeño tamaño, al menos no tiene aspecto de serlo. Y probablemente no se sienta un crío. Y, sea fértil o no, lo cierto es que está jodidamente interesado en las chicas. Y a ellas no parece molestarles.

—Nikanj dijo que pasaría por una etapa de sexualidad casi humana.

Tino se echó a reír.

—Entonces, debe de ser ésta.

—Luego querrá un ooloi.

—Aja. Eso también lo entiendo.

Dichaan dudó. Había llegado a la pregunta que más deseaba hacer, y sabía que a Tino no le gustaría que la hiciese.

—¿Va con los resistentes, Tino? ¿Son ellos el motivo por el que anda errante?

Tino pareció sobresaltado, luego irritado.

—Si lo sabías..., ¿para qué lo has preguntado?

—No lo sabía, lo he supuesto. ¡Tiene que dejar de hacerlo!

—No.

—¡Podrían matarlo, Tino! ¡Se matan los unos a los otros con tanta facilidad!

—Lo conocen. Lo cuidan. Y no va muy lejos.

—¿Quieres decir que saben que es un hombre construido?

—Sí. Ha aprendido algunos de sus dialectos, pero no les ha ocultado su identidad. Su tamaño los desarma: piensan que nadie tan pequeño puede ser peligroso. Por otra parte, eso significa que ha tenido que pelearse varias veces, pues algunos tipos piensan que si es pequeño debe de ser débil y, si es débil, entonces es una presa fácil.

—Es demasiado valioso para esto, Tino. Nos está enseñando lo que puede ser un macho nacido de humana. Aún hay demasiado pocos como él, porque estamos demasiado inseguros como para poder llegar a un consenso...

—¡Entonces, aprended de él! ¡Dejadlo en paz y aprended!

—¿Aprender qué? ¿Que le gusta estar en compañía de los resistentes? ¿Que le gusta luchar?

—No le gusta luchar. Tuvo que decidirse a hacerlo para defenderse, nada más. Y, en cuanto a los resistentes, él dice que tiene que conocerlos, que comprenderlos. Dice que son parte de él.

—¿Qué es lo que aún le falta por aprender?

Tino envaró la espalda y miró a Dichaan.

—¿Acaso lo sabe todo acerca de los oankali?

—...No. —Dichaan dejó que sus tentáculos corporales y craneales colgasen inertes—. Lo siento. Los resistentes no parecen muy complejos..., excepto biológicamente.

—Y, sin embargo, resisten. Prefieren morir antes que venir aquí a vivir vidas fáciles y sin dolor, con vosotros.

Dichaan apartó su comida y enfocó un cono de tentáculos de su cabeza a Tino

—¿Está tu vida libre de dolor?

—A veces..., biológicamente hablando.

No le gustaba que Dichaan lo tocase. A Dichaan le había costado cierto tiempo descubrir que esto se debía no a que fuera oankali, sino a que era un macho. Tino daba la mano o incluso echaba el brazo por encima de los hombros de otros machos humanos, pero le desazonaba la masculinidad de Dichaan. Finalmente había ido a hablar con Lilith, para que le ayudase a comprender esto.

—Tú eres uno de los componentes de su matrimonio —le había dicho solemnemente ella—. Créeme, Dichaan, Tino jamás pensó que fuera a tener un cónyuge macho. Ya le costó bastante trabajo acostumbrarse a Nikanj.

Dichaan no veía que a Tino le hubiese resultado difícil acostumbrarse a Nikanj. La gente se acostumbraba muy deprisa a Nikanj. Y, en los largos e inolvidables apareamientos de grupo, Tino no parecía tener problemas con nadie..., pese a que, después de ellos, tendiese a evitar a Dichaan. En cambio, Lilith no evitaba a Ahajas.

Dichaan se alzó de su plataforma, dejó su ensalada y se acercó a Tino. Éste inició un gesto de retroceso, pero Dichaan lo tomó por los brazos.

—Déjame tratar de comprenderte, Chkah. ¿Cuántos hijos hemos tenido juntos? Estáte quieto.

Tino siguió sentado, inmóvil, y permitió que Dichaan le tocase con unos pocos tentáculos, largos y delgados, de la cabeza. Habían tenido seis hijos juntos: tres chicos de Ahajas y tres chicas de Lilith. El viejo esquema.

—Elegiste venir aquí —dijo Dichaan—, y has elegido quedarte. Estamos muy contentos de tenerte aquí: un padre humano para los chicos y un macho humano para equilibrar los apareamientos de grupo. Un socio, en todos los sentidos. ¿Por qué te hace daño el estar aquí?

—¿Y cómo podría no hacerme daño? —murmuró suavemente Tino—. ¿Y cómo puedes tú no saberlo? Soy un traidor a mi gente; todo lo que hago aquí constituye un acto de traición. Algún día mi gente ya no existirá, y yo habré ayudado a los que la habrán destruido. He traicionado a mis padres..., a todo el mundo. —Prácticamente, su voz se había desvanecido antes de que acabase de hablar. Le dolía el estómago, y estaba empezando a notar dolor de cabeza. A veces tenía unos dolores de cabeza criminales. Y no se lo decía a Nikanj: se iba y los sufría.

Si alguien lo hallaba, lo maldecía. No obstante, no luchaba para evitar que lo ayudasen, si lo intentaban.

Dichaan se acercó a la plataforma en la que estaba sentado. Penetró en la carne de la plataforma, o sea del ser llamado Lo, y le pidió que hiciera venir a Nikanj. Al ser le gustaba hacer este tipo de favores: Nikanj siempre le recompensaba con placer, cuando le pasaba un mensaje.

—Chkah, ¿siente Lilith algo como lo que tú sientes?

—¿Quieres decir que no sabes la respuesta a eso?

—Sé que, al principio, sí que lo sentía. Pero ella sabe que contamos

con los genes de los resistentes del mismo modo en que disponemos de cualquier otro gen humano. Sabe que no hay resistentes, vivos o muertos, que no sean ya padres de niños construidos. La diferencia entre los resistentes y ella, bueno, y también tú, es que vosotros habéis decidido actuar como padres.

—¿Realmente cree Lilith eso?

—Sí. ¿Tú no?

Tino miro hacia la lejanía, con la cabeza palpitando.

—Supongo que lo creo, pero no importa. Los resistentes no se han traicionado a sí mismos ni a su Humanidad. No os han ayudado a vosotros en lo que estáis haciendo. Quizá no puedan deteneros, pero al menos no os han ayudado.

—Si todos los humanos fueran como ellos, nuestros niños construidos serían mucho menos humanos, sin importar el aspecto que tuviesen. Sólo sabrían lo que nosotros les pudiésemos enseñar acerca de los humanos. ¿Sería eso mejor?

—Yo no dejo de decirme a mí mismo que no —le contestó Tino—. Y me digo a mí mismo que hay justificación en lo que estoy haciendo. Pero la mayor parte de las veces pienso que me estoy mintiendo a mí mismo. Yo quería niños. Y deseaba..., lo que me hace sentir Nikanj. Y, para conseguir lo que ansiaba, traicioné todo lo que en otro tiempo fui.

Dichaan retiró la comida de Tino de la plataforma y le dijo que se tendiese en ella. Tino se limitó a mirarle. Dichaan, molesto, hizo resonar los tentáculos de su cuerpo.

—Nikanj dice que prefieres soportar el dolor. Dice que necesitas hacerte sufrir, para así poder creer que tu pueblo está siendo vengado, y que tú has pagado la deuda que tienes con ellos.

—¡Y una mierda!

Nikanj llegó del exterior a través de una pared. Los miró a ambos y les lanzó un mal olor.

—Insiste en hacerse daño —le explicó Dichaan—. Me pregunto si no habrá convencido a Akin de que él se lo haga también.

—¡Akin hace lo que más le place! —exclamó Tino—. Comprende lo que yo siento mejor de lo que podáis hacerlo vosotros, pero no es lo que él siente. Él tiene sus propias ideas.

—Tú no eres parte de su cuerpo —le dijo Nikanj, empujándolo hacia atrás para que se recostase. Esta vez sí lo hizo—. Pero eres parte de sus pensamientos. Has hecho más de lo que podría haber hecho Lilith para convencerle de que los resistentes han sido tratados mal y traicionados.

—Los resistentes *han* sido tratados mal y traicionados —afirmó Tino—. Sin embargo, jamás le dije eso a Akin. No fue necesario, lo vio por sí mismo.

—Estás provocándote otra úlcera —le dijo Nikanj.

—¿Y qué?

—Quieres morir. Y, no obstante, quieres vivir. Amas a tus hijos y a tus padres, y ése es un terrible conflicto. Incluso nos amas a nosotros..., pero piensas que no deberías. —Se subió a la plataforma y se recostó junto a Tino. Dichaan tocó la plataforma con los tentáculos de la cabeza, animándola a crecer y a ensancharse para hacerle sitio. No se le necesitaba, pero quería saber de primera mano qué le pasaba a Tino.

—Recuerdo que Akin me habló de un humano que sangró hasta morir por una úlcera —le dijo a Nikanj—. Uno de los que lo secuestraron.

—Sí. Me dio la identidad del hombre y hallé al ooloi que lo había acondicionado y descubierto que tenía úlceras desde su adolescencia. El ooloi trató de retenerlo con él, por su propio bien, pero el hombre no quiso quedarse.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Tino.

—Joseph Tilden. Voy a hacerte dormir, Tino.

—No me importa —murmuró. Al cabo de un rato fue quedándose dormido.

—¿Cómo empezó todo? —le preguntó Nikanj a Dichaan.

—Le pregunté por las desapariciones de Akin.

—¡Ah! Tenías que habérselo preguntado a Lilith.

—Pensé que Tino sabría lo que pasaba.

—Lo sabe, y le preocupa mucho. Piensa que Akin es más leal a la Humanidad que él mismo. Y no comprende por qué Tino está tan obsesionado por los resistentes.

—No me había dado cuenta de que estuviese tan obsesionado —comentó Dichaan—. Debería haberme fijado.

—La gente le privó a Akin de la proximidad con su compañera de camada y, a cambio, le dio una obsesión compensadora. Él lo sabe.

—¿Y qué hará?

—Chkah, también es hijo tuyo..., ¿qué crees tú que hará?

—Tratar de salvarlos..., lo que queda de ellos, de sus muertes vacías e innecesarias. Pero, ¿cómo?

Nikanj no le contestó.

—Es imposible. No puede hacer nada.

—Quizá no, pero el problema lo tendrá ocupado hasta su metamorfosis. Entonces, espero que lo ocupen los otros sexos.

—¡Pero todo no puede limitarse a eso!

Nikanj alisó sus tentáculos corporales, divertido.

—Parece que cualquier cosa que tiene que ver con los humanos lleva en sí contradicciones. —Hizo una pausa—. Examina a Tino. ¡Dentro de él están trabajando tantas cosas juntas para mantenerlo en vida...! Dentro de sus células, las mitocondrias, que antes eran una forma de vida

independiente, han hallado un refugio; e intercambian su habilidad de sintetizar las proteínas y metabolizar las grasas por un lugar en el que vivir y reproducirse. También nosotros estamos ahora en sus células, y las células nos han aceptado. Un organismo oankali dentro de cada célula, dividiéndose con cada célula, extendiendo la vida, resistiendo a la enfermedad. Incluso antes de que llegásemos nosotros, ellos tenían bacterias viviendo en sus intestinos y protegiéndolos de otras bacterias que los matarían o harían enfermar. No podrían existir sin relaciones simbióticas con otros seres. Y, a pesar de ello, tales relaciones los aterran.

—Nika… —deliberadamente, Dichaan entrelazó sus tentáculos de la cabeza con los de Nikanj—. No somos como las mitocondrias o las bacterias benéficas, Nikanj, y ellos lo saben.

Silencio.

—No deberíais mentirles. Sería mejor no decirles nada

—No, no, lo sería. Cuando nos mantenemos callados, ellos suponen que es porque la verdad debe de ser terrible. Pienso que somos tan simbiontes como lo eran originalmente las mitocondrias: los humanos no podrían haber evolucionado hasta lo que son sin las mitocondrias…, quizá su Tierra sólo siguiese estando habitada por bacterias y algas. No sería muy interesante.

—¿Tino estará bien?

—No, pero yo me ocuparé de él.

—¿No puedes hacer nada para impedirle que se haga daño a sí mismo?

—Podría volver a hacerle olvidar parte de su pasado.

—¡No!

—Sabes que no lo haría. Incluso aunque no hubiera visto al hombre simple, vacío, que era antes de que le volviese la memoria, eso es algo que no haría nunca. No me gusta manejarlos de ese modo, pierden mucho de lo que yo valoro en ellos.

—Entonces, ¿qué es lo que harás? No puedes limitarte a irlo reparando hasta que acabe por dejarnos y, quizá, matarse.

—No nos dejará.

Con ello quería decir que no lo dejaría ir, no *podía* dejarlo ir. Los ooloi podían comportarse así, cuando hallaban a un humano por el que se sentían fuertemente atraídos. Así, por ejemplo, Nikanj no podía dejar marcharse a Lilith, por mucho que la dejase vagar por ahí.

—Y Akin, ¿estará bien?

—No lo sé.

Dichaan se soltó de Nikanj y se sentó, doblando sus piernas bajo él.

—Voy a apartarlo de los resistentes.

—¿Por qué?

—Más pronto o más tarde, uno de ellos lo matará. Desde que lo secuestraron les hemos confiscado las armas de fuego, pero siempre hacen más, y las nuevas siempre son más efectivas. Mayor alcance, mayor precisión, mayor seguridad para los humanos que las emplean... Los humanos son demasiado peligrosos. Y sólo son una parte de él: que aprenda qué más es.

Nikanj alzó sus tentáculos craneales, sobresaltado, pero no dijo nada. Si tenía algunos favoritos entre los niños, desde luego Akin se contaba entre ellos. No tenía hijos de su mismo sexo, y esto era una auténtica carencia. Akin era único y, cuando estaba en casa, pasaba buena parte de su tiempo con Nikanj. Pero Dichaan seguía siendo su padre del mismo sexo.

—No por mucho tiempo, Chkah —dijo suavemente Dichaan—. No lo mantendré apartado de ti por mucho tiempo. Y te traerá todos los cambios que halle en Chkahichdahk.

—Siempre me trae cosas —susurró Nikanj. Pareció relajarse, aceptando la decisión de Dichaan—. Da todos los rodeos que sean necesarios para hallar cosas nuevas que probar y traerme. ¡Y queda tan poco tiempo, hasta que se metamorfosee y comience a darles sus adquisiciones a sus cónyuges!

—Un año —comentó Dichaan—. Lo traeré de vuelta en sólo un año.

Se tendió de nuevo, para reconfortar a Nikanj, y no le sorprendió comprobar que, realmente, el ooloi necesitaba consuelo. Le había desconcertado el modo en que Tino castigaba su propio cuerpo, constantemente, con sus frustraciones y confusiones. Y ahora aún estaba más desconcertado: iba a perder un año de la niñez de Akin. Aun encontrándose en su propia casa, con su gran familia a su alrededor, se sentía cansado y solo.

Dichaan se unió al sistema nervioso del ooloi. Podía notar cómo su propio y profundo nexo familiar estimulaba el de Nikanj. Esos nexos se expandían y cambiaban a lo largo de los años, pero nunca se debilitaban. Y jamás dejaban de lograr capturar el más grande interés en Nikanj.

Luego, Dichaan le diría a Lo que mandase una señal a la nave, para que ésta enviase un transbordador. Más tarde, le diría a Akin que había llegado la hora de que aprendiese más cosas de la parte oankali de su herencia.

2

A veces, a Akin le parecía que su mundo estaba formado por apretados grupos de gente que lo trataban de modo amable o frío, según les parecía, pero que no podían dejarle entrar en sus filas, por mucho que él lo desease.

Podía recordar un tiempo en el que fundirse en otros le había parecido no sólo posible, sino inevitable..., cuando Tiikuchahk aún no había nacido, y él podía probarla y conocerla como su más próxima compañera de camada. Ahora, sin embargo, quizá porque no había podido conexionarse con ella, Tiikuchahk le resultaba uno de sus compañeros de camada menos interesantes. Y había pasado con ella tan poco tiempo como le había resultado posible.

Ahora, ella quería ir a Chkahichdahk con él.

—Que vaya ella, y déjame a mí aquí tranquilo —le había dicho a Dichaan.

—Ella también está sola —le había contestado Dichaan—. Ambos debéis aprender más acerca de lo que sois.

—Yo ya sé lo que soy.

—Sí. Tú eres mi hijo del mismo sexo, cercano ya a su metamorfosis.

Akin no había tenido respuesta para esto. Era hora para él de escuchar a Dichaan, de aprender de él, de prepararse para ser un macho maduro. Se sentía fuertemente inclinado a obedecerle.

Y, sin embargo, se perdió durante días por la selva, resistiéndose a esa inclinación y resintiéndola intensamente, cada vez que volvía a carcomerle.

Nadie fue tras él. Y nadie pareció sorprendido, cuando volvió a casa. El transbordador espacial había abierto, devorándolo, un nuevo claro en la selva, mientras le esperaba.

Se lo quedó mirando: era un gran objeto de cascarón verde..., él también era un macho, hasta el punto en que esos seres-nave podían ser de uno u otro sexo. Cada uno de ellos tenía la capacidad de convertirse en hembra. Pero, en tanto que recibiese del cuerpo de Chkahichdahk una sustancia de control, seguiría siendo pequeño y macho. Extendería el alcance de Chkahichdahk, investigando los planetas y satélites de los sistemas solares, trayendo de regreso información, suministros de minerales, vida. Llevaría pasajeros y trabajaría con ellos en las tareas de exploración. Y transbordaría a la gente, de ida y vuelta a la nave.

Akin nunca había estado dentro de un transbordador. No le sería permitido unirse al sistema nervioso de uno, hasta que fuese adulto.

También, cuando fuese un adulto, podría hablar por los resistentes. Ahora, su voz sería ignorada, no sería siquiera oída sin la amplificación que le pudiera facilitar uno de los adultos de su familia. Recordaba las historias que le contaba Nikanj sobre su propia juventud..., de tener razón, de saber que tenía la razón, y, sin embargo, ser ignorado por no ser un adulto. Durante esos años, Lilith se había sentido ocasionalmente dolida, porque la gente no escuchaba a Nikanj, a pesar de que éste sabía mejor que nadie lo

que había que hacer.

Akin no cometería el error de Nikanj, eso era algo que hacía mucho que había decidido. Pero, ahora..., ¿por qué habría pensado Dichaan en mandarlo a Chkahichdahk? ¿Era sólo para mantenerlo apartado de los peligros, o había alguna otra razón?

Se acercó más al transbordador, esperando entrar en él, pero deseando primero dar una vuelta a su alrededor, contemplarlo con los sentidos que compartía con los humanos.

Desde todos los ángulos parecía una alta colina, perfectamente simétrica. Una vez estuviese en el aire, se transformaría en una esfera.

Las placas de su cascarón, había tres capas de las mismas, se deslizarían y fijarían en nuevas posiciones, y ya nada podría entrar ni salir de él.

—Akin.

Miró a su alrededor, sin mover su cuerpo, y vio a Ahajas, que llegaba desde Lo. Todo el mundo hacía algún sonido cuando caminaba, pero Ahajas, más robusta y más alta que casi todos los demás, parecía flotar, con sus pies de dieciséis dedos pareciendo apenas tocar el suelo. Si no quería que la oyesen, nadie podía oírla. Las hembras debían de ser capaces de esconderse, si eso resultaba posible; o de luchar, si el ocultarse era imposible o no servía para nada. Nikanj le había explicado eso.

No vería a Nikanj en todo un año, quizá más...

Llegó hasta donde estaba Akin y, como era mucho más alta, se dobló frente a él en una posición sentada, en el modo en que los humanos acostumbraban a inclinarse o arrodillarse para hablar con él, cuando era más niño. Así, sus cabezas quedaban al mismo nivel.

—Quería verte antes de que te marcharas. Quizá ya no seas un niño cuando vuelvas.

—Lo seré. —Colocó su mano entre los tentáculos de la cabeza de ella, y los notó agarrarle y penetrar—. Aún me faltan muchos años para que cambie.

—Tu cuerpo puede cambiar más rápidamente de lo que imaginas. El estrés de tener que ajustarte a un nuevo medio ambiente puede hacer que las cosas vayan más deprisa. Deberías ver a todos, antes de irte.

—No quiero.

—Lo sé. No quieres irte, y por tanto no quieres despedirte. Ni siquiera has ido a ver a tus amigos resistentes.

Ella no los olía en Akin. A él le dejaba muy corrido el ver que tanto ella como otros sabían, por el olor, cuándo había estado con una mujer. Naturalmente se lavaba, pero aun así lo olían.

—Tendrías que haber ido a verlos. Puedes cambiar muchísimo durante tu metamorfosis. Y los humanos no aceptan eso con facilidad.

—¿Y Lilith?

—Eso ni tendrías que preguntarlo. A pesar de las cosas que dice, jamás la he visto rechazar a uno de sus hijos. Pero, ¿querrías irte sin haberla visto antes?

Silencio.

—Vamos, Eka —le soltó la mano y se puso en pie.

La siguió de vuelta al poblado, sintiéndose resentido y manipulado.

3

Montaron una fiesta al aire libre en su honor. La gente cesó en sus actividades y se reunió en el centro del poblado para despedirles a Tiikuchahk y a él. Tiikuchahk parecía disfrutar de la fiesta, pero Akin se limitó a soportarla. Margit, de la que se sabía que estaba al borde de su metamorfosis, vino a sentarse junto a él. Ella aún seguía siendo su compañera de camada favorita, pese a que pasaba mucho más tiempo con el compañero con el que estaba emparejada. Le tendió una mano gris, y él casi la tomó entre las suyas antes de darse cuenta de lo que le estaba enseñando. Siempre había tenido demasiados dedos para ser una nacida de humana: siete en cada mano. Pero la mano que ahora le tendía sólo tenía cinco largos, gráciles y grises dedos.

La miró, y luego tomó la mano ofrecida y la examinó. No había ni herida ni cicatrices.

—¿Cómo...? —preguntó.

—Me desperté esta mañana, y habían desaparecido. No quedaba nada más que las uñas y algo de piel arrugada, muerta.

—¿Y te ha dolido la mano?

—La notaba de maravilla, y así sigue. Estoy adormilada, pero eso es todo hasta el momento. —Dudó—. Eres el primero al que se lo digo.

Él la abrazó, y apenas pudo contenerse para no llorar.

—Ni siquiera te reconoceré cuando vuelva. Serás otra persona, probablemente apareada y preñada.

—Quizás esté apareada y preñada, pero me reconocerás..., ¡ya me cuidaré yo de ello!

Se limitó a mirarla. Todo el mundo cambiaba pero, irracionalmente, él no quería que ella cambiase.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tiikuchahk.

Akin no supo comprender por qué lo hacía, pero, tras mirar para comprobar que a Margit no le molestaba, le tomó la mano y se la enseñó a Tiikuchahk.

Ésta, que tenía un aspecto mucho más humano que Margit, a pesar de ser nacida de oankali, comenzó a llorar. Besó la mano, y la soltó con tristeza.

—¡Van a cambiar tanto las cosas mientras estemos lejos! —dijo, al tiempo que unas silenciosas lágrimas rodaban por su rostro gris—. Seremos unos extraños cuando regresemos.

Sus pocos y pequeños tentáculos sensoriales se apretaron en nudos contra su cuerpo, haciendo que se la viese del mismo modo en que se sentía Akin.

Entonces los otros quisieron saber qué era lo que iba mal, y Lilith se les acercó, con aspecto de saber lo que sucedía.

—¿Margit? —dijo, con voz suave.

Margit alzó las manos y sonrió.

—Ya lo imaginaba —le dijo Lilith—. Así pues, esta fiesta es ahora también por ti. Ven.

Se llevó a Margit, para enseñar el cambio a los demás.

Akin y Tiikuchahk se alzaron al unísono, sin hablar. A veces actuaban al mismo tiempo, del modo en que lo hacían los compañeros de camada emparejados, pero el fenómeno siempre los sobresaltaba y nunca les daba la tranquilidad que parecía darles a las parejas de compañeros de camada que se habían conexionado adecuadamente en su infancia. Ahora, sin embargo, se movieron juntos hacia Ayre, su hermana mayor. Ella era una construida adulta, la mayor de los construidos de Lo, y los había estado observando, con varios tentáculos enfocados, mientras permanecía sentada hablando con uno de los hijos, nacido de oankali, de Leah. Ella había nacido en Chkahichdahk, había sufrido su metamorfosis en la Tierra, se había apareado y tenido ya varios hijos. Ayre había sobrevivido a las cosas a las que ellos aún tenían que enfrentarse.

—Sentaos conmigo —dijo Ayre cuando llegaron a su lado—. Sentaos aquí.

Los colocó uno a cada lado de ella. Inmediatamente entrelazó sus largos tentáculos con los de Tiikuchahk. Hacía tiempo que Akin había descubierto que el poseer únicamente un solo tentáculo sensorial, y éste dentro de su boca, era realmente un inconveniente. A los resistentes les gustaba, porque no tenían que verlo, pero le inhibía las comunicaciones con los oankali y los construidos. Y, además, pronto hubo crecido demasiado como para que siguieran tomándolo en brazos.

Pero Ayre, siendo Ayre, se limitó a metérselo bajo un brazo y apretarlo contra sí, para que le resultase fácil unirse con ella, mientras ella empleaba sus tentáculos corporales para efectuar esta unión.

—No sabemos lo que nos pasará —le dijeron silenciosamente y al unísono Tiikuchahk y él. Era un grito de miedo surgido de ambos y, en el caso de Akin, también era un gemido de frustración. Le estaban robando su tiempo: conocía a las gentes y los idiomas de un poblado de resistentes chinos, un poblado de los igbo, tres poblados de habla española compuestos por gente procedente de diversos antiguos países, un poblado hindú y dos poblados de humanos que hablaban swahili y provenían de diferentes regiones africanas. ¡Tantos resistentes! Y, sin embargo, había muchos más. Le habían echado..., ¿quién lo hubiera dicho?, de un poblado de angloparlantes, porque era más moreno de piel que sus pobladores. No comprendía el motivo de esto, y no se había atrevido a preguntárselo a nadie en Lo. Pero, aun así, había demasiados resistentes a los que nunca había visto, resistentes cuyas ideas no había oído, resistentes que creían que su única esperanza estaba en robar niños construidos, para no morir como especie. Ahora corrían historias acerca de un poblado cuyos habitantes se habían reunido en la plaza del pueblo y bebido veneno. Nadie con quien Akin hubiese hablado conocía el nombre de este pueblo, pero todo el mundo había oído hablar del envenenamiento.

¿Quedarían aún algunos humanos que salvar, cuando él fuera al fin lo

bastante mayor como para que respetasen sus opiniones?

Y, ¿parecería entonces lo suficientemente humano como para lograr persuadirles?

¿O era todo una pura locura? Realmente, ¿sería *capaz* de lograr ayudarles, pasase lo que pasase? Los oankali no le impedirían hacer nada que no considerasen dañino; pero, si no había consenso, no lo ayudarían. Y él solo no podía salvar a los humanos.

No pretendía darles un ser-nave. Mientras siguiesen siendo lo bastante humanos como para satisfacer sus creencias de lo que era el ser humano, no podrían comunicarse con una nave. Algunos de ellos insistían en creer que las naves no estaban vivas..., que eran objetos de metal, que cualquiera podía aprender a controlar. No habían entendido nada cuando Akin les había explicado que las naves se controlaban a sí mismas. O bien uno se unía a ellas, compartía sus experiencias y dejaba que ellas compartiesen las suyas propias, o no había intercambio. Y, sin intercambio, las naves ignoraban la existencia de uno.

—Sabéis que os debéis ayudar el uno al otro —les dijo Ayre.

Akin y Tiikuchahk se echaron hacia atrás, en un movimiento reflejo instintivo.

—No podéis ser lo que deberíais haber sido, pero podéis ayudaros entre vosotros. —Akin no podía ignorar la certidumbre que sentía Ayre—. Estáis los dos solos. Los dos seréis allí unos extraños. Y sois como un guisante partido por la mitad. Dejad que cada uno dependa un poco del otro.

Ni Akin ni Tiikuchahk le contestaron.

—Un guisante partido por la mitad, ¿es una cosa incompleta o dos? —preguntó ella con suavidad.

—No podemos curarnos el uno al otro —dijo Tiikuchahk.

—La metamorfosis os curará, y puede estar más cercana de lo que os imagináis.

Y de nuevo estuvieron atemorizados. Temerosos de cambiar, temerosos de regresar a un hogar cambiado e irreconocible. Temerosos de ir a un lugar que aún era menos suyo que el que estaban abandonando. Ayre trató de hacerles pensar en otra cosa:

—Ti, ¿por qué quieres ir a Chkahichdahk? —preguntó.

Tiikuchahk no quería contestar a esa pregunta. Tanto Akin como Ayre recibieron de ella, únicamente, una fuerte sensación negativa.

—Porque allí no hay resistentes, ¿no es eso? —insistió Ayre.

Tiikuchahk no dijo nada.

—¿Te ha dicho Ahajas que serás hembra? —inquirió Ayre.

—Aún no.

—¿Y quieres serlo?

—No lo sé.

—¿Piensas que quizá quisieras ser un macho?

—Tal vez.

—Si quieres ser un macho, deberías quedarte aquí. Deja que se vaya Akin. Pasa el tiempo con Dichaan y Tino y con tus hermanas. Padres masculinos, compañeras de camada femeninas. Tu cuerpo sabrá cómo responder.

—Deseo ver Chkahichdahk.

—Eso puede esperar. Lo verás después de haber cambiado.

—Quiero ir con Akin. —Allí estaba de nuevo la fuerte sensación negativa. Había dicho lo que no quería decir.

—Entonces, probablemente serás hembra.

Tristeza.

—Lo sé.

—Ti, quizá quieras ir con Akin porque aún estás tratando de curar la vieja herida. Como ya te he dicho, no hay resistentes en Chkahichdahk. No hay bandas de humanos que vayan a distraerlo y usar tanto de su tiempo. —Pasó su atención a Akin—. Y tú..., puesto que debes ir, ¿qué te parece eso de llevar a Ti contigo?

—Yo no quiero ir. —En esa forma de comunicación íntima no había modo alguno de decir una mentira. La única manera que existía de eludir las verdades poco placenteras era evitar la comunicación..., no decir nada. Pero Tiikuchahk ya sabía que él no quería que le acompañase. Todo el mundo lo sabía: le repelía y, al mismo tiempo, le atraía de un modo tan incomprensible, tan molesto, que no quería estar cerca de ella... o ello. Y Tiikuchahk sentía lo mismo por él. Debería haberse alegrado de haberlo visto partir.

Ayre se estremeció. No rompió el contacto establecido, pese a que lo deseaba. Podía notar la profunda atracción-repulsión que había entre ellos. Trató de sobreponerse a las emociones conflictivas con su propia calma, con sentimientos de unidad que recordó de su conexión con su compañero de camada apareado. Akin reconoció este sentimiento, lo había notado ya antes en otros. Pero no hizo nada por calmar su propia confusión de sentimientos.

Ayre rompió el contacto con ellos.

—Ti tiene razón: debéis ir juntos —dijo, haciendo resonar incómoda sus tentáculos de la cabeza—. Tenéis que resolver esta situación. Es repugnante que el pueblo decidiese haceros esto.

—No sabemos cómo resolverla —dijo Akin—, como no sea esperando a la metamorfosis...

—Búscaos a un ooloi. A un subadulto. Eso es algo que no podéis hacer en este lugar. Hace años que no he visto por aquí a un subadulto.

—Yo jamás he visto a uno —admitió Tiikuchahk—. Bajan a la Tierra después de su segunda metamorfosis. ¿Qué es lo que pueden hacer antes de ella?

—Enfocaros a cada uno de vosotros, el uno aparte del otro, sin siquiera tener que intentarlo. Ya lo veréis. Incluso antes de que crezcan son… interesantes.

Akin se alzó.

—Yo no quiero a un ooloi. Eso me hace pensar en el apareamiento. Todo está yendo demasiado deprisa.

Ayre suspiró y agitó la cabeza.

—¿Qué es lo que crees que has estado haciendo con esas mujeres resistentes?

—Eso era diferente: no podía pasar nada. Incluso se lo decía a ellas, que no podía pasar nada. De todos modos, ellas querían hacerlo…, por si yo estaba equivocado.

—Tú y Ti, buscáos un ooloi. Si no ha madurado, no puede aparearse…, pero sí puede ayudaros.

La dejaron, y ambos se encontraron buscando con la mirada y luego caminando hacia Nikanj. En ese momento, deliberadamente, Akin se obligó a no ir sincronizado con Tiikuchahk. Era una sincronización chirriante que sucedía una y otra vez, accidentalmente, y que le hacía notar una sensación como la que había observado mientras escuchaba la sierra de la serrería de Fénix, una vez que algo había ido mal y se había descompensado y habían tenido que tenerla parada durante varios días.

Se detuvo, y Tiikuchahk siguió caminando. Ella trastabilló, y él supo que notaba la misma ruptura que él. Las cosas siempre habían sido así para ellos. Sabía que ése era uno de los motivos por los que, habitualmente, le alegraba dejar el poblado por unas semanas, o incluso unos meses. A veces, incluso no se quedaba con la familia cuando estaba en Lo, sino que se iba a vivir con otras familias, pues, entre ellas, el ser un solitario, un no integrado, le resultaba más soportable.

Los humanos no tenían ni idea de hasta qué punto las sociedades oankali y construida estaban completamente constituidas por grupos de dos o más personas. Tate no sabía lo que le había hecho cuando se había negado a ayudarlo a volver a Lo y Tiikuchahk. Quizá fuese por esto por lo que, en todos sus viajes, jamás había regresado a Fénix.

Fue hasta Lilith, en el momento en que alguien empezaba a pedirle que contase una historia. Ella permaneció sentada, ignorando la petición, pese a saber que a la gente le gustaban mucho sus historias. Su memoria le suministraba hasta los más nimios detalles de la Tierra de antes de la guerra, y ella sabía cómo reunir todo aquello, de modo que sus historias hacían que la gente riese, o llorase, o se inclinase hacia delante, escuchando alelada, temiendo perderse sus siguientes palabras.

Alzó la vista hacia él, y no dijo nada cuando se sentó junto a ella.

—Quería decirte adiós —le dijo Akin en voz queda.

Ella parecía cansada.

—Estaba pensando acerca de cómo ha crecido Margit, y en el hecho de

que Ti y tú os marchéis..., pero tenéis que iros. —Cogió su mano y la retuvo—. También debéis conocer la parte oankali que hay en vosotros. Pero casi no puedo soportar la idea de perderme lo que puede que sea el último año de tu niñez.

—Yo esperaba poder llegar a más resistentes —dijo él.

Ella no le contestó. No hablaba con él de sus viajes en busca de los resistentes. A veces le advertía que fuese prudente, y contestaba a sus preguntas, si él se las hacía. Akin podía ver que ella estaba preocupada por esos viajes. Pero no hablaba de ello..., como tampoco lo hacía él. En una ocasión, cuando ella había salido del poblado para una de sus excursiones a solas, él la había seguido. Cuando finalmente la había alcanzado, la había hallado sentada en un tronco caído, esperándole. Viajaron juntos durante varios días, y ella le había contado su historia... el porqué su nombre se había convertido en una palabrota entre los resistentes angloparlantes, y cómo la culpaban de lo que los oankali les habían hecho, porque ella era la persona que los oankali habían elegido como instrumento a través del cual trabajar: había tenido que despertar a grupos de humanos de la animación suspendida, y debido ayudarles a comprender la nueva situación. Sólo ella sabía hablar el oankali entonces. Sólo ella podía abrir y cerrar las paredes y usar su fuerza, multiplicada por los oankali, para protegerse y proteger a los demás. Esto era suficiente para convertirla en una colaboracionista, una traidora, en las mentes de su propia gente. Había sido una cosa fácil y sin problemas el echarle todas las culpas a ella, le explicó. Los oankali eran poderosos y peligrosos, pero ella no.

Ahora se enfrentó a él:

—No tenías modo en que llegar a *todos* los resistentes —le dijo—. Si quieres ayudarlos, ya tienes toda la información acerca de ellos que necesitas. Ahora, lo que te falta es saber más sobre los oankali. ¿No lo ves?

Él asintió lentamente con la cabeza, con la piel picándole allí en donde tenía zonas sensibles, pero no tentáculos que anudar y expresar así la tensión que sentía.

—Si hay algo que tú puedas hacer, ahora es el momento de averiguar qué es y cómo hacerlo. Aprende todo lo que puedas.

—Lo haré. —Comparó la larga y morena mano de ella con la suya propia, y se preguntó cómo podían haber tan pocas diferencias visibles. Quizás el primer signo de su metamorfosis fuera el crecimiento de nuevos dedos, o el que los antiguos perdiesen sus planas uñas humanas—. Realmente, no había pensado que el viaje pudiera serme útil.

—¡Conviértelo en útil!

—Sí. —Dudó—. ¿Realmente crees que podré ayudarles?

—¿Lo crees tú?

—Tengo algunas ideas.

—Guárdatelas. Has hecho bien en mantenerlas en silencio hasta el momento.

Fue bueno oírla confirmar lo que él había creído.

—¿Vendrás conmigo hasta la nave?

—Naturalmente.

—Vamos ahora.

Ella contempló la fiesta, el pueblo. La gente se había arracimado alrededor de la cabaña de invitados, donde alguien estaba contando una historia, y otro grupo había tomado flautas, tambores, guitarras y una pequeña arpa. Pronto, su música haría meterse al narrador de historias y su público dentro de una de las casas o, lo que era más probable, haría que todos se pusieran a cantar y bailar.

A los oankali no les gustaba la música. Comenzaron a resguardarse en las casas..., para preservar su oído, decían. A la mayoría de los construidos les gustaba la música tanto como a los humanos. Varios machos nacidos de oankali se habían convertido en músicos errantes, que eran más que bienvenidos en cualquier poblado comercial.

—No estoy de humor para cantar, bailar o escuchar historias —dijo Akin—. Camina conmigo. Esta noche dormiré en la nave, ya me he despedido de quien tenía que hacerlo.

Ella se alzó, dominándolo con la estatura de su gran cuerpo de un modo que a él le hacía sentirse extrañamente seguro. Nadie les habló ni se unió a ellos cuando salieron del poblado.

4

Chkahichdahk. Dichaan subió a la nave con Akin y Tiikuchahk. Naturalmente, habría bastado con que hubiese mandado el transbordador de vuelta a casa. Éste había comido hasta quedar ahíto y, además, le habían presentado a varias personas que recientemente habían llegado a su estado adulto. Estaba contento y no necesitaba que lo guiasen en el camino de vuelta, pero, de todos modos, Dichaan fue con ellos. Esto alegró a Akin: necesitaba a su progenitor del mismo sexo más de lo que hubiera deseado admitir.

También Tiikuchahk parecía necesitar a Dichaan. Se quedó cerca de él, a la suave luz del transbordador. Éste les había preparado, dentro de sí, una desnuda esfera gris, dejándoles que ellos decidiesen si deseaban levantar plataformas o mamparas. El aire se mantendría fresco, pues el transbordador les suministraría, eficientemente, el oxígeno que producía y se llevaría el dióxido de carbono que ellos exhalaban para su propio uso. También podía utilizar cualquier desecho que produjesen, y podía alimentarles con cualquier cosa que le describiesen, del mismo modo que podía hacerlo Lo. Incluso un niño con un único tentáculo funcional podía describir los alimentos que había comido y pedir duplicados. El transbordador los sintetizaría igual que lo hubiese hecho Lo.

Pero sólo Dichaan podía entrar en una auténtica relación con el transbordador y, a través de los sentidos de la nave, compartir su experiencia de volar a través del espacio. Naturalmente, no podía compartir lo que experimentaba hasta que no se hubiese desconectado del transbordador. Cuando lo hizo, agarró a Akin como quien coge en brazos a un niño y le mostró el espacio profundo.

A Akin le pareció estar vagando absolutamente desnudo, girando sobre su propio eje; dejando el pequeño planeta húmedo, rocoso y de dulce sabor, que siempre le había gustado, para regresar a la fuente de vida que a un tiempo era esposa, madre, hermana y refugio. Le llevaba noticias de uno de sus hijos..., de Lo.

Pero estaba en el espacio vacío, rodeado por la oscuridad, alimentándose de la imposiblemente brillante luz del sol, cayendo lejos de la gran curvatura azul de la Tierra, notando en todo su cuerpo el gran número de lejanas estrellas. Eran roces suaves, y el Sol era una gran mano que le confinaba, amable pero inescapable. Ningún transbordador podía viajar tan cerca de una estrella y poder escapar luego a su abrazo gravitatorio. Sólo Chkahichdahk podía hacer esto, movida por su propio sol interno..., con su digestión, absolutamente eficiente, que no desperdiciaba nada.

Todo era seca y duramente claro, más intenso de lo que se podía soportar. Todo le golpeaba los sentidos. Las impresiones le llegaban como puñetazos. Era atacado, agredido, atormentado...

Al fin, todo acabó.

Akin no podría haberlo acabado. Ahora yacía, débil por el shock, sin preocuparle ya que Dichaan lo agarrase como a un niño, necesitado de su apoyo.

—Esto sólo fue un segundo —le dijo Dichaan—. Menos de un segundo. Y yo hice de filtro frente a ti.

Gradualmente, Akin fue capaz de moverse y pensar de nuevo.

—¿Por qué es así? —preguntó.

—¿Por qué el transbordador siente lo que siente? ¿Por qué experimentamos sus sentimientos tan intensamente? Eka, ¿por qué sientes *tú* como sientes? ¿Cómo recibiría tus sensaciones un coatí o un agutí?

—Pero...

—Él siente como siente. Sus sentimientos te dañarían, quizá llegarían a herirte e incluso a matarte, si los recibieses directamente. Y tus reacciones lo confundirían a él y lo sacarían de su ruta.

—Y, cuando sea un adulto, ¿seré capaz de percibirlos a través de él, como lo haces tú?

—¡Oh, sí! Algo con lo que nunca comerciamos es con nuestra habilidad de trabajar con las naves. Son más que socios para nosotros.

—Pero..., en realidad, ¿qué es lo que hacemos nosotros por ellas? Nos permiten viajar a través del espacio, pero podrían viajar sin nosotros.

—Nosotros las construimos. ¿Sabes?, ellas también son nosotros. —Acarició una lisa pared gris y luego se unió a ella con varios tentáculos de la cabeza, y Akin se dio cuenta de que le estaba pidiendo comida. El suministro de la misma llevaría un poco de tiempo, dado que la nave no almacenaba nada.

Cuando transportaban humanos sí que almacenaban comida, porque algunos transbordadores no tenían tanta práctica, como sería aconsejable, en el montar comidas que fuesen satisfactoriamente sabrosas para los humanos. Nunca habían envenenado a nadie ni habían dejado a nadie desnutrido, pero a veces los humanos le encontraban un sabor tan extraño a la comida que los transbordadores producían, que preferían ayunar.

—Ellas empezaron igual que empezamos nosotros —siguió Dichaan. Tocó a Akin con algunos tentáculos de la cabeza, extendidos al máximo, y Akin se le acercó, para recibir una impresión de los oankali en una de sus formas más antiguas, limitados al mundo materno y a la vida que se había originado allí. A partir de sus propios genes, y de los de otros muchos animales, habían modelado los antecesores de las naves. La inteligencia de las mismas, cuando fue necesitada, fue oankali. Y, como no había naves ooloi, su simiente siempre era mezclada dentro de los ooloi oankali.

—Tampoco hay ooloi construidos —dijo con voz queda Akin.

—Los habrá.

—¿Cuándo?

—Eka..., cuando nos sintamos más seguros acerca de ti.

Silenciado por aquellas palabras, Akin se le quedó mirando.

—¿Tan sólo de mí?

—De ti y de los otros como tú. En estos momentos, cada poblado

comercial tiene uno como tú. Si tus caminatas hubieran incluido los poblados comerciales, lo habrías visto.

Tiikuchahk habló por primera vez:

—¿Por qué es tan difícil obtener machos construidos nacidos de las hembras humanas? ¿Y por qué son tan importantes esos machos nacidos de humana?

—Debe de dárseles más características humanas que a los machos construidos nacidos de oankali —contestó Dichaan—. De otro modo, no sobrevivirían dentro de sus madres humanas. Y, dado que deben de ser tan humanos, y seguir siendo machos, y finalmente fértiles, deben acercarse peligrosamente, en algunas cosas, a los machos totalmente humanos. Llevan en sí más de la Contradicción Humana que cualquier otra gente nuestra.

De nuevo la Contradicción Humana. La Contradicción, como a menudo era llamada entre los oankali. Inteligencia y comportamiento jerárquico. Era fascinante, seductora y letal. Y había llevado a los humanos a su guerra final.

—Yo no noto nada de eso en mí —afirmó Akin.

—Aún no eres maduro —dijo Dichaan—. Nikanj cree que eres exactamente lo que él quiso que fueras. Pero la gente ha de ver la expresión total de su trabajo antes de sentirse dispuesta a pasar su atención a los ooloi construidos y a darle madurez a la nueva especie.

—Entonces será una especie oankali —dijo suavemente Akin—. Crecerá y se dividirá en el modo en que siempre lo han hecho los oankali, y se llamará a sí misma oankali.

—Será oankali. Mira dentro de las células de tu propio cuerpo. Eres oankali.

—Y los humanos se habrán extinguido, tal como vosotros creéis que debe ser.

—Búscalos también a ellos dentro de tus células. De tus células en especial.

—Pero seremos oankali. Ellos sólo serán..., algo que consumimos.

Dichaan se recostó, descansando su cuerpo y dando la bienvenida a Tiikuchahk, que inmediatamente yació a su lado, con algunos de sus tentáculos craneales entremezclándose con los suyos.

—Tú y Nikanj —le dijo a Akin—. Nikanj les dice a los humanos que somos simbiontes, y tú crees que somos predadores. ¿Qué es lo que has consumido, Eka?

—Yo soy lo que Nikanj hizo de mí.

—¿Qué es lo que ha consumido él?

Akin los miró, preguntándose qué clase de comunión compartían, en la que él no tenía parte. Pero no deseaba otro doloroso y disonante fundirse con Tiikuchahk. Aún no. Eso ya sucedería, demasiado pronto, accidentalmente. Se quedó mirándoles, tratando de verlos a ambos como los

vería un resistente. Lentamente se convirtieron para él en alienígenas, se transformaron en algo feo, se hicieron casi aterradores.

Agitó bruscamente la cabeza, rechazando la ilusión. La había creado antes, pero nunca tan deliberada ni tan perfectamente.

—Ellos son consumidos —dijo con voz tranquila—. Y esto está equivocado y es innecesario.

—Viven, Eka. En ti.

—¡Dejadlos vivir en sí mismos!

Silencio.

—¿Qué es lo que somos, para que podamos hacerles esto a especies enteras? ¿No somos predadores? ¿No somos simbiontes? Entonces, ¿qué?

—Un pueblo que crece, que cambia. Tú eres una parte importante de ese cambio. Eres un peligro al que quizá no sobrevivamos.

—Yo no le voy a hacer daño a nadie.

—¿Crees que los humanos destruyeron deliberadamente su civilización?

—¿Qué es lo que crees que destruiré yo?

—Nada. Tú, personalmente, no..., pero sí los machos nacidos de humana, en general. Y, no obstante, debemos teneros. Sois parte del intercambio. Y ningún intercambio ha estado desprovisto de peligro.

—¿Quieres decir que esta nueva rama de los oankali en que hemos planeado convertirnos podría acabar haciendo una guerra y destruyéndose a sí misma? —preguntó Akin, con el ceño fruncido.

—No lo creemos. Los ooloi han sido muy cuidadosos comprobando su trabajo, comprobando el trabajo de los otros. Pero, si se han equivocado, si han cometido errores y los han pasado por alto, finalmente Dinso podría ser destruido. Probablemente, Toaht sería destruido. Y sólo sobreviviría Akjai. No tiene por qué ser una guerra lo que nos destruya. La guerra es únicamente la más rápida de las muchas destrucciones con las que se enfrentaba la Humanidad, antes de que la hallásemos.

—La Humanidad debería de tener otra oportunidad.

—La tiene. Con nosotros. —Dichaan volvió su atención a Tiikuchahk—. No te he dejado probar las percepciones de la nave. ¿Quieres que lo haga?

Tiikuchahk dudó, abriendo la boca para que supieran que pensaba hablar vocalizando.

—No sé —dijo al fin—. ¿Debo probarlas, Akin?

A Akin le sorprendió que se lo preguntase. Era la primera vez que Tiikuchahk le hablaba directamente, desde que habían entrado en la nave. Ahora, examinó sus propios sentimientos, buscando una respuesta. Dichaan le había sobresaltado, y le molestaba que lo arrastrasen tan súbitamente a otro tema. Y, sin embargo, Tiikuchahk no había hecho una pregunta frívola..., debía responder.

—Sí —dijo—. Hazlo. Hace daño y no te gustará, pero hay en ello algo más que dolor, algo que no hallarás hasta después. Creo que quizá..., quizá sea una sombra del modo en que serán las cosas cuando seamos adultos y capaces de percibirlo directamente. Vale lo que cuesta. Vale la pena probarlo.

5

Akin y Tiikuchahk estaban dormidos cuando el transbordador llegó a Chkahichdahk. Dichaan los despertó con un toque y los llevó hacia la salida por un pseudopasillo que era exactamente del mismo color que el interior del transbordador. El pseudopasillo era bajo y estrecho..., justo lo bastante grande como para que los tres pudieran recorrerlo en fila india. Se cerró tras ellos. Akin, que era el que iba detrás, podía notar cómo las paredes iban haciendo esfínter para unirse a sus espaldas. El movimiento lo fascinaba. Ninguna estructura en Lo era lo suficientemente masiva como para moverse de este modo, creando un pasillo temporal, para guiarlos a través de una gruesa capa de tejido vivo. Y la carne debía de estar abriéndose ante ellos. Trató de mirar más allá de Tiikuchahk y Dichaan, para ver el movimiento. Sólo lo divisaba de vez en cuando: ése era el problema de ser pequeño. No era débil, pero casi todo el mundo que conocía era más alto y robusto que él..., y siempre sería así. Después de la metamorfosis, si es que se convertía en hembra, Tiikuchahk casi le doblaría en tamaño. Pero él sería macho, y la metamorfosis alteraba poco el tamaño de los machos.

Poco después de su nacimiento, Nikanj le había vaticinado que sería pequeño y solitario. Y que no querría permanecer en un lugar y ser padre de sus hijos. Que no querría tener nada que ver con otros machos.

No podía imaginar una vida así. No era ni humano ni oankali. ¿Cómo iba a poder ayudar a los resistentes, si era tan solitario?

Nikanj sabía mucho, pero no lo sabía todo. Sus hijos siempre eran saludables e inteligentes. Pero no siempre hacían lo que él deseaba, ni lo que se esperaba de ellos. A veces tenía más éxito prediciendo lo que harían los humanos bajo una serie determinada de circunstancias. Desde luego, no sabía tanto como creía de lo que Akin haría cuando fuese adulto.

—Éste no es un buen modo en que meter dentro de Chkahichdahk a los humanos —dijo Dichaan mientras caminaban—. A la mayoría de ellos les perturba el estar tan encerrados. Si alguna vez tienes que traer a humanos, haz que el transbordador te acerque tanto como le sea posible a uno de los pasillos de verdad, y mételos en él tan pronto como puedas. Tampoco les gustan los movimientos de la carne, así que trata de impedir que los vean.

—Los ven en casa —dijo Tiikuchahk.

—Pero no este tipo de movimiento, tan impresionante. Lilith dice que se siente como si la estuviera tragando un gran animal. El caso es que no puede soportarlo. Algunos humanos pierden por completo el control y tratan de hacerse daño sí mismos..., o hacérnoslo a nosotros.

Hizo una pausa.

—Aquí ya hay un verdadero pasillo. Ahora iremos montados.

Dichaan los llevó a una estación de alimentación de tilios y escogió uno de los grandes animales planos. Se subieron los tres, y Dichaan lo tocó con varios tentáculos de la cabeza. El animal era curioso y alzó pseudotentáculos para investigarles.

—Éste no ha llevado nunca a un construido nacido de humana —le

dijo Dichaan a Akin—. Pruébalo y deja que él te pruebe. Es inofensivo.

A Akin le recordaba un agutí o una foca, aunque era más listo que aquellos animales. Los llevó por entre el tráfico de otros tilios y caminantes: oankali, construidos y humanos. Dichaan le había dicho a dónde quería ir, y el animal encontró el camino sin dificultad. Y disfrutaba conociendo a viajeros con sabor extraño.

—¿Tendremos algún día estos animales en la Tierra? —preguntó Tiikuchahk.

—Los tendremos cuando los necesitemos —contestó Dichaan—. Todos nuestros ooloi saben cómo montarlos.

Montar era la palabra adecuada, pensó Akin. El tilio había sido confeccionado a partir de los genes combinados de varios animales. Los humanos metían a sus animales en jaulas o los ataban para impedirles que vagasen sueltos. Los oankali se limitaban a criar animales que no deseaban vagar por ahí y que, además, disfrutaban haciendo aquello que se esperaba de ellos. Por otra parte, les regocijaba ser recompensados con sensaciones nuevas o con otras, placenteras, ya conocidas. Éste parecía especialmente interesado en Akin, y se pasó el viaje contándole cosas sobre la Tierra y sobre sí mismo, a base de darle impresiones sensoriales simples. El disfrute de las mismas le daba a él tanto placer como él se lo daba al tilio. Cuando llegaron al final del viaje, a Akin le supo mal abandonar al animal. Dichaan y Tiikuchahk esperaron pacientemente, mientras Akin se desconectaba del tilio y le daba una última palmada de despedida.

—Me ha gustado —dijo innecesariamente, mientras seguía a Dichaan a través de una pared y subiendo por una rampa hacia otro nivel.

Sin volverse, Dichaan enfocó un cono de tentáculos de la cabeza hacia él:

—Te prestó mucha atención..., muchísima más que a nosotros dos. Los animales terrestres también te prestan mucha atención, ¿no?

—A veces me dejan tocarlos, incluso probarlos. Pero si hay alguien conmigo, escapan a la carrera.

—Aquí puedes entrenarte para cuidar animales..., para comprender sus cuerpos y mantenerlos sanos.

—¿Trabajo de ooloi?

—Se te puede enseñar a hacerlo. Todo menos controlar su descendencia. Sus crías las ha de mezclar un ooloi.

Naturalmente. Uno tenía sujetos tanto a los animales como a la gente a base de controlar su reproducción..., controlarla absolutamente. Pero quizás Akin pudiera aprender algo que fuera de utilidad para los resistentes. Y le gustaban los animales.

—¿Podré trabajar con los transbordadores o con Chkahichdahk? —preguntó.

—Si eso es lo que quieres..., pero será después de tu cambio. Habrá necesidad de gente que haga ese tipo de trabajo durante tu generación.

—En una ocasión me dijiste que la gente que trabajaba con la nave tenía que tener un aspecto distinto..., realmente distinto.

—Ese cambio no será necesario en la Tierra durante varias generaciones.

—¿El trabajar con animales no afectará en absoluto a mi aspecto?

—En absoluto.

—Entonces, quiero hacerlo. —Al cabo de unos pocos pasos miró hacia atrás, a Tiikuchahk—. Y tú, ¿qué harás?

—Buscar un ooloi subadulto para nosotros.

Si hubiera sabido cuál era el camino, hubiera andado más deprisa. Quería alejarse de Tiikuchahk. La idea de hallar a un ooloi, aunque fuese uno inmaduro, para que los uniese a los dos, aunque fuese brevemente, le resultaba molesta, casi repugnante.

—Lo que quiero decir es si sabes qué trabajo vas a hacer.

—Recoger conocimientos. Recoger información acerca de cambios que hayan tenido los Toath y los Akjai, desde que los Dinso se han establecido en la Tierra. No creo que se me permita hacer mucho más. Tú sabes cuál será tu sexo. Es como si nunca hubieses sido eka. Pero yo lo soy.

—No se te impedirá realizar un trabajo de estudio —le dijo Dichaan—. No serás tomada en serio, pero nadie te impedirá hacer lo que elijas. Y, si quieres que te ayuden, la gente te ayudará.

—Recogeré conocimientos —insistió Tiikuchahk—. Quizá, mientras esté haciendo esto, pueda llevar a cabo algún trabajo que deseo realizar.

—Esto es Lo aj Toaht —les informó Dichaan, llevándoles a una de las amplias zonas de vivienda. Allí crecían grandes estructuras con forma de árbol, mucho mayores que cualquier árbol que Akin hubiese visto en la Tierra. Lilith le había dicho que eran tan altos como rascacielos, pero esto no le decía nada a Akin. Eran lugares de vivienda, almacenes, estructuras internas de refuerzo de la nave, y suministradores de alimentos, vestidos y otros artículos deseados tales como papel, coberturas impermeables y materiales de construcción. En realidad no eran árboles, sino que formaban parte de la nave, y su carne era la misma que el resto de la carne de la nave.

Cuando Dichaan tocó con sus tentáculos craneales lo que parecía ser la corteza de uno de ellos, ésta se abrió tal como se abrían las paredes en casa, y dentro había una habitación que le resultó familiar, vacía de mobiliario de estilo resistente, pero conteniendo varias plataformas, alzadas para sentarse o para sostener recipientes con alimentos. Todas las paredes y las plataformas eran de un pálido color amarillo marrón.

Mientras entraban, se abrió la pared del lado opuesto de la habitación, y entraron tres oankali a los que Akin jamás había visto.

Akin hizo pasar aire sobre su lengua, y su sentido del olfato le dijo que el macho y la hembra de los recién llegados eran Lo..., de hecho, parientes cercanos. El ooloi debía de ser su trío. En el neutro no notaba olor de familiaridad, de relación por la parentela, como se hubiese dado si hubiese

sido ooan Dichaan. Entonces, aquellos no eran progenitores, pero sí eran parientes... quizás el hermano y la hermana de Dichaan, y su compañero ooloi.

Los adultos se reunieron en silencio, con sus tentáculos corporales y craneales entrelazados, uniéndose en una intensa sensación. Tras un tiempo, probablemente cuando disminuyeron los sentimientos y las comunicaciones, enfriándose hasta un nivel que podía tolerar un niño, introdujeron a Tiikuchahk, examinándola con gran curiosidad. Akin le envidió sus tentáculos craneales. Cuando los adultos la soltaron y le atrajeron al centro de su grupo, sólo pudo probarlos de uno en uno, y no hubo tiempo para saborearlos a todos con la profundidad que le habría gustado. Era más fácil hacerlo con los niños y los resistentes.

Y, sin embargo, aquella gente le daba la bienvenida: podían verse en él y captar su alienígena humanidad. Esta última les fascinaba, y decidieron tomarse el tiempo necesario para percibirse a sí mismos a través de los sentidos de él.

En especial, el ooloi estaba fascinado por Akin. Se llamaba Taishokaht... Jahtaishokahtlo leí Surohahwahj aj Toaht. Akin no había tocado nunca antes a un ooloi Jah. Era más bajo y robusto que un ooloi de los Kaal o Lo. De hecho, tenía una constitución parecida a la del propio Akin, aunque era algo más alto. Todo el mundo era más alto que Akin. En el ooloi había una sensación de dedicación y confianza, y también de algo que casi era humor..., como si él le divirtiese mucho, pero, eso sí, teniéndole mucho aprecio.

—No sabes qué mezcla tan intrincada eres —le dijo en silencio—. Si tú eres el prototipo para los machos nacidos de humana, va a haber muchos de nosotros que nos decidamos a tener únicamente hembras de nuestras compañeras humanas. Claro que, si hacemos esto, será una gran pérdida.

—Ahora hay otros varios —dijo en voz alta Dichaan—. Estúdialo. Quizá tú mezcles el primero para los Toaht de Lo.

—No sé si querré hacerlo.

Akin, aún en contacto con él, rompió la conexión y se echó hacia atrás para mirarlo. Claro que quería. Lo quería, y mucho.

—Estúdiame tanto como quieras —le dijo—. Pero comparte lo que aprendas conmigo tanto como puedas.

—Comercio, Eka —dijo, divertido—. Me interesará ver cuánto puedes percibir.

Akin no estaba seguro de que le gustase aquel ooloi. Tenía una voz suave, seca como el papel, y una actitud que le irritaba. Al ooloi no le importaba el que, claramente, Akin fuese a ser macho y ya estuviera cerca de la metamorfosis. Para él era un eka, un niño sin sexo. Un niño tratando de hacer intercambios de adulto. Divertido. Pero aquello era lo que Dichaan le había prometido a Tiikuchahk: les ayudarían y les enseñarían, con una cierta falta de seriedad. En cierto modo, les seguirían la corriente. Los niños que vivían en la seguridad de la nave no tenían que crecer tan rápidamente como los de la Tierra. Exceptuando a los jóvenes ooloi, que experimentaban

dos transformaciones, con sus años de subadultos de por medio, a todos los demás se les permitía tener una larga y fácil niñez. Incluso a los ooloi no se les presentaban retos serios hasta que no demostraban que iban a serlo..., hasta que llegaban al estadio de subadultos. Nadie los secuestraba cuando aún eran bebés, ni los llevaba de aquí para allá agarrados por un brazo o una pierna. Nadie los amenazaba. No tenían que intentar mantenerse en vida entre bienintencionados pero ignorantes resistentes.

Akin miró a Dichaan.

—¿Cómo puede ser bueno para mí el que me traten como si fuera más pequeño de lo que soy? —le preguntó—. ¿Qué se supone que me va a enseñar la condescendencia acerca de este grupo de mi pueblo?

No habría hablado tan irrespetuosamente si Lilith hubiese estado con él. Ella insistía en que tuviese respeto a los adultos. En cambio, Dichaan se limitó a contestarle sus preguntas, tal como había imaginado:

—Enséñales quién eres. Ahora, sólo saben lo que eres. Los dos —enfocó por un instante en Tiikuchahk— estáis aquí tanto para enseñar como para aprender.

Que era, más o menos, lo que había dicho Taishokaht, pero éste lo había dicho como si estuviese hablando con un niño mucho más pequeño.

En este momento, y sin que pudiera entender el motivo para ello, Tiikuchahk le tocó, y cayeron en aquella chirriante y disonante casi sincronización.

—También esto es lo que somos —le dijo a Taishokaht..., sólo para escuchar las mismas palabras de boca de Tiikuchahk—. ¡En esto es en lo que necesitamos ayuda!

Los tres oankali los probaron y luego se echaron hacia atrás. La hembra, Suroh, apretó sus tentáculos con fuerza contra su cuerpo, y pareció hablar por todos:

—Oímos hablar de ese problema. Es peor de lo que me imaginé.

—Fue un error separarlos —dijo en voz baja Dichaan.

Silencio. ¿Qué más cabía decir? Aquello había sido decidido, por consenso, años antes. Los adultos de la Tierra y Chkahichdahk habían tomado la decisión.

—Conozco una familia Tiej con un niño ooloi —dijo Suroh. Entre los oankali no podía haber ni niños ni niñas, pero a menudo se referían a los ooloi subadultos como niños ooloi. Akin había oído aquellos términos toda su vida. Ahora, los adultos buscarían a un niño ooloi para Tiikuchahk y para él. La idea le hacía estremecerse.

—Mis compañeros de camada tienen un niño ooloi —dijo Taishokaht—. No obstante, es demasiado pequeño. Justo acaba de pasar su primera metamorfosis.

—Demasiado pequeño —intervino Dichaan—. Necesitamos a uno que se comprenda a sí mismo. ¿Debo quedarme y ayudaros a elegir?

—Nosotros escogeremos —dijo el macho, aplastando sus tentáculos

muy planos contra su piel—. Aquí hay que resolver más de un problema. Nos has traído algo muy interesante.

—Os he traído a mis hijos —les recordó Dichaan con voz queda.

De inmediato los tres le tocaron, tranquilizándole directamente, atrayendo también a Akin y Tiikuchahk, para hacerles saber que allí tenían un hogar, y que se les cuidaría.

Akin deseaba, desesperadamente, volver a su verdadero hogar. Cuando les sirvieron comida, no comió. Los alimentos no le interesaban. Cuando Dichaan se fue, apenas si pudo contenerse para no seguirle y suplicarle que le llevase de vuelta a casa en la Tierra. Dichaan no lo hubiese llevado, y nadie de los presentes hubiera sabido por qué hacía aquel desplante. Nikanj sí que le hubiese comprendido, pero estaba allá en la Tierra. Akin miró al ooloi Toath y vio que no le estaba prestando ninguna atención.

Solo, y mucho más solitario de lo que había estado desde que los bandoleros lo habían secuestrado, se tendió en su plataforma y se puso a dormir.

6

—¿Tienes miedo? —le preguntó Taishokaht—. Los humanos siempre les tienen miedo.

—No tengo miedo —dijo Akin. Estaban en una amplia y oscura zona abierta. Las paredes brillaban suavemente con el calor corporal de Chkahichdahk. Aquí, en lo profundo de la nave, sólo se podía ver a la luz del calor corporal. Las zonas de vivienda y los pasillos de comunicación estaban por encima..., o, al menos, en la dirección que Akin consideraba como arriba. Había pasado por áreas en las que la gravedad era inferior, incluso en las que se hallaba ausente. Palabras como *arriba o abajo* no tenían sentido, pero Akin no podía dejar de pensar dentro de esas referencias.

Podía ver a Taishokaht por su calor corporal, que era menor que el suyo propio y mayor que el de Chkahichdahk. Y podía ver a las otras personas que había en la sala.

—No tengo miedo —repitió—. ¿Puede él oírme?

—No. Déjale tocarte. Luego prueba el miembro que te ofrezca.

Akin se adelantó hacia lo que su sentido del olfato le decía que era un ooloi. Su vista le decía que era enorme y con forma de oruga, cubierto con lisas placas que formaban un dibujo de luces y sombras, puesto que el calor corporal se le escapaba más por entre las placas que a través de las mismas. Por lo que Akin había oído, este ooloi podía sellarse dentro de su concha y perder muy poco o nada de aire y calor corporal. Podía frenar sus procesos corporales e inducir en sí mismo una animación suspendida, a fin de poder sobrevivir incluso al vagar por el espacio. Otros como él habían sido los primeros en explorar la Tierra arruinada por la guerra.

Tenía partes de la boca que recordaban vagamente las de algunos insectos terrestres. Y, aunque hubiese poseído oídos y cuerdas vocales, no habría podido articular nada parecido al lenguaje humano u oankali.

Y, sin embargo, era tan oankali como Dichaan o Nikanj. Era tan oankali como cualquier ser inteligente construido por un ooloi para incorporar las organelas oankali dentro de sus células. Tan oankali como el mismo Akin.

Era lo que los oankali habían sido, un intercambio antes de que hallasen la Tierra, un intercambio antes de que usasen sus longevas memorias y su enorme almacenamiento de material genético para construir hijos bípedos, que hablasen y oyesen. Hijos que esperaban que resultasen más aceptables para los gustos humanos. El lenguaje hablado, un recuerdo de antiguos tiempos, había sido incorporado a ellos genéticamente. A los primeros humanos cautivos que habían sido despertados se les había utilizado para estimular a hablar a los primeros hijos bípedos..., para «recordarles» cómo hablar.

Ahora, la mayor parte de los oankali con forma de oruga eran Akjai, como el ooloi que se encontraba ante Akin. Él, o sus hijos, abandonarían las proximidades de la Tierra sin cambios, sin llevarse con ellos nada de la Tierra, como no fueran conocimientos o recuerdos.

El Akjai extendió un delgado miembro delantero. Akin lo tomó entre sus manos como si fuese un brazo sensorial..., y pareció que precisamente esto es lo que era, a pesar de que, en el primer instante del contacto, Akin se enteró de que este ooloi tenía seis brazos sensoriales, en lugar de sólo dos.

Su lenguaje del tacto era el que Akin había aprendido antes de su nacimiento. La familiaridad de aquello lo reconfortó, y probó al Akjai, ansioso por comprender la mezcla de alienigenidad y familiaridad.

Hubo un largo período de ir entendiendo al ooloi y de comprender que estaba tan interesado en él como Akin lo estaba en el ooloi. En algún punto del proceso, Akin no estuvo seguro después de cuándo fue eso, Taishokaht se unió a ellos. Akin tuvo que usar la vista para estar seguro de si Taishokaht le había tocado a él o al Akjai. Hubo un fundirse total de los dos ooloi..., mayor que cualquier conexión de la que hubiera sido testigo Akin entre compañeros de camada emparejados. Esto, pensó, debía ser lo que los adultos lograban cuando buscaban un consenso en algún tema controvertido. Pero, si era esto, ¿cómo podían seguir pensando como individuos? Taishokaht y Kohj, el Akjai, parecían totalmente fundidos en un solo sistema nervioso, comunicándose consigo mismo de la misma forma que lo hacía cualquier sistema nervioso.

—No lo comprendo —comunicó.

Y, justo por un instante, se lo mostraron, le metieron en la increíble unidad. Ni siquiera pudo sentir terror hasta que el instante hubo concluido.

¿Cómo era que no se perdían el uno en el otro? ¿Cómo les era posible separarse de nuevo? Era como si dos recipientes de agua hubieran sido vertidos juntos y luego vueltos a separar..., con cada molécula devuelta a su recipiente original.

Debió de haber transmitido esto, porque el Akjai le respondió:

—Incluso en tu estadio de crecimiento, Eka, puedes percibir las moléculas. Nosotros percibimos las partículas subatómicas. Hacer y romper este contacto no es más difícil para nosotros de lo que les pueda resultar a los humanos el dar una palmada y luego separar otra vez las manos.

—¿Es porque sois ooloi? —les preguntó Akin.

—Los ooloi perciben y, dentro de las células reproductoras, manipulan. Los machos y las hembras sólo perciben. Pronto lo comprenderás.

—¿Puedo aprender *a* cuidarme de los animales mientras estoy tan... limitado?

—Puedes aprender un poco. Puedes empezar. No obstante, y porque no tienes la percepción de un adulto, tendrás primero que aprender a confiar en nosotros. Lo que te hemos dejado percibir brevemente no era una unión tan profunda. La usamos para enseñar, o para llegar a un consenso. Tendrás que aprender a tolerarla un poco antes de lo habitual..., ¿podrás hacerlo?

Akin se estremeció:

—No lo sé.

—Trataré de ayudarte. ¿Quieres que lo haga?

—Si no lo haces, yo solo no seré capaz. Me aterra.

—Lo sé. Ahora ya no tendrás tanto miedo.

Estaba controlando, delicadamente, su sistema nervioso, estimulando la liberación de ciertas endorfinas en su cerebro..., haciéndole drogarse a sí mismo, hasta una placentera relajación y aceptación. Su cuerpo estaba negándose a permitirle caer en el pánico. Y, a medida que era envuelto por la unión que él notaba más como un ahogarse que un unirse, no dejaba de intentar abalanzarse hacia el pánico, sólo para encontrarse con que su emoción era apagada en algo que casi era placer. Notaba como si algo estuviera arrastrándose hacia abajo por su garganta, sin poder conseguir soltar una tos refleja que lo lanzase fuera.

El Akjai podría haberle ayudado más, podría haber suprimido toda incomodidad. No lo hizo, se dio cuenta Akin, porque ya le estaba enseñando. Akin luchó por controlar sus propios sentimientos, se esforzó por aceptar la cercanía en que se disolvía su ser.

La aceptó gradualmente. Descubrió que, con un cambio de su atención, podía percibir tal como lo hacía el Akjai: un mundo silencioso, básicamente táctil. Podía ver..., ver mucho más de lo que podía ver Akin en aquella habitación en penumbra. Podía ver la mayor parte de las formas de radiación electromagnética. Podía mirar una pared y ver grandes diferencias en la carne, allá donde Akin no veía ninguna. Y conocía..., lo podía ver, el aparato circulatorio de la nave. Podía ver, de algún modo, las más cercanas placas exteriores. Y resultaba que las más cercanas placas exteriores estaban a alguna distancia por encima de sus cabezas, allá donde los sentidos de Akin, entrenados en la Tierra, le habían dicho que debía de estar el cielo. El Akjai sabía todo esto, y más, simplemente mirando. Además, estaba en constante contacto táctil con Chkahichdahk. Si lo deseaba, podía saber lo que estaba haciendo la nave en cualquier momento, en cualquier parte de su enorme cuerpo de nave. De hecho, lo sabía, pero no se preocupaba porque nada requería su atención. De todas las muchas cosas pequeñas que habían ido mal o estaban a punto de irlo, se estaban cuidando otros. Pero el Ajkai podía saberlo a través del contacto de sus múltiples miembros sensoriales con el suelo de la nave.

Lo asombroso era que también Taishokaht lo sabía. Los treinta y dos dedos de sus dos pies desnudos le decían exactamente lo mismo que le estaban diciendo al Akjai. Nunca había observado que ningún oankali hiciera esto allá en casa. Desde luego, él nunca lo había hecho con su muy humano pie de cinco dedos.

Ya no tenía miedo.

Sin importar lo muy unido que estuviera a los dos ooloi, aún era consciente de sí mismo. También era consciente de ellos, de sus cuerpos y de sus sensaciones. Pero, de algún modo, ellos aún eran ellos, y él era él. Se sentía como si fuese una mente incorpórea, flotante, como las almas de las que hablaban en sus iglesias algunos resistentes, como si estuviese mirando desde algún ángulo imposible y viéndolo todo, incluido su propio cuerpo que ahora estaba recostado contra el Akjai. Trató de mover su mano izquierda, y

la vio moverse. Trató de mover uno de los miembros del Akjai, y en cuanto comprendió sus nervios y musculatura, el miembro se movió.

—¿Lo ves? —le dijo el Akjai, con sus toques extrañamente parecidos a como si fuera el mismo Akin tocándose su propia piel—. La gente no se pierde. Y tú puedes hacerlo.

Podía. Examinó el cuerpo de Akjai, comparándolo con el de Taishokaht y el suyo propio.

—¿Cómo puede la gente Dinso y Toaht abandonar unos cuerpos tan fuertes y versátiles para comerciar con los humanos? —preguntó.

Ambos ooloi parecieron divertidos.

—Sólo preguntas eso porque no conoces tu propio potencial —dijo el Akjai—. Ahora te mostraré la estructura de un tilio. Tú ni siquiera lo conoces de un modo tan completo como le es posible conocerlo a un niño. Cuando lo comprendas, te mostraré las cosas que pueden ir mal en él y lo que tú puedes hacer al respecto.

7

Mientras viajaba por la nave, Akin vivió con el Akjai. Éste le enseñó, sin ocultarle nada que pudiese absorber. Aprendió a comprender no sólo a los animales de Chkahichdahk y de la Tierra, sino también a las plantas. Cuando solicitó información acerca de los cuerpos de los resistentes, el Akjai halló a varios ooloi Dinso que estaban de paso. En cuestión de minutos aprendió todo lo que le podían enseñar. Luego le facilitó la información a Akin en una larga serie de lecciones.

—Ahora sabes más de lo que tú mismo te das cuenta —le dijo el Akjai cuando le hubo pasado su información acerca de los humanos—. Tienes información que no serás *capaz* de usar hasta que se haya producido tu propia metamorfosis.

—Sé mucho más de lo que pensé que podría aprender —le contestó Akin—. Sé lo suficiente como para curar úlceras en el estómago de un resistente, o cortes y pinchazos en su carne y órganos internos.

—Eka, no creo que te lo permitan hacer.

—Sí, lo harán. Al menos, lo harán hasta que yo cambie. Algunos sí me lo permitirán.

—¿Qué es lo que quieres para ellos, Eka? ¿Qué te gustaría darles?

—Lo que vosotros tenéis. Lo que vosotros sois. —Akin estaba sentado con la espalda apoyada en el curvado costado del Akjai. Éste podía tocarle con varios miembros y darle uno, sensorial, para transmitirle sus señales. Se lo dijo—: Quiero un Akjai Humano.

—He oído que ése es tu deseo. Pero tu especie no puede coexistir con ellos. No de un modo separado. Eso lo sabes.

Akin extrajo el delgado y brillante miembro de su boca y lo miró. Le caía bien el Akjai. Ya llevaba meses siendo su profesor. Le había llevado a lugares de la nave que la mayoría de la gente no vería jamás. Había disfrutado con su fascinación y, deliberadamente, le había ido sugiriendo otras cosas que podría estar interesado en aprender. Akin era, afirmaba el ooloi, un estudiante mucho más dinámico que los que había tenido antes.

Era un amigo. Quizá pudiera hablarle, llegar a él como no había podido llegar a su familia. Quizá pudiera confiar en él. Probó otra vez el miembro.

—Quiero hacer un lugar para ellos —le explicó—. Sé lo que le pasará a la Tierra, pero hay otros mundos. Podríamos cambiar el segundo o el cuarto planeta..., hacerlos más parecidos a la Tierra. Unos pocos de nosotros podríamos hacerlo. He oído que no hay nada vivo en ninguno de ellos.

—No hay allí nada con vida. Se podría transformar más fácilmente el cuarto que el segundo mundo.

—¿Se puede hacer?

—Sí.

—Era tan obvio... Pensé que quizá me equivocase, que quizá hubiese

olvidado algo.

—El tiempo, Akin.

—Se ponen las cosas en marcha y se pasa el control a los resistentes. Necesitarán metal, maquinaria, cosas que puedan controlar.

—No.

Akin enfocó toda su atención en el Akjai. No estaba diciendo: no, no podemos darles a los humanos sus máquinas; estaba diciendo: no, los humanos no necesitan máquinas.

—Podemos hacer posible que vivan en el cuarto mundo —dijo—. Y no *necesitarán* máquinas. Y, si las quisiesen, tendrían que fabricárselas ellos mismos.

—Yo ayudaría en ello. Haría todo lo que fuese necesario.

—Cuando cambies, querrás tener una unión matrimonial.

—Lo sé, pero…

—No lo sabes. La necesidad es más fuerte de lo que puedas comprender ahora.

—Ya es —proyectó humor— bastante fuerte ahora. Sé que, tras la metamorfosis, seré diferente. Si tengo que juntarme, pues habré de juntarme. Encontraré gente que quiera trabajar en esto conmigo. Debe de haber otros a los que pueda convencer.

—Hállalos ahora.

Sobresaltado, Akin no dijo nada por un momento.

—¿Quieres decir con eso que ya estoy cerca de la metamorfosis?

—Más cerca de lo que te piensas. Pero no era a eso a lo que me refería.

—¿Estás de acuerdo conmigo en que puede hacerse? ¿Los resistentes pueden ser trasplantados? ¿Puede serles devuelta su fertilidad de humano con humana?

—Es posible, si puedes lograr un consenso. Pero, si logras un tal consenso, quizá descubras que has elegido un trabajo para toda tu vida.

—¿Acaso ese trabajo para mí no fue elegido, hace ya muchos años?

El Akjai dudó.

—Conozco eso. Los Akjai no tuvimos nada que ver en esa decisión de dejarte durante tanto tiempo entre los resistentes.

—No creía que hubieseis tenido nada que ver. Nunca me ha sido posible hablar de ello con nadie que yo crea que participó en la toma de esa decisión…, que escogió separarme de mi más cercana compañera de camada.

—Y, aun así, ¿harás el trabajo que fue elegido para ti?

—Lo haré. Pero lo haré por los humanos, y por la parte de humano que hay en mí. No por los oankali.

—Eka…

—¿Crees que debería mostrarte lo que yo puedo sentir, *todo* lo que puedo sentir con Tiikuchahk, mi más cercana compañera de camada? ¿Debería mostrarte todo lo que he tenido con ella? Todos los oankali, todos los construidos, tienen algo que, reunidos los oankali y los construidos, decidieron negarme a mí.

—Muéstramelo.

Akin se sobresaltó de nuevo. Pero, ¿por qué? ¿Qué oankali se negaría a recibir una nueva sensación? Recordó para el Akjai toda la chirriante, cortante disonancia de su relación con Tiikuchahk. Duplicó las sensaciones en el cuerpo del Akjai, junto con la revulsión que le hacían sentir, y la necesidad que tenía de evitar aquella persona a la que tan próximo debía haberse sentido.

—Pienso que Tiikuchahk casi desearía ser un macho para evitar tener cualquier sentimiento sexual —acabó.

—El manteneros separados fue un error —aceptó el Akjai—. Ahora puedo ver por qué se hizo, pero fue un error.

Con anterioridad, sólo la familia de Akin había dicho esto. Y lo habían dicho porque él era uno de ellos, y les dolía verle dolido. Les dolía ver a la familia desequilibrada por un par de compañeros de camada emparejados que no habían logrado emparejarse. La gente que nunca había tenido compañeros de camada cercanos o cuyos compañeros de camada próximos habían muerto no dañaban tanto el equilibrio como lo hacían compañeros de camada cercanos que no lograban conexionarse.

—Deberías regresar con tus parientes —le dijo el Akjai—. Hazles buscaros un joven ooloi para ti y para tu compañera de camada. No deberías de pasar por tu metamorfosis, con tanto dolor separándote de tu compañera de camada.

—Ti hablaba de hallar a un joven ooloi, antes de que la dejase para venir a estudiar contigo. No creo que pudiera soportar el compartir con ella un ooloi.

—Lo harás —le dijo el Akjai—. Es preciso. Vuelve ya, Eka. Puedo sentir lo que tú sientes, pero no importa. Algunas cosas duelen. Ahora regresa y reconcíliate con tu compañera de camada. Después vuelve a mí y te hallaré nuevos maestros…, gente que conozca los procesos de transformar un mundo frío, seco y sin vida en algo en lo que puedan sobrevivir los humanos.

El Akjai estiró su cuerpo y rompió el contacto con él. Cuando Akin se quedó quieto, mirándolo, no deseando abandonarlo, se dio la vuelta y fue él quien se marchó, abriendo el suelo bajo su cuerpo y hundiéndose en el agujero que había practicado. Akin dejó que el agujero se cerrase por sí mismo, sabiendo que, una vez estuviese sellado, no hallaría al Akjai hasta que él quisiese ser hallado.

8

El ooloi subadulto era un pariente de Taishokaht, y su nombre personal en este estadio de su vida era Jah-dehkiaht. Dehkiaht había estado viviendo con Tiikuchahk y la familia de Taishokaht, esperando a que él regresase de su estancia entre los Akjai.

El joven ooloi parecía asexuado, pero no olía a asexuado. No desarrollaría sus brazos sensoriales hasta su segunda metamorfosis. Esto hacía que su aroma aún resultase más asombroso y desconcertante.

Nunca antes se había sentido Akin excitado por el aroma de un ooloi. Le gustaban, pero únicamente se había sentido atraído sexualmente por las mujeres construidas o humanas. Y, de todos modos, ¿qué podía hacer por uno, sexualmente hablando, un ooloi inmaduro?

Akin dio un paso atrás en el momento en que captó el olor del ooloi. Miró a Tiikuchahk, que estaba con el ooloi y se lo había presentado, con clara ansiedad.

No había nadie más en la habitación. Akin y Dehkiaht se miraron el uno al otro.

—No eres lo que pensaba —susurró el ooloi—. Ti me lo dijo, me lo mostró..., y aun así no lo entendí.

—¿Qué es lo que no entendiste? —preguntó Akin, dando otro paso atrás. No quería sentirse tan atraído por alguien que, claramente, estaba ya tan bien relacionado con Tiikuchahk.

—Que tú mismo eres una especie de subadulto —le contestó Dehkiaht—. Tu estadio de crecimiento es más parecido al mío que al de Ti.

Aquello era algo que nunca antes le había dicho nadie. Casi le hizo olvidar el aroma del ooloi.

—Según dice Nikanj, aún no soy fértil.

—Tampoco lo soy yo. Pero en los ooloi esto es tan obvio, que nadie podría llamarse a engaño.

Para su propio asombro, Akin se echó a reír. Igual de repentinamente, se calmó.

—No sé cómo funciona esto —admitió.

Silencio.

—Nunca antes quise que funcionara. Ahora sí quiero. —No miró a Tiikuchahk. No podía evitar mirar al ooloi, aunque temía que pudiese descubrir que sus motivos para desear el éxito tenían poco que ver con él o con Tiikuchahk. Nunca se había sentido tan desnudo como ahora ante aquel ooloi inmaduro. No sabía qué hacer o decir.

Se le ocurrió que estaba actuando exactamente del mismo modo en que lo había hecho la primera vez que se había dado cuenta de que una mujer resistente estaba tratando de seducirlo.

Inspiró profundamente, sonrió y agitó la cabeza. Se sentó en una plataforma.

—Estoy reaccionando de un modo muy humano a una cosa muy inhumana —dijo—: A tu aroma. Si puedes hacer algo para suprimirlo, te agradecería que lo hicieses. Está confundiéndome de una jodida manera.

El ooloi alisó sus tentáculos corporales y se dobló sobre otra plataforma.

—No sabía que los construidos dijesen palabrotas

—Uno habla como oyó mientras crecía. ¿Qué efecto te causa a ti este aroma, Ti?

—Me gusta —respondió Tiikuchahk—. Hace que no me importe el que estés en esta habitación.

Akin trató de considerar esto, sobreponiéndose al distrayente aroma.

—Sí, a mí también apenas me deja darme cuenta de que estás en la habitación.

—¿Lo ves?

—Pero..., esto..., si se puede evitar, yo no quiero sentirme así todo el tiempo.

—Tú eres el único de los de aquí que *podría* hacer algo al respecto —le dijo Dehkiaht.

Akin hubiera deseado estar de vuelta con su maestro Akjai, un ooloi adulto que jamás le había hecho sentirse así. Ningún ooloi adulto le había hecho sentirse así.

Dehkiaht le tocó.

No se había dado cuenta de que el ooloi se le hubiera acercado. Así que literalmente saltó. Se sintió más ansioso que nunca de tener una satisfacción que este ooloi no le podía dar. Sabiéndolo, la frustración casi le hizo apartar de un empujón a Dehkiaht; pero él era un ooloi: tenía aquel increíble aroma. No podía ni empujarlo ni golpearle. En lugar de ello hizo una finta, apartándose de él. Lo había tocado tan sólo con su mano, pero aun esto era demasiado. Así que llegó hasta una de las paredes externas de la habitación antes de poder detenerse. El ooloi, claramente sorprendido, se limitó a mirarle.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo, ¿verdad? —le preguntó Akin. Jadeaba un poco.

—Creo que no —admitió el ooloi—. Y todavía no puedo controlar mi aroma. Quizá no pueda ayudaros.

—¡No! —dijo muy alto Tiikuchahk—. Los adultos dijeron que nos podías ayudar..., y a mí me ayudas.

—Pero le he hecho daño a Akin. No sé cómo dejar de hacerle daño.

—Tócale. Compréndelo del modo que me has comprendido a mí. Entonces sabrás cómo.

La voz de Tiikuchahk impidió a Akin pedirle al ooloi que se marchase. Sonaba..., no sólo aterrada, sino también desesperada. Era su compañera de camada, tan atormentada por la situación como lo estaba él. Y era una niña.

Mucho más infantil aún que él: más joven, y realmente eka.

—De acuerdo —dijo, infeliz—. Tócame, Dehkiaht. Me quedaré quieto.

Se mantuvo quieto, contemplándolo en silencio. Casi le había golpeado. De no haberse retirado con tanta rapidez, posiblemente le hubiera pegado, haciéndole daño, y entonces, muy probablemente, el ooloi le hubiera aguijoneado en un acto reflejo, causándole a su vez un gran dolor. Y, claro, ahora Dehkiaht necesitaba algo más que las palabras de Akin para estar seguro de que éste no volvería a hacer una cosa así.

Se obligó a caminar hacia Dehkiaht. Su aroma le hacía desear correr hacia él y abrazarlo. Su inmadurez y su relación con Tiikuchahk le hacían desear correr en la otra dirección, huyéndole. De algún modo, consiguió cruzar la habitación y llegar hasta él.

—Échate —le dijo el ooloi—. Te ayudaré a dormir. Cuando haya terminado, sabré si puedo ayudarte de algún otro modo.

Akin se recostó en la plataforma, ansioso por hallar el descanso en el sueño. Los ligeros toques de los tentáculos de la cabeza del ooloi eran un estímulo casi insoportable, y el sueño no le llegó tan rápidamente como debería. Al fin se dio cuenta de que su estado de excitación hacía que el sueño le resultase imposible.

El ooloi pareció entender esto al mismo tiempo. Hizo algo que Akin no fue lo bastante rápido como para ver lo que era, y de repente ya no estuvo excitado. Y luego ya no estuvo despierto.

9

Akin se despertó solo.

Se alzó, sintiéndose ligeramente adormilado pero sin cambio alguno, y vagó por la vivienda de Lo Toath, buscando a Tiikuchahk, a Dehkiaht, a cualquiera. No encontró a nadie hasta que salió fuera. Allí, la gente se ocupaba de sus asuntos, como habitualmente, en medio de un paisaje que parecía un tranquilo e increíblemente cuidado bosque. Los verdaderos árboles no crecían tan altos como estas proyecciones, con aspecto de árbol, de la nave; pero la ilusión de estar en un terreno ondulado y boscoso era inescapable. Aquello era, pensó Akin, demasiado civilizado, demasiado planificado. Aquí no había posibilidad de escapadas, en busca de nuevos alimentos, para los niños con ansias de explorar: la nave les daba comida cuando se la pedían y, una vez se la enseñaba a sintetizar un alimento, jamás lo olvidaba. No había plátanos, o papayas, o piñas que cortar, ni mandioca que arrancar, ni boniatos que excavar; no había aquí ninguna cosa viviente que creciese, como no fueran los apéndices de la nave. Claro que, por ejemplo, se podían hacer crecer perfectos «boniatos» en los pseudoárboles, si un adulto oankali o construido se lo pedía a Chkahichdahk.

Alzó la vista hacia las ramas que se extendían sobre su cabeza, y no vio colgar de los pseudoárboles otra cosa que los habituales tentáculos verdes, finos como cabellos, productores de oxígeno.

¿Por qué estaba pensando en tales cosas? ¿Sería nostalgia del hogar? ¿Dónde estaban Dehkiaht y Tiikuchahk? ¿Por qué lo habían dejado solo?

Acercó la cara al pseudoárbol del que había emergido y lo probó con su lengua, permitiendo que la nave lo identificase y así le diese cualquier mensaje que hubieran dejado para él.

La nave lo hizo: «Espera», decía el mensaje. Nada más. Entonces, no lo habían abandonado. Lo más probable era que Dehkiaht hubiera llevado lo que había aprendido de Akin a algún ooloi adulto, para que se lo interpretase. Probablemente, cuando regresase, su aroma sería aún todo un tormento. Tendría que cambiárselo un adulto..., o tendrían que cambiarlo a él. Hubiera sido más fácil que los adultos hubiesen hallado, directamente, una solución para Tiikuchahk y para él.

Entró de nuevo, para esperar, y de inmediato supo que Dehkiaht, al menos, había regresado.

Lo podría haber hallado sin usar la vista. De hecho, su aroma lo dominaba de tal modo que apenas si podía ver, oír o sentir nada. Era aún peor que antes.

Descubrió que sus manos estaban sobre el ooloi, aferrándolo como si esperase que fueran a arrebatárselo, como si fuera de su absoluta propiedad.

Luego, de un modo gradual, fue *capaz* de irlo dejando ir, capaz ya de pensar y enfocarse en otra cosa que no fuera su anonadante aroma. Se dio cuenta de que volvía a estar tendido. Tendido al costado de Dehkiaht, apretado contra él, y muy cómodo.

Contento.

El aroma de Dehkiaht seguía siendo interesante, aún le resultaba excitante, pero ya no era dominante. Deseaba permanecer junto al ooloi, se notaba posesivo sobre su persona, pero ya no estaba tan totalmente enfocado en él. Le gustaba. Había sentido lo mismo por las mujeres resistentes, que le habían dejado hacer el amor con ellas, y que lo veían como algo más que un contenedor de esperma, que esperaban que fuese fértil.

Inspiró profundamente y disfrutó con los muchos y suaves contactos *de* los tentáculos de la cabeza y el cuerpo de Dehkiaht.

—Mejor —suspiró—. ¿Seguiré así, o tendrás que irme reajustando?

—Si te quedases así, nunca harás trabajo alguno —le dijo el ooloi, aplastando, divertido, sus tentáculos libres contra la piel—. No obstante, esto es bueno…, especialmente después de lo otro. Tiikuchahk está aquí.

—¿Ti? —Akin alzó la cabeza sobre el cuerpo del ooloi—. No había…, no te noto.

Ella le dedicó una sonrisa humana.

—Yo sí te noto, pero no más que a cualquier otra persona de la que esté cerca.

Sintiéndose extrañamente despojado, Akin tendió la mano por encima de Dehkiaht para tocarla.

El ooloi le tomó la mano y se la volvió a colocar al costado.

Sorprendido, Akin enfocó todos sus sentidos en él.

—¿Por qué te preocupa si toco a Ti o no? No eres maduro y no nos hemos atriado.

—Sí, no formamos un trío, pero sin embargo me preocupa. Sería mejor si, durante un tiempo, no os tocaseis el uno al otro.

—No…, no quiero estar ligado a ti.

—No podría ligarte. Esto es lo que me confundió tanto. Volví con mis padres, para mostrarles lo que había aprendido acerca de ti, y pedirles su consejo. Ellos dicen que no se te puede ligar. No has sido construido para ser ligado.

Akin se apretujó contra Dehkiaht, queriendo estar más cerca de él, aceptando con satisfacción el inadecuado brazo de fuerza con que el ooloi le rodeó. No era propio de los oankali el colocar brazos de fuerza alrededor de la gente, o el acariciar con manos de fuerza. Alguien debía de haberle dicho a Dehkiaht que, tanto humanos como construidos, hallaban reconfortantes tales gestos.

—Me ha sido dicho que vagaré —explicó—. Ya ahora, cuando estoy en la Tierra, ando errante; aunque siempre acabo por volver al hogar. Temo que, cuando sea adulto, no tendré un hogar.

—Lo será tu hogar —le dijo Tiikuchahk.

—No del modo en que lo será para ti. —Casi seguro de que se

convertiría en una hembra y entraría a formar parte de una familia similar a la que le había criado a él. O se juntaría con un macho construido, como él, o con sus hermanos nacidos de oankali. Incluso entonces, tendría un ooloi y niños con los que vivir. Pero, ¿con quién viviría él? La casa de sus padres seguiría siendo el único verdadero hogar que hubiese conocido.

—Cuando seas adulto —le dijo Dehkiaht—, tú mismo conocerás lo que puedes hacer. Y sabrás lo que deseas hacer. Te parecerá bueno.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió, amargamente, Akin.

—No tienes taras. Incluso antes de ir a consultar con mis padres me di cuenta de que hay una totalidad en ti..., una fuerte totalidad. No sé si serás lo que tus padres querían que fueses, pero, sea lo que sea en lo que te conviertas, estarás completo. Tendrás dentro de ti todo lo que necesites para autocontentarte. Sólo tendrás que hacer aquello que te parezca lo correcto.

—¿Abandonar a mis compañeros e hijos?

—Sólo si eso es lo que te parece correcto.

—Algunos machos humanos lo hacen. Sin embargo, a mí no me parece correcto.

—Haz lo que te parezca correcto. Ya desde ahora.

—Te diré lo que, a mí, me parece correcto. Ambos deberíais de saberlo. Es lo que a mí me ha parecido correcto, ya desde pequeño. Y seguirá siendo lo correcto, sin importar cuál resulte ser mi situación conyugal.

—¿Y por qué deberíamos saberlo?

No era ésta la pregunta que Akin se esperaba. Se quedó quieto, pensativo, en silencio. Desde luego, ¿por qué?

—Si me sueltas, ¿volveré a perder el control?

—No.

—Entonces suéltame. Para ver si aún sigo queriendo contároslo.

Dehkiaht le soltó, y él se sentó, mirándolos a ambos. Tiikuchahk, al lado del ooloi, tenía el aspecto de estar justamente en el sitio que debía. Y a Dehkiaht se le veía..., se le veía como alguien que, también a él, le resultaba aterradoramente necesario. Mirándolo, le volvieron a entrar ganas de acostarse con él. Se imaginó regresando a la Tierra sin él, dejándoselo a otra pareja, para que se atriase con él. Si así era, ellos madurarían y seguirían con él, y el aroma de sus cuerpos animaría al cuerpo del ooloi a madurar rápidamente. Y, cuando hubiese madurado, serían una familia. Una familia Toath, si se quedaban a bordo de la nave.

Y él mezclaría niños construidos para esa otra gente.

Akin se bajó de la plataforma cama y se sentó al borde de la misma. Allá le resultaba más fácil pensar. Antes de hoy jamás había tenido aquellas apetencias sexuales por un ooloi..., ni había tenido idea de cómo podían afectarle esas ansias. El ooloi decía que no podían ligarle a él. Aparentemente, los adultos deseaban estar atados a un ooloi..., para ser unidos y entretejidos en una familia. Akin estaba confuso respecto a lo que

él deseaba, pero sí sabía que no deseaba que Dehkiaht fuera estimulado a madurar por otra gente. Lo quería en la Tierra con él. Y, no obstante, no quería estar ligado *a* él. ¿Cuánto de lo que sentía era simplemente químico..., resultado del provocativo aroma del ooloi y de su habilidad para hacerle sentirse bien a su cuerpo?

—Los humanos son más libres para decidir lo que desean —dijo en voz baja.

—Sólo creen serlo —le replicó Dehkiaht.

Sí. Lilith no era libre. Una repentina libertad la hubiera aterrorizado, aunque a veces pareciera desearla. A veces, tensaba al máximo los nexos de unión con la familia. Vagaba. Aún lo hacía, pero siempre volvía a su hogar. Por su parte, Tino probablemente se mataría si lo liberasen. Pero, ¿y qué pasaba con los resistentes? Se hacían cosas terribles los unos a los otros porque no podían tener hijos. Pero, antes de la guerra..., durante la guerra, se habían hecho cosas terribles los unos a los otros, a pesar de que sí podían tener hijos. La Contradicción Humana los tenía aferrados: la inteligencia al servicio de un comportamiento jerárquico. No eran libres. Y todo lo que podía hacer por ellos, si es que podía hacer algo por ellos, era dejarles seguir esclavizados según sus propias costumbres. Quizá la próxima vez su inteligencia estuviera equilibrada con su comportamiento jerárquico, y no se destruyesen a sí mismos.

—¿Vendrás a la Tierra con nosotros? —le preguntó a Dehkiaht.

—No —contestó éste, con voz queda.

Akin se alzó y le miró. Ni él ni Tiikuchahk se habían movido.

—¿No?

—No puedes pedírmelo en nombre de Tiikuchahk. Y Tiikuchahk no sabe aún si será macho o hembra. Así que no puede pedirlo por sí misma.

—No te he pedido que me prometieses atriarte con nosotros, cuando todos seamos adultos. Te he pedido que vengas a la Tierra. Quédate con nosotros por ahora. Luego, cuando sea adulto, espero tener un trabajo que te interesará.

—¿Qué trabajo?

—El dar vida a un mundo muerto, y luego entregar ese mundo a los resistentes.

—¿A los resistentes? Pero...

—Quiero convertirlos en los Akjai humanos.

—No sobrevivirán.

—Quizá no.

—No hay un quizá: no sobrevivirán a su Contradicción.

—Entonces, que sean ellos los que fracasen. Al menos, démosles la libertad de fallar.

Silencio.

—Dejadme enseñároslos..., no sólo sus interesantes cuerpos y el modo en que existen aquí y en los poblados comerciales de la Tierra. Dejadme mostrároslos tal como son cuando no hay oankali alrededor.

—¿Por qué?

—Porque, al menos, deberíais conocerlos antes de que les neguéis el seguro que los oankali siempre exigen para sí mismos. —Subió a la plataforma y miró de cerca a Tiikuchahk, y le preguntó—: ¿Quieres participar?

—Si —contestó solemnemente el ooloi—. Esta será la primera vez, desde que nací, en que soy capaz de tomar de ti impresiones sin que algo vaya mal.

Akin se echó junto al ooloi. Se acercó a él, con su boca contra la piel de su cuello, con sus muchos tentáculos corporales y craneales ligados a él y a Tiikuchahk. Luego, cuidadosamente, al estilo de un narrador de cuentos, les dio la experiencia de su secuestro, cautividad y conversión. Todo lo que él había sentido se lo hizo sentir a ellos. E hizo algo que no había sabido que pudiese hacer: los avasalló de tal modo que durante un tiempo él mismo fue, a la vez, cautivo y convertido. Les hizo a ellos lo que el abandono de los oankali le había hecho a él en su niñez: hizo que el ooloi entendiese, a un absoluto nivel personal, lo que él había sufrido y aquello en lo que había acabado por creer. Y, hasta que hubo terminado, ni Dehkiaht ni Tiikuchahk pudieron escapar.

Pero, cuando hubo terminado, cuando los soltó, ambos lo dejaron solo. No le dijeron nada: simplemente, se levantaron y se marcharon.

10

El Akjai habló con los demás en pro de Akin. Éste ni se había imaginado que su maestro fuera a hacer esto: un ooloi Akjai diciéndoles a los otros oankali que debía de haber un Akjai de los humanos. Habló a través de la nave, e hizo que Chkahichdahk mandase una señal a los poblados comerciales de la Tierra. Pidió un consenso, y luego les mostró a los oankali y construidos de Chkahichdahk lo que Akin les había mostrado a Dehkiaht y Tiikuchahk.

Tan pronto como terminó la experiencia, la gente empezó a objetar a causa de la intensidad de la misma, protestando por haber sido avasallados de tal manera, negándose a aceptar la idea de que esto pudiera haber sido la experiencia de un niño tan pequeño.

Nadie comentó la idea de un Akjai de los humanos. Por algún tiempo, ni siquiera la mencionó nadie...

Akin percibió lo que pudo a través del Akjai, echándose atrás cuando la transmisión era demasiado rápida o demasiado intensa. Cuando se echaba atrás, le parecía como si subiese hasta la superficie del agua a por aire. Se halló jadeando, casi exhausto en cada ocasión. Pero cada vez volvía, necesitando sentir lo que sentía el Akjai, necesitando seguir las respuestas de los demás. Era raro para los niños el tomar parte en un consenso por más de unos pocos segundos. Ningún niño, a no ser que estuviera muy implicado en el tema, desearía tomar parte durante más tiempo.

Akin podía notar cómo la gente evitaba el tema del Akjai de los humanos. No comprendía sus reacciones a ello: un apartarse, un ponerse al margen, una negativa, una revulsión. Esto le confundía, y trató de comunicar su confusión al ooloi Akjai.

Éste, al principio, pareció no darse cuenta de su interrogatorio sin palabras. Estaba absolutamente ocupado en la transmisión con los otros. Pero, repentinamente aunque con suavidad, aferró a Akin de modo que éste no pudiera cortar el contacto. Y transmitió su asombro, dejando saber a la gente que estaban experimentando las emociones de un niño construido..., un niño demasiado humano como para poder comprender de un modo natural sus reacciones. Un niño demasiado oankali y demasiado próximo a ser adulto como para que pudieran permitirse desdeñarlo.

Temieron por él, temieron que su búsqueda de un consenso fuera demasiado para un niño. El Akjai les dejó ver que estaba protegiéndolo, pero que sus sentimientos debían ser tenidos en cuenta. Y luego enfocó en los adultos construidos que había a bordo de la nave. Les señaló que los nacidos de humana que había entre ellos habían tenido que aprender que la comprensión de la vida de los oankali era una cosa inexpresable en sí misma. Algo que estaba por encima de todo comercio. La vida podía ser cambiada, cambiada de un modo radical; pero no destruida. La especie humana podía cesar de existir de un modo independiente, fundiéndose con la oankali. Akin, les dijo, aún estaba aprendiendo esto.

Alguien le interrumpió: ¿Podía dárseles a los humanos sus vidas independientes y permitírseles cabalgar a lomos de su Contradicción hacia

sus muertes? Darles de nuevo su existencia independiente, su fertilidad, su propio territorio, era ayudarles a criar una nueva población, sólo para que se destruyese por segunda vez.

Muchas respuestas se unieron a través de la nave en una sola:

—Les hemos dado lo que podemos de las cosas que ellos valoran: les hemos proporcionado una larga vida, les hemos liberado de la enfermedad, les hemos dejado que vivan como quieran. No podemos ayudarles a crear más vida, sólo para acabar destruyéndola.

—Entonces, dejadnos hacerlo a mí y a los que elijan trabajar conmigo —les dijo Akin a través del Akjai—. Dadnos las herramientas que necesitamos, y dejadnos darles a los humanos las cosas que necesitan. Tendrán un nuevo mundo para colonizar…, un mundo difícil, que seguirá siéndolo aún después de que nosotros se lo hayamos preparado. Quizá, para cuando hayan aprendido las habilidades necesarias y hayan crecido demográficamente hasta ser los bastantes como para colonizarlo, pese menos en ellos la Contradicción. Puede que esta vez su inteligencia les detenga antes de destruirse a sí mismos.

No hubo nada. Un equivalente neurosensorial al silencio. Una negativa.

Llegó hasta ellos una vez más, a través del Akjai, luchando contra la repentina exhaución. Sólo lo mantenían consciente los esfuerzos del Akjai.

—Mirad a los nacidos de humana que hay entre vosotros —les dijo—. Si vuestra carne sabe que habéis hecho todo lo que podéis por la Humanidad, su carne debe de saber que los humanos resistentes deben sobrevivir como una especie separada, autosuficiente. ¡Su carne debe saber que la Humanidad tiene que vivir!

Se detuvo. Habría seguido, pero era el momento justo para detenerse. Si no había dicho lo bastante, si no les había mostrado lo bastante, si no había supuesto correctamente acerca de los nacidos de humana, había fracasado. Debería intentarlo de nuevo cuando fuese un adulto, o tendría que hallar gente que le ayudase a pesar de la opinión de la mayoría. Esto sería difícil, quizá imposible; pero debía de ser intentado.

Mientras se daba cuenta de que iba a ser desconectado, escudado por el Akjai, notó confusión entre el pueblo. Confusión y disensión.

—Duerme —le aconsejó el ooloi—. Eres demasiado joven para esto. Ahora argumentaré yo por ti.

—¿Por qué? —preguntó. Casi estaba ya dormido, pero la pregunta era como una picazón en su cerebro—. ¿Por qué te preocupas tú tanto, cuando ni siquiera mi grupo allegado lo hace?

—Porque tienes razón —le contestó el Akjai—. Pequeño construido, a toda la gente que sabe lo que es acabar debería permitírsele continuar, si es que puede continuar. Duerme.

El Akjai enroscó parte de su cuerpo a su alrededor, de modo que quedó tendido sobre una amplia curva de carne viva. Durmió.

11

Tiikuchahk y Dehkiaht estaban con él cuando despertó. También el Akjai estaba allí, pero se dio cuenta de que no había estado con él durante todo el tiempo. Tenía recuerdos del ooloi marchándose y regresando con Tiikuchahk y Dehkiaht. Mientras Akin contemplaba su entorno, vio al Akjai atraer a Dehkiaht en un alarmante abrazo, alzando por los aires al niño ooloi y agarrándolo con una docena de miembros.

—Querían aprender cosas el uno del otro —le explicó Tiikuchahk. Éstas eran las primeras palabras que le dirigía desde que les había forzado a experimentar sus recuerdos.

Se sentó y enfocó en ella, interrogativamente.

—No deberías haber sido *capaz* de agarrarnos y retenernos de aquel modo —le dijo—. Dehkiaht y sus padres dicen que ningún niño debería poder hacer eso.

—No sabía que pudiera hacerlo.

—Los padres de Dehkiaht dicen que es una habilidad propia de los maestros: es el modo en que, a veces, los adultos enseñan a los ooloi subadultos cuando éstos tienen que aprender algo para lo que realmente no están preparados. Nunca habían oído que lo pudiese hacer un macho subadulto.

—Pero Dehkiaht dice que eso es lo que soy.

—Sí, es lo que eres. Supongo que a las mujeres construidas nacidas de humana también se les podría llamar subadultas. Pero en eso tuyo eres el primero..., una vez más.

—Lamento que no te gustase lo que hice. Trataré de no volverlo a hacer.

—No lo vuelvas a hacer; al menos a mí. El Akjai dice que lo aprendiste aquí.

—Así debe de haber sido..., y sin que yo me enterase. —Hizo una pausa, contemplando a Tiikuchahk. Estaba sentada junto a él y, aparentemente, se encontraba cómoda—. ¿Todo está bien entre nosotros?

—Eso parece.

—¿Me ayudarás?

—No lo sé. —Enfocó intensamente en él—. Aún no sé lo que soy. Ni siquiera sé lo que quiero ser.

—¿Deseas a Dehkiaht?

—Me gusta. Nos ha ayudado, y me siento mejor cuando anda cerca. Si yo fuera como tú, probablemente querría conservarlo.

—Yo quiero.

—Él también te desea a ti. Dice que eres la persona más interesante que ha conocido. Creo que te ayudará.

—Si te conviertes en hembra, podrías unirte a nosotros..., aparearte

con él.

-¿Y tú?

Apartó la vista.

—No puedo imaginar cómo me sentiría si lo tuviese a él y no a ti. Lo que he sentido de él, en parte..., eras tú.

—No sé. Nadie sabe aún lo que seré. Aún no puedo sentir lo que tú sientes.

Logró impedirse entrar en discusión. Tiikuchahk tenía razón: normalmente, él pensaba en Ti como hembra, pero su cuerpo era neutro. No podía sentir como él sentía. Y, a pesar de que eran naturales, se sentía asombrado por sus sentimientos. Ahora que Tiikuchahk no era una fuente constante de irritación y confusión, podía empezar a sentir acerca de ella del modo en que la gente acostumbraba a pensar en sus compañeros de camada más íntimos. No sabía si, realmente, deseaba tenerla como a una de sus compañeros de trío... Ni siquiera sabía si un macho errante, como se suponía que iba a ser él, tendría compañeros. El caso es que, ahora, la idea de atriarse con ella le parecía correcta. Ella, Dehkiaht y él mismo. Ése era el modo en que debía ser.

—¿Sabes lo que ha decidido la gente? —le preguntó.

Tiikuchahk agitó la cabeza en un gesto muy humano.

—No.

Tras un tiempo, Dehkiahtk y el Akjai se separaron, y el ooloi subadulto se subió a la larga y ancha espalda del Akjai.

—Venid a uniros a nosotros —le gritó Dehkiaht.

Akin se alzó y comenzó a caminar hacia ellos. Sin embargo, tras él, Tiikuchahk no se movió.

Akin se detuvo, se volvió para darle la cara.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Sí.

—Sabes que el Akjai no te hará daño.

—Me hará daño si cree que el hacérmelo es necesario.

Eso era cierto: el Akjai le había hecho daño a él con el fin de enseñarle..., y le había enseñado más de lo que él se daba cuenta.

—De todos modos, ven. —Ahora deseaba tocar a Tiikuchahk, atraerla hacia él, reconfortarla. Nunca antes había deseado hacer una cosa así. Pero, a pesar del impulso, descubrió que, en realidad, no deseaba tocarla. El ooloi no querría que la tocase. Dehkiaht no lo querría tampoco.

Volvió hacia ella y se sentó a su lado.

—Te esperaré —le dijo.

Tiikuchahk enfocó en él, con sus tentáculos anudándose de un modo lastimoso.

—Ve con ellos —le pidió.

Él no dijo nada. Siguió sentado junto a ella, confortablemente paciente, preguntándose si temía a la unión porque podría hallarse tomando decisiones que aún no se sentía preparada para tomar.

Dehkiaht se limitó a echarse sobre las espaldas del Akjai, y éste siguió acurrucado, descansando sobre su vientre, aguardando. Los humanos decían que nadie sabía aguardar tan bien corno los oankali. Los humanos, quizá recordando sus anteriores cortos períodos de vida, tendían a apresurarse sin razón.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando Tiikuchahk se alzó; él se apresuró a colocarse a su lado. Enfocó en ella y, cuando ella se movió, la siguió hasta el Akjai y Dehkiaht.

El Akjai hizo que su cuerpo adoptara la familiar curva y animó a Tiikuchahk y Akin a sentarse o recostarse contra él. Les dio a cada uno un brazo sensorial, y también le dio otro a Dehkiaht cuando éste se deslizó por una de sus placas para colocarse junto a ellos.

Entonces fue cuando Akin tuvo la primera noticia de lo que los demás habían decidido. Notaba ahora lo que no había sido capaz de sentir antes: que los otros lo veían a él como algo que habían ayudado a crear.

Se suponía que él tenía que decidir el destino de los resistentes. Se suponía que él tenía que tomar la decisión que los Dinso y los Toaht no podían tomar. Se suponía que él tenía que estudiar lo que debía de hacerse, y convencer a los demás de ello.

Había sido abandonado a los resistentes cuando éstos lo habían secuestrado, para que así pudiese estudiarlos como ningún adulto podría, como ningún construido nacido de oankali podría. Todo el mundo conocía los cuerpos de los resistentes, pero nadie conocía su modo de pensar como Akin. Nadie, excepto otros humanos. Y no se les podía permitir a éstos que convencieran a los oankali de que llevasen a cabo esa cosa, profundamente inmoral y antivida, que Akin había decidido que tenía que ser hecha. Los demás habían sospechado lo que decidiría..., lo habían temido. No lo hubiesen aceptado, si él no hubiera sido capaz de sembrar la confusión y lograr un cierto acuerdo entre los construidos, tanto nacidos de oankali como de humana.

Deliberadamente, habían depositado en Akin el sino de los resistentes..., el destino de la raza humana.

¿Por qué? ¿Por qué no en una de las hembras nacidas de humana? Algunas de ellas ya eran adultas antes de que él naciese.

El Akjai le facilitó la respuesta aun antes de que él se diese cuenta de haber hecho la pregunta:

—Eres más oankali de lo que piensas, Akin..., y mucho más oankali de lo que pareces por tu aspecto. Y, sin embargo, eres muy humano. Te aproximas a la Contradicción más de lo que nadie se había atrevido a llegar antes. Eres tanto de ellos como puedas ser, y tanto de nosotros como tu ooan se atrevió a hacerte. Eso te deja con tu propia contradicción. Y eso también te convirtió en la persona más apropiada para elegir por los

resistentes..., para escoger entre una muerte rápida o una muerte larga y lenta.

—O la vida —protestó Akin.

—No.

—Una oportunidad de vida.

—Sólo por un tiempo.

—¿Estás seguro de eso..., y aun así hablaste en mi favor?

—Yo soy Akjai. ¿Cómo puedo negarle a otro pueblo la seguridad de un grupo Akjai? Incluso cuando para este pueblo eso sea una crueldad. Compréndelo, Akin: *es* una crueldad. Tú y aquellos que les ayudéis les daréis las herramientas para crear una civilización que se destruirá a sí misma con tanta seguridad como la hay en que la fuerza de la gravedad va a mantener a su nuevo mundo en órbita alrededor de su sol.

Akin no halló la menor señal de duda o incertidumbre en el Akjai. Creía realmente en lo que estaba diciendo. Creía saber que, de hecho, la Humanidad estaba condenada. Ahora o más tarde.

—El trabajo de tu vida será decidir por ellos —continuó el Akjai—, y luego actuar según tu decisión. El pueblo te dejará hacer lo que creas que es correcto. Pero no debes de hacerlo basándote en la ignorancia.

Akin agitó la cabeza. Podía notar la atención de Tiikuchahk y Dehkiaht centrada en él. Pensó por un tiempo, tratando de digerir la indigerible certidumbre del Akjai. Había confiado en él, y él no le había fallado. No mentía. Podía estar equivocado, pero únicamente si todos los oankali estaban equivocados. Su certidumbre era la certidumbre de los oankali. Una certidumbre de la carne. Habían leído los genes humanos y predicho el comportamiento de la Humanidad. Sabían lo que sabían.

Y, no obstante...

—No puedo no hacerlo —dijo—. Trato, una y otra vez, de decidirme a no hacerlo, pero no puedo.

—Te ayudaré a hacerlo —dijo de inmediato Dehkiaht.

—Busca una compañera hembra a la que puedas estar especialmente unido —le dijo el Akjai—. Akin no se quedará contigo. Eso lo sabes.

—Lo sé.

Ahora el Akjai volvió su atención hacia Tiikuchahk:

—Tú no eres tan infantil como te gustaría ser.

—No sé lo que seré —contestó Ti.

—¿Qué es lo que sientes acerca de los resistentes?

—Secuestraron a Akin. Le hicieron daño y me hicieron daño. No quiero tener que preocuparme por ellos.

—Pero te preocupan.

—No quiero que sea así.

—Eres en parte humana. No deberías de tener esos sentimientos hacia un grupo tan grande de humanos.

Silencio.

—He encontrado maestros para Akin y Dehkiaht. También te enseñarían a ti. Aprenderías a preparar un mundo muerto para la vida.

—No quiero hacerlo.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—No..., no lo sé.

—Entonces haz esto. El conocimiento no te hará ningún daño aunque luego decidas no usarlo. Debes de hacer esto. Durante demasiado tiempo ya te has refugiado en el no hacer nada.

Y eso fue todo. Por algún motivo, Akin no se animaba a seguir discutiendo con el Akjai. Y recordó que, sin importar cuál fuera su aspecto, el Akjai seguía siendo un ooloi. Con aromas, toques y estimulaciones neurales, los ooloi manipulaban a la gente. Enfocó con desconfianza a Dehkiaht, preguntándose si se daría cuenta de cuándo lo empezaría a motivar con algo más que con palabras. La idea le perturbaba y, por primera vez, ansió volver a iniciar sus caminatas errantes.

IV
HOGAR

1

Por un tiempo, la Tierra le pareció salvaje y extraña a Akin: una profusión de vida que casi resultaba aterradora en su complejidad. En Chkahichdahk sólo había una profusión potencial, almacenada en los recuerdos de la gente y en los bancos de grabaciones de semillas, células y genes. La Tierra aún era en sí misma un gran banco biológico que estaba equilibrando su ecología con un poco de ayuda oankali.

Akin no podría hacer nada en el cuarto planeta, Marte lo llamaban los humanos, hasta después de su metamorfosis. También su entrenamiento había ido tan lejos como era posible antes de la transformación. Así que sus maestros lo habían mandado a casa. Tiikuchahk, ahora en paz con él y con ella misma, pareció alegre de volver al hogar. Y Dehkiaht, simplemente, se había pegado a Akin. Cuando Dichaan había ido a por Akin y Tiikuchahk, ni él mismo sugirió dejar atrás a Dehkiaht.

No obstante, una vez llegaron a la Tierra, Akin notó que debía apartarse de Dehkiaht, alejarse de él por un tiempo. Deseaba ver a algunos de sus viejos amigos resistentes, antes de su metamorfosis..., antes de cambiar tanto que les resultase irreconocible. Tenía que hacerles saber lo que había decidido, lo que podía ofrecerles. También necesitaba aliados humanos respetados. Primero pensó en la gente que había conocido durante sus viajes al *azar...,* hombres y mujeres que lo conocían como un macho bajito, casi humano. Pero no deseaba verlos, aún no.

Se sentía atraído hacia otro lugar..., un lugar en donde la gente apenas si lo reconocería. No había estado allí desde que tenía tres años. Iría a Fénix..., a ver a Gabe y a Tate Rinaldi, allá en donde había comenzado su obsesión por los resistentes.

Instaló a Dehkiaht con sus padres, y se dio cuenta de que Tiikuchahk parecía estar pasando más y más tiempo con Dichaan. Contempló esto con tristeza, dándose cuenta de que estaba perdiendo por segunda vez a su más próxima compañera de camada, perdiéndola por última vez. Si más tarde elegía ayudar a la transformación de Marte, no sería como una compañera o una posible compañera: se estaba convirtiendo en macho.

Fue a ver a Margit, que ahora tenía un color marrón, y estaba atriada, preñada y contenta.

Les pidió a sus padres que buscasen una compañera hembra para Dehkiaht.

Y luego partió hacia Fénix. Sobre todo, deseaba ver a Tate mientras aún tuviese aspecto humano. Deseaba decirle que había cumplido con su promesa.

2

Fénix seguía siendo más una pequeña ciudad que un pueblo, pero era una ciudad más descuidada. Akin no pudo evitar el comparar el Fénix que recordaba con el actual.

Había basura por las calles: hojarasca, residuos de comida, trozos de madera, ropas y papeles. Era obvio que algunas de las casas estaban vacías. Un par de ellas habían sido demolidas en parte, otras parecían estar a punto de hundirse.

Akin entró abiertamente en la ciudad, tal como siempre había entrado en las poblaciones de los resistentes. En una ocasión, mientras lo hacía, le habían disparado. Ese incidente sólo había resultado ser para él una dolorosa molestia: un humano hubiera muerto, Akin se limitó a salir corriendo y luego curarse él mismo. Lilith le había advertido que no debía dejar ver a los resistentes cómo se curaba su cuerpo…, que la visión de unas heridas cerrándose a simple vista podía asustarlos. Y, cuando estaban asustados, era cuando los humanos eran más peligrosos y resultaban más impredecibles.

Cuando caminó por la calle principal de Fénix, había rifles apuntándole. Así que, ahora, la ciudad estaba armada. Podía ver a la gente y sus armas de fuego a través de las ventanas, aunque parecía que ellos estaban tratando de no dejarse ver. Las pocas personas que trabajaban u holgazaneaban por la calle le miraron. Al menos un par de ellos estaban demasiado borrachos como para darse cuenta de su llegada.

Armas ocultas y borracheras descaradas.

Fénix se estaba muriendo. Uno de los borrachos era Macy Wilton, que había hecho de padre de Amma y Shkaht. El otro era Stancio Roybal, el esposo de Neci, la mujer que había querido amputar los tentáculos sensoriales de las dos niñas. ¿Y dónde estaban Kolima Wilton y Neci? ¿Cómo podían dejar que sus compañeros…, sus esposos, estuvieran inconscientes o semiconscientes, tirados por el barro?

¿Y dónde estaba Gabe?

Llegó a la casa que había compartido con Tate y Gabe y, por un momento, tuvo miedo de subir los escalones del porche y llamar a la puerta con los nudillos, al modo humano. La casa estaba cerrada y parecía bien cuidada, pero…, ¿quién viviría ahora en ella?

Un hombre armado con un rifle salió al porche y miró hacia abajo. Era Gabe.

—¿Habla usted inglés? —inquirió, apuntando con el arma a Akin.

—Siempre lo he hablado, Gabe. —Hizo una pausa, para dar tiempo al hombre de mirarle bien—. Soy Akin.

El hombre se quedó contemplándolo, estudiándolo primero desde un ángulo, luego moviéndose un poco para verlo desde otro. Después de todo, Akin había cambiado, se había hecho adulto. Gabe seguía teniendo el mismo aspecto.

—Temí que estuvieras en las colinas o en otro poblado —dijo Akin—. Nunca tuve la preocupación de que no me reconocieras. Y he vuelto para cumplir una promesa que le hice a Tate.

Gabe no dijo nada.

Akin suspiró y se dispuso a esperar. No era probable que nadie le disparase mientras se mantuviese quieto, con las manos a la vista, nada amenazador.

Se fue reuniendo gente alrededor de Akin, esperando algún signo de Gabe.

—Regístralo —le dijo Gabe a uno de ellos.

El hombre pasó burdamente sus pesadas manos por sobre el cuerpo de Akin. Era Gilbert Senn. En otro tiempo, él y su esposa Anne habían estado del lado de Neci en la opinión de que los tentáculos sensores debían de ser eliminados. Akin no le habló, sino que siguió esperando, con los ojos fijos en Gabe. Los humanos necesitaban la mirada visible y fija de los ojos. Los machos la respetaban y las hembras la hallaban sexualmente interesante.

—Dice que es el crío que compramos hace casi veinte años —dijo Gabe a los hombres—. Dice que es Akin.

Los hombres miraron a Akin con hostilidad y sospecha. Él no dio indicación alguna de darse cuenta de ello.

—No tiene gusanos —dijo un hombre—. ¿No debería de tenerlos ya?

Nadie le respondió. Akin no lo hizo, porque no deseaba que le dijesen que estuviese callado. Sólo llevaba puestos unos pantalones cortos, igual que iba vestido cuando esta gente lo conocía. Los insectos ya no le picaban: había aprendido a hacer que su cuerpo les resultase de mal sabor. Era moreno, casi bronceado, bajito, pero claramente no débil. Y, desde luego, no estaba asustado.

—¿Eres ya un adulto? —le preguntó Gabe.

—Todavía no —le respondió en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque aún no tengo la edad para ello.

—¿Por qué has venido aquí?

—Para veros a Tate y a ti. Fuisteis mis padres por un tiempo.

El rifle tembló un poco.

—Acércate más.

Akin le obedeció.

—Enséñame la lengua.

Akin sonrió, luego le enseñó la lengua. Seguía pareciendo tan poco humana como cuando Gabe la había visto por primera vez.

Gabe se echó hacia atrás, luego inspiró profundamente. Dejó que el

rifle apuntase al suelo.

—Entonces, eres tú.

Casi tímidamente, Akin tendió una mano. A menudo, los seres humanos se estrechaban las manos. Varios se habían negado a estrechar la suya.

Gabe tomó la mano y la estrechó, luego agarró a Akin por ambos hombros y lo abrazó.

—No puedo creerlo —decía una y otra vez—. ¡Joder, es que no puedo creerlo!

Luego les dijo a los hombres:

—No pasa nada. ¡Realmente es él!

Los hombres contemplaron la escena por un momento más, y luego comenzaron a dispersarse. Contemplándolos sin volverse, Akin tuvo la impresión de que estaban desilusionados..., que hubieran preferido darle una paliza, quizá matarle.

Gabe llevó a Akin al interior de la casa, donde todo seguía igual: fresco, oscuro y limpio.

Tate yacía en un largo banco que había contra una pared. Volvió la cabeza para mirarle, y Akin leyó dolor en su cara. Naturalmente, no le reconoció.

—Se cayó —explicó Gabe. Había gran dolor en su voz—. Yori ha estado cuidando de ella. ¿Recuerdas a Yori?

—La recuerdo —contestó Akin—. Y recuerdo que, en cierta ocasión, Yori dijo que se iría de Fénix si la gente empezaba a fabricar armas de fuego.

Gabe le lanzó una extraña mirada.

—Las armas son necesarias, eso nos lo enseñaron los ataques de los bandoleros.

—¿Quién es...? —preguntó Tate. Y luego, asombrosamente—: ¿Akin?

Fue hacia ella, se arrodilló a su lado y le tomó la mano. No le gustó el ligero olor agrio que desprendía, ni las arrugas alrededor de sus ojos. ¿Cuánto daño le habían hecho?

¿Cuánta ayuda soportarían ella y Tate?

—Sí, Akin —le hizo eco—. ¿Cómo te caíste? ¿Qué pasó?

—Eres el mismo —le dijo ella, acariciándole el rostro—. Quiero decir que aún no has crecido.

—No. Pero he mantenido la promesa que te hice. He hallado..., he hallado lo que puede ser una respuesta para tu gente. Pero antes, dime cómo te hiciste daño.

No había olvidado nada de ella: su rápida mente, su tendencia a tratarlo como si fuera un adulto pequeñito, la sensación que proyectaba de no ser totalmente fiable... justo lo bastante impredecible como para hacerle sentirse inquieto. Y, sin embargo, la había aceptado, le había gustado desde

los primeros instantes en que había estado con ella. Y le perturbaba más de lo que podía expresar el verla ahora tan cambiada. Había perdido peso, y tanto su color como su olor se habían echado a perder. Estaba demasiado pálida. Casi gris. También su cabello parecía estar volviéndose gris: era mucho menos amarillo de lo que había sido. Y estaba demasiado delgada.

—Me caí —le dijo. Sus ojos seguían siendo los mismos: *examinaron su cara, su cuerpo. Tomó una de* sus manos y la miró. Suspiró—: Dios mío.

—Estábamos explorando —explicó Gabe—. Perdió el equilibrio y se cayó por una ladera. La llevé en brazos de vuelta a Recuperación. —Hizo una pausa—. El viejo campamento es ahora todo un pueblo. La gente vive allí permanentemente, pero no tienen un doctor propio. Algunos de los de allí me ayudaron a bajarla, para que la viese Yori. Estaba..., estaba mal, pero ahora ya está mejor.

No lo estaba. El sabía que no lo estaba.

Ella había cerrado los ojos. Lo sabía tan bien como él: se estaba muriendo.

Akin le tocó el rostro, para que abriese los ojos. Los humanos casi parecían no estar presentes cuando cerraban los ojos. Podían cerrar demasiado bien el paso a toda información visual y encerrarse demasiado completamente dentro de su propia carne.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó.

—Dios... Hace dos, casi tres meses.

Había estado sufriendo durante tanto tiempo. Y Gabe no había buscado a un ooloi para ayudarla. Cualquier ooloi lo hubiera hecho, sin compromiso alguno para los humanos. Incluso algunos machos y hembras podían ayudar. Él creía poder hacerlo. Y estaba claro que, si no se hacía algo, ella moriría.

¿Cuál era el modo educado de pedirle a alguien que te dejase salvarle la vida con un método inaceptable? Si Akin lo planteaba de un modo erróneo, Tate moriría.

Lo mejor era no pedir permiso. Aún no. Quizá nunca.

—Volví para explicarte que cumplí la promesa que te hice —le dijo—. No sé si tú y los otros podréis aceptar lo que tengo para ofreceros, pero representa una fertilidad restaurada..., y un lugar únicamente para vosotros.

Ahora sus ojos estaban muy abiertos y clavados en él.

—¿Qué lugar? —susurró ella. Gabe se había acercado, de pie junto a ellos, mirándoles desde arriba.

—¿Dónde? —preguntó a su vez.

—No puede ser aquí —les dijo Akin—. Tendréis que construir poblados de nueva planta en un medio ambiente nuevo, aprender nuevos modos de vida. Será difícil, pero he hallado gente..., otros construidos, que me ayudarán a hacerlo posible.

—Akin, ¿dónde? —susurró ella.

—En Marte —se limitó a decir él.

Le miraron, sin poder decir palabra. No sabía lo que podían conocer de Marte, así que empezó a tranquilizarles:

—Podemos hacer que el planeta sea apto para mantener la vida humana. Empezaremos en cuanto yo madure. El trabajo me ha sido encomendado a mí. Nadie sentía tanto la necesidad de hacerlo como yo.

—¿Marte? —exclamó Gabe—. ¿Dejarles la Tierra a los oankali? ¿Toda la Tierra?

—Sí. —Akin volvió otra vez su rostro hacia Gabe. El hombre debía de entender, tan pronto como fuera posible, que Akin hablaba muy en serio. Necesitaba tener una razón para confiar en Akin, en la curación de Tate,

Y ésta necesitaba una razón para continuar viviendo. Se le había ocurrido a Akin que podía estar cansada de una larga vida sin objetivo. Esto, se daba cuenta, era algo que nunca les pasaría a los oankali. De hecho, ni siquiera lo entenderían si se lo explicaban. Algunos lo aceptarían sin entenderlo, otros no lo aceptarían.

Akin volvió de nuevo la cara hacia Tate.

—Me dejaron con vosotros tanto tiempo para que me pudierais enseñar si era correcto lo que habían hecho con vosotros. Ellos no lo podían juzgar. Estaban... tan alterados por vuestra estructura genética que no podían hacerlo; ni siquiera podían considerar el hacer lo que yo voy a hacer.

—¿Marte? —dijo ella—. ¿Marte?

—Puedo dároslo. Otros me ayudarán. Pero tú y Gabe tenéis que ayudarme a convencer a los resistentes.

Ella alzó la vista hacia Gabe.

—Marte —dijo, y consiguió agitar la cabeza.

—Lo he estudiado —explicó Akin—. Con protección, podríais vivir allí ahora mismo, pero tendría que ser bajo tierra o en algún tipo de estructura hermética. Hay demasiada luz ultravioleta, una atmósfera de dióxido de carbono, y no hay agua líquida. Y hace frío. Siempre hará más frío que aquí, pero podemos hacer que se convierta en más caliente de lo que es ahora.

—¿Cómo? —preguntó Gabe.

—Con plantas modificadas y, luego, con animales modificados. Los oankali los han usado, antes de ahora, para hacer habitables planetas sin vida.

—¿Plantas oankali? —inquirió Gabe—. ¿No plantas de la Tierra?

Akin suspiró.

—Si algo que hayan modificado los oankali les pertenece a ellos, entonces toda tu gente les pertenece ya.

Silencio.

—Las plantas y animales modificados trabajan mucho más deprisa que algo que se pueda hallar de un modo natural en la Tierra. Los

necesitamos para prepararos el camino de un modo relativamente rápido. Los oankali no permitirán que vuestra fertilidad sea restaurada aquí en la Tierra. Y ahora sois más viejos de lo que acostumbraban a llegar a ser la mayoría de humanos. Aún podéis vivir mucho tiempo, pero yo querría que partieseis lo antes posible para que aún pudieseis criar a vuestros hijos del modo en que mi madre ha criado aquí a los suyos, y así poderles enseñar lo que son.

Los ojos de Tate se habían cerrado de nuevo. Puso una mano encima de ellos, y Akin luchó con un impulso de apartarla. ¿Estaba llorando?

—Ya casi lo hemos perdido todo —musitó Gabe—. Y ahora perdemos nuestro mundo y todo lo que hay en él.

—No todo. Podréis llevaros todo lo que queráis. Y la vida vegetal de la Tierra será añadida al medio ambiente, a medida que éste sea capaz de mantenerla. —Dudó—. Las plantas que crecen aquí..., no muchas de ellas podrán crecer allí en el exterior. Pero bastantes de las plantas de montaña acabarán viviendo allí.

Gabe agitó la cabeza.

—¿Y todo eso en nuestras vidas?

—Si os cuidáis, aún viviréis aproximadamente el doble de lo que lleváis vivido. Viviréis para ver cómo las plantas de la Tierra crecen en Marte, sin necesidad de invernaderos.

Tate se apartó la mano de los ojos y lo miró.

—Akin, probablemente no viviré más de un mes —le dijo—. Antes no quería seguir viviendo; pero ahora..., ¿puedes conseguirme ayuda?

—¡No! —protestó Gabe—. No necesitas ayuda. ¡Te pondrás bien!

—¡Voy a morir! —Consiguió lanzarle una mala mirada y le preguntó—: ¿Crees a Akin?

—No lo sé. Es sólo un niño, y los niños mienten.

—Sí. Y los hombres también, pero no creas que me vas a poder mentir a mí, después de tantos años. ¡Si hay algo por lo que vivir, quiero vivir! ¿O estás diciendo que debo morir?

—No, claro que no.

—Entonces, consígueme la única ayuda que puede servirme. Yori ya me da por un caso imposible.

Gabe parecía querer seguir protestando, pero se limitó a contemplarla. Tras un tiempo, miró a Akin.

—Busca a alguien que la ayude —dijo. Akin recordaba haberle oído maldecir en ese mismo tono de voz. Sólo los humanos podían hacer eso, decir: «Busca a alguien que la ayude» con la boca y: «¡Maldita sea esta mala mujer!» con su tono de voz y la tensión de su cuerpo.

—Yo puedo ayudarla —dijo Akin.

Y, de repente, ambos humanos estuvieron mirándolo con una suspicacia que no podía lograr entender.

—Pedí que me enseñaran —les dijo—. ¿Por qué me miráis de este modo?

—Si no eres un ooloi —le dijo Gabe—, ¿cómo es que puedes curar?

—Ya te lo he dicho, pedí que me enseñaran. Mi maestro fue un ooloi. No puedo hacer todo lo que él hace, pero puedo ayudar a curarse a vuestros huesos y vuestra carne. Puedo animar a vuestros órganos a que se reparen a sí mismos, aunque sea algo que no harían normalmente.

—Nunca había oído que los machos lo pudieran hacer —comentó Gabe.

—Un ooloi lo podría hacer mejor. El paciente disfruta con lo que le hace. Lo más seguro para mí sería hacerla dormir.

—Esto es lo que harías si fueras un niño ooloi, ¿verdad? —le preguntó Tate.

—Sí, pero también es lo único que yo siempre podré hacer, aun cuando ya sea adulto. En cambio, los ooloi maduran y se convierten en físicamente capaces de hacer más.

—No quiero que me hagan más —le dijo Tate—. Quiero ser curada..., curada del todo. Y nada más.

—Yo no puedo hacer más.

Gabe lanzó un corto sonido inarticulado:

—Aún puedes aguijonear, ¿o no?

Akin contuvo los deseos de ponerse en pie y enfrentarse a Gabe. Su cuerpo casi era diminuto en comparación con el de él. Incluso si hubiera sido más robusto, la confrontación física hubiera sido inútil. Así que, simplemente, miró fijamente al hombre.

Al cabo de un tiempo, Gabe se acercó más y se inclinó para enfrentarse a Tate:

—¿Realmente quieres dejarle hacer esto?

Ella suspiró y cerró por un instante los ojos.

—Me estoy muriendo. Naturalmente que quiero que lo haga.

Y él suspiró y le acarició suavemente el cabello.

—Claro. —Se volvió para lanzarle a Akin una mirada atravesada—. De acuerdo, haz lo que sea que hagas.

Akin ni habló ni se movió. Continuó mirando a Gabe, resintiendo su actitud, sabiendo que no surgía únicamente de su miedo por Tate.

—¿Y bien? —dijo Gabe, poniéndose muy tenso y mirándolo desde arriba. Eso era algo que hacían los hombres altos: trataban de intimidar. Algunos de ellos buscaban pelea. Gabe, simplemente, deseaba dejar claro un punto, aunque no estaba en posición de hacerlo.

Akin esperó.

Tate dijo:

—Sal de aquí, Gabe. Déjanos solos un rato.

—¿Dejarte con él?

—Sí. Ahora. Estoy harta de sentirme como una mierda que acaban de pisar. Vete.

Se fue. Era mejor que lo hiciese porque ella lo deseaba que porque hubiese cedido ante Akin. Éste hubiera preferido dejarlo ir en silencio, pero no se atrevió.

—Gabe —dijo, mientras el hombre salía fuera.

Gabe se detuvo, pero no se volvió.

—Vigila la puerta. Una interrupción podría matarla.

Gabe cerró la puerta tras de él sin decir nada. De inmediato, Tate soltó el aliento en una especie de gemido. Miró a la puerta, luego a Akin.

—¿Tengo que hacer yo algo?

—No. Simplemente dejarme que me tienda en este banco, junto a ti.

Esto no pareció molestarla.

—Eres bastante pequeño —dijo—. Ven.

No era más pequeño que ella.

Cuidadosamente, se colocó entre ella y la pared.

—Sigo teniendo sólo mi lengua con que trabajar —le dijo—. Lo que quiere decir es que parecerá que te esté mordiendo el cuello.

—Acostumbrabas a hacer eso siempre que yo te dejaba...

—Lo sé. Pero, al parecer, ahora se ve corno más amenazador o sospechoso.

Ella trató de reír.

—No crees que él vaya a entrar, ¿no? Realmente, si alguien tratase de separarnos, eso podría matarte.

—No lo hará. Hace mucho que aprendió a no hacer cosas así.

—De acuerdo. No te dormirás tan rápido como lo harías con un ooloi, porque no puedo aguijonearte para dejarte inconsciente. Tengo que convencer a tu cuerpo para que haga todo el trabajo. Ahora, quédate quieta.

Colocó un brazo alrededor de ella, para mantenerla en posición cuando perdiese el conocimiento, luego llevó la boca al lado de su cuello. Desde ese momento, sólo fue consciente del cuerpo de ella..., de sus órganos dañados y las fracturas mal soldadas..., y de la reactivación de su vieja enfermedad, la de Huntington. ¿Sabría esto? ¿Acaso la enfermedad le habría provocado la caída? Podía ser. O quizá ella se hubiera tirado por el abismo, deliberadamente, buscando escapar de la enfermedad.

Se había magullado y torcido los ligamentos de su espalda. Se había dislocado uno de los discos de cartílago que había entre las vértebras de su nuca. Se había roto la rodilla izquierda de un modo feo. Sus riñones estaban dañados, ambos riñones..., ¿cómo había podido hacerse todo esto? ¿Desde

qué altura se habría caído?

Su muñeca izquierda se había roto, pero se la habían enyesado y casi se había curado. También había dos fracturas de costillas, casi curadas.

Akin se perdió en su trabajo..., en el placer de hallar daños y estimular la propia habilidad curativa del cuerpo de Tate. Animó a su cuerpo a producir una enzima que desactivaba el gene de Huntington. A la larga, ese gene volvería a ser activo. *Debía* hacer que un ooloi eliminase esa enfermedad de un modo permanente, antes de abandonar la Tierra. Él no podía reemplazar ese gene mortal o engañar a su cuerpo para que emplease genes que ella no había utilizado desde su nacimiento. No podía ayudarla a crear nuevos óvulos, limpios del gene de Huntington. Lo que había hecho hasta el momento para suprimir los efectos de ese gene era todo lo que se atrevía a hacer.

3

La interrupción por parte de Gabe de la cura de Tate produjo la única disrupción en su memoria que Akin hubiese experimentado jamás. Después, lo único que recordaría de lo sucedido sería la repentina agonía.

A pesar de su advertencia al hombre, a pesar de las seguridades dadas por Tate, Gabe entró en la habitación antes de que la cura hubiese terminado. Más tarde, Akin se enteró de que Gabe había entrado porque habían pasado horas sin que se escuchase un solo sonido de Akin o Tate. Tenía miedo por Tate, temía que algo hubiese ido mal, y sospechaba de Akin.

Halló a Akin, aparentemente inconsciente, con su boca aún pegada al cuello de Tate. Ni siquiera parecía respirar. Tampoco lo parecía Tate. La carne de ella estaba fría..., casi helada; y eso aterró a Gabe. Creyó que ella se estaba muriendo, temió que ya estuviese muerta. Se dejó llevar por el pánico.

Primero trató se soltar a Tate, alertando a Akin, a algún nivel, de que algo iba mal. Pero la atención de éste se hallaba demasiado metida en Tate. Apenas había empezado a desligarse, cuando Gabe le golpeó.

Gabe temía el aguijonazo de Akin. No podía agarrarlo y tratar de apartarlo de Tate. Por eso, intentó separarlo con fuertes y rápidos puñetazos.

El primer golpe casi hizo que Akin se soltara de Tate. Le hizo más daño del que jamás le hubiese hecho otra cosa, y no pudo evitar el pasarle parte de este dolor a Tate.

Y, sin embargo, logró no envenenarla. No supo en qué momento, ella empezó a aullar. Automáticamente, siguió sosteniéndola. Esto, y el hecho de que era el más fuerte aunque Gabe fuera el más voluminoso, le permitió retirarse primero del sistema nervioso de Tate y luego de su cuerpo sin sufrir graves daños..., y sin matar. Luego, le asombraría el haber hecho esto. Su maestro le había advertido de que los machos no tenían el control necesario para hacer estas cosas. Los machos y las hembras oankali evitaban curar, no sólo porque no eran necesarios como sanadores, sino también porque era más probable que ellos, y no un ooloi, matasen por accidente. Podían ser impulsados a matar, no intencionadamente, por las interrupciones, e incluso por los sujetos a los que intentaban curar, si las cosas iban mal. Hasta el mismo Gabe se había puesto en peligro. Akin hubiera debido aguijonearlo ciegamente, por reflejo.

Y, no obstante, no lo hizo.

Su cuerpo se enroscó en un dolorosamente apretado nudo fetal, y se quedó así, vulnerable y más completamente inconsciente de lo que jamás lo hubiera estado.

4

Cuando Akin fue *capaz* de volver a percibir el mundo a su alrededor, descubrió que no podía ni moverse ni hablar. Yacía como congelado, dándose apenas cuenta de que, a veces, había humanos a su alrededor. Lo miraban, a veces se sentaban a su lado, pero no lo tocaban. Durante un tiempo no supo quiénes eran..., o dónde estaba él. Luego, compararía este período al de su primerísima infancia: era un tiempo que recordaba, pero en el que no había tomado parte. Claro que, al menos, de bebé le habían alimentado, lavado y tenido en brazos. Ahora ninguna mano lo tocaba.

Lentamente, se fue dando cuenta de que dos de las personas le hablaban. Eran dos hembras, ambas humanas: una pequeña, pálida y de cabellos amarillos. Otra algo más alta, morena y bronceada por el sol.

Se alegraba cuando estaban con él.

También temía su llegada.

Le excitaban. Sus aromas le llegaban muy adentro y le atraían hacia ellas. Y, a pesar de ello, no podía moverse. Yacía, sintiéndose atraído, más y más, y estaba absolutamente inmóvil. Era un tormento, pero lo prefería a la soledad.

Las hembras le hablaban. Al cabo de un tiempo llegó a darse cuenta de que eran Tate y Yori. Y recordó todo lo que sabía de Tate y Yori.

Tate se sentaba muy cerca de él y decía su nombre. Le contaba cómo se sentía, cómo estaban madurando las cosechas, y qué era lo que estaba haciendo distinta gente de la población. Cosía o escribía mientras estaba con Akin. Llevaba un diario personal.

También Yori escribía un diario, pero el de ella se convirtió en un estudio sobre Akin. Ella misma se lo dijo. Le explicó que él estaba en plena metamorfosis y que, aunque ella nunca antes había visto una metamorfosis, se la habían descrito. Por de pronto, ya tenía pequeños tentáculos nuevos en su espalda, en su cabeza, en las piernas. Su piel era ahora gris, y estaba perdiendo el cabello. Añadió que él debía de hallar un modo en que decirles si deseaba ser tocado. Le contó que Tate estaba bien, e insistió en que tenía que encontrar un medio de comunicarse. Dijo que harían por él cualquier cosa que pidiese. Ella misma se ocuparía de que así fuese. Y le dijo que no debía de preocuparse por quedarse solo, porque ella se cuidaría de que siempre hubiese alguien con él.

Esto lo reconfortó más de lo que ella podría haber imaginado. La gente que se estaba metamorfoseando tenía poca tolerancia hacia la soledad.

Gabe se sentó a su cabecera. Él y las dos mujeres habían alzado el banco en que yacía y lo habían llevado sin moverle del mismo hasta una pequeña habitación soleada.

A veces, Gabe lo tentaba con alimentos o agua. No podía saber que el aroma de las mujeres tentaba a Akin más fuertemente que cualquier otra cosa que Gabe pudiese ponerle cerca. Hubiera deseado tomar alimentos antes de caer en el sueño, si hubiera entrado normalmente en su metamorfosis habría comido, luego dormido. Había oído que los ooloi no

dormían seguido durante buena parte de su segunda metamorfosis. Lilith le había dicho que Nikanj había dormido la mayor parte del tiempo, pero que se despertaba, de vez en cuando, para comer y hablar, tras lo cual caía finalmente en otro profundo sueño. Los machos y las hembras se pasaban durmiendo la mayor parte del tiempo de su única metamorfosis. Ni comían, ni orinaban, ni defecaban. Las mujeres hacían vibrar a Akin, enfocaban su atención; pero los olores de comida y agua no le interesaban. Se fijaba en ellos porque eran intermitentes. Eran cambios en el medio ambiente, de los que no podía dejar de darse cuenta.

Gabe le traía plantas, y, al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que esas plantas eran algunas de aquellas que le había gustado comer cuando era más joven, las plantas con las que Gabe le había visto alimentarse en el bosque. El hombre se acordaba. Eso le complació y moderó algo el repentino sobresalto que sintió un día, cuando Gabe le tocó.

No hubo previo aviso. Del mismo modo que Gabe había decidido entrar en la habitación y separar a Akin y Tate, así decidió hacer una de las cosas que Yori les había dicho, a Tate y a él, que no debían de hacer.

Simplemente, colocó su mano en la espalda de Akin y lo sacudió.

Tras un momento, Akin tuvo un estremecimiento. Sus nuevos y pequeños tentáculos sensoriales se movieron por primera vez, alargándose, de un modo reflejo, hacia la mano que los tocaba.

El hombre apartó la mano de un tirón. No le hubieran hecho daño, pero él no lo sabía, y Akin no podía decírselo. Gabe no volvió a tocarlo.

Pilar y Mateo Leal se turnaron en la vigilancia de Akin. Eran los padres de Tino. Mateo había matado a gente por la que Akin había sentido mucho cariño. Por un tiempo, su presencia le hizo sentirse muy incómodo; luego, dado que no tenía elección, Akin se ajustó a ello.

A veces, también se sentaba junto a él Kolina Wilton, pero nunca le hablaba. Un día, para su sorpresa, Macy Wilton se sentó junto a ella. De modo que aquel hombre no siempre estaba tirado en la calle, borracho.

Macy regresó varias veces. Mientras velaba a Akin tallaba la madera, y los aromas de sus maderas eran un previo aviso de su llegada. Comenzó a hablarle a Akin: especulando acerca de lo que podía haberles pasado a Amma y Shkaht, especulando acerca de los niños de los que algún día sería padre, especulando sobre Marte.

Esto le dijo a Akin, por primera vez, que Tate y Gabe habían hecho correr la historia, la esperanza que él les había traído.

Marte.

—No todo el mundo quiere ir —le dijo Macy—. Y yo creo que están locos si se quedan aquí. Yo daría cualquier cosa para que el homo sapiens tenga una nueva posibilidad. Lina y yo iremos. ¡Y no te preocupes por esos otros!

De inmediato, Akin empezó a preocuparse. No había modo en que apresurar la metamorfosis. El iniciarla de un modo tan traumático casi lo había matado. Ahora, no podía hacer otra cosa más que esperar. Esperar y

pensar que, cuando los humanos estaban en desacuerdo, a menudo se peleaban; y, cuando se peleaban, demasiado a menudo se mataban los unos a los otros.

5

La metamorfosis de Akin seguía y seguía. Estuvo en silencio e inmóvil durante meses, mientras su cuerpo se reestructuraba, por dentro y por fuera. Oyó, y automáticamente quedó en su memoria, discusión tras discusión sobre su misión, su derecho a estar en Fénix, el derecho de la Humanidad sobre la Tierra. No había una resolución; había maldiciones, gritos, amenazas, luchas, pero no una resolución. Luego, un día, el silencio terminó: hubo una incursión. Hubo disparos. Un hombre resultó muerto. Se llevaron a una mujer.

Akin escuchó el estrépito, pero no supo lo que estaba sucediendo. Pilar Leal estaba con él. Se quedó con él hasta que el tiroteo hubo terminado. Entonces, lo dejó por unos momentos para asegurarse de que su esposo estaba bien. Cuando regresó, él estaba tratando, desesperadamente, de hablar.

Pilar lanzó un breve chillido de susto, y él supo que debía de estar haciendo algo que ella podía ver. Él podía verla a ella, olería, pero, de algún modo, estaba como distanciado de sí mismo. No tenía una imagen propia, así que no estaba seguro de si estaba haciendo que alguna parte de su cuerpo se moviera. La reacción de Pilar le decía que así era.

Consiguió emitir un sonido, y saber que era él quien lo había emitido. No era más que un graznido ronco, pero lo había causado deliberadamente.

Pilar se acercó lentamente hacia él y lo miró.

—¿Estás despierto? —preguntó en español.

—Sí —dijo él, y jadeó y tosió. No tenía fuerzas: se podía oír a sí mismo, pero aún se sentía distanciado de su propio cuerpo. Trató de enderezarse y no pudo.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—No. Débil. Débil.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo traerte?

Durante varios segundos no pudo contestar.

—Tiros —dijo por fin—. ¿Por qué?

—Bandoleros. ¡Bastardos malnacidos! Se llevaron a Rudra. Mataron a su esposo. Nosotros matamos a dos de ellos.

Akin deseó hundirse de nuevo en el refugio de la inconsciencia. No se estaban matando los unos a los otros a causa de la decisión sobre Marte, pero seguían matándose los unos a los otros. Siempre parecía haber una razón para que los humanos se matasen los unos a los otros. El iba a darles un nuevo mundo..., un mundo duro que les exigiría cooperación e inteligencia. Si no tenían ambas cosas, era seguro que Marte los aniquilaría. ¿Sería bastante reto como para distraerlos el tiempo suficiente para que pudieran salir, no ellos pero sí las generaciones sucesivas, de su Contradicción?

Se notó más fuerte, y trató de hablarle otra vez a Pilar. Descubrió que

se había ido. Ahora era Yori quien estaba con él; debía de haberse quedado dormido. Sí, tenía guardado un recuerdo de Yori entrando, de Pilar informándola de que había hablado y luego marchándose. De Yori hablándole, hasta que al fin se había dado cuenta de que estaba dormido.

—¿Yori?

Ella se sobresaltó, y él se dio cuenta de que también se había quedado dormida.

—Así que estás despierto —comentó.

El inspiró profundamente.

—Aún no se ha acabado. Todavía no puedo moverme mucho.

—¿Deberías intentarlo?

Él trató de sonreír.

—Lo estoy intentando. —Y, un momento más tarde—: ¿Lograron rescatar a Rudra?

No conocía a esa mujer, aunque recordaba haberla visto durante su estancia en Fénix: era pequeña y morena, con un liso cabello negro que le hubiese llegado hasta el suelo si no lo llevase recogido. Ella y su esposo eran asiáticos, procedentes de un lugar llamado Sudáfrica.

—Han ido algunos hombres tras ella. No creo que hayan regresado todavía.

—¿Hay muchas incursiones?

—Demasiadas. Cada vez más.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, pues porque estamos tarados. Eso es lo que dijo tu gente.

Nunca antes la había escuchado hablar con tanta amargura.

—Antes no había tantos ataques de los merodeadores.

—Cuando tú eras niño la gente aún tenía esperanzas. Y nosotros éramos más poderosos. Además..., entonces nuestra gente no había empezado a hacer sus propias incursiones.

—¿La gente de Fénix haciendo de bandoleros?

—La Humanidad extinguiéndose a sí misma en el aburrimiento, la desesperanza, la amargura..., me sorprende que hayamos durado tanto.

—¿Irás a Marte, Yori?

Ella se le quedó mirando durante varios segundos.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Yo tengo que preparar el camino. Después de hacerlo, la Humanidad tendrá un lugar propio.

—Me pregunto qué haremos con él.

—Trabajar duro para impedir que os mate. Podréis vivir allí cuando yo

lo haya preparado, pero vuestras vidas no serán fáciles. Si sois descuidados o no podéis trabajar unidos, moriréis.

—¿Podremos tener niños?

—Puedo solucionar eso, pero tendréis que dejar que os ayude un ooloi.

—¡Pero, ¿lo haréis?!

—Sí.

Ella sonrió.

—Entonces sí voy. —Lo estudió un momento—. ¿Cuándo?

—Dentro de unos años. Sin embargo, algunos de vosotros iréis pronto. Algunos de vosotros debéis ver lo que yo haga, y comprenderlo, para que así comprendáis, desde el principio, cómo funciona vuestro nuevo mundo.

Ella se quedó sentada, contemplándole en silencio.

—Y necesitaré que me ayudéis con los otros resistentes —le dijo. Luchó por un instante, tratando de alzar una mano, tratando de desanudar su cuerpo. Era como si se hubiese olvidado de cómo moverse. Y, no obstante, esto no le preocupaba: sabía que, simplemente, estaba tratando de apresurar cosas que no podían ser apresuradas. Podía hablar, y esto debía serle suficiente.

—Probablemente tengo un aspecto mucho menos humano del que tenía antes —continuó—. Ya no podré entrar en contacto con gente que me conocía: no me gusta que me disparen, ni tener que amenazar a la gente. Necesito a humanos que vayan a hablar con los otros humanos, para reunirlos y traerlos.

—Te equivocas.

—¿Cómo?

—Para eso necesitarás sobre todo a los oankali. O a construidos adultos.

—Pero…

—Necesitas emisarios a los que no les peguen un tiro nada más verlos. La gente cuerda sólo les dispara a los oankali por accidente. Necesitas como mensajeros a personas que no sean tomadas prisioneras y se ignore todo lo que digan. Los seres humanos, ahora, son así: disparan a los hombres y roban las mujeres…, ¡si no tienes nada mejor que hacer, monta una incursión contra tus vecinos!

—¿Así de mal están las cosas?

—Peor.

Suspiró.

—¿Me ayudarás, Yori?

—¿Qué es lo que debo hacer?

—Aconsejarme. Necesito consejeros humanos.

—Por lo que he oído, tu madre debería ser uno de ellos.

Trató de leer en el inmóvil rostro de ella.

—No me había dado cuenta de que sabías quién era mi madre.

—La gente me cuenta cosas.

—Entonces, he elegido una buena consejera.

—No sé. No creo que pueda salir de Fénix, si no es con el grupo que se vaya a Marte. He entrenado a otros, pero yo soy la única doctora con unos estudios formales. Aunque, en realidad, todo esto es un chiste: en realidad yo era psiquiatra. Pero, al menos, estudié en la Facultad.

—¿Qué es una psiquiatra?

—Una doctora que se especializaba en el tratamiento de las enfermedades mentales. —*Lanzó* una amarga carcajada—. Los oankali dicen que la gente como yo se enfrentaba con muchas más enfermedades físicas de las que eran capaces de reconocer.

Akin no dijo nada. Necesitaba a alguien como Yori, que conociese a los resistentes y que no pareciese tenerles miedo a los oankali. Pero ella tenía que autoconvencerse. Debía ver que ayudar a la Humanidad a trasladarse a su nuevo mundo era mucho más importante que el arreglar huesos rotos o curar heridas de bala. Probablemente ya lo sabía, pero le llevaría un tiempo aceptarlo. Cambió de tema.

—¿Qué aspecto tengo, Yori? ¿Cuánto he cambiado?

—Totalmente.

—¿Cómo?

—Pareces un oankali. No hablas como uno de ellos pero, si no supiese quién eres, supondría que eras un oankali bajito, tal vez un niño.

—¡Mierda!

—¿Cambiarás más?

—No. —Cerró los ojos—. Mis sentidos no son tan agudos como serán más adelante, pero la forma que tengo es la que tendré.

—¿Realmente te importa?

—¡Claro que me importa! ¡Oh, Dios..! ¿Cuántos resistentes se fiarán ahora de mí? ¿Cuántos creerán siquiera que soy un construido?

—No importa. ¿Cuántos de ellos se fían unos de otros? Y saben que son humanos...

—No es así en todas partes. Hay poblados de resistentes, más cercanos a Lo, que no se meten en tantas peleas.

—Entonces, tendrás que llevártelos a ellos y olvidarte de alguna de la gente de aquí.

—No sé si podré hacer eso.

—Yo sí puedo.

La miró. Se había colocado de modo que él pudiera verla con sus ojos, aunque no pudiese moverse. Ella volvería a Lo con él. Y le aconsejaría, y

vería la metamorfosis de Marte.

—¿Aún no necesitas comida? —preguntó Yori.

La idea de la comida le repugnaba.

—No. Quizá pronto, pero aún no.

—¿Necesitas algo?

—No. Pero te doy las gracias por haberte ocupado de que nunca me quedase sólo.

—Había oído decir que eso era muy importante.

—Mucho. Debería de poder empezar a moverme en unos pocos días más. Pero aún necesito tener gente a mi alrededor.

—¿Alguien en particular?

—¿Escogiste tú a la gente que me ha estado haciendo compañía...? Aparte de los Rinaldi, quiero decir.

—Lo hicimos entre Tate y yo.

—Hicisteis un buen trabajo. ¿Crees que todos ellos emigrarán a Marte?

—No es por eso por lo que los elegimos.

—¿Emigrarán?

Al cabo de un rato, ella sintió con la cabeza.

—Lo harán. Y también algunos otros.

—Envíame a los otros..., si no crees que mi aspecto actual les va a asustar.

—Todos han visto antes a un oankali.

¿Quería insultarlo con esto?, se preguntó. Hablaba con un tono tan extraño..., amargura, y algo más. Se levantó.

—Espera —dijo él.

Ella hizo una pausa, sin cambiar de expresión.

—Mi percepción no es aún la que tendré más adelante. No sé qué es lo que anda mal contigo.

Ella le miró con innegable hostilidad.

—Estaba pensando en cuánta gente ha sufrido y muerto —dijo—. Tantos que se han convertido en... insalvables. Tantos otros que se perderán.

Se detuvo e inspiró profundamente.

—¿Por qué provocaron todo esto los oankali? ¿Por qué no nos ofrecieron Marte hace años?

—Ellos nunca os ofrecerán Marte. Yo soy quien os lo ofrezco.

—*¿Por qué?*

—Porque yo soy parte de vosotros. Porque yo afirmo que debéis de

tener una nueva posibilidad de eliminar vuestra Contradicción genética.

—¿Y qué es lo que dicen los oankali?

—Que ni con el tiempo y las generaciones podréis escapar a ella, que no la resolveréis en favor de la inteligencia. Que el comportamiento jerárquico elige el comportamiento jerárquico, deba ser así o no. Que ni siquiera Marte será el reto suficiente como para cambiaros. —Hizo una pausa e inspiró profundamente—. Que el daros un nuevo mundo y permitiros procrear de nuevo será..., será como criar seres inteligentes con el único propósito de que acaben por matarse entre sí.

—Ése no sería nuestro propósito —protestó ella.

Él pensó en ello por un instante y se preguntó qué le podía decir. O la verdad o nada. La verdad.

—Yori, el propósito de la Humanidad no es lo que tú digas que es ni lo que yo diga que es..., es lo que vuestra biología dice que es..., lo que vuestros genes dicen que es.

—¿Crees en eso?

—...Sí.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque existe el azar. La mutación. Efectos inesperados del nuevo medio ambiente. Cosas en las que nadie ha pensado antes. Los oankali pueden cometer errores.

—¿Y nosotros?

Se limitó a mirarla.

—¿Por qué te dejan los oankali hacer esto?

—Yo quiero hacerlo. Otros construidos piensan que debo hacerlo. Algunos de ellos me ayudarán. Incluso aquellos que creen que no debería comprenden por qué quiero hacerlo. Los oankali lo aceptan. Hubo un consenso. Ellos no nos ayudarán, excepto para enseñarnos. No pondrán el pie en Marte una vez hayamos empezado. Ni siquiera os transportarán. —Pensó en un modo de hacérselo comprender—. Para ellos, lo que estoy haciendo es terrible. Lo único que podría ser más terrible que esto sería asesinaros a todos, con mis propias manos.

—Eso no es razonable —susurró ella.

—Vosotros no podéis ver y leer las estructuras genéticas del mismo modo que ellos pueden. No es como leer palabras en una página. Ellos lo sienten y saben. Ellos..., no hay una palabra humana para definirlo; decir simplemente que lo saben es algo totalmente inadecuado. Me hicieron darme cuenta de esto antes de que estuviera dispuesto. Ahora lo comprendo de un modo que antes no podía.

—Y, aun así, nos ayudas.

—Aun así, os ayudo. Debo hacerlo.

Ella le dejó. La expresión de hostilidad había desaparecido de su rostro cuando le miró por última vez, antes de cerrar la puerta de madera. Parecía

confusa, y sin embargo esperanzada.

—Te mandaré a alguien —dijo, y cerró la puerta.

6

Akin durmió, y sólo supo periféricamente que Gabe entró a sentarse a su lado. Él hombre le habló por primera vez, pero él no se despertó para contestarle.

—Lo siento —dijo Gabe, cuando estuvo seguro de que Akin estaba dormido. No repitió las palabras, ni las explicó.

Aún seguía allí algún tiempo más tarde, cuando empezó el ruido fuera. No era estrepitoso ni amenazador, pero Gabe salió a ver qué estaba pasando. Akin se despertó y escuchó.

Rudra había sido encontrada, pero muerta. Sus raptores la habían golpeado y violado hasta dejarla tan malherida que los que habían ido a rescatarla ni pudieron traerla de vuelta a casa con vida. Ni tampoco habían podido capturar o matar a sus asesinos. Estaban cansados y muy airados. Habían traído el cuerpo de Rudra, para que fuera enterrada junto a su esposo. Otras dos personas perdidas. Los hombres maldijeron a todos los bandoleros y trataron de imaginar de dónde podía haber llegado aquel grupo. ¿Contra qué lugar debían dirigir su represalia?

Alguien, no Gabe, trajo a colación lo de Marte.

Otro le dijo que se callase.

Un tercero inquirió cómo estaba Akin.

—Muy bien —contestó Gabe. Había algo raro en el modo en que lo dijo, pero Akin no supo definir el qué.

Los hombres se quedaron en silencio por un tiempo.

—Vamos a echarle una mirada —dijo repentinamente uno de ellos.

—No fue él quien raptó a Rudra o mató a Mehtar —le replicó Gabe.

—¿Acaso he dicho yo que lo hiciera? Sólo quiero echarle una ojeada.

—Ahora tiene el aspecto de un oankali. Igualito que un oankali. Yori dice que, a él, eso no le gusta demasiado, pero que no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Yo he oído que, después de su metamorfosis, podían cambiar su forma —dijo alguien—. Quiero decir como esos lagartos que antes había, los camaleones, que podían cambiar de color.

—Ellos esperaban usar algo que consiguieron de nosotros para poder hacer eso —le explicó Gabe—. Pienso que era el cáncer. Pero no he visto señal alguna de que puedan hacerlo.

No podía hacerse. Y no sería intentado hasta que la gente se sintiese más segura acerca de los construidos como Akin..., machos nacidos de humana, que era el grupo que pensaban que era más probable que causase problemas. Y no podría hacerse hasta que no existieran ooloi construidos.

—Vayamos todos a verle —dijo la voz de nuevo. El mismo hombre que antes había sugerido que deseaba ver a Akin. ¿Quién era? Akin pensó un instante, rebuscando en su memoria.

No conocía al hombre.

—Quietos —dijo Gabe—. Ésta es mi casa. ¡Y no podéis, simplemente, meteros en ella cuando os entre la puñetera gana!

—¿Qué es lo que escondes ahí dentro? ¡Todos hemos visto antes a las jodidas sanguijuelas!

—Entonces, no necesitáis ver a Akin.

—Es sólo un gusano más que ha venido a alimentarse de nosotros.

—Él salvó la vida de mi mujer —cortó Gabe—. ¿Qué infiernos has salvado tú alguna vez?

—¡Hey, yo sólo quería echarle una mirada..., asegurarme de que está bien!

—De acuerdo: lo podrás ver cuando pueda levantarse y mirarte también él a ti.

De inmediato, Akin empezó a preocuparse de que aquel hombre fuera a tratar de hallar un modo de entrar en la casa. Era obvio que los humanos se sentían fuertemente tentados a hacer las cosas que se les advertía que no debían de hacer. Y Akin era ahora más vulnerable que nunca desde su infancia. Podían atormentarlo manteniendo las distancias. Podían dispararle. Si un atacante era lo bastante persistente, Akin podía ser asesinado. Y, en este momento, estaba solo. Sin compañía, sin guardián.

Comenzó de nuevo a intentar moverse..., a intentarlo desesperadamente. Pero sólo se movían sus nuevos tentáculos sensores. Se retorcían y anudaban inermes.

Luego entró Tate. Se detuvo, contempló los múltiples tentáculos sensores en movimiento, y después se sentó en la silla que había ocupado Gabe. Sobre su regazo sostenía un largo rifle, color gris mate.

—Oíste esa basura, ¿no? —preguntó.

—Sí —susurró él.

—Temía que lo oyeses. Relájate, esa gente nos conoce. No tratarán de entrar, a menos que tengan ganas de suicidarse. —En otro tiempo, ella se había mostrado totalmente opuesta a las armas de fuego. Y, sin embargo, ahora sostenía aquella cosa en su regazo como si fuera un amigo. Y él tenía que estar contento de que así fuese, contento de su protección. Confuso, se mantuvo en silencio hasta que ella le preguntó—: ¿Estás bien?

—Temo que maten a alguien por mi culpa.

Ella no dijo nada durante un rato. Finalmente quiso saber:

—¿Cuánto falta para que puedas andar?

—Unos días. Tres o cuatro. Quizá...

—Espero que eso sea lo bastante pronto. Si te puedes mover, no te causarán problemas. Tienes todo el aspecto de un oankali.

—Cuando pueda caminar, me marcharé.

—Iremos contigo. Ya hace tiempo que debiéramos habernos ido de este

lugar.

La miró, y tuvo la impresión de que sonreía.

Ella se echó a reír.

—Me preguntaba si podrías hacer eso.

Entonces, por una repentina mutación de sus sentidos, Akin se dio cuenta de que sus nuevos tentáculos sensores se habían apretado contra su cuerpo, alisándose como una segunda piel y pareciendo más pintados en ella que reales. Durante toda su vida había visto hacer esto a los oankali y a los construidos. Ahora, le parecía totalmente natural el hacerlo él mismo.

Ella le tocó.

Él vio cómo tendía el brazo, notó el calor de su mano mucho antes de que la colocase en su hombro y la pasase por sobre los alisados tentáculos. Por un segundo los consiguió mantener así, luego se aferraron a la mano. Su feminidad le atormentaba más que nunca, pero sólo podía probarla, saborearla. Incluso aunque ella hubiera estado interesada en él sexualmente, él hubiera estado inerme.

—Suéltame —dijo ella. No estaba ni aterrada ni irritada. Simplemente, esperó a que él la soltase. No tenía ni idea de lo difícil que era para él retirar sus tentáculos sensoriales, interrumpir el profundo y frustrante contacto.

—¿Qué es lo que te pasaba? —preguntó Tate cuando hubo recuperado su mano.

Él no fue lo bastante rápido como para pensar en una respuesta inocua antes de que ella se echase a reír.

—Me lo imaginaba —dijo—. Desde luego, tenemos que devolverte a casa. ¿Tienes cónyuges esperándote?

Apenado, no dijo nada.

—Lo siento, no quería avergonzarte. Ha pasado ya mucho tiempo desde que fui adolescente.

—Eso es lo que me llamaban los humanos antes de que cambiase.

—Bueno, pues entonces joven adulto.

—¿Cómo puedes mostrarte condescendiente conmigo, y aun así seguirme en lo de Marte?

Ella sonrió.

—No lo sé. Aún no he ordenado mis sentimientos hacia tu nuevo yo.

Algo en su postura era mentira. Nada de lo que decía era una mentira directa, pero algo no encajaba.

—Tate, ¿irás a Marte o te quedarás en la Tierra? —preguntó.

Ella pareció echarse atrás, sin moverse.

—Serás tan libre de marchar como de quedarte. —Ella tenía cónyuges oankali a los que alegraría sobremanera el que se quedase. Si no lo hacía, quizás ellos jamás se instalasen en la Tierra.

—Tregua —pidió Tate con voz baja.

Akin deseó que ella fuese oankali, para así poder mostrarle lo que realmente quería decir con aquellas palabras. No había querido atacarla en respuesta a su condescendencia, como claramente creía ella. A lo que había respondido era a la falsedad en su postura; pero la comunicación con los humanos era siempre incompleta.

—Maldito seas —dijo suavemente Tate.

—¿Cómo?

Ella apartó la vista de él. Se alzó, caminó hasta la ventana y miró al exterior. Se había colocado a un lado de la misma, haciendo difícil que la viese alguien del exterior. Pero no había nadie al otro lado de aquella ventana. Caminó arriba y abajo por la habitación, inquieta, hosca.

—Pensé que ya había tomado mi decisión —dijo—. Pensé que, por el momento, ya habría bastante con irse de aquí.

—Y lo hay —dijo Akin—. No hay prisas. Aún no tienes que tomar otras decisiones.

—¿Quién se está mostrando ahora condescendiente con quién? —comentó ella amargamente.

Más incomprensiones.

—Toma mis palabras de un modo literal —dijo Akin—. Supón que quiero decir exactamente lo que digo, sin segundas intenciones.

Ella le miró con desconfianza e incredulidad.

—Luego *podrás* decidir —insistió Akin.

Al cabo, ella supiró.

—No —dijo—, no puedo.

Él no lo entendía, así que no dijo nada.

—En realidad, ése es mi problema —continuó ella—. Ya no tengo elección. Debo ir.

—No es cierto.

Tate agitó la cabeza.

—Hice mi elección hace ya mucho..., del mismo modo que Lilith hizo la suya. Elegí a Gabe y a Fénix y a la Humanidad. A veces, mi propio pueblo me pone enferma, pero sigue siendo mi pueblo. Tengo que ir con ellos.

—¿Tú crees?

—Sí.

Al cabo de un rato se sentó de nuevo, se puso el arma en el regazo y cerró los ojos.

—¿Tate? —dijo él, cuando le pareció que se había calmado.

Abrió los ojos pero no dijo nada.

—¿Te molesta el aspecto que tengo ahora?

Al principio, la pregunta pareció irritarla. Luego se alzó de hombros.

—Si alguien me hubiese preguntado cómo me sentiría si cambiases de un modo tan completo, le hubiera dicho que, por lo menos, me desazonaría. No es así. Ni creo que tampoco les moleste a los otros..., todos te hemos visto ir cambiando.

—¿Y qué hay de los que no me han visto?

—Creo que, para ellos, serás un oankali más.

Suspiró.

—Por culpa mía, habrá menos emigrantes.

—Por culpa nuestra —corrigió ella.

Por culpa de Gabe, quería decir.

—Pensó que yo estaba muerta, Akin. Se dejó llevar por el pánico.

—Lo sé.

—He hablado con él. Te ayudaremos a reunir a la gente. Iremos a los poblados..., solos, contigo o con otros construidos. Sólo tienes que decirnos qué es lo que quieres que hagamos.

Sus tentáculos se alisaron de nuevo por el placer.

—¿Me dejaréis que mejore vuestra habilidad para sobrevivir a las heridas y curaros? —le preguntó—. ¿Dejarás que alguien corrija genéticamente tu enfermedad de Huntington?

Ella dudó.

—¿La Huntington?

—No querrás pasarle eso a tus hijos...

—Pero los cambios genéticos..., eso significa pasar un tiempo con un ooloi. Mucho tiempo.

—Tate, la enfermedad se ha convertido en activa. Lo era cuando te curé. Pensé que quizá... te hubieras dado cuenta ya.

—¿Quieres decir que me va a afectar? ¿Que me voy a volver loca?

—No. La paré de nuevo. Pero es un apaño temporal: la desactivación por un tiempo de un gene que debería de haber sido reemplazado hace ya mucho.

—Yo..., no podría haber soportado todo eso.

—Quizá la enfermedad fuera el motivo de que te cayeses.

—¡Oh, Dios mío! —susurró ella—. Eso es lo que le pasó a mi madre: se caía una y otra vez. Tuvo... cambios de personalidad. Y leí entonces que la enfermedad causa daños en el cerebro..., cambios irreversibles...

—Un ooloi puede revertirlos. De todos modos, en ti aún no es tan grave.

—¡Cualquier daño al cerebro es grave!

—Puede ser reparado.

Ella le miró, deseando claramente creerle.

—No puedes llevar esa maldición a la colonia de Marte. Sabes que no puedes. En unas pocas generaciones, se extendería por toda la población.

—Lo sé.

—Entonces, ¿dejarás que te lo corrijan?

—Sí. —La palabra apenas si era más que un movimiento de sus labios, pero Akin lo vio y la creyó.

Tranquilizado y sorprendentemente cansado, se hundió en el sueño. Con su ayuda y la de otros pobladores de Fénix, tenía una posibilidad de hacer que la colonia de Marte funcionase.

7

Cuando despertó, la casa estaba en llamas.

Al principio pensó que el sonido que escuchaba era la lluvia. El olor del humo le hizo reconocerlo como fuego. No había nadie con él. La habitación estaba a oscuras, y sólo tenía un recuerdo almacenado de Macy Wilson sentado junto a su cama, con un arma corta y gruesa sobre las rodillas. Una escopeta de dos cañones, de un tipo que Akin no había visto antes. Se había alzado e ido a investigar un extraño sonido, producido justo fuera de la casa. Akin rememoró su recuerdo del sonido..., aún dormido, había escuchado lo que probablemente no habría oído Macy. Gente susurrando:

—No viertas eso aquí. Échalo contra la pared, que ahí sí que hará efecto. Y también en el porche.

—Cállate. La gente de ahí dentro no son sordos.

Pisadas. Extrañamente tambaleantes.

—Ve a echar un poco bajo la ventana de ese bastardo, nena.

Pisadas acercándose a la ventana de Akin..., vacilantes, casi como si vinieran cayéndose. Y alguien cayó. Ése había sido el sonido que había escuchado Macy: un gruñido de dolor, y un cuerpo desplomándose pesadamente.

Akin supo todo esto en cuanto estuvo despierto. Y supo que la gente que había fuera había estado bebiendo. Uno de ellos era el hombre que había querido entrar a verle, a pesar de la oposición de Gabe.

La otra era Neci. Se había superado: de un intento de mutilación había pasado a un intento de asesinato.

¿Qué le había pasado a Macy? ¿Dónde estaban Tate y Gabe? ¿Cómo era que, haciendo el fuego tanto ruido y tanta luz, no despertaba a alguien? Ahora había subido hasta el exterior de una ventana y, como fuera que las ventanas estaban altas sobre tierra, el fuego que estaba viendo debía de estar devorando ya el suelo y la pared.

Comenzó a gritar el nombre de Tate, el nombre de Gabe. Ahora podía moverse un poco, pero no lo bastante como para servirle de nada.

Nadie acudió.

El fuego fue abriéndose paso hacia la habitación, provocando un humo asfixiante, hasta que Akin descubrió que podía respirar mejor si no lo hacía a través de la boca. Ahora, tenía en el cuello un sair, rodeado por gruesos y fuertes tentáculos sensoriales. Éstos se movieron automáticamente para filtrar el humo del aire que respiraba.

Pero todavía no llegaba nadie a ayudarle. Ardería. No tenía protección contra el fuego.

Moriría. Neci y su amigo destruirían las posibilidades humanas de tener un nuevo mundo, porque estaban borrachos y no sabían lo que se hacían.

Y él se acabaría.

Gritó y se ahogó, porque aún no sabía muy bien cómo hablar a través de un orificio que le era familiar y respirar a través de uno que no lo era.

¿Por qué le estaban dejando para que ardiese? La gente le oía. ¡Tenían que haberle oído! Y ahora los podía oír él..., corriendo, gritando, con sus sonidos fundiéndose con los chasquidos y rugidos del fuego.

Consiguió caer de la cama.

El golpe con el suelo no fue fuerte. Sus tentáculos sensores se protegieron automáticamente, aplastándose contra su cuerpo. Una vez estuvo en el suelo de madera, trató de rodar hacia la puerta.

Y entonces se detuvo, intentando comprender lo que le estaban diciendo sus sentidos: vibraciones. Alguien llegaba.

Alguien corría hacia la habitación en la que él se encontraba. Eran las pisadas de Gabe.

Gritó, esperando poder guiar al hombre a través del humo. Vio abrirse la puerta, notó manos sobre su cuerpo.

Con un esfuerzo que casi le resultó doloroso, Akin consiguió no hundir sus tentáculos sensoriales en la carne del hombre. El tacto de Gabe era casi una invitación de investigarlo con sus más desarrollados sentidos de adulto. Pero aquél no era el momento más adecuado: tenía que hacer lo imposible por no obstaculizar a Gabe.

Se obligó a sí mismo a convertirse en un objeto inanimado: como un saco de patatas que alguien se echa a las espaldas. Por una vez, le alegró ser bajito.

Gabe cayó en una ocasión, tosiendo, abrasado por el fuego. Dejó caer a Akin, lo recogió de nuevo, y otra vez se lo echó a la espalda.

La puerta delantera estaba bloqueada por cortinas de fuego. La trasera lo estaría enseguida. Gabe la abrió de un puntapié y corrió escaleras abajo, zambulléndose por un momento en las llamas. Se le prendió el cabello, y Akin le gritó que se lo apagase.

Gabe se detuvo en cuanto estuvo fuera de la casa, dejó caer a Akin por tierra y se desplomó, dándose manotazos para apagar el fuego que llevaba encima y tosiendo.

El árbol bajo el que se habían detenido se había prendido de las llamas de la casa. Tenían que moverse de nuevo, con rapidez, para evitar la caída de ramas ardientes. Una vez que Gabe hubo apagado sus propias llamas, tomó a Akin y lo llevó tambaleante más allá, hacia el bosque.

—¿A dónde vas? —le preguntó Akin.

No le contestó. Parecía como si todo lo que pudiese hacer fuese respirar y moverse.

Tras ellos, la casa era toda ella una tea. Nada podía estar ya vivo allá dentro.

—¡Tate! —exclamó repentinamente Akin. ¿Dónde estaba? Gabe nunca

lo salvaría a él y dejaría que ella ardiese.

—Ahí delante —gimió Gabe.

Entonces, ella estaba bien.

Gabe volvió a caer, esta vez medio encima de Akin. Dolorido, Akin se agarró a él en un reflejo incontrolado. Inmediatamente paralizó al hombre, deteniendo los mensajes que controlaban el movimiento, entre el cerebro y el resto del cuerpo.

—Quédate quieto —dijo, esperando darle a Gabe la ilusión de que le cabía elección—. Quédate ahí y déjame ayudarte.

—Si no puedes ni ayudarte a ti mismo —susurró Gabe, luchando por respirar, por moverse.

—¡Puedo ayudarme curándote! Si vuelves a caerme encima, quizá te aguijonee. Ahora, cállate y deja de intentar moverte. Estás quemado y tienes los pulmones dañados. —El daño en los pulmones era grave, y podía matarle. Las quemaduras sólo eran muy dolorosas. Y, no obstante, Gabe no se estaba quieto.

—La ciudad..., ¿pueden vernos?

—No. Hay un maizal entre nosotros y Fénix. Sin embargo, el fuego es visible. Y se está extendiendo. —Al menos otra casa más estaba ardiendo ya. Quizá la hubiera prendido el árbol en llamas.

—Si no llueve, quizás arda media ciudad. ¡Imbéciles!

—No va a llover. Y ahora estáte quieto, Gabe.

—¡Si nos atrapan, probablemente nos matarán!

—¿Cómo? ¿Quién?

—La gente del pueblo. No todo el mundo..., los buscalíos.

—Estarán demasiado ocupados tratando de apagar ese fuego. Lleva días sin llover. Han elegido la peor estación para esto. Ahora, quédate quieto y déjame ayudarte. No te haré dormir, así que quizá notes algo; pero no te haré daño.

—Ya me he hecho tanto daño, que probablemente no lo notaría aunque me lo hicieses.

Akin interrumpió los mensajes de dolor que los nervios de Gabe le estaban mandando al cerebro, y animó a éste a segregar endorfinas específicas.

—¡Cristo! —exclamó el hombre, jadeando, tosiendo. De repente, el dolor había cesado para él, no notaba nada. Claro que, para Gabe, aquello era menos confuso; pero para Akin representaba un súbito, terrible dolor, y luego un lento alivio. No la euforia. No quería emborrachar a Gabe con sus propias endorfinas; pero sí podía hacer que el hombre se sintiese bien y estuviera alerta. Era casi como tocar música: equilibrando las endorfinas, silenciando el dolor, manteniendo la sobriedad. Claro que él sólo tocaba melodías sencillas; los ooloi creaban grandes sinfonías, entretejiendo a la gente con ellos y compartiendo el placer. Y los ooloi contribuían a la unión

con sustancias propias. Akin sabría de esto pronto, en cuanto Dehkiaht cambiase. Por ahora, sólo sentía el placer de curar.

Gabe comenzó a respirar con más facilidad, y el estado de sus pulmones mejoró. No se dio cuenta de cuando su carne comenzó a curarse; Akin dejó que cayese la carne inútil, abrasada. Pronto, Gabe necesitaría agua y alimentos: Akin terminaría estimulando en el hombre las sensaciones de hambre y sed, para que estuviese dispuesto a comer y beber lo que Akin lograse localizar. Era especialmente importante el que bebiese enseguida.

—Viene alguien —susurró Gabe.

—Gilbert Senn —le dijo Akin al oído—. Lleva buscando desde hace algún tiempo. Si nos quedamos quietos, quizá no nos encuentre.

—Pero, ¿cómo sabes que es...?

—Sus pisadas. Siguen sonando igual que cuando yo estaba aquí. Está solo.

En silencio, Akin terminó su trabajo y retiró de Gabe los filamentos de sus tentáculos sensoriales.

—Ya puedes moverte —dijo—, pero no lo hagas.

Akin también podía moverse un poquito más, aunque dudaba que pudiera caminar.

Al pronto, Gilbert Senn los halló..., prácticamente tropezó con ellos, y los vio a la luz del incendio y de la luna. Dio un salto hacia atrás, apuntándoles con el rifle.

Gabe se sentó. Akin se agarró a Gabe para incorporarse y logró no caerse cuando lo soltó. Podía apresurar los procesos corporales de todo el mundo, excepto los suyos propios. Gilbert Senn lo miró, y luego evitó cuidadosamente el volver a mirarle. Bajó el rifle.

—¿Estás bien, Gabe? —preguntó.

—Muy bien.

—Estás quemado.

—Lo estaba. —Gabe lanzó una mirada a Akin.

Gilbert Senn siguió teniendo buen cuidado de no mirar a Akin.

—Ya veo. —Se volvió hacia el fuego—. Desearía que eso nunca hubiera pasado; nunca hubiésemos querido quemar tu casa.

—¿Y quién me dice que no le has pegado fuego tú? —murmuró Gabe.

—Ha sido Neci —dijo rápidamente Akin—. Ella y el hombre que quería entrar en casa para verme. Los oí.

El rifle se alzó de nuevo, esta vez apuntando únicamente a Akin.

—Tú estáte callado —ordenó.

—Si él muere, moriremos todos —comentó suavemente Gabe.

—De cualquier modo, todos moriremos. ¡Pero algunos de nosotros hemos elegido morir libres!

—Habrá libertad en Marte, Gil.

Las comisuras de la boca de Gilbert Senn apuntaron hacia el suelo. Gabe agitó la cabeza y le dijo a Akin:

—Cree que tu idea de Marte es una trampa. Un modo fácil de reunir a los resistentes, para usarlos en la nave o en los poblados oankali de la Tierra. Mucha gente cree eso.

—*Éste* es mi mundo —dijo Gilbert Senn—. Nací aquí, y moriré aquí. Y, si no puedo tener hijos humanos..., totalmente humanos, prefiero no tenerlos.

Aquél era un hombre que habría ayudado a cortar los tentáculos sensores de Amma y Shkaht. No le gustaría tener que hacer aquello a unas hembras, a unas niñas, pero creería honestamente que era lo que debía hacerse.

—Marte no es para ti —le dijo Akin.

El rifle tembló.

—¿Cómo?

—Marte no es para nadie que no lo quiera. Representará trabajo duro, riesgo y reto. Algún día será un mundo humano, pero nunca será la Tierra. Y tú necesitas la Tierra.

—¿Crees que me vas a influenciar con tu psicología infantil?

—No —contestó Akin.

—No quiero volver a oíros hablar de eso ni a ti ni a Yori.

—Si me matas ahora, ningún humano irá a Marte.

—De todos modos, no irá ninguno.

—La Humanidad vivirá o morirá, según lo que hagas tú ahora.

—¡No!

El hombre deseaba disparar contra Akin. Quizá jamás hubiese deseado algo con más fuerza. Era posible que incluso hubiera salido al campo en la esperanza de hallarlo y así poder pegarle un tiro. Ahora no podía hacerlo, porque quizá le estuviese diciendo la verdad.

Tras un largo rato, Gilbert Senn se dio la vuelta y se dirigió hacia el incendio.

Al poco rato, Gabe se alzó y se sacudió.

—Si eso fue psicología, fue jodidamente buena —dijo.

—Fue literalmente la verdad.

—Temía que fuera eso. Gil casi te dispara.

—Pensé que quizá lo hiciera.

—¿Podría haberte matado?

—Sí, con la bastante munición y la suficiente persistencia. O quizá me hubiera obligado a matarlo yo a él.

Gabe se inclinó para recogerle.

—Te has convertido en demasiado valioso como para que corras riesgos como éste. Conozco a tipos que no hubieran dudado en volarte la cabeza. —Se sacudió de nuevo, sacudiendo también a Akin—. ¡Dios! ¿Qué es esta porquería con la que me has untado? ¡Parece jodida mierda!

Akin no contestó.

—¿Qué es? —insistió Gabe—. Hiede.

—Carne chamuscada.

Gabe se estremeció y no dijo nada.

8

Tate aguardaba al borde del bosque, en medio de un grupito de gente. Mateo y Pilar Leal estaban allí..., ¿cómo se tomaría Tino el verlos de nuevo? ¿Cómo se tomarían ellos el verle con Nikanj? ¿Se quedaría él con sus cónyuges y sus hijos, o se marcharía con la gente que estaba con sus padres? No era muy probable que Nikanj lo dejase ir, o que él pudiera sobrevivir mucho sin Nikanj. Incluso era probable que Marte hiciera para Tino más aceptable la elección que había hecho de vivir con los oankali, pues ya no estaría colaborando a que la Humanidad creciera y se desarrollase para borrarse de nuevo de la existencia..., aunque tampoco estaría ayudando a darle forma a su nuevo mundo.

Yori estaba allí, en compañía de Kolina Wilton y Stancio Roybal. Ya sobrio, Stancio parecía cansado y enfermo. Y había gente a la que Akin no reconocía..., gente nueva. También estaba Abira, a quien recordaba como una mano bajando desde una hamaca y alzándolo.

—¿Dónde está Macy? —preguntó Gabe cuando dejó en tierra a Akin.

—No ha venido —contestó Kolina—. Confiábamos que estuviera contigo, ayudándote a traer a Akin.

—Salió cuando oyó a Neci y a su amigo prender el fuego —dijo Akin—. Después de eso, le perdí la pista.

—¿Estaba herido? —quiso saber Kolina.

—No lo sé. Lo siento.

Ella pensó por un momento:

—¡Tenemos que esperarle!

—Le esperaremos —afirmó Tate—. Él sabe dónde encontrarse con nosotros.

Se metieron más adentro en la selva, a medida que la luz del incendio se hacía más intensa.

—Mi casa está ardiendo —dijo Abira mientras los demás miraban—. No pensé que fuera a tener que volver a ver arder una casa mía.

—¡Alégrate de no estar dentro de ella! —dijo uno de los desconocidos. Akin supo de inmediato que al hombre le caía mal Abira. Los humanos se llevarían con ellos sus amistades y enemistades, y quedarían encerrados con unas y otras en Marte.

El incendio ardió durante toda la noche, pero Macy no llegó. Sí lo hizo alguna otra poca gente. Yori les había pedido a la mayoría que viniesen. Era ella la que impedía que los otros les disparasen en cuanto los divisaban. Si disparaban contra alguien, tendrían que irse de inmediato, antes de que el disparo atrajese enemigos.

—Tengo que volver —dijo por fin Kolina.

Nadie dijo nada: quizás estaban aguardando a que ella hablase.

—Podrían estar reteniéndolo —dijo al fin Tate—. Y podrían estar esperándote.

—No, no con ese fuego..., no pueden estar pensando en mí.

—Hay algunos que sí. Ésos que se apoderarían de ti y te venderían si creyesen que iban a poder salirse con la suya.

—Iré yo —dijo Stancio—. Probablemente nadie se haya ni dado cuenta de que me he ido de la ciudad. Lo encontraré.

—Yo no puedo irme sin él —afirmó ella.

—Pues tenemos que irnos pronto —le informó Gabe—. Gil Senn casi mata a Akin allá en el maizal. Si tiene otra oportunidad, quizás apriete el gatillo. Y sé que hay otros que no dudarán, y que se pondrán a buscarnos en cuanto haya luz.

—Que alguien me dé un arma —dijo Stancio.

Uno de los desconocidos se la dio.

—También yo quiero una —dijo Kolina. Estaba mirando al fuego y, cuando Yori le alargó un rifle, lo tomó sin girar la cabeza, pero dijo—: ¡Mantened sano y salvo a Akin!

Yori la abrazó.

—Mantente sana y salva. Y tráenos a Macy; puedes hallar el camino.

—Al norte hasta el gran río, luego al este a lo largo de la orilla. Lo sé.

Nadie le dijo nada a Stancio, así que Akin le hizo acercarse a él. Gabe lo había dejado sentado, apoyado contra un árbol, y ahora Stancio se puso en cuclillas ante él, sin que claramente le importara su apariencia.

—¿Me dejas que te haga un rastreo? —le pidió Akin—. No tienes buen aspecto, y para lo que vas a hacer quizá necesites estar... muy en forma.

Stancio se encogió de hombros.

—No tengo nada que puedas curar.

—Déjame echarte una mirada. No te hará ningún daño.

Stancio se irguió.

—Eso de Marte, ¿va de veras?

—Va de veras. Es otra oportunidad para la Humanidad.

—Entonces, tú ocúpate de eso..., y no te preocupes por mí.

Se echó el rifle al hombro y caminó hacia el fuego, con Kolina.

Akin los miró hasta que hubieron desaparecido al otro lado del borde del maizal. Nunca más volvió a ver a ninguno de los dos.

Al cabo de un tiempo, Gabe lo alzó, se lo colgó sobre un hombro y comenzó a caminar. Mañana o pasado, Akin ya sería capaz de andar. Por el momento, se limitó a mirar, por sobre la espalda de Gabe, cómo los otros empezaban a seguirle, en fila india. Se dirigieron hacia el norte, en dirección al río. Allí, girarían hacia el este, camino de Lo. En menos tiempo de lo que probablemente pensaban, algunos de ellos estarían a bordo de transbordadores con destino a Marte, para contemplar cómo se iniciaban allí los cambios y ser testigos del nacimiento del nuevo mundo para su pueblo.

Quizá fue el último en ver la nube de humo tras ellos, y a Fénix aún ardiendo.